

Volúmenes publicados:

Las huellas de los conquistadores,
Carlos Pereyra.

El dorado fantasma, Constantino
Bayle, S. J.

*Historia de la leyenda negra his-
panoamericana*, Rómulo D.
Carbia.

*El sentido misional de la conquis-
ta de América*, Vicente D.
Sierra.

*La aportación extranjera a las
Misiones del Patronato Regio*,
Lázaro de Aspuz, O. F. M.

*Problemas de las migraciones in-
ternacionales*, Teodoro de la
Torre Recio.

*Manual de Dialectología Españo-
la*, Vicente García de Diego.

Viaje a Nueva Castilla, Juan
Bernia.

El inca Garcilaso, Aurelio Miró
Quesada.

*Un Caudillo: el General Fructuo-
so Rivera, prócer del Uruguay*,
José G. Antuña.

*Cuando los dioses nacían en Ex-
tremadura*, Rafael García Se-
rrano.

México en la Hispanidad, José
Fuentes Mares.

El Occidente y la Hispanidad,
Bernardo María Monsegú, C. P.

AGUSTIN DE FOXA
CONDE DE FOXA

POR LA OTRA
ORILLA

EDICIONES CULTURA HISPANICA

El libro de la

Las Malvinas, José Arce.

Linaje y descendencia de Hernán Cortés, Conquistador de Méjico, Dalmiro de la Valgoma y Díaz Varela.

Cuatro clásicos americanos, Gonzalo Zaldumbide.

Medio siglo de literatura americana, Arturo Berenguer Carisomo y Jorge Bogliano.

Bosquejo histórico de la Medicina hispanofilipina, José P. Bantug.

La leyenda blanca, Ignacio Escobar.

Cristóbal Colón: Evocación del Almirante de la mar oceana, Felipe Ximénez de Sandoval.

La ruta de los conquistadores, Waldo de Mier.

España cambia de piel, Waldo de Mier.

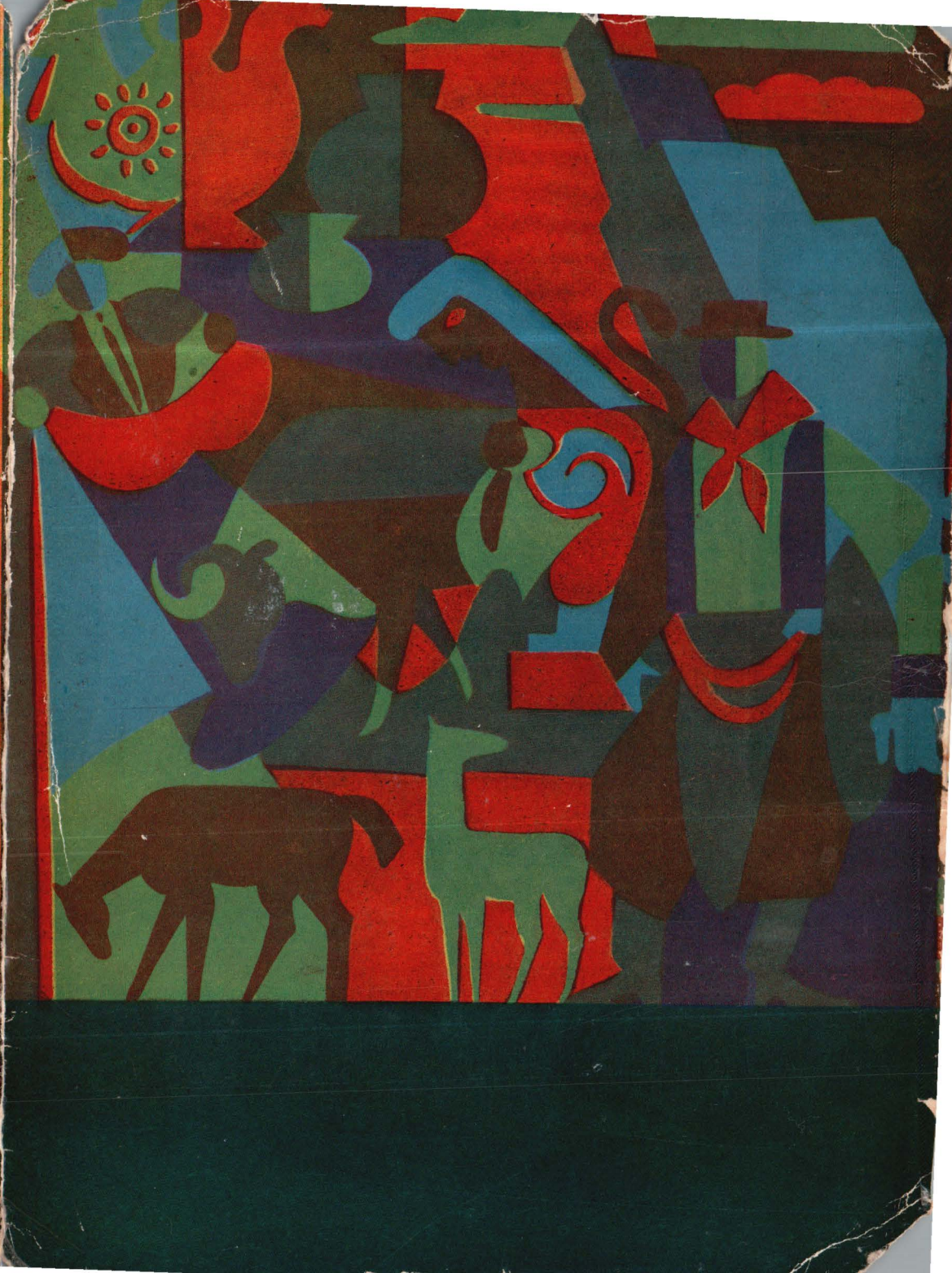
Las ciudades de Isabel, Ramón Cué, S. J.

Así se hizo América, Vicente D. Sierra.

Por la otra orilla, Agustín de Foxá, Conde de Foxá.

Granada
Parizzenob

PRECIO: 80 PESETAS



AGUSTÍN DE FOXÁ
CONDE DE FOXÁ

POR LA OTRA ORILLA

MADRID
1955

Precio: 80 pesetas

Printed in Spain

AGUSTÍN DE FOXÁ
CONDE DE FOXÁ

POR LA OTRA
ORILLA



EDICIONES
CULTURA HISPÁNICA

AGUSTIN DE FOXA
Conde de Foxá

POR LA OTRA ORILLA



MADRID
EDICIONES CULTURA HISPANICA

1955

En el umbral de los cincuenta estíos, "nel mezzo del camin" de una biografía millonaria ya en meridianos y en vivencias, Agustín de Foxá, universal y madrileño, no ha perdido el garbo poético de la mocedad, aunque ciña en las sienes el laurel de la consagración. Enamorado de las grandes síntesis, como buen español que es, ha logrado esta nada fácil de ser a la vez clásico y vigentísimo.

Foxá es ante todo el gran cronista poético de su tiempo. De su tiempo y de su espacio. Es incalculable su capacidad de transmutar en frescos sonetos la vida y el paisaje que le circunda. Muchas cosas importantes desfilaron ante su pupila y para todas encontró el verso definitivo. Poeta de la nostalgia de un mundo que se iba —esa estampa de Alabarderos, pálidas Duquesas y niños en el cochecito de la Plaza de Oriente que pintada por él parece limpia de pecado original!—, acuñó después, en la hora decisiva, la estrofa azul y de combate que cantó la juventud de España.

Su oficio diplomático —celebra en estos días las bodas de plata con la carrera— y la peripecia de gentes y de culturas que le llevó a vivir, han sido para él una estupenda trufa literaria. Porque en la sustancia, Foxá, como Unamuno, lleva siempre la Patria a cuestas y, esté donde esté, es rabiosamente y metafísicamente español y nada más que español. Pero en la anécdota, cuanto atisba y le rodea por ahí, se hace página, porque la diplomacia para él es también un género literario. Diganlo si no sus primeras evocaciones de Bucarest, de Sofía, de Constantinopla, con sus popes barbudos, las doradas cúpulas ortodoxas en forma de cebolla y las rosas, sobre todo las bellísimas rosas de Andrinópolis. Su breve paso por Roma —la Roma de 1940, de Mussolini y la primavera en la guerra— está cargado, excesiva y barrocammente cargado de anécdota. Y las noches de Helsinki, la heroica capital de Finlandia, donde

fué Encargado de Negocios. Mucho dice y mucho calla y exagera Malaparte de aquellos coloquios de sal mediterránea bajo un cielo de nieve y las rosas de pólvora de la artillería soviética. El diplomático español y el corresponsal de guerra de Italia viven un platónico festín, un dialéctico banquete de sol en la noche boreal. Una vez le dice el autor de "Kaputt":

—De no ser Foxá, querría usted sin duda ser Malaparte.
Y responde:

—De no ser Foxá me gustaría ser Bonaparte.

Luego (1943-1946) la recia España de Potsdam y —otra vez y en vital vicisitud— la Plaza de Oriente— la Plaza de Oriente de 1946. El poeta de la melancolía y el heroísmo encuentra ahora, en la fenomenal artillería de sus frases, su tercer ademán nacional. Su gracia —la gracia única del Foxá oral— fué también un arma de combate.

Desde hace diez años —Montevideo, Buenos Aires, La Habana ahora— vive y peregrina por la América hermana. La historia, que viaja infatigablemente con él, se hace opípara vivencia en esta geografía que es su mejor explicación posible. Un vehemente "ordo amoris" releva al proverbial impresionismo de su pluma. Y en artículos de prensa que son alarde de miniatura literaria está la ruta emocional de este cronista con retraso que descubre el paisaje suntuoso y se pregunta por las magias antiguas y evoca la llegada del primer trigo español a unos surcos sin abrir todavía, y canta, bajo los estandartes de la libertad, el himno de esta América de hoy que, atléticamente, se abre paso en la Historia.

Ha dicho como pocos lo que un español tiene que decir de América y lo que América dice siempre a la enamorada peregrinidad de un español. Y ha sabido decirlo agustinianamente, como su nombre, con esa dialéctica en la que el conocimiento y el amor se hacen íntima unidad. Porque, de la cruz a la fecha, se hizo consigna la frase ilustre: "El bien es la verdad en todo el esplendor de su belleza".

J. L. M.

Uruguay

Las fortalezas del Este.—La isla de Lobos.—Más sobre la isla de Lobos.—Un milagro cuando el vapor.—La tertulia de Zapicán.—Los sapitos de Darwin.—Adán y Eva del final.

LAS FORTALEZAS DEL ESTE

El Capitán de Navío español Julio Guillén sabe de todas las cosas; así nos explica el nacimiento del mito de las sirenas en la isla de Lobos, cercana, cuando emergen negras, chorreadas, las caras de los lobos marinos que, según él (en la bruma del atardecer o en la niebla), hicieron creer a los navegantes españoles que habían encontrado a las rubias enemigas de Ulises. O bien, en el parque del Fuerte de Santa Teresa, ante un pájaro colilargo (que aquí se llama tijereta), nos dice que fué la primera ave americana vista por Colón desde la «Santa María». El sabe dónde se encuentra la Capilla o la Sala de Banderas del Fuerte; y la combinación para abrir la caja de hierro en el remache de dos clavos; y cómo era el retablo de la Iglesia de Maldonado y el uniforme de los empelucados soldados de su majestad brasileña.

Vamos en la caravana de coches con el Ministro de España, Juan Pablo de Lojendio, quien me hace observar el perfil guipuzcoano de las casas de «Punta del Este» —«Marisco-nea» en el acantilado— y el mosaico, con la corona de Carlos V del faro, y el mástil, sobre las duras peñas del fuerte fronterizo de San Miguel.

Viajamos invitados por el Ministro de la Guerra, General Munar, quien, orgulloso de su stirpe, nos dice que sus padres y sus hermanos son españoles; y acompañados de este casi madrileño Subsecretario de Defensa que se llama el Capitán de Navío Travieso.

Campo verde, cuadriculado por las alambradas de los po-

treros. Allí los gruesos toros de Herefford, de cara blanca y cuerpo canela, el morro rosa, sobre el pasto, espejeante de agua; a veces, metidos hasta el vientre en una charca, verdosa de berros y plantas acuáticas, semejan —sin patas— el buey roto de nuestros Nacimientos. Y vacas, salpicadas de espuma blanca, la piel rojiza. A veces, un esqueleto amarillo o la larga calavera de un caballo sobre una «cuchilla», que hará de noche, con su fosforescencia, creer a los gauchos «troperos» que está allí la «Luz Mala», la que no se puede ver sin peligro de muerte; porque también las bellas leyendas navegan en los barcos emigrantes, y, sin duda, así llegó al Plata, transformándose, la luz, funeraria y gallega, de la «Santa Compañía».

Todo el paisaje está aprisionado en una gigantesca tela de araña de alambres. Estos acabaron con el «matrero» romántico, de facón y guitarra; del «payador» que repentizaba en los «boliches» y que ha quedado, vivo y palpitante, en las páginas del *Martín Fierro*. Todavía alguna carreta, con sus tres parejas de bueyes y su toldo casi navegante de fragata, por la gran llanura ondulada. Y un «dinyera» con el pantalón bombacho sobre la bota alta; el chiripá —como un pañal de recién nacido—, el pañuelo rojo al cuello y, bajo el sombrero, los rizos canosos. Son como cigarras ambulantes que van de estancia en estancia, donde, por una vieja costumbre, tienen derecho a comida y a una noche de hospedaje.

En los postes de telégrafo, en los árboles, la casa del hornero, prodigiosa de construcción, porque este pájaro arquitecto fabrica un vestíbulo y dos habitaciones, en una de las cuales anida la hembra. Esta piadosa ave descansa cada siete días, festejando así un domingo religioso del bosque. El hornero, con el «chajá» y el «tero», son los tres pájaros rioplatenses; han entrado ya en la literatura. Y Florencio Sánchez hace que el protagonista de una de sus comedias (cuyo hogar ha sido destruido), intentando romper, en vano, en el tercer

acto el nido de un hornero exclame: «es más difícil destruir la habitación de un pájaro que el nido de un hombre». Un chajá se ha levantado, como un almohadón de plumas dentro del cual hubiera un desnudo pajarillo minúsculo, pues es todo plumaje; vuela a gran altura, y es casi más aeróstato que avión con motor de alas. Y ya están chillando los «teros», con su garra prehistórica en el muñón de sus alas y sus picadas feroces sobre los jinetes que se aproximan. El tero acompañado de su hembra, que, para desorientar,

*En un lado pega el grito
y en otro pone los huevos.*

Como cabezas en picas, por el horizonte, las siluetas erguidas de los ñandúes, el avestruz americano, de plumón ceniza y blanco, con largas patas, que adelanta al caballo en la carrera y al que se caza, como en los tiempos de los charrúas, arrojándoles las «boleadoras».

Corremos bajo el palmeral de Rocha, que, según se dice, atraviesa en diagonal toda la América de noreste a suroeste, trazado por los Incas, y que nos llevaría al Altiplano Imperial del Cuzco. Otros afirman que estas palmeras fueron plantadas por los jesuitas para orientarse por el territorio de las Misiones. Leyenda o realidad, es bello imaginar este camino aéreo, de grandes y verdes penachos.

Hemos dormido en la «Coronilla», frente a una de las costas de más pescado del mundo. Por aquí se pescan los tiburones, con su terrible boca triangular. Una sola empresa sacó el año pasado más de cuarenta mil ejemplares, algunos de más de 160 kilos. En el vientre de uno de estos escualos se encontraron tres pequeños lobos marinos. El tiburón, el anti-guo tigre del mar, únicamente útil para las novelas de Julio Verne y de Salgari, al que apuñalaban los negros buceadores, ha tenido la desgracia de que, en ese alfabeto implacable de las vitaminas, haya correspondido la letra A a su hígado. Esto

acabará por hacerlo desaparecer. Por la mañana están enlodados los caminos. Una greda rojiza, como para escultores. Subimos hacia el fuerte de San Miguel. Se trepa por cerradas curvas. Esto es ya un paisaje semitropical. Grandes pitas y palmeras de caídos flecos. Una vegetación verde, enmarañada, y como recién llovida. Se presiente ya al Brasil, a cuya frontera nos acercamos.

Unos muros de piedra cubiertos por un musgo color de oro. Es un fuerte español del XVIII, en miniatura, como una «Ciudad Rodrigo» comprimida. Unos fosos con agua verde estancada, con flores amarillas en los bordes; y frente a las murallas una almazara o prensa para el aceite de los cocos. Aquí está la cocina de piedra; la capilla, donde se va a reponer el arcángel de oro, con alas azules sobre el verde barro infernal del diablo; los dormitorios, con los huecos en la roca para los candiles de aceite; el polvorín pétreo, el almacén. Y en la muralla, las garitas y los cañones barrocos del XVIII, con adornos de jarrón de Aranjuez. Se ve, desde la muralla, el arroyo de San Miguel, espumeante y tersa y clara la Laguna Merim, rosada en zancudos flamencos al atardecer, como si guardasen en sus plumas las últimas luces del sol. Al otro lado está el Brasil. Y es emocionante comprobar cómo el Uruguay ha sabido reconstruir estas viejas piedras de España, que eran la punta más avanzada, en esta parte, de sus viejos dominios.

Luego, otra vez la carretera. Toros enormes que recibirán las moñas rosas y azules y las medallas de oro o de plata en las «Rurales» de Montevideo o Buenos Aires. Entramos por el parque que rodea a la fortaleza de Santa Teresa, edificada por el español Pedro de Ceballos sobre las ruinas de una anterior portuguesa construída en 1762 por Freire de Andrade, Conde de Bobadela. Es más amplia que San Miguel. Amablemente, el General Munar nos conduce por aquella ciudad de piedra. Allí está la gran capilla berroqueña, con sus cortinas rojas —la capilla, corazón espiritual de las fortalezas españolas—,

y el cuarto del Comandante, donde colocaban las banderas; los dormitorios, en los cuales han puesto ahora vitrinas con viejos recuerdos. Nuestro compatriota Guillén promete enviar fusiles y uniformes de la época, que darán vida y color a estos muros militares.

Está lloviendo sobre la hierba menuda que crece entre los grandes edificios con su cintura de murallas de tipo rasante, con el cual el mariscal Vauben cambió el arte militar. Se evocan aquí los vivos uniformes azules con sus vueltas rojas y pantalones blancos, y a comandantes todavía empelucados, como este óleo del Conde de Bobadela, con su armadura plateada, con la Orden del Cristo, blanca peluca, manta azul y banda roja. Allí se ve el primitivo escudo de Montevideo, con su castillo bajo la corona real y el lema: «Es mi corona Castilla», sobre seis banderas enemigas abatidas. Y la bandera del Rey hasta 1785, y las armas de la ciudad de Maldonado, con heráldica marinera, donde cruza por un fondo azul una ballena de dieciochescos surtidores, como los de las fuentes de Versalles. Y tras otros cristales, puntas de flechas y toscas boleadoras de las charrúas, cazadores de venados, cuyas «tolderías» ocupaban toda esta región cuando las carabelas de Solís fueron a descubrir el «Mar Dulce», luego llamado «Río de la Plata». Por un portalón de piedra (en cuyo umbral un pequeño «cardenal» con la púrpura de su puntiaguda cabeza salta incesante), la espuma implacable de la terrible costa de Rocha, el cementerio marino, donde hay cientos de barcos naufragados.

Sólo en América se forma una idea de la dimensión de España; porque aquí, frente a la selva del Brasil, y en los Andes, y en el Callao de Lima, y en Cartagena de Indias, por todas partes, quedan restos imperecederos de sus piedras amasadas con gloria.

Tornamos. Ha caído la noche. Millones de luciérnagas (bichitos de luz) fingen una constelación caída sobre el pasto.

«Parecen ciudades encendidas» —dice Guillén—. Sí, pequeñas ciudades encendidas bajo nuestros pies de Gulliver.

Los indios aborígenes, cuando por estas latitudes llegaba el verano y se incendiaba con esta tranquila luz de luna todo el campo, metían estos bichos de luz en vasijas de barro agujereadas. Era su linterna primitiva e ingenua, con la que se alumbraban por las praderas, con su pila animal y palpitante. Ahora, ya lejano, se distingue el faro de Lobos barriendo las olas. Y Punta del Este, como una guirnalda.

LA ISLA DE LOBOS

Todas las islas huelen a adolescencia. Son una ilusión escolar; una evasión de los textos, del estudio metódico, hacia la libre vida de la naturaleza. Todos hemos tenido una isla desierta, con sus acantilados de espuma y la misteriosa huella de un pie humano sobre la playa, como una corona de piedra sobre nuestras cabezas infantiles.

Y ¡ay del que no poseyó una isla de gaviotas en su niñez, porque no pasará de triste empleado u oficinista!

Robinson es el primer héroe insular, bíblico y moralizador; como un Juan Jacobo Rousseau, con su loro y su parasol de pieles.

Julio Verne nos hizo una isla progresista de ingenieros, pero ya colectiva y sociable, como buen francés, y con un dios científico —el único que admitía la época— llamado el Capitán Nemo, que la protegía.

No recuerdo ningún Robinson católico, como no sea aquel «joven ermitaño» de Smith. ¿Pero acaso los anacoretas, aislados en los desiertos, no son también grandes Robinsones en tierra firme?

Las islas más interesantes de Sudamérica no están en este mar, sino en el otro, en el Pacífico. Entre sus verdes olas, enfriadas por la corriente de Humboldt, se encuentra la misteriosa isla de Pascua, hirviendo de leprosos, con sus enormes y misteriosas caras de piedra o «mohai». La isla de Juan Fernández, que parece ser la de Robinson Crusoe, y aquella otra denominada «de los Galápagos», tan fatal para la cultura espiritual de Occidente y para la dignidad humana, donde el

rubio Carlos Darwin, estudiando sus tortugas e iguanas, fabricó la «Teoría de la Evolución», que pretendió sustituir al rosado Adán por el peludo gorila.

Navegamos esta mañana por un profundo y verdoso mar levantado, en la pintoresca barca de Amador, un pescador asturiano que se dedica a la grasienta anchoa; llevamos sacos de cemento y unos humildes juguetes: un triciclo colorado, una muñeca y una pelota entre redes. Porque hoy es día de los Reyes Magos en el ardoroso verano del Uruguay y vamos a alegrar los altos balcones de los hijos del farero.

Un lobo marino, muerto, hinchado como un negro balón lustroso, nos cruza con su hedor. Sobre él, gaviotas.

Nos acercamos a la isla, con la espuma de sus rompientes y el faro enhiesto, como una torre medieval, con un diamante en las almenas.

Entre las rocas, por la playa, la negra muchedumbre de los lobos o leones marinos; parece un mitin, pero,afortunadamente, no son hombres. Su masa negruzca confunde; como los impíos pingüinos de Anatole France engañaron al cegato San Maël.

Hay más de doscientos mil en esta pequeña isla salvaje.

El mar ya es azul y brama hecho espuma, entre las rocas. Rocas que, a veces, se mueven y rugen. Porque un misterioso mimetismo ha dado a los lobos marinos una piel con azules y verdines dorados de roca batida por las olas, y con el morro levantado semejan inmóviles y picudos peñascos.

Desembarcamos. Un olor a aceite de hígado de bacalao, a pescado frito, podrido. Y, al andar, hacemos crujir un suelo de piedrecillas y de conchas y huesecillos calizos que se quiebran.

Los lobos enormes se desperezan al sol. Algunos pesan más de seiscientos kilos. Son como pellejos henchidos de aceite, con su enorme cabeza de león o de perro mojado y sus patas semi-aletas, como negros paraguas chorreando.

Huyen bramando, al acercarnos, hacia la fresca orla de la espuma. Y aquí se preguntaría un evolucionista: ¿Son cuadrúpedos perezosos que vuelven al mar o enérgicos cetáceos que ansían dominar las praderas?

Recorremos la isla bajo un blanco dosel de gaviotas chilladoras. Entre las rocas, con charquitos de viva agua salada, salpicada del mar, sus nidos, para desayunos de Robinsones. En la mayoría se están rompiendo las cáscaras. Aquí, un pollito moviéndose, con una gota de sangre dentro del cascarón.

También es el mes del parto de los lobos. Es una eclosión salvaje, alegre y marinera de la vida, con sol, cielo añil y un aire de salitre.

MAS SOBRE LA ISLA DE LOBOS

Toda la isla está cubierta de helechos enanos que nos mojan con su fresco rocío, y de una hierba suave, de seda. Pero no se puede ir descalzo, como apetecíamos, por temor a los «bichitos colorados», que se meten dentro de la piel y que ya llenaron de picazón a los descubridores españoles que acompañaron a Solís.

Desde lo alto del acantilado, en la otra vertiente de la isla, vemos a los «pelucas», los grandes lobos de crines doradas que merecen el nombre de «leones marinos». Son como empelucados petrimetros del siglo XVIII que no se mezclan nunca con los ordinarios, a cuyas hembras ahuyentan si se acercan a la playa, como si se tratase de una *mésalliance*. Demostrando así el profundo sentido aristocrático de la naturaleza, que además está dividida en tres reinos.

—Mire —me señala un pescador— a las madres enseñando a nadar a sus «pichones». Llaman así a los pequeños lobitos que, trabajosamente, levantan espuma bajo la mirada materna y benévola. En torno, nadan los grandes machos, formando un semicírculo vigilante para evitar los ataques de los tiburones, en cuyos vientres varias veces se han encontrado hasta tres pequeños cadáveres enteros.

Este terrible «tigre del mar» ataca a los lobos aislados. Y alguna vez ha llegado, flotando, hasta el cercano Punta del Este el tronco de algún lobo, al que le habían amputado la cabeza de una sola dentellada.

El lobo marino —a pesar de que cada ejemplar devora

de 25 a 30 kilos de pescado diario— es beneficioso para los pescadores.

Porque en manada, nadan hasta la meseta continental, donde están los grandes bancos de peces, y desde allí, desplegados en semicírculo, los ojean, acercándolos hasta sus hembras y crías y plateando de escamas toda esta costa.

Pero la rapacidad y codicia del hombre, que no sabiendo ya qué explotar destruye la selva para el papel mentiroso de la mayoría de los periódicos, pretende captar la energía del rayo y del volcán, industrializa las algas y mancha de carbón la blancura del Polo, ha llegado también hasta la isla desierta.

Todos los años, en determinada época, llegan unos hombres que hacen subir a las manadas de lobos —tan torpes en la tierra— hacia el interior de la isla, alejándoles de las espumosas costas salvadoras.

En una especie de corrales les destrozan el cráneo —para no agujerear la piel— con unos grandes palos, en cuya punta hay una bola de plomo. Más de doce mil perecen cada año. Y desde los barcos que cruzan estos mares se oyen sus lúgubres aullidos de agonía.

He visto sus cráneos rotos, sus esqueletos aún con carne, chafando los pequeños helechos, y el montón de gruesas piedras, sacadas de sus vientres, que tragan para lastrarse y zambullirse más rápidamente.

Para fabricar una serie de superfluos objetos, estúpidos e inertes —un bolso o una pitillera—, con el marfil de un diente se termina, en un pestilente y seco corral de cabras, con la fresca hermosura espumeante de los leones marinos.

UN MILAGRO CUANDO EL VAPOR

Creo un poco injusto llamar «estúpido» al siglo XIX. Fué, simplemente, pedante. El primer pitillo; la primera aventura ilegítima.

El humo de ese pitillo de adolescencia sale de la máquina de vapor.

A pesar de los «Derechos del Hombre» y de la libertad de pensamiento, de creer al individuo capaz de derribar al Estado y a Dios de su trono, fué un siglo empeñado en empequeñecernos, en convertirnos en ciudadanos de Liliput.

Frente a los escudos medievales que procuraban entroncarnos con San Luis o con Adán y Eva, se pone a la cabeza de nuestro linaje a un encorvado chimpancé.

Y la lenta elaboración de la mujer, hasta transformarla en dama y subirla, con Dante, a las estrellas teológicas del noveno cielo, es aniquilada, convirtiéndola en una hembra de mamífero y explicando que el carmín de sus labios es una garantía de salud para la reproducción.

Nada halaga más a los barbudos y enchisterados astrónomos de entonces, miembros de todas las Academias y con la roseta de la Legión de Honor en el hojal de su levita, que asegurar que la tierra es una partícula imperceptible de ese polvo estelar que se llama nebulosa.

Ahora estamos ya un poco de retorno de todo eso y nos hace sonreír Campoamor cuando llama nada menos que «Genio de las Artes» a un simple jefe de estación; y dice que una locomotora, que hacía treinta kilómetros por hora, pa-

recía un león «con melena de centella». En cambio, lo natural y sencillo de su verso, aquella manta zamorana, que tenía más borlas de oro y grana «que todos los cerezos y los guindos que en Zamora se crían», eso no puede pasar de moda.

El siglo XIX está más vivo en América que en Europa, y no hay que olvidar que su enseña política, el liberalismo, es la Covadonga de su emancipación.

Pero contra todas las conjeturas de los espíritus fuertes, también en el XIX hubo milagros.

Así este milagro americano, hacia el cual navegamos y que tiene un perfume del medioevo de Europa.

Viajamos por un mar picado rumbo a la isla de Logos. Las olas son verdes y profundas, surcadas en tiburones, y rompe fresca la espuma en torno a un islote de hierro.

Es la caldera, que emerge, del vapor español «Santander», naufragado por estas costas hace cerca de noventa años.

El barco —no sería si no español— llevaba una Virgen, que llegó flotando milagrosamente hasta la ciudad de Maldonado. Ahora está, como Patrona, en su iglesia, entre floreros de cristal y velas encendidas.

Exactamente como en el siglo XIV arribada al palmeral y las luminosas playas de Elche, junto a Alicante, la imagen de la Asunción, flotando dentro de una arqueta con la inscripción: *Soc pora Elig (Soy para Elche)* y los papeles de «La Consuetas», que originó esa maravilla de «Misterio», con música medieval mozárabe, donde baja el ángel cantando dentro de una granada de oro, estrenada el 19 de diciembre de 1370, y que es, sin duda, la ópera más antigua del mundo.

Porque sin ultramundo no se fecunda el espíritu, ni surge la pintura, ni la música, ni la arquitectura.

Nuestro barco vira en torno a la caldera herrumbrosa del

«Santander», sobre la cual se posan, como Espíritus Santos alargados, pintados por el Greco, blancas gaviotas.

Un milagro digno de las *Cantigas* del Rey Sabio o de la ingenua estrofa de Gonzalo de Berceo, en la época del vapor, que hizo incrédulos a nuestros abuelos.

LA TERTULIA DE ZAPICAN

Las ciudades marítimas no forman parte de los territorios en los que están enclavadas. Son provincia de esa gran nación que es el mar; capitales de su inmenso mapa azul.

Así, «Punta del Este» está abierta a todas las emociones de los marineros. La carretera que va de Montevideo a esta blanca ciudad de veraneo cruza un gran parque exótico, con árboles de la India, de Guinea y de Java. Porque a su dueño, que está enterrado de pie, como Lázaro, mirando, sin ojos, hacia la costa, en medio del jardín, le traían semillas exóticas sus amigos, los capitanes mercantes.

Fué esta costa el cementerio de los veleros y de los primeros barcos a vapor. Y todavía se ven antiguas chimeneas o mástiles emergiendo entre el oleaje.

En Punta del Este no se habla de gauchos ni de hectáreas, sino de pesca, de naufragios, de grandes barcos desaparecidos.

Ayer pasó por aquí el «Del Norte», de madrugada, encendido como un pequeño trozo de Nueva York.

Zapicán Rodríguez es el jefe naval del Departamento. Sus hermanos se llaman Yamandú y Abayubá. Los tres son nombres de los héroes charrúas, cantados por Zorrilla de San Martín en su poema *Tabaré*, que es como una *Iliada* cristiana con estrofas románticas de Bécquer.

A Zapicán le platean sus sienes y muestra un perfil andaluz, oliváceo, casi gitano. Es un marino que ya cultiva rosales frente al mar.

Nos cuenta el combate del «Graff-Spee», entre el relampagueo de las andanadas. Y cómo vió al barco alemán navegando inclinado, ya herido, rumbo a Montevideo.

Pone la carne asada, nevada por una costra de sal, sobre el cristal de su mesa, que es una rueda de timonel.

El llevó en su barco a Amado Nervo, muerto en Montevideo, hacia Méjico, y colocó varias veces en su sitio su cabeza vacía de versos sonoros, zarandeada por los golpes del oleaje.

Lamenta cómo el Océano se va despoetizando.

—Ya —dice señalando su mesa, que es como una estrella de madera— ni siquiera en esta rueda se posan las manos del timonel.

Ahora se marca el rumbo y un aparato mecánico conduce el barco. El timonel, vigilante, con su capucha de hule contra los chubascos, está desapareciendo. Pronto no valdrá la pena navegar.

Y evocamos, con él y con el marino español Julio Guillén, ante unas copas, el bello mar antiguo.

—El Atlántico —les digo— es el mar de la Edad Media. El *Mare Tenebrosum*; como el claro Mediterráneo, con Ulises y sus rubias sirenas, es el mar sonriente de Grecia y Roma.

En el Atlántico hay un misterio y hasta un castigo bíblico: la Atlántida. Y en lugar de Venus naciendo desnuda de la espuma, la isla de San Brandano o de los Siete Obispos, que dijeron su misa, creyéndola islote, sobre una ballena. Es un mar eclesiástico, con lámparas de aceite. Con aquellas agrias vírgenes del mar, de senos enjutos, y monjes malditos de cerquillo y cogulla, nadando con sus gruesas colas de pescado.

Y Guillén habla de los «Santos Cuerpos» («¡Oh Santos Cuerpos verdadeiros!») de las narraciones antiguas, y que eran las luces fosforescentes que brillaban en los palos o antenas de los navíos. Cuerpos Santos o fuegos de San Telmo, San Nicolás y Santa Clara, que al apagarse gotecaban sobre

las tablas de cubierta una derretida cera verde, como la de la Inquisición. Y recuerda el proceso, narrado por el Padre Feijoo, sobre el extraño «Hombre-Pez» de Liérganes, pescado entre redes y que tenía los pies palmeados.

«Soara», la gran perra blanca y negra, ha ladrado hacia el mar, como si olfatease el misterio.

—Los vascos —añade— tenían su Cofradía de Pescadores de Ballenas. Mandaban la lengua, grasosa, del cetáceo al Rey de Castilla como regalo.

Y recuerda que en algunos pueblos vascos aún se ven sus grandes vértebras como bancos a la salida de las iglesias.

Zapicán nos habla de un buzo que encontró las ruinas de una ciudad, como una perla, en el fondo turbio del mar de los Sargazos.

—Pero ya no hay islas que descubrir —dice con nostalgia—. Y piensa que el radar va a convertir a los marinos en electricistas o técnicos de radio.

Sediento de misterio, nos enseña una tela hindú que le trajo un capitán mercante, sacada de un templo budista. Y se coloca, sonriente, un bonete chino.

En la pared hay un sable de «samuray», regalado por un Cónsul veraneante.

—Ahora parece —dice— que se van a industrializar las algas.

Zapicán se asoma al mar entre sus rosales.

—Si no cambia el viento —comenta—, mañana podremos llegar hasta Lobos.

En la noche diáfana, estrellada, brilla, fosforescente en diamantes, y algo inclinada hacia el horizonte, la Cruz del Sur.

—Queda esto —afirmo señalando al cielo—, las estrellas.

—Con el radar —me contesta— están ya manoseando a la Luna.

Pero «Soara» sigue ladrando hacia las olas. Y pienso que

los hombres vamos a morir, espiritualmente, por exceso de razón. Porque únicamente para esta perra el mar es todavía un misterio fabuloso.

Habrá que volver a lo instintivo para refrescar de sorpresas al mundo.

LOS SAPITOS DE DARWIN

Ya se va perfumando de leyendas «Punta del Este». Hace unos años era una playa desolada, con unas cuantas casas donde silbaba el viento. Como «Punta Ballenas», con su roca horadada, frente a la espuma, donde juegan a la baraja sobre una mesa con botellas unos marineros descalzos, plateando la entrada los peces que cuelgan de sus cañas.

Un amigo mío bautizó un barrio, Cantegril, con el nombre del héroe de una novela francesa que estaba leyendo. Pero este nombre, en la delantera del autobús de servicio, se está haciendo ya definitivo.

Punta del Este no es una ciudad que se construye, sino que crece como un árbol.

Entre los pinos clarea el chalet del que mató por celos a su mujer. Y en los médanos de la «Playa Brava», con sus espinos, frente a la gelatina palpitante de las estrellas de mar, aparece cerrada esa casa jamás habitada, con sus verdes ventanas, que levantó un inglés frente al trozo de mar donde se ahogó su hermano. Concepto muy anglosajón el de esta casa —en vez de una tumba—, para un muerto sin cadáver; mansión de reuniones espiritistas, sin un solo mueble, pero con chimenea, oscuros y largos pasillos y fríos espejos.

Aquí, un propietario «progresista» ha puesto estatuas, matronas, Justicias y Libertades, entre las rosas. Y hay la avenida de «La Virtud» y la plazoleta de «La Fraternidad». Toda la teología, ya ingenua, de la Revolución francesa.

Y como capilla o ermita de esta nueva religión de la cien-

cia, se alza un templete de tela metálica, sobre cuyas menudas y húmedas piedrecillas saltan y se mueven, perezosos, los sapitos diabólicos de rugosa piel de color carbón, con vientre escarlata y patas de un carmín encendido. Abajo, se lee una inscripción donde se explica que son llamados así por «ser capaces de dialogar con Eva», y que deben el nombre al gran naturalista Carlos Darwin, quien pasó por estas costas hacia 1832 y pernoctó en la vecina ciudad de Maldonado.

El alto y rubio Carlos Darwin había penetrado, a bordo del velero «Beagle», por las aguas color tierra del Río de la Plata.

Darwin recorre la Pampa, y bajo un ombú descubre unas chozas con techo de paja. Es el campamento del General Rosas. Allí está, con sus duros ojos azules, el gaucho de «Los Cerritos», rodeado de sus hombres, con sus túnicas coloradas con una mazorca bordada, que sus enemigos traducirán —utilizando la confusión criolla de la zeta y la ese— en «más horca», aludiendo a su expeditiva justicia.

Darwin, en este viaje, muestra ya la obsesión anglosajona por el baño, y esa otra de llamar «tirano» a todo el que no sigue fielmente los postulados de la política de Londres.

Naturalmente, no entiende al General; y unos días después, en Buenos Aires, dirá que por el hecho de lavarse la cara «produjo una tremenda impresión» entre los porteños.

Era la etapa «botánica» del mundo, precursora de la «progresista e industrial» que ahora padecemos. Leed el libro de Von Hagen cuando, frente a los «crueles» caballeros conquistadores «cubiertos de acero y escupiendo fuego», presenta a los hombres de ciencia europeos «destruyendo leyendas y descubriendo hechos».

Según el señor Von Hagen, Suramérica comienza en diciembre de 1734, cuando la «Académie de Sciences», de París, encarga a La Condamine las mediciones del arco de meridiano en el Ecuador.

Esta fecha se quiere hacer válida y contraponerla a nuestro «12 de Octubre». Como si engendrar un hijo fuera menos importante que explicarle una asignatura (ya enseñada, por otra parte) del bachillerato.

Con el viejo truco de la Ciencia —con mayúscula— se nos quiere arrebatar el alma de América.

Los hombres de La Condamine llevan a París, con unción religiosa, trozos del volcán «Chimborazo».

América se abre a la civilización por las cajas de hoja de lata para guardar insectos, por los estantes y las pinzas. De nada sirven las catedrales barrocas edificadas en pleno Trópico, los autos sacramentales en los Andes nevados de Arequipa, las Universidades de San Marcos de Lima, las imprentas de Méjico, funcionando ochenta años antes que las inglesas en Norteamérica. Lo importante es el «teodolito», no la Cruz. Los vasos sagrados de los incas son analizados químicamente. Históricamente gritará el geógrafo francés D'Auville: «¡Traedme ángulos, señores, y triangulaciones! ¡Yo soy implacable con las leyendas!»

Porque hay que llevar a la joven América la manía senil y cartesiana del racionalismo; urge acabar con las leyendas del fabuloso «Lago de Manoa». Es preciso exportar al Nuevo Mundo el tedio de clínica de Europa.

Se presenta a La Condamine, a Humboldt, a Darwin, a Spruce, como heroicos descubridores, en un continente bárbaro y cerrado, en plena selva virgen.

¡Curiosa amnesia de más de dos siglos y medio de cultura teológica y científica, de perfectas cartas marineras, de bibliotecas, de libros de ciencia, de diccionarios indígenas!

Porque Humboldt, con su casaca color tabaco, con espigas y amapolas bordadas, se despide de un Carlos IV, pintado por Goya, en los jardines de Aranjuez, antes de emprender el viaje hacia América. Y lleva cartas de recomendación del Rey, con su sello en cera, para sus Gobernadores y Capitanes generales de Indias.

Y anteriormente, La Condamine, que había partido acompañado de nuestro gran matemático Jorge Juan y Santacilla y del joven científico Antonio de Ulloa, había reposado en las ciudades del virreinato, en mansiones con sedas, cornucopias y retratos al óleo, y enamorado a señoritas que cantaban romanzas al piano, bajo verdes o rojas velas perfumadas.

Y todos ellos encontraron en plena selva posadas reales y misiones de jesuitas, que les proporcionaron piraguas, con tripulación y hierbas medicinales, y toda clase de noticias e indicaciones para navegar por inmensos ríos, ya explorados.

En esta terca obsesión de ignorar lo hispánico, tengo noticia que se ha publicado un libro titulado *Contribución de los españoles al descubrimiento de América*. Sería tanto como afirmar la leve influencia de Jesucristo en la Iglesia Católica.

Porque es muy fácil, cuando un mundo está ya descubierto y conquistado, y honda y profundamente colonizado, introducir «con alma botánica o eléctrica» la «botella de Leyden» o estudiar los «excrementos marinos de las islas Guaneras».

Por eso juzgo muy interesantes a estos sapitos de Darwin con su barriga colorada. Pero no creo justo fijar los orígenes y la genealogía de la cultura hispanoamericana en tan bajo origen zoológico.

ADAN Y EVA DEL FINAL

El escultor Juan Zorrilla de San Martín ha venido a cenar conmigo. Es hijo del poeta de su mismo nombre, autor de *Tabaré*, el poema nacional del Uruguay, la *Iliada* de la extinguida raza aborigen.

De sobremesa, con los licores, hablamos de los «charrúas». Nada se conoce de ellos. No tuvieron escritura, y ya se sabe que no hay Aquiles sin Homero; y que el sitio de Troya pervive, y ha pasado a las bandejas y a los tapices, porque, evidentemente, tuvo un buen cronista de guerra.

Los «charrúas» tardaron siglos en encontrar al suyo. Zorrilla San Martín les creó un poema épico con rimas líricas, como las de Bécquer.

Zapicán, Abayubá y Yamandú desfilan heroicos por sus páginas. Uno de ellos, atravesado por una lanza española, trepa por ella hasta la altura del caballo (agrandando su propia herida) y mata al caballero. Los «charrúas» fueron, verdaderamente, valientes. Tan valerosos, que hicieron frente a los españoles del xvi, que eran los mejores soldados de Europa.

A su gran río, en cuyas márgenes acampaban, le llamaron, poéticamente, «Uruguay», que según unos significa «río de los pintados pájaros» o «río del caracol», y según otros, «río de la caverna donde hay pájaros». Habitaban en tolderías y cazaban el venado con boleadoras. En verano metían las luciérnagas en vasijas agujereadas y se alumbraban con su breve luz lunar.

Los «charrúas» estaban en el Neolítico cuando las naves de Solís llegaron al Plata, con todos los primores de orfebrería, dagas y filigranas del Renacimiento.

Solís, con su «ceceo» de hombre de Lebríja, llamó al actual Río de La Plata «Mar Dulce», después de probar sus aguas. Siguió, en cierto modo, la etimología guaraní, que lo denominaba «Paraná-guazú», es decir, «grande como mar». Tras enterrar a su cocinero en una isla, que de él tomó el nombre de «Martín García», Solís desembarcó frente al Uruguay, pero, sorprendido, fué muerto a flechazos por los «charrúas». Fué aquélla una de las pocas victorias de los intrépidos aborígenes, pues, derrotados posteriormente por Garay, se internaron en las tupidas colinas o «cuchillas» y languideciendo a través de los siglos. En 1831, el General Rivera exterminó en Queguay a los últimos «charrúas».

El autor de *Tabaré*, aunque español por su sangre, duda ante la utilidad de su sacrificio y su destino. Y termina por hacerse, generosamente, solidario de ellos.

*Pero algo sois; el trovador cristiano
Arroja, húmedo en lágrimas,
Un ramo de laurel en vuestro abismo
Por si mártires fuisteis de una Patria.*

En su idioma, ya olvidado, existía una palabra emocionante. Pues en la angustia y zozobra de su oscura barbarie, llamaron a Dios: «Tupá», que significa «¿Quién eres?»

Del mismo modo, en el lejano Cuzco, en las fiestas del Sol o del Inti-Ramy, entre las momias en cuclillas de los helados incas, con la borla roja sobre las apergaminadas cabezas, preguntaban los sacerdotes al Creador desde la Capilla del Trueno:

*¿Adónde estás? ¿En lo alto del cielo o abajo?
¿Sobre las nubes, o en los nublados de la tempestad?*

A estas preguntas las carabelas de España trajeron la respuesta, heredada de la Biblia. Al Tupá o «¿Dónde estás?», el Hacedor contesta: «Yo Soy el que Soy». Este breve diálogo, a través del Atlántico, es toda la esencia y toda la justificación de la Conquista.

Y como hubo unos rosados y adolescentes Adán y Eva en el jardín primaveral, con minuciosas y esmaltadas manzanas de tabla florentina, en el principio del mundo, así también existieron unos melancólicos Adán y Eva «charrúas» en el final de su stirpe. Ella se llamaba Guyumusa; él, Viama-perú. Yo he contemplado sus bustos, sus vaciados en bronce. La Eva «charrúa» es como una tosca japonesa. El Adán tiene pómulos salientes, ojos oblicuos, lleva coleta y ostenta un bigote lacio y caído.

Junto a sus bustos están sus calaveras renegridas y sus huesos ligeramente rosados.

Estos últimos «charrúas» fueron llevados a Francia en 1832 y figuraron en la Exposición de París como ejemplares curiosos, como «bichos raros» de una raza que desaparecería irremisiblemente.

Las bellas damas enguantadas que bajaban de los coches de caballos, de grandes ruedas con radios colorados; los petimetres de «fraques» verdes o marrones, se asomaban al cercado de blancas estacas para verles preparar sus «yuyos», cebar el mate o fajar a su hijo.

Y un dibujante, F. Curel, llegó una tarde con su caja de pinturas; y con esos dulces e ingenuos colores, que sólo da la acuarela, pintó a él con su cara ancha y ennegrecida, con su piel marrón de venado sobre los hombros, un carcaj de flechas a la espalda, el pantalón amarillo con franja gris, y a la cintura, colgando, las boleadoras. Y a ella, acurrucada en el suelo cubierta con un mantón de rosa pálido.

Eran ya maduros; el clima húmedo y nublado de París no les sentaba. Y la nostalgia de sus grandes llanuras

soleadas les fué matando poco a poco. Y sin embargo, antes de perecer, tuvieron un hijo.

Juan Zorrilla de San Martín, el autor del admirable bronco del Viejo Vizcacha, ha descubierto, últimamente, las huellas de este último vástago.

El hijo del Adán y la Eva del Final vivió triste y oscuramente en París. Y murió en Tolón, sin duda buscando un sol parecido al de sus «cuchillas» nativas.

Nadie imaginaría, al contemplar a aquel humilde cargador del puerto, con su gorrilla de visera, como los obreros de Zola, que era hijo del gran cacique del río Ibicuí, último de su raza; que a su nacimiento en París habían asistido los principales miembros de la Facultad de Medicina, para estudiar las costumbres y los ritos de un pueblo que se borraba de la historia. Y que en su idioma, que con él acababa, se nombraba a Dios con una angustiosa interrogación.

LOS MONOS EN LA LITURGIA

El padre Laburu ha proyectado un *film* en colores de las Misiones jesuíticas del Paraguay. Hace unos meses recorrió, con su máquina, las ruinas de la gran República guaraní, de la gran Utopía de la selva, del estado comunista y teocrático.

Cuando Carlos III suprimió en Indias la Compañía de Jesús, la selva se sintió liberada. Los enormes árboles crecen junto al Sagrario. Una rama penetra, brutal, por el ojo hueco de una vidriera; y las charcas fangosas, con burbujeo de batracios, espejean entre los muros sin techo. Ved esas raíces nervudas, ahogando a un capitel. Son los dedos «naturalistas» de Juan Jacobo Rousseau estrangulando a San Ignacio.

Que tan poderoso es el espíritu, que los misteriosos vaivenes de la cultura se hacen tangibles y evidentes, como esa rama o aquel árbol.

¿Qué es el Partenón, sino el esqueleto gigantesco de un concepto filosófico de entender la vida? ¿Y no es tan real el gótico como el monte Himalaya?

Así, esta raíz desmenuzando a la columna simboliza todo un drama de ideas. El xvi español contra el xviii francés. El Imperio frente a la Libertad. La Fe y la Razón pura. Y abajo, la selva, presenciando el duelo.

Los indios han llamado al árbol que aprisiona al peñasco y lo digiere dentro de su brutal corteza «el árbol de corazón de piedra». ¡Pidamos al cielo que un bosque de «co-

razones de piedra» no crezca sobre la desolación de nuestra Cultura!

Sobre el telón del cine aparecen ahora unas casullas. Están bordadas por manos indígenas con motivos de la selva. ¡Qué lejos de aquellos patriarcas en hornacina gótica, con vides y espigas y rebordes de perlas, de los roperos de nuestras sacristías!

Aquí está la casulla, como una red para cazar mariposas tropicales, con alas escarlatas y azules, de reflejos violetas; y entre ellas, monos bordados, titíes de oro, de largas colas, en arabesco, haciendo dibujos, y un yacaré o cocodrilo del Paraná, bordado en plata.

Esta era la manera española de dominar a la selva: convirtiéndola en liturgia, en capitel, en símbolo. Lo demás, la explotación, el coloniaje, los caucheros o petroleros que la sangran sin incorporarla, no pertenecen a nuestra civilización.

Hace unos meses recorríamos con los Príncipes Don Pedro de Braganza y Doña Esperanza el «parqué» encerado del Palacio Imperial de Petrópolis, cercano a Río de Janeiro y convertido en Museo Histórico.

Nos pusieron unas zapatillas de fieltro para no rayar el suelo. No pudimos tener más ilustres y emocionantes «cicerones» que estos dos Príncipes, que, de haber rodado de otro modo la Historia, hubieran podido ser Emperadores, como lo fué su abuelo, y habitar en este Palacio con todo derecho.

—Esta cuna fué de mi padre —nos explicaba Don Pedro, señalando una cuna romántica, que es una concha en forma de góndola, con un águila de oro en su proa.

En las vitrinas, cristalería y porcelanas. Tazas de té de los Vizcondes de Río-Preto, con cocoteros y pájaros tropicales. Vajillas de plata del Brasil, con escudos de aves exóticas. Y en unos tapices, unas palmeras bordadas. En la Sala del Trono, el manto de terciopelo verde de Don Pedro II,

con sus anaranjadas plumas de tucán o «gallo de la sierra» en el cuello.

También aquí la selva ha sido sometida. Porque la palmera, dentro del tapiz, es ya inofensiva; y el tucán, en el escudo o sustituyendo al armiño, forma y crea un estilo.

La Iglesia y los Reyes —últimos reflejos de Europa— dando perfume espiritual a América, en un intento de apaciguar su indómita y virginal geografía.

Así también en Lima los Virreyes dejaron su olor a Corte:

Como de estancia donde hubiera guantes.

En medio de los Andes, el cóndor carnicero y bravío, solo en los pueros azules, volando a inauditas alturas sobre la nieve fósil, se hace también heráldica, con su gola de caballero del Greco.

Leed la Cédula del 19 de junio de 1540, en que el Emperador Carlos V describe el escudo que otorga a la ciudad de Cuzco, con su castillo de oro en campo rojo, y «por orla, ocho cóndores, que son unas aves grandes, a manera de buitres, que hay en la Provincia del *Pirú*, en memoria de que en aquel tiempo que la dicha Ciudad se ganó, baxaron los buitres a ver e a comer los muertos de los naturales que en ella murieron; los cuales están en campo de oro».

¡Los cóndores en campo de oro, por la orden de un Emperador, pintado por Tiziano!

No es otra la historia y el destino de la cultura: someter la selva al espíritu. Casulla, manto real, orla heráldica; que el acanto se eternice en el mármol; que el laurel, sin botánica, simbolice la victoria, y la rosa, sin nomenclatura, sea símbolo del Amor. Que en el capitel románico la liebre indique la lujuria, y el pelícano, a Cristo.

Nuestra época, locamente, está haciendo el saldo o remate de todas estas cosas. Vamos a un siglo sin símbolo, sin emblema, sin metáfora.

¿Qué sucederá? ¡Surgirá el Terciario! Las raíces, como dedos monstruosos, oprimirán a los ángeles labrados. Reaparecerá la selva, y para salvarse habrá que comenzar de nuevo: dibujar una mariposa en una roca para librarla de la muerte. Estilizarla, jugar con su concepto y hacerla un símbolo para que vuele por los jardines interiores del Espíritu, como una metáfora, sin acordarse ya de la auténtica mariposa perecedera.

Argentina

El «Gotha» de los toros.—Oleaje.—Los exvotos de Luján.—Un hidroavión en el Museo.—El cometa desde el jardín.—El megaterio y Carlos III.—Rocío sobre el pasto.—El Fortín 2.—Esqueletos y pájaros.—El inglés de «Los Ceibos».—Meditaciones ante un tejado.

EL «GOTHA» DE LOS TOROS

El gran campeón ha dado la vuelta, no al ruedo, sino al cuadrilátero de Palermo, entre las ovaciones y los disparos de los fotógrafos. El gran campeón Shorthorn del año 1949 se llama «Cantor Field Marshall 1462» y es hijo de «Clipper-King» y de «Adelina Lady B-473». Porque en la democrática América —donde ningún emigrante tiene por qué acordarse de sus antecesores— los animales, toros y caballos gozan de un Gotha digno de príncipes. Porque los nombres de los abuelos augustos, «Madame Renovadora», «Dunina of Cascada» y «Lilora Mauni Plátanos», enlazan con los antiguos y célebres campeones. Y su sangre azul vale cientos de miles de pesos; y prueban la nobleza de sus ocho apellidos, los cuatro maternos y los cuatro paternos, como si se cruzasen de Alcántara o de Calatrava.

Así, en las mismas páginas de los diarios (donde para halagar el sentido igualitario de las masas se habla constantemente de los príncipes europeos que renuncian a sus títulos para casarse por amor con sus secretarias), se llevan, con rigor de corte medieval o de rey de armas, los purísimos árboles genealógicos, los «pedigree» de los Averdeen Angus, de los Shorthorn o de los Hereford, cuyos encopeitados y orgullosos abuelos pastaron en la esmeralda, con manzanos y borregos negros de Inglaterra, o bajo la niebla lluviosa de las praderas de Escocia.

No temáis que exista en estas altivas dinastías el más mí-

nimo deslíz sentimental, la más insignificante «mes alian-
ce», la más furtiva bastardía.

El martillo plateado del ingenioso rematador Federico Bullrich está a punto de caer, cerrando la última oferta. Es un ternero de Santamarina. Se oye el oleaje ascendente de las pujas: 30.000 pesos, 40.000, 70.000...

Y se renuevan los piropos del rematador: «¡Muy buen toro! ¡Unas patas estupendas! ¡Gran «pedigree! Hijo de «Garvastón»...»

¿Recordáis, con sus templos de puertas trapezoidales, los viejos grabados, las reproducciones egipcias, de la entrada del «Buey Apis» en Menfis, entre sacerdotes de túnica blanca y morenas esclavas de pecho desnudo que le ofrecían, arrodilladas, frutas encendidas y guirnaldas de flores?

Pues bien, el gran campeón, en la pista de Palermo, es el Buey Apis de la gula. Un anillo dorado en su húmedo morro y un cortejo de servidores detrás de él, que le peinan amorosamente sus guedejas de color ámbar. Lleva moñas como escarapelas de colores, rosa pálido, amarillo o blanco; cintas coloradas y medallas de oro sobre su rizado testuz, entre sus cuernos inofensivos, hacia abajo, color de uña inservible.

Camina sobre el oro de la paja limpia que oculta sus patas, con un asma de adiposo, con un balanceo de eunuco del serrallo. Un gaucho, con bombachas, le perfuma y le aceita con un pulverizador; otro, con una pala, recoge su estiércol.

Le aplanden; le echan flores.

—¡Vaya toro!

—¡Qué buena clase!

—¡Ese cabañero mezcla muy bien las sangres!

—¡Fijese en la distancia entre el ojo y la nariz!

Y de nuevo el martillo del rematador y las pujas exorbitantes:

—¡100.000 pesos!

Casi medio millón de pesetas, y una ovación.

Por primera vez es aplaudida la gordura. Aunque ese andaluz, inadaptado, murmura:

—¡Donde esté un Miura! ¡Me gustaría soltar uno aquí!

Y en los «galpones» palpitan los tremendos animales quí-micos, elaborados.

Como la paja les tapa las patas y las pequeñas cabezas se ocultan por las grupas, aparecen cuadriculados, como inmensos adoquines o terrones de carne, como Chataubriands o «bistecks» ya cortados sobre el plato, que mujen y se mueven.

Aquí están los Shorthorn ahogados de materia; los Hereford, de cara blanca y morro rosa, con sus ojos miopes; los negros Averdeen Angus, sin cuernos, que, según Miquelarena, parecen focas lustrosas.

—Mire —me dicen—, para completar la cuadratura de la grupa, a ese toro le han inyectado parafina.

Están modelados por el hombre; porque ninguno de estos animales navegó en el Arca. Son nuevos, inventados, hipertrofiados. Se les va suprimiendo el esqueleto; se han eliminado sus cuernos, antes ofensivos y crueles. Han perdido ya todo nombre vivo; se les llama «productos». Una lluvia de mansedumbre les adormila.

—¿Qué ponen —pregunto— en ese cartel sobre aquel novillo con los ojos cerrados?

Leo: «Inyectado contra la tristeza», porque tienen el «spleen» de los viejos lores ingleses. Se aburren; ¡timbre de aristocracia!

La Rural de Palermo es una mezcla de hipódromo de carreras y novillada campera. Las señoras lucen sus visones y sus sombreros de plumas; los caballeros, sus gruesos abrigos ingleses. Antes —se inauguró en 1866, con sus matronas de bronce de abundante seno, que simbolizan la Industria, la Agricultura y el Comercio, rodeadas de corderillos— se vieron chisteras.

Gauchos aindiados, cobrizos, en cuclillas, con sus anchas bombachas (ya el «chiripá» sólo vive en las tablas de los teatrillos folklóricos) y sus cinturas de monedas de plata.

Los caballos enormes, como el de Troya, como Clavileño, relinchan, agitando sus crines. Aquí están los gallos gigantes con su gorro frigio de las crestas encendidas como una llama. Si se les pusiera en ellas un termómetro, darían fiebre.

En sus jaulas, algún faisán dorado —algún pavo real litúrgico—, con silueta de centro de mesa.

Los cerdos (los chanchos) arrastran por el polvo la barriga; gruñen. Tienen la altura de un asnillo moruno. Los carneros, asfixiados de lana, están ciegos; la lana les cubre los ojos; tienen cuernos de caracolas marinas y morro negro. La superficie de su vello es sucia y grasienta, como la nieve pisada en las calles de un pueblo, pero hundiendo en el vellón la mano hasta la muñeca se descubre su inmaculado y suavísimo invierno de lana intacta.

La mecánica se interfiere con lo orgánico; terrible cruce del motor con los nervios y la sangre. ¿Estamos en vísperas del «robot» animal? Instalaciones eléctricas inventan falsas auroras sobre las gallinas para obligarlas a poner más huevos; níqueles de los aparatos para la fecundación artificial; grandes máquinas, que, haciendo el vacío, exprimen las ubres de las vacas como esponjas de leche. Los médicos, los genetistas y los embriólogos, van a sustituir a los ganaderos. Se transplantan los óvulos de las hembras de «pedigree» en los vientres comunes, que convierten a las vacas sin clase en simples incubadoras. Las granjas se injertan con los garajes. Las estancias, pronto olerán a estiércol y a gasolina.

Nuestra época golosa, glotona, adora a los «productos». Frente a la vaca esquelética sagrada, con cuernos en forma de lira, de la India, opone estas robustas lecheras anglo-argentinas, lustrosas, con manchas negras y blancas de espuma, de generosas ubres rosadas, surcadas de gruesas y azules venas. Muchas dan en un mes dos veces su peso en leche. Como un

traje al que se da la vuelta, cada vaca, en dos años, ha sacado de sus ubres, de sus forros, el peso de 24 vacas.

Así, aquella célebre vaca «Cesis Pisterpe Prospect», a quien se le ha levantado una estatua de mármol en una ciudad de Norteamérica, porque en un año produjo varios miles de litros.

Cercano ya el crepúsculo, pasean los grandes campeones. Sobre sus lomos caerán las salsas y las mostazas que alegrarán y avivarán sus carnes, acompañadas de las buenas ensaladas y los discursos políticos.

Sus despojos serán protagonistas de alegres bodas y de cenas de amor.

Pero en su andar grotesco hay cierta grandeza. Con sus cuernos, tan débiles, embisten y derriban de su esquelético caballo al Hambre, el segundo jinete del Apocalipsis.

O L E A J E

La princesa baja, estrujada, por la masa de los emigrantes; entre las miradas de acero duro (de los empujados por el hambre) se entreabren sus ojos de un azul palatino, para porcelanas y relojes de música.

Es como una arqueta de lujo sobre la resaca gris de la muchedumbre.

—Dove sei.

—Mamma mía.

—Mario, aspetate.

Y alguna voz, de emigrante español; morriñosa la de los gallegos:

—Rosalía.

—Salvadoriño.

Una fotografía; la Aduana; el equipaje en la bodega; el control de cambios. Y de pronto un conato de reverencia, un exótico «señora» palaciego, de otros tiempos, de ayer, y ya lejanísimo, de un antiguo cortesano convertido hoy en joven hombre de negocios americano, con su corbata yanqui de caimanes y palmeras.

Empujones y el control policial:

—¿Lleva divisas?

Entre las manchas de tinta —borrón en la plana de un escolar— de las huellas dactilares, los bellos nombres de Gotha, Habsburgos, Borbones, Romanoffs. Porque una resaca, surgida de los barcos y aviones, salpica y se estrella contra las costas de América como los restos del naufragio de Euro-

pa. Hace años venía aquí, embarcado, el pueblo. Ahora llegan sus antiguos señores.

La Gran Duquesa pinta iconos y cuadros de flores. Va en taxi, en tranvía, se entierra y resucita en el subterráneo; hace cola en la taquilla (aquí se dice boletería) de los cines. Pero en su juventud le rendían honores militares los cosacos de túnica colorada y gorro de astracán gris, sobre la nieve endurecida y entre los cedros de su parque.

Hace unos días, un ruso blanco casado con una millonaria argentina (cientos de hectáreas, una extensión de alfalfa del tamaño de Vizcaya y quince mil caballos —más que Napoleón en sus batallas—) ofreció una cena suntuosa, bizantina, a la Gran Duquesa. Los criados, de calzón corto, con pelucas empolvadas y candelabros encendidos, la aguardaban en la puerta. Y subieron alumbrándole la escalera de mármol. Hubo reverencias y condecoraciones, que ya nadie conocía. Ella recordaba:

—Ese faisán de plata fué del tío Andrés —; o

—Aquel tapiz adornaba el comedor del palacio de Nicolás.

Se refería al último Zar. El noble ruso que la invitaba ha pasado años, pacientemente, en todos los remates y subastas de Buenos Aires —sobre todo, los días de lluvia, que es cuando va menos gente— reuniendo joyas y muebles de la antigua corte zarista, que el oleaje en forma de anticuario arrojaba incesantemente a estas playas.

Ese fraile descalzo es un antiguo Conde austríaco. Nos muestra una fotografía, donde se le ve de húsar pasando revista a unos escuadrones. El Vicecónsul honorario del Paraguay en Rosario asiste a los modestos «cock-tails» provincianos con pastas duras y algunas copas de Jerez. Entre las bandas chillonas sobre el frac y las condecoraciones frondosas y tropicales de pájaros y plantas, él cuelga, discreto, el corderito del Toisón de Oro. Es un antiguo archiduque, y pudo ser rey si los dados de la Historia hubieran caído de otra manera. Tenía un palacio en Budapest, sobre el Danubio. Alguna

vez cenaba con una bailarina de la Opera en «Kiss Royal», bajo los ciervos disecados de las grandes cacerías.

Estos señores rumanos que conocí en Bukovina (cuyo escudo era una cabeza de buey bajo una estrella) están ahora vendiendo en remates donde rien las dentaduras postizas, entre cochecitos usados de niño y falsos sillones estilo Luis XV, sus vírgenes de marfil, con el quiebro en la cintura, por la curvatura del colmillo.

Los condes húngaros dan una recepción como en sus buenos tiempos. Nada más melancólico que sus álbumes de fotografías, con su palacio de verano sobre las azules aguas del lago Balatón. Allí se ve a la Condesa de amazona, en una excursión con la Emperatriz Zita, y unos niños rubios, con esquís, sobre la nieve azuleante del Tirol.

Nos han obsequiado con caviar —sección «Comestibles» de Harrods— y lo comemos con timidez porque sabemos que es ya el último y que lo vamos desmoronando, grano a grano sobre el hielo, como su último castillo cuando entraron los rusos.

—¡Qué hermosa mesa!

—La vendemos.

—¿Y ese candelabro?

—También.

A la caída de la tarde, el piso suntuoso se torna tienda de antigüedades. Y los condes se transforman en chamarileros.

Los jarrones, la cacería con hilos de oro del jabalí del tapiz, los relojes, son asesinados por las cifras de los precios. Cinco mil pesos —veinte mil pesos— tres mil dólares...

Son dos siglos y medio de racionalismo, de crítica irónica contra la magia social de la aristocracia y de las dinastías, la que ha traído esta catástrofe del buen gusto.

Desde las «Cartas Persas», o Gulliver reduciendo a microbios a los imperios con sus nobles y príncipes de «Liliput», hasta los últimos «films» de los años 1920 a 1936, con Emperatrices Eugénias besando a Lesseps, o el Marqués de Luis XV

preguntando (después de atropellar a un niño pobre con su carroza) «si se han hecho daño los caballos».

Son dos siglos y medio en los cuales aquella «Internacional de próceres» que fué la antigua Europa ha sido socavada bajo la benévola mirada y la comprensiva sonrisa de sus futuras víctimas.

Los Voltaires son invitados alegremente en los palacios de los reyes, y acariciados como lujosos insectos, sin preocuparse de su aguijón. Se fingen viajes de chinos, de indios hurones, aparentemente inocentes, para reírse de la corte de Versalles. Los marqueses, con sus casacones molierescos, son ridiculizados en todos los teatros de Europa. Rousseau estrena en el teatrillo de la Corte. Y en los continuos «Sombreros de tres picos» siempre vence el molinero y hace el ridículo el corregidor.

Durante estas últimas centurias ha estado de moda sacar a escena a reyes cretinos y crueles. En novelas, relatos de viajes, comedias y epigramas de todo el mundo civilizado, las palabras «noble» e «imbécil» llegaron a ser sinónimas.

Ahora arriban a las costas de América, el Continente sin reyes, las últimas astillas mojadas por la tempestad de la revolución. Fué el efímero triunfo de la burguesía, de la venganza de los «maitre des forges», del dueño de la fragua, contra el castillo que se oponía a su boda con la muchacha de sangre azul.

Pero ese triunfo fué aparente. La burguesía también tuvo sus Voltaires. Y a la escena subió, múltiples veces, «Juan José» para asesinar al patrón rondador de la humilde novia obrera, entre las ovaciones frenéticas de los «gallineros» y «paraísos».

La burguesía, menos valiente, menos militar que la aristocracia, ha tenido un reinado brevísimo. Apenas siglo y medio. En los finales del XVIII, cortándole la cabeza a Robespierre, la burguesía retardó su derrota. Pero de las salpicaduras de aquella sangre brotó Lenin.

Así, con los príncipes de azules venas, el oleaje trae tam-

bién a estas costas a los grandes burgueses, a los capitalistas derrotados tras el telón de acero. Porque es muy fácil destruir a un perezoso emperador, lentamente elaborado a través de los siglos, como una pieza en marfil de ajedrez. Lo difícil es parar las consecuencias.

Ahí tenéis a Sun-Yan-Set, el finísimo fundador de la República china, y a sus hijas. Unos años después de haber quebrado el trono del Dragón, las hordas soviéticas inundan el inmenso imperio y los rusos dictan su dura ley entre las porcelanas del antiguo Pekín.

¡Cuántos adinerados burgueses, que volvieron el 14 de abril de 1931 de la Plaza Oriental roncos de dar mueras al Rey, se quedaron asombrados ante la inesperada grosería del chofer del taxi que les traía y de la insolencia del portero al poner en marcha, aquella misma noche, el ascensor!

Porque la civilización forma un todo delicadísimo, y, como en el cuerpo humano, la infección de una lejana rodilla borra la sonrisa de nuestros labios.

Ahora ha llegado el momento de la muchedumbre anónima. Nunca, ni César ni Alejandro, ni el Rey Sol, fueron adulados tan servilmente como lo es en estos momentos la masa. Hemos pasado de la injusticia y el descuido de ignorarla, de llamarla chusma, a la exageración de considerarla eje del Estado y única protagonista de la Historia. Sólo para ella se legisla en el mundo; las otras clases son consideradas como inexistentes. Nuestro siglo quiere andar cabeza abajo.

Los intelectuales, aduladores, desdeñando su título de «Príncipes del Ingenio», se llaman a sí mismos obreros de la pluma, y en una subversión de la Anatomía, se ha dicho que «la mano también piensa».

Mientras príncipes, monjes, teólogos, capitalistas, artistas, llegan como derrotados al Nuevo Continente, las más torvas e ignorantes masas vivaquean y encienden sus hogueras, en los palacios de Budapest, de Praga, de Varsovia, de Viena.

Antes, en las antiguas biografías, se procuraba enlazar con

los semidioses y aun con los propios dioses quienes, en un ligero descuido de la hermosa doncella, habían engendrado (en forma de toro, de cisne o de lluvia de oro) una nueva prole.

Esta mañana he leído la biografía de un importante político norteamericano. Se alaba en ella la humildad de su origen, se glorifica la oscuridad de su familia, se exaltan sus apuros económicos. Y en un raptó de lírica inspiración, añade el biógrafo: «Por esa época dormía en el mostrador y ya ordeñaba a dos manos.»

¡Qué hubiera pensado Plutarco!

LOS EXVOTOS DE LUJAN

Recuerdo el templo de la Sagrada Familia, en Barcelona. Con él, el arquitecto Gaudí intentó fabricar una Santa Catedral laica, un gótico seglar. Y buscó lianas arborescentes y vegetales para sus columnas, y anarquistas arrojando bombas para los bajorrelieves de sus capiteles. Es decir, que intentó sustituir, en el breve plazo de la vida de un hombre, con cédula personal, todo el lento trabajo de las generaciones.

Una vez vi también las fotografías de un templo de la India con motivos modernos. Estaba en plena selva virgen y habían esculpido el bajorrelieve de una rueda dentada, una bicicleta y un «Ford»; pero con manos tan antiguas que parecían relieves de los «Vedas».

Es dramático el esfuerzo del mundo antiguo para asimilar a la técnica moderna. Los moros de Marruecos han conseguido algo, y, al dejar parados sus relojes del XIX sobre la seda de los cojines y el mosaico fresco de los patios, han conseguido una hora antigua de *Las mil y una noches*.

También los andaluces de la romería del Rocío han llegado, con guirnaldas de papel y flores en las ruedas, a enjaezar, como a una jaca, a flamenquizar a los lentos camiones.

Pero ha sido Luján quien nos ha llenado de esperanza. El Santuario está a unos ochenta kilómetros de Buenos Aires.

Unos soportales amarillos, rosados, con faroles, como las caballerizas de La Granja o la entrada a los jardines de Aranjuez. Y en el centro, el bronce verdoso, bajo nubes blancas, de la estatua ecuestre de Belgrano.

La basílica o catedral es moderna. Cada sillar, en este país sin piedras, lleva el nombre de una familia donante, que entre los cirios y el incienso toma un perfil de lápida sepulcral. Una fachada un poco francesa, a lo Lourdes, con gárgolas de Notre Dame, sobre una plaza española del XVIII. Porque Francia ha intentado suplantarlo todo lo español desde la Independencia. Fué como la aventura amorosa al salir del austero hogar familiar.

Sin embargo, el suelo, la tierra, será para siempre argentino e hispánico.

Un lienzo de bandera cae, desde una vidriera, como una luz. Todo el interior está plateado de exvotos. Galones de los policías y tiernas muletas de los niños cojos. El trajecito de un recién nacido. Y los lentes escolares de ínfimas dioptrías de los primeros años del bachillerato. Senos y piernas ortopédicas. Y unos ojos de plata con sus pestañas. Sables de militares y de marinos.

Pero esto también se ve en el Pilar de Zaragoza. Lo interesante de Luján es la incorporación que hace la Argentina, como pueblo joven, de todo lo moderno a la fe milenaria.

Lo que en Gaudí fué un intento, aquí es realidad viva. Todo el mundo de ahora, con su técnica, sometido a la Virgen.

Profesiones todavía sin grandes milagros —como la de los aviadores— aquí están representadas; pilotos y trimotores de plata, con pequeños paracaídas plegados como algas; un automóvil de oro; una bicicleta entre los pequeños estómagos y esófagos de los enfermos; un palo de «golf», unos guantes de boxeo y unas botas de futbolista como una joya. Y lo más fabuloso: una estación de radio, y una fábrica de vidrio, con sus hornos y sus obreros soplando, toda de plata.

Los exvotos de Luján muestran la riqueza infinita de matices y la flexibilidad del catolicismo, desde los primeros padres, momificados en vida en el desierto, a los curas modernos, que hacen deporte, del «film» *Las campanas de Santa María*.

La iglesia, que bendecía la cebada de los asnos y caballos enjaezados en San Antón, va también a bautizar a las máquinas.

Para evitar que el hombre moderno sea un autómatas o «robot» mecánico, la iglesia lanza por el micrófono la semilla del Evangelio y filma las beatificaciones.

Por eso la Virgen de Luján, coronada, pisa, con su sonrosado pie de niña, la cabeza científica de la serpiente.

UN HIDROAVION EN EL MUSEO

Con Pablo Ruiz de Alda he ido a Luján, acompañado de su esposa, para ver al «Plus Ultra», la gloriosa nave aérea, que vuela sin nubes en este Museo de Transportes.

Aquí están las piraguas indias del río Paraná; la pelota de cuero, dentro de la cual y agarrado a la cola del caballo, se cruzaban los torrentes espumosos. En una penumbra, la llamada «Carreta de San Martín», con su enorme rueda rojiza de madera de quebracho y su llanta de blancas y canelas pieles de vaca, y sus radios peludos de cueros de novillos, que dan una caliente palpitación animal, destruyendo la fría concepción, geométrica, de la rueda. Penden, en su parte trasera, el botijo, el puchero y la bombilla del mate, y sobre la lanza, la red de cuero, con la constelación de «Las Tres Marías».

Cercana, trota embalsamada la mula vinatera de Catamarca, con sus redondos toneles; y el caballo «Gato», que hizo el recorrido de Buenos Aires a Nueva York atravesando las tres Américas; y la «sopanda» de 1810, con sus manillas de plata; el yate de Vito Dumas, y un vasco lechero de 1870, con su boina y sus arganas de piel.

Y aquí «volandas», «tílburis», «berlinas» «breaks» de caza, «coupés», «kaps», «victorias»; nombres lejanísimos que ya no nos dicen nada, pero que debieron ser el tema de conversación de los «niños bien» de 1847, de pantalón a cuadros y chistera, y que equivalieron a los «Buicks», «Packards», «Cadillacs» o «Chevrolet» de nuestros jóvenes de ahora.

Camina como cansada de su constante trayecto entre Bue-

nos Aires y Chivilcoy la galera «La Constante», verdosa y con su ingenuo nombre sobre una banda que debió ser de alegre encarnado y que es ahora de un rosa pálido; y los cofres o «petacas» de cuero; y muda, la corneta, con la que el postillón espantaba a los chicos y a las gallinas al cruzar por los pueblos.

Sobre un tronco de vía, con sus traviesas, «La Porteña» de 1857, la primera locomotora que hubo en la Argentina, con su alta chimenea como una chistera de la época. Y en cera, la figura de Corazzi, el primer maquinista, de dril azul y gorra de visera como el héroe de una novela de Zola; cuando los ingenieros sustituían a los húsares de caballería en las novelas y Julio Verne comparaba ingenuamente, en su ardor progresista, al sol del amanecer con un disco de galvanoplastia. En una vitrina, su pistola marca «Lafauchoux», cargada con pólvora, para espantar a las vacas y novillos que, todavía no acostumbrados, interceptaban la vía férrea. Y detrás un vagón para versos de Campoamor, con asientos de un verde capitoné y patas talladas de mueble de salón; y sus cortinillas cargadas de madrugadas; y las vidrieras de entonces, turbias de antiguos paisajes y de rostros de álbum, ya definitivamente desaparecidos.

«La Porteña» sirvió heroicamente en la guerra de Crimea. Porque desde hace más de un siglo, los aliados, vencedores en Europa, venden chatarra a Sudamérica.

A Pablo Ruiz de Alda, pálido, de perfil de talla castellana, se le nublaban los ojos al contemplar el retrato de su glorioso hermano. Fotografías de Franco, de Julio y de Durán, los tres muertos heroicamente. Y postales escolares de nuestra juventud, con la silueta sombreada de las tres carabelas y el itinerario desde Palos hasta el Plata.

Sí, aquí está el glorioso «Plus Ultra», con sus frágiles alas y su ingenuo parabrisa de talco, amerizando, olvidado ya del mar salobre, sobre un bloque de cemento, hecho piedra de museo y con el número 54 en el *Catálogo*.

Unicamente la nueva América, sin nuestro peso histórico, se resuelve a meter en un museo, como antigüedades, cosas que fueron para nosotros el símbolo de lo moderno. Como ese coche del General Uriburu, que aún podría andar con los neumáticos nuevos, o el auto del Papa Pío XII, cuando el Congreso Eucarístico.

Pablo Ruiz de Alda nos habla de su casona en Estella, por tierra de viñedos, al borde del claro río Ega, con su mirador de madera cenicienta sobre las higueras de la huerta, y el salón de muebles isabelinos, forrados de seda amarilla, y el suelo ajedrezado, con baldosas negras y blancas y turbios espejos dorados.

—Allí —me dice— toda la familia escuchaba las noticias del vuelo, en torno a un viejo aparato de radio, todavía con bocina, y del que sólo salían ruidos de ondas y silbidos.

Y sonrío también, al describir este antiguo aparato, como si se tratara de una vetusta cornucopia.

Nos da un poco de pena pensar que dentro de unos miles de años (y la Humanidad tiene cuerda para varios millones, si no la turba la bomba atómica) se exhibirán en los futuros museos la magneto y el carburador de nuestro orgulloso «Sedan» de lujo del «47» con la misma sensación de lejanía infinita con que ahora contemplamos la mandíbula de Heidelberg.

Este hidroavión en el museo quita juventud a toda nuestra generación, que vibró escolarmente con el «Plus Ultra» y envejece definitivamente al siglo XX.

EL COMETA DESDE EL JARDIN

«No puedo imaginarme la Navidad sin nieve», ha dicho este muchacho del centro de Europa, en el jardín del barrio de «Martínez», mientras atardece suavemente.

«Yo, en cambio —ha afirmado un joven argentino—, no puedo comprenderla sin la blanca flor del *Jazmín del Cabo*.»

Y el caso es que la verdadera Navidad no tuvo ni nieve ni *Jazmín del Cabo*, sino desierto, camellos, dátiles.

Pero, en realidad, a los españoles nos parece extraño esto de pasar de las verdes aguas de la piscina (que aquí se llama *pileta*) a la luz estrellada de la misa del Gallo.

¡Navidad estival del hemisferio austral! El termómetro ha llegado a 39 grados. Y por la calle Corrientes hemos visto en un moderno «jeep» al árbol de Noel, recostado como un viajero y ya con su escarcha ficticia. Se blande el asfalto de la avenida Alvear. Y vuela por el césped de los jardines de «Palermo» el tenue azul de las flores del Jacarandá. Hay que buscar la sombra fresca de los enormes «gomeros» cercanos a la estatua en bronce del vencedor de Ituzaingo.

En la piscina va cayendo el sol. Sobre el césped esmeralda, la mesa blanca y rodante del té. Naranjada, melones amarillos, y, como en una degollación, la sandía, con su sangre helada. ¡Qué lejos de las castañas asadas y el humeante besugo con rodajas de limón en las branquias!

Ha pasado, volando sobre el seto, el «tero» de la finca contigua. Es como un perro alado, avisador de los viajeros en las fincas y en las estancias. Y un «ben-te-veo» ha bajado

a la «pileta» a engarzar unas gotas en su garganta y a bañarse aleteando, mojando su pechuga de un naranja metálico. Chispean sobre el césped las luciérnagas que iluminan su vientre al vibrar las alas.

«Allí está», ha señalado una muchacha en «maillot», toda mojada, corriendo las gotas por sus finas piernas.

Sí, allí está el *Cometa*. Se le ve cercano a Venus. Es como una bruma astral, como una niebla, como un surtidor lejísimo, como una batida espuma luminosa.

Y el jardinero, italiano emigrado hace unos años, pero que trajo en su barco todos sus bellos prejuicios y supersticiones, sentencia ceñudo: «Este será el año de la guerra.»

Todos los porteños, tan afanados en sus escritorios, en sus oficinas, en sus microbuses, en sus subterráneos, han mirado estas noches al cielo. Y algunos, en un exceso exagerado de nacionalismo, han querido apropiarse al cometa, hacerlo criollo.

Porque fué un joven novicio de jesuitas del Observatorio de San Miguel quien lo descubrió primeramente. Después vieron los astrónomos de El Cabo, en Sudáfrica. Y ya se ha bautizado al cometa. Se llamará «San Miguel».

El ha perfumado de imaginación a la ciudad, pese al seco racionalismo de la mayoría de los periódicos, fieles a la consigna de nuestro siglo, que consiste en ir desilusionándonos de todo.

«Ya no asusta a nadie.» «Los grandes terrores de los antiguos.» «Las supersticiones milenarias del Medioevo.» Estas son las titulares. Y luego párrafos donde se proclama el orgullo de nuestra época, que consiste en ir quedándose seca y marchita de sueños.

Estos días nos han recordado los astrónomos que la característica de todo cometa es la «tenuidad». Tienen carne de duende y ropaje de fantasma.

Y el profesor Esteban Cobo, de la Sociedad Astronómica de Francia, lo ha identificado. La primera vez que histórica-

mente se reseñó al cometa San Miguel fué el año 137 antes de Jesucristo, anunciando el nacimiento de Mitrídates Eupator o El Grande, Rey del Ponto y el mayor enemigo de Roma después de Anibal.

¡Qué gran tema para Flammarión y para todos los novelistas científicos del siglo XIX! ¡Qué «Memorias de un cometa» para ser comentadas por todas las porteras de París!

El cometa fué contemplado, a ojo desnudo, por los astrónomos de la Corte del rey que tenía trirremes en el mar Negro. El príncipe mago y supersticioso, ensangrentador de Efeso, matador de su madre, y que, como un Pasteur bárbaro, se fué inmunizando con pequeñas dosis con su veneno de opio y aceites de serpientes.

En cada giro, el cometa ha encontrado cambiada la faz de nuestra tierra. Vuelve el 280 de nuestra Era, en el 420, en el 560, en el 700, anunciando acaso la pérdida de España ante los árabes y lunando, en el Tajo, el muslo rosado de Florinda acechada entre los arrayanes por el Rey Rodrigo. Pero nadie apunta estas visitas. Hay demasiadas guerras y zozobras por el mundo.

El año 975 se habla de nuevo de él y hasta se mide su cola de 40 grados. Algún monje de Silos o de Arlanza lo engarza en la helada y escamosa frente de la bestia en algún códice o lo hace centellear sobre las cabezas de los setenta ancianos, complicándole con la profecías del Apocalipsis. El anuncia los terrores del año 1000. Cuando comerán juntos los lobos y los corderos, y serán infecundas las mujeres, y reventarán, no ordeñadas, las ubres de las vacas.

El Cid lo contemplará cuando baje hacia los naranjales de Valencia. Y brillará entre los andamios de las catedrales en construcción del siglo XIII. Una breve aparición en el siglo del descubrimiento de América y luego se oculta y cruza de incógnito por el Perihelio, los siglos XVI, XVII y XIX. Hasta que nos deslumbra ahora, en el borde de 1948.

Cuando retorne en el año 2083, su luz fantasmal alumbrará, melancólicamente, las tumbas de nuestros nietos.

En el transcurso de su viaje, el cometa destronaba emperadores o anunciaba la muerte de los Papas. Urbano IV bajó a la tumba la noche de su aparición. Su luz metió en Yuste a Carlos V. Presagió el nacimiento de un Dios. El fin del mundo. La caída de España. El descubrimiento de un continente.

Unicamente en nuestro siglo XX se han hecho caricaturas de su cola y se han estudiado químicamente los gases que componen su núcleo.

Ultimamente nos comunica un astrónomo que este cometa apareció el 24 de diciembre del nacimiento de nuestra Era, anunciando al Mesías y guiando a los Magos.

Sin nieve europea, sino con *Jazmín del Cabo*, esta veraniega Navidad de Buenos Aires ha sido este año la más auténtica. En su cielo ha brillado la Estrella de Belén.

El cometa, si tiene alma, habrá marchado desilusionado. Ha perdido todo su prestigio. Desgraciada edad la nuestra, desposeída de toda fantasía. Nosotros también, como el poeta germano, odiamos a Newton, porque nos explicó el arco iris. Y añoramos los siglos en que Dios se comunicaba con el hombre por medio de fugaces estrellas.

EL MEGATERIO Y CARLOS III

Es muy del siglo XVIII, muy de empelucados abates o botánicos, este museo de la ciudad de La Plata. Se sube por una escalinata laica, de asamblea o parlamento, con dos enormes «esmilodontes» o tigres de «dientes de sable» en bronce dorado, echados a la entrada. Y en hornacinas, los bustos de los santos padres de la religión de la Ciencia: Azara, Darwin, Humboldt...

Ambiente de «Las tardes de la Granja», cuando el viejo Palemón narraba bajo el emparrado sus historias morales; y también de las «Veladas de la Quinta», en que se hablaba de los «oasis», del pararrayos de Flankin o del terremoto de Lisboa.

Era el siglo en que a las amadas, en sus columpios, con los rosados y juveniles escotes de Fragonard, se las enviaba como regalo una colección de mariposas o de insectos raros del Brasil.

Aquí hay también la historia del «Megaterio», cuyos enormes huesos aparecieron, a dos horas de La Plata, en el lecho del cercano «Río Salado».

Los obreros de entonces todavía creían que se trataba de huesos de hombres-gigantes o bien reliquias del inmenso San Cristóbal.

Pero ya el Virrey, con su casaca de color tabaco con espigas bordadas, era, sin duda, lector de *La Enciclopedia* y amigo de Floridablanca o de Diderot, y estaba iniciado en la Historia Natural y en la física recreativa.

Estos empolvados sabihondos se entusiasmaron, sin duda, con el hallazgo y enviaron los negros huesos al Museo de Madrid, donde están ahora, armados, en los altos del antiguo hipódromo, frente a los nuevos ministerios. Aquí se conserva la réplica en pasta del esqueleto; y cuentan que el Rey Carlos III —que ya usaba en su dedo el camafeo sacado de las excavaciones de Pompeya— mandó, al recibirlo, que se organizara una partida de caza por los fríos bosques del Neuquén, a fin de conseguir un megaterio vivo. Pretensión que produjo las respetuosas sonrisas de los iniciados.

El animal era una especie de oso gigantesco, de tamaño superior a un elefante, de pelo gris y pacífico comedor de hojas. Sus descendientes, degenerados, son los perezosos que todavía hemos visto colgando en Venezuela de los árboles tropicales.

Esta historia del «megaterio» y Carlos III tiene más malicia de lo que parece a primera vista. El «megaterio» no estuvo en el Arca.

Describiendo huesos y reptiles con alas, se pretendía atacar a la Biblia. Y de rechazo, a la Monarquía, y a todo lo que de intuitivo, simbólico y espiritual quedaba de la Edad Media.

Hablando de «megaterios», y herborizando en Neully con su casaca de «Nankin», Robespierre hizo caer la cabeza de Luis XVI.

Y pocos años después de la llegada a Madrid del megaterio era destronado el obeso hijo de Carlos III.

El Director, Macdonough, nos va mostrando las fabulosas osamentas; los costillares, que merecían haber sido montados en un astillero; los fémures, como telescopios. Y, colgando del techo, un pulpo gigantesco, como una lámpara de catedral.

Este museo de La Plata, uno de los mejores del mundo en fósiles del Terciario, hubiera sido el sueño de Buffon, la

alegría de Jovellanos y del padre Feijoo, y merecía una fría décima de Moratín.

Ved los grandes mamíferos del período pampeano, que fué la «Edad de Oro» de la fauna de La Pampa.

«Los mastodontes —nos explican— entraron por el Estrecho de Behring, con sus enormes defensas, con la raía abierta. Llegaron al Plata bajando del Altiplano de Bolivia.»

En los inmensos y altos herbazales convivían, hace unos doce mil años, los «Tosodontes», la gran llama o «macrauchenia», los «megaterios» de pelaje ceniza, los lentos «amilodontes» con huesos dérmicos, cuya carne momificada y su estiércol se conservan en una vitrina; los misteriosos perros aborígenes, y los carniceros «esmilodontes», de dientes como ensangrentados sables, al acecho, en el crepúsculo, en los grandes abrevaderos o quietas lagunas.

El hombre antiguo de La Pampa cazó a los monstruosos «glitodontes», que eran como fabulosas tortugas o galápagos terrestres, animales exclusivamente americanos, hechos gigantes en Patagonia, y cuyas corazas, no articuladas, semejantes a mosaicos o puzzles de huesecillos, sirvieron de techos a sus chozas primitivas. Volcándolos y arrimándolos al fuego, los hombres metían sus brazos en aquellas soperas de sangre.

Al pasar el umbral de esta sala retrocedemos en el tiempo hasta ciento veinte millones de años.

Son los grandes «saurios» que horrorizaron a la Tierra. Porque cuando se movía un rebaño de «iguanodontes», erGUIDOS sobre sus tremendas patas, debería parecer que una ciudad se trasladaba de lugar. Nos muestran los huesos marinos del «Ictiosaurio», de más de diez metros de longitud, mojado por la espuma lejanísima de los mares jurásicos.

Son como tambores las vértebras del «plesiosaurio». Y aquí la mandíbula de dragón del «titanosaurio». Y el «diplocus», de veinticinco metros, enfangado en las lagunas ca-

lientes, cuya cola fué el más poderoso látigo que azotó jamás a la tierra.

Y el «chúsero» de un «argirosaurio». Y como el tronco de un cedro centenario, el fémur del «antartosaurio», de más de cuarenta metros, que era como un tren de verdosa carne, por el espanto helado del Sur.

¡Terribles reptiles levantados bajo los helechos y sobre la arena roja del Terciario!

Pero lo más impresionante es esta huella. Los cinco dedos de un reptil gigante han quedado impresos sobre una greda fósil. Parece que el animal, que la enorme bestia, acaba de pasar. Que hace unos segundos —y son millones de años— que levantó su tremenda pata fría, dejando este rastro.

«Es el mundo después del pecado», comenta mi inteligente compañero Antonio Poch, que me acompaña. Y pienso que únicamente un español es capaz de sacar consecuencias teológicas de una visita a los fósiles.

En la sala de arriba está la colección de insectos. Seiscientos mil ejemplares. Los mismos monstruos, pero a otra escala. A la de Gulliver, por ejemplo.

Deliciosa evocación de una tarde del XVIII. Porque después vamos al observatorio para contemplar al nuevo «Cometa». Astros y fósiles. La Naturaleza, con N mayúscula. Animales moralizadorea, como la hormiga de La Fontaine, como la ardilla o la mona de Samaniego o Iriarte; el triángulo en vez de la Cruz. Y en la atmósfera —no en el cielo—, el botánico Dios de Juan Jacobo y de su Vicario Saboyardo.

Las jóvenes duquesas de entonces, según cuenta Paul Hazard, iban en sus carrosas a la calle del «Mouton» para que el abate Nollel las electrizase. Y el señor Lagny muere diciéndole a Mme. Maupertius cuál es el cuadrado del número doce. ¡Maravilloso Kempis y oración de la agonía, para un racionalista del siglo!

Los obreros del virreinato de La Plata embalarían entre serrín, en una tarde rosa como ésta, los huesos del primer megaterio que iba a Europa, consignado al Rey Carlos III.

Era el triunfo de los filósofos y de las «luces» sobre la superstición medieval. Era una reliquia científica para los francmasones; y ¡cómo se comentaría en las chocolatadas fabulistas del Conde de Aranda o en las tertulias «ilustradas» de Floridablanca! El Rey inauguraba jardines botánicos y observatorios. Y expulsaba a los jesuitas.

Pero tenía mucho intrínquis esto del «megaterio».

El caso es que unos pocos años después de su llegada a Madrid, los hijos, nietos, bisnietos y tataranietos del Rey, o volvieron del destierro o fueron desterrados.

ROCIO SOBRE EL PASTO

Cuando salimos de la ciudad, toda de cemento, con azoteas sobre cajones vacíos, chimeneas, ropa tendida y chatarra; cuando abandonamos los pisos, donde se empotra la cama en la pared para ganar unos centímetros (cuando está vacante toda la hermosa vastedad de la tierra), con armarios en los muros; por flora, un tiesto; por fauna, un canario; por tempestad, un ventilador; por invierno, un «frigidaire»; por verano, un radiador; por toro, una lata; por huerta, una conserva; cuando pisamos, al fin, la bella libertad de la Pampa, comprendemos cuán neciamente está orientada nuestra orgullosa civilización blanca.

Porque pensad que la mecanógrafa, el oficinista, el hombre de negocios, el funcionario, hasta el banquero, trabajan seis días a la semana sin ver a los astros, en despachos interiores, con luz eléctrica, entre humo, cemento, ruido, asfalto, prisa; cazando taxis en la lluvia, oprimidos en el autobús, asfixiados en el subterráneo, para gozar de ese domingo del campo —que atestiguan con fotografías y cine de aficionado—, del que disfruta todo el año el más pobre de los campesinos. Y que once meses de ficheros, teléfono y papel carbón para las copias tienen por compensación veinte días de veraneo en una playa, de la que gozan toda la vida los más humildes pescadores.

No voy a sumarme a los tradicionales «olvido de Corte y alabanza de aldea», de nuestro Siglo de Oro, en rústicos ter-

cetos; ni a glosar en prosa el admirable «Qué descansada vida...», de nuestro Fray Luis.

Sé que es inútil lamento. Porque en nuestro mundo utilitario y de masas resulta excesivamente superflua y aristocrática la desinteresada contemplación del campo.

El paisaje se socializa en fines de semana y autobuses de turismo. Los bosques se transforman en Parques Nacionales. Como el cine comuniza los sueños, se venden peceras iluminadas con algas y caracoles rosados, que significan la colectivización del fondo del mar.

Vivimos unos encima de otros, en nichos con radio; separados de la tierra. Y el ascensor es un taxis vertical. Y sólo vemos unas raíces cuando se nos rompe un tiesto en la terraza.

En un planeta todavía despoblado se consigna en los contratos de inquilinato la existencia de una terraza de cinco metros como el máximo de los atractivos.

Ya, para ganar unos milímetros, todo tiene su doble uso. Así, el aparador de los cubiertos, por detrás, es una coctelera con espejo y banderitas. La heladora pone su fogón frío empotrado en la cocina de gas. Detrás de la puerta cae la tabla de la plancha.

Hasta los ríos se han cuadrículado en piscinas y se venden en trozos azules, para familias.

Por esto, ¡qué liberación la de esta madrugada en la Pampa!

Allí he conocido al hombre más rico del mundo. Era un mendigo, un «dinyera» de barba blanca, quien superando el gesto de Buckingham, desgranando sartas de perlas en su salón de baile, iba con sus grandes botas, sobre el rocío tembloroso del pasto, aplastando diamantes.

EL FORTIN 2

El gaucho José ha cinchado al caballo con arreglo al rito de la Pampa: primero, el «sudero»; luego, el «mandil» y la «corona»; encima, los «bastos» para mantener en hueco el lomo y las «cinchas»; sobre ellas, el «cojinillo» de piel de cordero y el «cinchón».

Y galopamos, alegremente, por la alfalfa recién cortada. Aquí están los restos del Fortín 2, contra los indios. Es un socavón, ya cicatrizado por el menudo pasto, donde se remansan, turbias, las aguas de la lluvia, rosadas por el amanecer.

Aquí se atrincheraron los veteranos soldados de la Guerra del Desierto.

En América corre otro tiempo. Suenan otros relojes históricos. Como no hubo Edad Media —fragua de Europa—, en el museo veréis las carrozas de los Virreyes junto a las boleadoras del Neolítico.

¿Y no habéis contemplado en «Life», en cualquier revista yanqui, a unas damas con polisón y a unos caballeros con chistera, como nuestros abuelos, bajo el epígrafe «American Primitive», como si se tratara de figuras policromadas de Altamira o de un medieval pergamino monástico?

He visto en un museo, bajo una fotografía que representaba a dos troncos de caballos tirando de un carruaje metido en un fangal, esta leyenda: «Así se viajaba *allá* por los años de 1910». Ese *allá*, que nosotros reservamos para los

viejos cronicones, aplicado a una época en la que ya vivían muchos jóvenes de ahora, es todo un símbolo. Porque en América el pasado se pone mucho más lejos de nosotros que en la vieja Europa.

El siglo XVI fué su etapa greco-romana: la de las Conquistas y Fundaciones. Pizarro puede ser su Escipión y Cortés su Sertorio. Porque es cuando se tienden los puentes y se edifican los primeros templos. Y hay que hinchar todo el XVII para que quepa en él su corta Edad Media; que ya no era posible; a pesar de los conventos de Lima, Quito y Méjico; de la celda, rodeada de pájaros, de los primeros éxtasis de Santa Rosa. Porque cuando España llegó a estas costas, aunque los Conquistadores eran todavía hombres de la Edad Media, traían ya el Renacimiento dorando el acero de sus cascos.

Acaso le hubiera convenido a América ser descubierta en el siglo XII, cuando el Medioevo era vigoroso y la fe alegre y robusta. Evidentemente, unos monasterios benedictinos en la hoya amazónica hubiera cambiado el tono de las conversaciones de sobremesa de Río de Janeiro.

Pero acaso uno de nuestros defectos europeos sea nuestra tendencia monótona a la uniformidad y a reproducir en todas partes nuestro ciclo histórico. Ya Sarmiento había reprochado a España el haber hecho a América demasiado parecida a sí misma. Y a Eça de Queiroz le pareció el Brasil «cubierto por una complicada alfombra fabricada con los remiendos de la civilización europea, que tapaban al tapiz fresco y natural de las selvas y de las flores».

América tiene que tener su hora americana. Y no caigamos en la nostalgia de sus emigrantes recién venidos, que preguntan, al sonar un reloj en la plaza de Mayo: «¿Qué hora será ahora en Varsovia o en Pontevedra?»

El caso es que este Fortín 2, en medio de la Pampa, construído cuando ya andaban los ferrocarriles y se comunicaban

las noticias por teléfono, recuerda el antiguo «castellar» de Salas de los Infantes y está impregnado de Reconquista.

Hasta hace poco, aquí se conservaba uno de sus cañoncitos, que ahora está en Laboulaye, sirviendo de ornato a su plaza pública.

El General Roca —con cuyo nieto he comido hace pocos días y que lo recuerda, vagamente, entre la niebla de su niñez— fué un Alfonso VI el Conquistador, del que se conservan fotografías.

Precisamente, bajo los tranquilos árboles de la estancia, mientras oía de noche el silbido de las blancas lechucitas y oía crepitar en el fuego la madera de quebracho, leía yo aquella deliciosa excursión a los «indios ranqueles», escrita por el General Mansilla con una sencillez militar que me recordaba los comentarios a la Guerra de las Galias.

Por estas tierras, Mansilla asaba su churrasco de «guanaco» o comía una «picada» de avestruz boleado por él mismo, antes de perderse en el misterio peligroso de «Tierra Adentro» y llegar hasta las tolderías ranquelinas, donde le ofrecían tortilla de huevo de avestruz y mate amargo.

Aquí, a la sombra de su carreta, vió venir a las indias, que le ofrecían coloradas y frescas sandías para apagar su sed, mientras sus maridos andaban boleando. Y a caballo contempló a los «capitanejos» indios en sus caballos gateados, «píos» o «tobianos», como aquí se dice, con manchas negras y blancas, la cabeza atada con «vinchas» de tejido de la Pampa, los pómulos y el labio inferior pintados de rojo, y armados de largas lanzas con penachos encarnados de plumas de flamenco.

Sentado de noche, junto al fuego, mientras oía historias de soldados y la aparición del Cabo Gómez, degustando un asado, recordaba que había vivido como un marqués en París, y echaba de menos las ostras estremecidas bajo el limón y las trufas de Perigord.

Cercanos, como en contraste, los indios carneaban una yegua gorda y «se la comían cruda», chupando hasta la sangre caliente que corría por el suelo.

En los descansos de aquella guerra medieval, Mansilla se iba a París y podía almorzar con Pasteur, contemplar con Flammarion los satélites de Júpiter, y por la noche, ante un «champagne» en cubeta de hielo, mirar, a través de sus gemelos, la catarata de espumas de unas enaguas sobre los rosas y las piernas con medias negras de las rubias muchachas del «French Can-Can».

ESQUELETOS Y PAJAROS

Creo que fué nuestro gran Ortega y Gasset quien propuso, para retratar a la Pampa, poner en primer término el esqueleto o la calavera de un caballo.

Porque pensó, sin duda, que así se daría, con el cansancio de esa galopada hasta la asfixia, la sensación infinita de su distancia.

Y abundan en la Pampa los esqueletos; los costillares, como restos y cuadernas de un navío; los cráneos, con la lira de los cuernos de las vacas; ese potro ensangrentado, al que las gallinas picotean los ojos, como rompiendo una vidriera, comido por los negros cerdos sobre las esmeraldas de una alfalfa recién cortada; o aquel jamelgo, sólo huesos, caído en la ladera de un bañado, cerca de la huella encharcada y barrosa de las carretas, con las patas hacia el cielo, y del que parece que acaba de desmontar alguno de los misteriosos jinetes: el Hambre, la Peste o la Guerra.

Porque Castilla tiene límites; unos chopos; un montículo, con una rojiza ermita románica con su relicario de plata; algún río ancho y superficial entre guijarros. Y la misma llanura húngara ondula junto a un pozo o una vieja mansión.

Pero en la Pampa, como en el mar, se ve la redondez de la tierra, su curvo lomo; no tiene término. Está vallada únicamente por el horizonte.

Y como figuras recortables, las siluetas; toros con cielo azul entre las patas; caballos como esmaltados en el oro

del crepúsculo, y un carromato montado al aire, sobre el telón de plata de la luna.

Aquí nacen los astros completamente desnudos; sin vestidos de ramas; sin ocultarse entre los picachos; sin ese resplandor, hirviente de morados en la montaña, cuando ya está la noche sobre el prado. Sol y noche total; incompatibles. Como en una balanza, asemeja que el peso del sol, al hundirse, ha levantado a la luna.

Se ha dicho que la Pampa es un mar. Más parece un cielo terrestre. Porque está toda ella palpitante de alas. Los pájaros, como no hay árboles, andan por el suelo, torpes, con la carga de sus alas, como una cruz; dando realidad a aquella maravillosa metáfora de Baudelaire que los asemejó a los poetas, vacilantes en la tierra por el peso de sus inmensas plumas plegadas.

Los postes secos de los potreros les ofrecen escuetos arbustos sin primavera, y los alambres, frías ramas.

Porque toda la libertad de la Pampa está como maniataada, y hay que ir abriendo las tranqueras entre las pequeñas lechuzas de ojos dorados.

Por todas partes, entre el pasto y las florecillas amarillas y azules, las aves de pecho colorado; y el «terro», que es un pájaro avisador; y el hornero arquitecto; los cuervos, de un negro casi azul, más estilizados y magros que los de Europa; el «chiribí»; las «cachilas», y ese bello halconcillo llamado «el chimango», que el gaucho considera tan poco importante que existe el refrán pampero, para indicar la inutilidad de una cosa, de que es como «gastar pólvora en chimangos».

Sin embargo, la fauna indígena de la Pampa se está empobreciendo. Escasea el «ñandú» o avestruz americano, andador, de largas patas, cox de caballo y alas inútiles, hacia el cual hubieran evolucionado, sin la interferencia del hombre, todas estas aves huérfanas de árboles. Cada vez hay menos «martinetas», y van desapareciendo las grandes «viz-

cachas» acanguradas, de cabeza de rata, y las enormes liebres patagónicas, y la «mulita» o armadillo, con su coraza como una armadura japonesa —restos venerables del Tercerario— que sale las noches de luna. Y hasta el vigoroso gorrión de nuestras trillas, como un pequeño Pizarro de pluma, ha sometido al «chingolo» aborigen, que fué, durante siglos, el dulce gorrión de los indios.

Ese es el destino fatal y exhaustivo de nuestra raza blanca, cada vez más monótona y aburrida, y que, sujeta a la maldición del Rey Midas, inmoviliza en oro —cosechas o petróleo— todo cuanto toca de la alegre movilidad de la Tierra.

Hoy, en el Uruguay, se va en automóvil hasta una fuente de agua mineral de mesa, que antiguamente se llamaba «La Fuente del Puma», porque hasta ella llegara el elástico leoncito del Sur.

No hace mucho tiempo, he leído que el águila de cabeza pelada —heráldica de los Estados Unidos y que subió al símbolo de su escudo y al oro reluciente de sus dólares— está desapareciendo rápidamente. Una sociedad creada para protegerla, la «Andupon Society», lleva un fichero y una estadística de las últimas águilas, y ha alquilado la isla del Monte Johnson, en Lancáster Country (Pensilvania), con una serie de guardianes al servicio de una so'a pareja.

Hace dos siglos, en el XVIII empelucado y racionalista, Linneo empezó a hacer el recuento de las flores, a archivar la Vida. Yo recuerdo su pobre jardincito de Upssala, en Suecia, sobrecargando con un pesado nombre latino los pétalos frágiles, únicamente fabricados para soportar el rocío.

Ahora tocamos las últimas y lógicas consecuencias: es preciso numerar a las águilas. Por eso comprendo el grito desesperado del Conde de Keyserling, en el parque de Yellowstone, quien, al contemplar en el crepúsculo al último rebaño de rojizos bisontes, que emprendían sobre la hierba su migración matutina, afirmaba que hubiera dado gus-

toso todos los avances de la técnica por contemplar a la pradera en su antiguo esplendor.

Y seguimos recorriendo la Pampa. Unos flamencos, en una laguna, duermen sobre una sola pata de coral, encogida la otra en su plumón de un rosa femenino.

Bajo el poste de las Cuatro Esquinas, donde se parten otras tantas estancias, veo el esqueleto de un caballo morisqueado por las liebres.

Bajo el crepúsculo, toda la bella infinitud del campo, y un «chingolo» se ha subido tembloroso al alambre.

El gaucho —que va perdiendo su guitarra, mientras triunfa la radio— cantó intuitivamente su desaparición, atribuyéndola certeramente al progreso mecánico, que significa la muerte total de la poesía :

*Y ya no canta el chingolo.
¡Pobre pajarito gaucho!
Lo mató el ferrocarril.*

EL INGLES DE «LOS CEIBOS»

Este rubio inglés, solo en su estancia, en medio del mar vegetal de la Pampa, es un trozo vivo del Imperio Británico.

Como la más humilde *miss* que cuida unos niños en las casas de Madrid o de Buenos Aires, tiene, en su seguridad, toda la majestad de la Flota.

Unos ceibos rojos, rosados, que dan nombre a la estancia, amueblada como si estuviera situada en Londres, con sus cuadros de diligencias del siglo pasado y grabados de jinetes con casaca colorada saltando unas vallas, entre el oleaje de perros blancos que persiguen al zorro.

Y a las cinco, el té, como un rito. A esa misma hora—con las naturales diferencias de latitud— toman el té todos los ingleses del mundo, desde la India a Noruega, de Australia al Canadá. El té, que ha eliminado a nuestro chocolate colonial, como el fútbol ha derrotado a los toros, en toda la América sanmartiniana, reduciéndolos a los verdes y exuberantes países de Bolívar.

Porque la moda es de quien domina políticamente. Así, una invasión, una derrota, ha quitado sabor al «foie-gras» francés y disminuído el ingenio de Anatole France. Y con la bomba atómica, ya asoman los «Coca-cola» a todos los bares.

Este inglés ha hecho la guerra desde el Alamein hasta Venecia, en un regimiento de caballería, aunque no ha montado a caballo en toda la campaña, pues iba en «jeeps» o

en tanques ligeros. Y a su mejor toro y a su más fuerte caballo, les ha puesto los nombres de *Pershing* y *Alexander*.

Su perro se llama *Andrómeda*, nombre de una estrella, para indicar su afecto anglosajón por los canes. Los perros asisten al té. Les dan bizcochos mojados y pasteles. Si hubiera reencarnación, yo procuraría nacer perro en Inglaterra.

El perro y el caballo deben mucho a los anglosajones. Casi han sustituido a los niños.

Me dice que pronto pondrá un «golf». El «golf» es también una prolongación del Imperio. Debiera gozar de extraterritorialidad, como las Embajadas o Legaciones.

Los ingleses viajan y colonizan, pero dentro de una atmósfera propia, como los buzos con su aire terrestre, en el fondo del mar. Recuerdo en la isla tropical de Trinidad su «golf» y su piscina. Y aquella pensión de Arequipa, bajo el rosado y nevado volcán del «Misti», donde con irisados ponchos indios y Vírgenes con los Reyes Magos tachonados de estrellas de oro de la escuela cuzqueña, mezclados con pieles de vicuña y soldaditos de la Independencia de pantalón rojo esculpidos en piedra de Huamanga, daban la sensación de Londres sólo con unos cobres con flores silvestres, unos candelabros con velas encendidas y bajando el tono de la conversación a la hora de la cena, como si hubiera un enfermo grave.

Allí, en pleno corazón del Imperio Quechua, vi a un inglés, minero de Puno, dando golpecitos después del té a su perro con una novela policíaca. Era todo un símbolo.

Los ingleses son parecidos a los romanos, cuyas «villas» por Castilla, Andalucía o el Norte de Africa, muestran los mismos mosaicos, los mismos Bacos con racimos y espigas y trozos de columna, que entre las ruinas de Pompeya.

Porque, como Pilatos, se saben lavar las manos ante los conflictos religiosos o las costumbres de los países que visitan.

Nosotros, los españoles y los portugueses, nos mezclamos o adoptamos las costumbres de las naciones que nos hospedan. Pero este inglés que en plena Pampa toma el té a las cinco, habla con nosotros de espiritismo como si estuviera en su castillo del norte de Escocia.

—Mi padre —interrumpe su señora—, que vivía cerca de Edimburgo, fué una noche a preguntar al fantasma que recorría el jardín y que profetizaba, cuál sería el caballo que ganaría el *Derby*.

Claro está que el lujoso carruaje, con su fogoso tronco, que en el norte de Irlanda pasaba de noche, sin curvar la hierba, para anunciar un muerto en su familia, aquí en la Pampa se ha hecho más rústico, transformándose en un pesado carro tirado por lentos, pero silenciosos, caballos fantasmales.

—Hace una noche —me dice— le oímos pasar. Y no dejó una sola huella sobre el pasto.

Así, por todo el mundo, viajan y viven los ingleses, con su «chumour», su «whisky» y sus fantasmas.

MEDITACIONES ANTE UN TEJADO

En la «Chacra» hay una gran casa de adobes, porque no existe ninguna piedra por toda la Pampa. Así, hubo que inventar las boleadoras, que son unos guijarros atados.

Se deshoja un molino como una margarita —sí, no, sí, no— contra el aire. Y vibra, rápido como un insecto, el pequeño molino que produce la luz eléctrica, y hay un brillante recipiente de metal ondulado, como el cierre de un escarapate, donde cae un agua un poco salobre, como de mar. ¿Acaso por eso vuelan, cercanas, las blancas gaviotas de la Pampa?

En un charco, liso como un cuadro barnizado, donde se pinta el amanecer y la tarde, nadan unos patos graznadores. Unas vacas rojizas, de gruesas ubres. Y las crines sueltas de los caballos. Las ovejas salen, delgadas, tiritando, convertidas en otro animal, de las máquinas nerviosas de los esquiladores.

El «galpón» tiene el techo de uralita, pintado de rojo. Pero la Pampa, que está ya muy hecha y cuajada, necesita la teja. La teja curva, romana, de alegre pimentón al par-tirse, con su costra de verdín de lluvia. La teja; el tejado, que es lo permanente y el que matará la zozobra, la inquietud nostálgica de los emigrantes, que para ahondar en el surco tienen que olvidarse definitivamente del mar.

Porque la uralita da una sensación de factoría y de estar de paso.

—Yo no he querido poner tejas en mi estancia —me dijo

un emigrante de un pueblecillo de Soria— porque me parecía que así no podría irme nunca a morir a mi pueblo.

Por toda América corre una melancólica brisa de nostalgia, que va disminuyendo a medida que se afirma lo autóctono.

Pero la americanidad es más fácil en los países de mestizaje que en una nación toda blanca, como la Argentina, y abierta, perennemente, por el Plata, al latido de Europa.

Porque la sangre indígena fija y da permanencia. Recuerdo mi viaje de hace unos meses al Cuzco, cuando contemplaba la fortaleza ciclópea de Sacsahuaman (que significa el halcón satisfecho, ahito), debido a que entre sus piedras se guardaba el arsenal del Imperio; los graneros, los pájaros secos, la lana de las llamas para los tejidos militares.

Allí vimos el «Sallac-marca» o «Recinto con agua» y el «Paucucar-marca», «Recinto Precioso o de los Tesoros».

Subíamos por una escalinata ferruginosa; y piedras enormes, azules, de fresca sombra, sobre la pradera con florecillas blancas y amarillas.

Por aquí correteaba el inca Garcilaso de la Vega, de pequeño, con su pantalón de terciopelo, de tsciturno niño del siglo XVII, y su espada de madera, acaudillando, por entre los cactus y las mariposas, a otros rapaces.

«Bien muchacho —dice en sus bellos *Comentarios Reales*—, con otros de mi edad, subí muchas veces a la Fortaleza.»

El padre Montilla había creído que aquella cantería fuera obra del encantamiento de los indios, por la «familiaridad tan grande que con los demonios tenían».

Garcilaso afirma que no eran aquellas piedras de arquitectura, sino peñas, y tan monstruosas «que más parecen pedazos de sierra que piedras de edificio».

Son, en efecto, labrados peñascos fabulosos, y no he visto otros mayores en todos mis viajes; ni aun los ciclópeos

de Atenas, que sirven de esqueleto a la Acrópolis. Basta aproximarse por la verde pradera a ese rebaño de llamas, negras o blancas con manchas canela, o a esa india de sombrero como una seta invertida con reborde de plata, para, por comparación, sentirse turbado por su grandeza.

Abundan los monolitos de cinco y seis metros de alto por otros tanto de ancho.

En el primer cerco se levanta uno, azuleante, con un fondo verdoso de mar en la base, de nueve metros de altura por cinco de grosor, cuyo peso es de 361 toneladas. Es decir, muchas más de lo que, juntas, pesaban las tres aladas carabelas descubridoras.

Admirando estas piedras inmensas, como gigantescos pisapapeles que impiden que el viento de los siglos se lleve las páginas de la historia de América, uno piensa que nos hallamos ante el americano total; ante aquellos que no vinieron de paso, enfermos de nostalgia, sino que llegaron aquí para quedarse para siempre, hincando en tierra sus raíces de piedra.

Por eso se puede contraponer a los cantos ciclópeos de Sacsahuaman, o a la «Piedra de los Doce Angulos» del Cuzco Imperial, este efímero tejado de uralita, que ya tiende a desaparecer, sobre la hermosa libertad de la Pampa.

Para indicarnos su pobreza, ha escrito Cristóbal Colón, poco antes de morir: «No tengo ni una teja en toda Castilla». Porque la teja es lo permanente; la propiedad, lo definitivo.

Y me alegra, camino de Buchardo, contemplar ya otras «estancias» techadas; y esos trozos de tejas partidas en los basureros, entre la chatarra y los huesos de los caballos.

La Pampa, donde para siempre se hablará castellano, tiene cada día más honda raigambre. Raíces que no la impiden esponjarse al rocío del futuro.

UN CONTINENTE EN CELOFAN

Los geógrafos norteamericanos acaban de suprimir, de un plumazo, al verdihelado Océano Antártico. Porque, según ellos, no se trata de un mar, sino de un enorme continente del tamaño de Suramérica, que la Providencia ha envuelto en papel celofán de hielo, como regalo a las futuras generaciones. Según el testimonio de los geólogos y de los astrónomos y del misterioso reloj del radio (el mineral radioactivo parece el único vivo de su inerte reino), la peonza de la tierra tiene cuerda para sostener 1.800.000.000 de culturas, y hay que tener en cuenta que desde que el hombre se detuvo en su carrera aterrorizada por bosques y praderas, y plantó, valientemente, su primer campamento, hasta nuestros días, sólo han transcurrido 20 culturas.

En esos cientos de miles de siglos que nos quedan de permanencia en la Tierra (para los cuales el faro de nuestro automóvil será un fósil mucho más antiguo que las vértebras de un diplodocus), es muy posible que varíe el eje de la Tierra y que ese continente empaquetado se deshiele rompiendo sus verdes cintas de regalo de Pascua. Y uno piensa: ¡cuántas coloreadas Guatemalas, qué deslumbrantes Cubas, qué florecidas Limas, qué verdes Argentinas, qué babilónicas Nueva Yores, duermen, como Blanca Nieves en su urna o la Bella Durmiente en su palacio, ocultas bajo las nieves y las plameadas huellas de los pingüinos!

El Polo Sur es mucho más misterioso que el Norte, que es simplemente un mar inmóvil. En sus costas se agita una orla

permanente de tormentas; en su suelo, que desconoce el oso blanco, hay una zona donde, inexplicablemente, no existe el hielo, sino una tierra gris con líquidas y melancólicas lagunas y millones de blancas aves. Sin embargo, en pleno Polo Sur, la brújula sigue apuntando al Norte, como si estuviera allí el corazón de la Tierra.

Mientras tanto, sextillones de sextillones de seres coralíferos construyen, bajo el mar, nuevas islas. Parecería como si la Providencia siguiera reservando otros escenarios para la sublime y, a veces, grotesca comedia humana.

En América habitan millones de hombres que sin el Descubrimiento no hubieran nacido; sin esta generosa geografía, imprevista, millones de sus antepasados europeos hubieran desaparecido por el hambre; aquí se refugiaron los que hubieran sido exterminados en las guerras religiosas o ejecutados en los conflictos políticos. En cierta ocasión me decía un escritor argentino: «América es una amnistía».

Pero ya contemplo, en el cine, a las sierras mecánicas de los norteamericanos segando sus bellas coníferas, sus árboles gigantes de tres mil años, a través del tronco de los cuales pasa, holgadamente, una carretera: Veo caer bosques impenetrables y el aparato sonoro no omite ningún ruido de su agonía, ese trágico grito del árbol al desgajarse, acompañado de chillidos de pájaros, de lluvia de serrín y polvo, cuando el gigante se desploma.

«La civilización —se ha dicho— encuentra delante de sí bosques y deja detrás desiertos.» En pleno corazón de Nueva York se levantan los «claustros», trozos de conventos, llevadas en barcos sus piedras numeradas, desde los campos medievales de Europa. Y ellos van envejeciendo a los rascacielos enormes, donde los ascensores son verdaderos automóviles verticales. Los museos de Norteamérica ocultan salas vacías que esperan los despojos del Viejo Mundo, y que se irán llenando con guerras sucesivas.

Algún día América será también, irremisiblemente, vieja.

El «foie-gras», el espíritu, los museos, las modelos francesas, Dalí y Picasso, Toscanini, los conciertos, el «champagne», el escepticismo, convertirán en delicadísimos decadentes a los vigorosos y sanos ingenieros de la Era Atómica.

América, algún día, estará también superpoblada, porque la humanidad se está convirtiendo en una especie de polilla del planeta. Somos ya 2.500 millones de seres humanos progresando en proporción geométrica. Sólo la India, a pesar de sus pestes, sobrepasa cada año en cinco millones de cunas a sus sepulturas. Y Australia no basta.

Pero mientras se deshiela el Antártico, mientras se crean nuevas islas, ¿dónde nos meteremos?

Nos quedan los planetas. Vivimos en un momento de ansiedad psicológica, muy parecido al que debió experimentar el Mundo a finales del siglo xv, cuando América era ya un presentimiento.

No hay historia, no hay dibujo en colores o «muñequito», como se dice aquí, para los niños modernos, donde no se vea a un «superhombre» volando entre los astros, o a membrudos ingenieros sobre cohetes gigantescos desembarcando con toda tranquilidad a la segunda viñeta en extraños planetas con hombres sin forma humana o caballos de alas de libélulas.

En Norteamérica existen múltiples sociedades dedicadas a imaginar sobre la vida en otros astros —los «Fen», «Ciencia y Ficción», cuentan veinticinco millones de afiliados—. En pocos meses he visto vibrar en las pantallas de los cines varias películas sobre temas interestelares: «Cuando inmovilizaron la Tierra», «Destino a la Luna», «El hombre del planeta X» y otras muchas. Forman cola los que han solicitado billetes para el viaje a la Luna, que se calcula para el año 1960. Los «platillos voladores» ocupan la primera página de los periódicos, al lado de las declaraciones del señor Truman o los partes de la guerra de Corea.

Hace cuatro siglos, América fué el planeta Marte de Europa. La extensión del mar para las naves de entonces —cien

días de viaje— era, aproximadamente, la misma que la del espacio que ahora nos separa del planeta de color de sangre. No más de cien días emplearía en llegar allí una nave atómica. Los dibujos de los hipotéticos indígenas en los libros de los antiguos viajeros, con hombres de un solo ojo, con la cabeza dentro del tronco, o con un enorme pie que les servía de parasol, son parecidos a los que ilustran los relatos sobre los marcianos o selenitas en las fantásticas narraciones de hoy.

Los niños que hoy juegan en nuestros parques verán volar a los primeros hombres hacia la Luna; acaso algunos de ellos mueran allí. Así también los niños de Palos de Moguer, que acabaron ya viejos sus días en Lima o Santo Domingo, no sospechaban nada de eso, en la madrugada rosa en que se zambullían alegremente en el agua, mientras partían las tres carabelas.

Seguramente, la Castilla futura será Norteamérica, y un presidente yanqui, sin tener que empeñar sus joyas, sustituirá a Isabel la Católica.

El hombre materialista del siglo XX no encuentra consuelo desde el eclipse de Dios en su conciencia. Ese hondo hueco en el Cielo no ha podido llenarse con nada. Por eso llama desesperadamente a los otros astros pidiéndoles un mensaje de arriba, porque le da miedo quedarse solo, en la inmensa noche cósmica, como a un niño perdido en el bosque.

Frente a quienes afirmaron que el hombre era un mono alzado, ese Continente envuelto en celofán y ese futuro florecer interestelar de la Humanidad, como un rosal trepador entre las luciérnagas de los astros, son una prueba de la primogenitura del hombre en el cosmos, y de que, a pesar de todas sus flaquezas, él es el único portador, entre los demás seres en sombra, de una luz llamada Espíritu.

EL REBAÑO DE LLAMAS EN EL AERODROMO

«Cuando en el río Xauxa —afirma el conquistador Acosta— vieron los indios formar los arcos de imbría y, después de hecha la puente, vieron derribar las cimbrías, echaron a huir, entendiendo que se habría de caer luego toda la puente, que es de cantería. Como la vieron quedar firme y a los españoles andar por encima, dixo el cacique a sus compañeros: Razón es servir a éstos, que bien parecen hixos del Sol.»

Porque toda la América precolombina, desde Alaska a Patagonia, desconoció la bóveda y la rueda.

En las lejanas noches de su abandono, sola entre el Atlántico y el Pacífico, vieron sus hombres rodar a los osos por las laderas, y a los guanacos heridos despeñarse y el gran tronco del árbol que, girando hasta el río, con cientos de ruedas posibles, les enseñaba, en vano, el gran invento.

Pero estaba decretado que lo ignorasen. Como cuatro mil años de delicada pintura egipcia no llegarían al ojo de perfil, como el desconocimiento de los vasos comunicantes llenó al mundo romano de acueductos, ¡y cuántos millones de manzanas cayeron maduras en los huertos de Europa, sin que, levantándose a los astros, se descubriera la ley de la gravitación!

A América le faltó el Newton azteca o peruano que, al ver rodar a un árbol, inventase el carruaje.

Cierto es que también estaban desposeídos del caballo.

La llama, que era su único cuadrúpedo doméstico, no tiene fuerza para el tiro. Es un animal muy misterioso. La leyenda afirma que se trata de una princesa inca encantada. Y tie-

ne ojos grandes, húmedos y dulces de mujer. Y su amor nefando produjo enfermedades abrasadoras que no se anuncian en la Biblia como castigo a los impuros.

Sus glóbulos rojos, y esto es extraordinario, no son redondos, sino elípticos. Y he leído en un estudio de un naturalista en Arequipa, que si se coloca un cordón a la altura de su cuello, se detiene, «porque no se le ocurre retroceder un poco y bajar la cabeza para evitar el obstáculo». Acaso imagina un mágico muro de cristal.

Enfermo, por la «Puna» del altiplano, el conde de Keyserling encuentra un rebaño «que recorría la comarca vendiendo su estiércol a los hombres ateridos, y vi la llama conductora, un corpulento animal que llevaba suspendida al cuello una cajita para el dinero, y cobraba y custodiaba el importe de la venta».

Desafiante, erguido el cuello y apuntados los labios para escupir, evocó en mí la visión de la «Madre Primera del Universo».

Y corroborando este sentido maternal, adivinado por el conde báltico, los indios del Cuzco aseguran que la llama que no tiene cría en el año, muere irremisiblemente.

Yo he visto —en mi viaje al Alto Perú— a los cuzcanos en sus irisados ponchos rojos, con su gorro como una cresta de gallo con orejeras, y a las mujeres con su sombrero del XVIII, como una seta invertida y un borde de galón de oro y sus cinco faldas de colores, acudir por el alegre valle del Vilcanota, entre azules lejanías andinas, a Pisac, para asistir a la Misa de los Alcaldes indios.

Y entre ellos, con voluptuoso andar, iban las llamas femeninas con pendientes en las orejas agujereadas, adornadas con cintas rosas. No se atrevían a gritarlas «¡arre!», como a nuestros pacientes rucios. Se limitaban a susurrarlas en el oído dulces y misteriosas palabras «quechuas», el milenarismo de los incas que ellas conocen.

Las había blancas y salpicadas de manchas canela y ne-

gra, como las sacrificadas en Kenko, cuya sangre, al bifurcarse por las rocas, servía para las profecías agrícolas. E iban cargadas con pequeños sacos sobre sus lanudos lomos. Porque no soportan más de cuarenta y seis kilos, y si se les añade uno más, se resienten con precisión de balanza, se tiran al suelo y ya no se mueven. Y es inútil azuzarlas; ni las conmueve la imprecación ni las agita la súplica. Patalean, gritan y sollozan como una mujer, escupen a la cara y mueren de rabia, sin levantarse del sitio.

Posiblemente, este mimo de la llama hizo inútil la gran lección del árbol rodante; como, por el contrario, en Asia y en Europa, la espléndida fuerza muscular del caballo suscitó la rueda.

Por esto, los incas, tan semejantes en algunos aspectos a los egipcios, desconocieron el carro de guerra con emplumados corceles de los Faraones, y recorrieron todo el extenso Tahuantinsuyo o las Cuatro Partes del Mundo (que es el nombre inca del Perú), en andas de oro, llevadas a hombros por sus nobles «corejones» de telas ajedrezadas.

Nada me ha impresionado en mi viaje como las escondidas «Chulpas» en el borde desolado del lago Titicaca. Se trata de monumentos temerarios, como las Torres del Silencio, en cuyo interior las momias, en cuclillas, sentadas en círculo, se contemplan en una macabra tertulia. Tienen algo de castillo europeo, y en su coronamiento las piedras bien labradas se aproximan. Unas cuantas más, y la clave en su centro, y ya estaba descubierta la bóveda, cambiando toda la arquitectura americana. Pero no llegaron.

La ignorancia del arco les obligó a tender puentes colgantes, de bejuco, a inmensas alturas, sobre la espuma bramadora de los torrentes, como aquel cimbreante con el viento, roto en 1714, que inspiró a Thornton Wilder su fatalista «Puente de San Luis Rey».

Como no tuvieron la preocupación de los carros, los ingenieros incas no buscaron para sus caminos el curso de los

grandes ríos, las llanuras y valles, ni contornearon trabajosamente las montañas. Librementemente se lanzaron a las alturas.

Sus grandes vías, la que va de Cuzco a Quito, la que penetra en Chile, como senderos de hormigas, todavía serpentean, a trozos, por las azules cresterías nevadas de los Andes. Por esas alturas debieron hacerse los más bellos viajes de la tierra. Y, sin embargo, por esos caminos, los «chasquis» o indios corredores (que se relevaban cada tres kilómetros en Tambos, donde les daban reposo y alimentos, mientras otro partía veloz con el mensaje) lograron llevar fresco el pescado del Pacífico al lejanísimo Palacio del Inca en el Cuzco.

América (sin lentos siglos de carros babilónicos, de corceles del Partenón) pasa casi de las andas y la llama a la diligencia y el ferrocarril.

Hay pocas carrozas en América; escasas galeras de viaje o aceleradas. No abundan los mesones para la posta.

Pero la rueda resuelve bien poca cosa; los viajes siguen siendo interminables, porque en América rige otra dimensión. Figuraos que un chileno que quiere ir del Norte de su país hasta el Sur, recorre una distancia aproximada como la que media entre Escocia y Teherán, capital de la Persia.

Aquí se hacen «fines de semana», como de Madrid a Moscú; veraneos, cual si la gente de Cádiz fuera a bañarse al Báltico.

No es necesario acudir a las penalidades de los viajeros clásicos: Humboldt, Spruce, Darwin; a las peripecias y dificultades de Hadfield por el Plata y el Paraguay; de Schmidt; de M. Briard por el Brasil de D. Pedro II; de la bella y delicada Flora Tristán (fundadora, antes que Marx, de la Unión Obrera), atravesando a caballo el desierto, entre Arequipa y Mocendo, y empleando meses para arribar a Lima...

Basta recordar lo que eran los viajes por la inmensa América hasta hace unos pocos años. Hasta la generalización del avión. Porque América, incorporada al mundo al principio

de la Edad Moderna, necesitaba su vehículo, y lo ha encontrado.

El avión, concretándola, disminuye sus gigantescas proporciones asiáticas para darle una civilizada dimensión europea.

Pronto desaparecerá de ella la rueda, como antes del Descubrimiento.

Hace unos meses, veía en el aeródromo de La Paz a un rebaño de llamas que pastaban entre los grandes trimotores. Una vez más se cerraba el ciclo.

El continente sin ruedas se lanza volador hacia las nubes; como los caminos del inca entre la nieve rosada, como los indios del Ecuador, que todavía toman la semilla negra del Shansy en el cuenco de la mano para sentir la sensación de volar, y se ensangrientan al caer por los barrancos.

WARA-WARA

Hoy he visto los primeros indios en la Quiaca, en la frontera de Bolivia y la Argentina. El tren sube, jadeante, 3.447 metros. Veo las indias envueltas en sus mantos colorados, color de vino, o verdes con cuadros negros, con sus cucharas doradas, casi planas, como un prendedor sobre el seno. Villazón es el primer pueblo del altiplano. Sobre los adobes, una joven india con falda grosella y sombrero de picador.

Los Andes nevados a un lado del tren. Una mula vieja y tres muchachas con faldas de colores, superpuestas. Llevan hasta cinco. En el barro, con todos sus colores, parecen mariposas sobre un hormiguero. Sobre sus trenzas, sombreros de copa blancos, con una cinta rosa y una cocarda.

—A los indios —me dice ese minero boliviano, compañero del vagón restaurante— les gusta ir en «pie ajeno». Lllaman así al burrito moruno, ceniciento, traído de España, y que se ha aclimatado a la enorme altitud andina. Aquí los vemos, revueltos con las llamas, blancas, con motas de café o canela, lanudas y negras, como eran aquellas cuya sangre vertía el Inka en Kenko (el relámpago), deslizándola por un zig-zag labrado en la roca, y deduciendo, según el canal que seguía la sangre en la bifurcación, si el año sería propicio o nefasto.

Esta confusión de burros y llamas es la primera mezcla que contemplo entre las dos civilizaciones, la española y la india; la de los vencedores y la de los vencidos. Aunque también hay esa fusión en mi interlocutor de viaje, que une el pelo lacio y la tristeza de los aymarás del altiplano con sus

sonoros nombres de Juan de Maldonado. Alza el vaso de vino, mezclado con agua de «Huancapampa», y luce en el dedo un gran anillo de hierro negro, donde se abultan en oro una llama y una balsa del lago Titicaca.

Esta fusión fecunda continuará todo el viaje, hasta llegar a los más altos símbolos.

Las indias parecen lagarteranas o charras salmantinas, con sus trajes del XVIII español; y en el barroco de las iglesias de La Paz hay un templo misterioso del Thiahuanaco, porque las manos que tallaron estas piedras católicas y la madera de la sillería de los coros habían edificado antes templos a la Luna, al trueno, al Sol y a la estrella de la mañana.

Los jesuitas —finos psicólogos— fomentaron el estilo barroco, que era el que más podía deslumbrar a la imaginación pomposa y complicada de los indios, y en la pintura, con un lujoso bizantinismo, tachonaron de enormes estrellas de oro los mantos rojos de las vírgenes cuzqueñas. Y detrás de sus coronas sevillanas pintaron las tres plumas del Inca: verde, blanca y roja, las plumas del Coraquenque, el misterioso pájaro que sólo aparecía en la tierra el día antes de la coronación del Hijo del Sol.

Y en Cuzco, en el Templo del Sol, que es hoy convento de los dominicos, en el mismo sitio donde brilló el gran disco de oro, con ojos, nariz y boca, en el hueco exacto (desde el cual, como un heliógrafo divino, mandaba su resplandor, al amanecer y al crepúsculo, a los indios arrodillados entre los maizales), brilla ahora la luz metafísica de la Custodia.

A veces, estos excesos de influencia española molestan a algunos indigenistas demasiado intransigentes que quieren llamar a Bolivia, Bolindia, y acusan a Pizarro de haber destruído muchas cosas, como si los fecundos conquistadores, creadores de pueblos, fueran turistas con máquinas fotográficas.

Un día me mostraron la rizada fachada barroca de la iglesia de San Sebastián, cercana al Cuzco. Y me hablaron de un

zorrito indígena, cuando se trataba, en realidad, del corderito colgante del Toisón de Oro.

Pero es indudable la influencia indígena y telúrica, que añade matices y enriquece de calientes detalles el arte colonial; así, esas serpientes con penachos de plumas que reptan por la columna del colegio paceño de San Calixto. Y el maravilloso púlpito de San Blas de Cuzco, con la blanca calavera del indio artífice en el enrejado de confesonarios, las volutas y ojivas góticas, de madera, de su parte alta, donde plasma la paloma del Espíritu Santo.

Desde la ventanilla del vagón restaurante —mientras sobre las mesas bailan las copas del licor— vemos la desolación infinita de la Puna. Cactus altos y gruesos como postes de telégrafo, erizados; otros como enormes candelabros, encendidos de florecillas amarillas o color malva, que anuncian su muerte. Porque estos cactus —buen tema para una poesía del siglo XIX— sólo florecen para morir.

Pueblos de adobes con tejados de paja, y sobre ellos las cruces blancas y los corazones de madera, con todos los símbolos de la Pasión: la lanza, la escalera, la corona de espinas y la caña de la hiel y el vinagre. De una cruz cuelga una serpentina que nos sorprende.

—Venimos del carnaval de Oruro —me aclara este dentista de La Paz, flaco, pálido, demócrata y que fué enemigo de Villarroel—; allí es el carnaval más típico. Y de Oruro procede la danza, antiquísima, de los sembradores de papas.

—Yo —interviene su bella mujer— me disfracé de andaluza.

Vemos árboles desmayados, como sauces llorosos, sobre la greda rojiza de la orilla seca; y montes de arcilla, y un río de agua colorada, retorciéndose como una serpiente; y mirándose en el agua sucia, inmóvil, un indio, como estatua de sí mismo. Llueve. Cortinas de agua azul. ¿Es Atahualpa que se manifiesta? Porque el arco iris, que resplandece sobre el barro, era el estandarte de los Incas.

Ahí, unas ruinas de greda con un árbol dentro. Tierra color de teja, arada, como rastreada por gigantesca garra. Cubos de barro como de castillos de una Edad Media que no existió.

El iris de unas indias entre las flores de Medinaceli. Los muros de tierra y los techos de paja florecen. En la tapia de adobes del cementerio hay unos sacos de estaño.

—Es —me dice el dentista demócrata— el metal del diablo.

En el tónder de la locomotora van unos trozos de césped, dorado.

Y ahora son maizales, y sobre algunos techos agudos cuernos de toro.

Bajamos al andén en Tupiza; los niños indios con rojos gorros y orejeras, como crestas de gallo; y una bella india, de trenzas con lazos y sombrero ancho. Las mejillas de manzanas hinchidas por la coca, que masca incesantemente. Casi todas llevan a la espalda a sus hijos, sujetos con mantos de colores.

El indio del altiplano necesita la coca, que fija con una piedrecita de cal y que chupa como un caramelo. Antes se decía que de un lugar a otro había «tantas cocadas». Venían a ser los tres kilómetros que aguantaban, cargados. Luego se desplomaban como muertos. Cambiaban la hierba (es decir, armaban la coca) y resucitados, volvían a andar, infatigablemente.

Los niños me piden unas monedas.

—No sea mal caballero —me suplican con voz de la Conquista.

Pasado Tupiza, anochece sobre las rocas y hace frío. Vuelan unos grandes pájaros.

—¿Son gallinazos?

—No —me replica el grueso minero—, deben ser cóndores; no olvide el refrán: «gallinazo no canta en Puna».

Ha estallado la tempestad; los relámpagos hacen instantáneas del paisaje; cerros y picachos aparecen de color violeta en las desgarraduras de la noche, como las entrañas de un caballo en una antigua corrida.

¡Qué contraste el de esta fragilidad eléctrica sobre la pesadumbre de las rocas! ; es como el hueso y el sistema nervioso de la tierra.

A las seis de la mañana se extiende una blanca escarcha sobre los matorrales de verdes penachos. Y otra vez los rebañados de llamas y los inmutables indios envueltos en ponchos colorados.

Almorzamos en Chalapata. En Poopo, una pareja baila al melancólico son de la «quena», bajo la bandera amarilla, roja y azul de Bolivia.

En Ayo Ayo venden rojas manzanas sobre negras mantas.

Al acercarnos a La Paz, el tren sigue subiendo ; llegamos a los 4.000 metros ; es de noche cerrada. Se ven estrellas, y a la Cruz del Sur inclinada, todavía muy baja, sobre el horizonte.

Esta es la cruz que los indios aymarás llamaron Wara-Wara.

La Cruz del Sur sustituye en este hemisferio a nuestra perdida Estrella Polar. Dicen que varía cada veinte mil años y que los primeros Padres del desierto llegaron todavía a vislumbrarla, refrescando con su limpia plata el ardor de sus tentaciones sobre los zarzales. Acaso el eco, erudito, de su recuerdo llegó al Dante, quien habló en los tercetos de su Purgatorio de «las quatro stelle» vistas por la «prima gente».

Durante siglos, sobre estos indios que crearon una primitiva civilización en torno al lago Titicaca, brilló este signo, entonces incomprensible, que era como una profecía de lo que iba a venir.

Sobre su clara luz fosforescente, los primeros españoles iban a extender el cuerpo desnudo de Cristo, aterido, entre las nuevas constelaciones y las estrellas jamás contempladas.

LA DIABLADA DEL ILLIMANI

La monja enfermera, Sor Isabel, es sevillana, del barrio de San Vicente; cecea más a medida que se exalta.

«He estado en Iquitos —dice—, en plena selva amazónica, y en Cochabamba y en Potosí. Allí hay flores y mariposas y todo un cerro de plata. Pero aquí ¡el paisaje es tan diferente al de Andalucía!

Estamos en la ciudad de La Paz, adonde quiso venir don Miguel de Cervantes como Corregidor.

Aún no había escrito el *Quijote*, y se ha dicho que seguramente en Indias, distraído con la política y con el bienestar de alguna Encomienda, no lo hubiera empezado.

Un Cervantes rico hubiera olvidado sus andanzas por pobres mesones y mercados, entre «maritornes» y posaderos.

Su tendencia a la poesía (y no era buen poeta) le habría llevado a cantar, como Ercilla, al Descubrimiento y la Conquista, y lo que hubiera ganado Pizarro lo habría perdido, sin duda, Alonso de Quijano, el «bueno».

La enferma que visitamos está herida por la altura; pues la ciudad de La Paz es la capital de nación más alta del mundo: 3.800 metros. En su aeródromo, 4.004. De modo que los aviones, cuando despegan, en vez de subir, se tiran como cóncores o buitres hacia la presa del llano de Arequipa.

La enferma padece el «soroche», llamado también «puna», que es el mal de montaña, pero que sólo sucede en los Andes; porque es algo más y ataca a todo el cuerpo. Produce dolor

de cabeza, paralizaciones, ansiedad en el estómago, conjuntivitis...

Es algo telúrico; como si la tierra nos indicara, con su terrible voz, que nos está prohibido dejar nuestra huella en tales alturas. Hemos tenido que pedir coramina; pero los españoles antiguos, que venían de Extremadura o de Andalucía y dieron aquí batallas sin quitarse la armadura, posiblemente lo atribuían a debilidad, que combatirían con una ristra de chorizos o un asado de aquellos puercos vivos que llevaban por la selva a manera de gruñidora intendencia. Sus remedios para las heridas eran la sal, el vinagre o la punta de una espada al rojo vivo. Indudablemente, hemos decaído un poco los hombres modernos.

Sobre la cama de la enferma veo un cromo del Sagrado Corazón, y por el balcón entra la luz, morada y triste, de la tormenta.

«¡Ya sube —ha gritado Sor Isabel señalando la calle de México—, ya llega la «Diablada del Illimani!»

Nos asomamos. Son indios disfrazados de demonios, con cuernos, con grandes astas doradas y colas de buey. Y unas corazas de monedas de plata cosidas a la tela roja, como escamas y reflejos de pez.

Por la calle llega una música lenta, antiquísima; ritmos de lejanísimas danzas rituales, de cantos sagrados de Tiahuanaco, subidos desde la selva de la hoya amazónica, con la coca y los lagartos de piedra, que esculpieron en las «Chulpas», sobre las desoladas playas del lago Titicaca.

Y un atavismo chino, asiático; de una China anterior al alfabeto, acaso con «quipus», como los de los Incas. Así, ese dragón lento, de cuello oscilante, como la «Tarasca» de los Corpus de Toledo. Y una Muerte descarnada, de risa de hueso, haciendo bromas fúnebres por la Avenida del Mariscal Santa Cruz.

Pero los reyes del carnaval de Bolivia son «los pepinos». Los vimos, con asombro, en la estación del ferrocarril, impre-
vistos, entre los baúles, los cargadores y vendedores de diarios. Van por mitad, como los «medios seres» de Gómez de la Serna, con una hemiplejía de color, en la que el lado derecho se inmoviliza en negro, y el otro anda suelto en rojo o amarillo.

Y con caretas, empolvadas, de gatos; de gatos mongólicos, de ojos oblicuos, en almendra, que se les van hacia las orejas puntiagudas.

«Los pepinos» van, como los ciclistas y los coches, numerados, con matrículas.

«Ved ese enorme número 13, sobre blanco, en la espalda de uno de ellos.»

«Es para identificarlos —me agregan— en el caso de un crimen.»

Estos días andan locos de «chicha».

Sí; más «chicha» que limonada por los bares de La Paz.

O el terrible tema del crimen por amor de ese hombre disfrazado de gato, de ese «pepino» desconocido, en las chicherías de las afueras.

En los obrajes de La Paz, unas indias de mejillas con colorete de «peponas», largas trenzas, collares de brillantes, sombrero hongo y faldas irisadas, bailan en rueda. Y en el centro, dos indios de ponchos rojos y gorros como crestas de gallo, tocan la melancólica «Quena», que antes se hacía con una tibia de muerto, y cuyo fúebre sonido dentro de una vasija de barro, produce, en la soledad de los Andes, el suicidio por tristeza. Y han pasado unas «llamas» de lanas blancas con motas de color café, negras y leopardadas. A través de sus cuellos erguidos hemos visto la danza de las indias, con el carrillo inflamado por la pelota de «coca», mientras arriba se deshela sobre una piel rosa la luna transparente verde-azulada como témpano, y el altísimo «Illimani» cubría su nieve de porcelana, con unas nubes de bordes violetas. Estam-

pa viva e intacta de hace tres mil años, andina, anterior a los Incas, entre voces «aymarás» melancólicas...

Hay danzantes que recuerdan a los conquistadores con gorros de lentejuelas, de puntas levantadas, que imitan a los de los españoles, y bigotes postizos y barbas y ademanes altaneros, con los que evocan, con burla e ironía, a los capitanes extremeños.

Y han llegado los sembradores de la «papa» de Oruro.

Es una siembra diferente a la de nuestro trigo, ignorado en América.

Una siembra profunda, litúrgica. La papa, que en quechua significa raíz, es el gran regalo a Europa del altiplano.

Ya está violeta el cielo sobre los tejados de La Paz. Y huyen, mojados, los diablos del Illimani. Y levantan las indias del mercado sus tenderetes, apoyados en el barroco de la iglesia, y desfilan tristes, chorreando, las últimas máscaras.

Pero al día siguiente, desde las ventanas del Hotel Sucre, luce un sol purísimo y un aire de cumbre sobre el carnaval de los niños. De pronto, la paradoja; estos indios del altiplano disfrazados de pieles rojas. Y esa «chola» con su traje típico —que también cree que no va disfrazada— dando la mano a su niño vestido de empolvado delfín, como Luis XV. El sueño de Rousseau: el buen primitivo de la mano del comprensivo siglo XVIII. Otro niño indio va disfrazado de luces, de torero, y arrastra un negro toro de cartón, con ruedas y una moña colorada; el recuerdo de España.

Únicamente San Calixto, la Universidad de los jesuitas, ha permanecido hostil, cerrada, al carnaval de los indios. Es la repulsa cristiana a la licencia pagana de las antiguas saturnales. Y el padre Galiño me ha llevado al museo. Entre un cóndor disecado y una colección de insectos, la reproducción de una «totoras», como un cesto de juncos, con su vela cuadrada para la navegación del Titicaca. Me muestra un esqueleto frágil y blanco.

Con una casta severidad le da un papirotazo y el esqueleto se balancea colgado de la calavera.

Es de una bailarina que vino aquí hace algunos años y fué asesinada en el carnaval. Pertenece al aula de Fisiología. Pero no. Un esqueleto en manos de un religioso es siempre, más que anatomía, «ejercicios espirituales».

TRISTEANDO

Ese, a pesar de su traje inglés y de su cutis blanco, me dice mi amigo en el Hotel Sucre, de La Paz, tiene la «cayena».

—¿Qué es eso?

—Un triángulo amarillento; la mancha mongólica, que desde que nacen tienen, al final de la espalda, quienes son de origen indio.

—Eso indicaría —le replico— que hubo muchos Colones mongólicos, muchos Pinzones de ojos oblicuos.

—¿Quién sabe? Un escritor afirma que los primeros pobladores de América vinieron por el estrecho de Behring; y como pasaron sobre el hielo, trajeron para siempre la helada sonrisa.

También se ha buscado la explicación de los polinesios llegando al sur de la Argentina; eran grandes navegantes, a ojo desnudo, y situaban a las islas por la diminuta nube de vapor (flotando como un nimbo a gran altura sobre ellas), como un vaho de su respiración vegetal. En Patagonia —añade mi amigo— el lobo marino se llama «kore», lo mismo que el kanguro en la lejana Australia, porque para distinguir al primer animal grande le pusieron el nombre de su poderoso marsupial. Así, este recuerdo del kanguro es la primera añoranza del país nativo en el gran continente de la nostalgia. Hay cerca de noventa y tres palabras de correspondencia exacta entre el idioma patagón y el polinesio. Me pronuncia algunas: «diente», «hombre», «hueso», «luna».

—Sí —le respondo—, otros aseguran que fueron las ratas de la Polinesia quienes enseñaron el derrotero.

Y es buen argumento el que el tifus «murino», que ataca a las ratas, es único en Polinesia y en Méjico y Guatemala. Hay quien sostiene que el vuelo de un loro hizo cambiar el rumbo a Colón, llevándole hasta la primera isla del descubrimiento.

En los archivos de Pekín se ha exhumado un documento —escrito en esos caracteres que parecen proyectos arquitectónicos de pagodas— con la relación de un descubridor chino, quien, a bordo de un junco llamado «Thian-San», arribó a las costas de los actuales Estados Unidos y lo describió como el país «donde casi todos los frutos son rojos».

Conozco la teoría de los vikingos; y de Erick, el rojo descubridor de la Groenlandia; y el hallazgo de aquella piedra, posiblemente apócrifa, con caracteres rúnicos, donde se habla de unos desaparecidos y se termina con una «Ave María». Y he oído hablar del cementerio normando de Herrjols, en el cual las raíces de los árboles agujereaban unos ataúdes de madera policromada, en cuyo interior se encontraron los muertos con túnicas medievales.

—Conozco esas teorías; las ratas, los loros, los normandos, los chinos, el tifus, los polinesios, los kanguros de Australia..., todos fueron descubridores de América menos Cristóbal Colón y los españoles.

—No se ponga usted así —replica mi amigo, y bebe una copa y brinda.

—Quedamos —le digo— en que los asiáticos poblaron América.

—¿Y por qué no? —me pregunta—. ¿Los americanos descubrieron a Asia?

La respuesta me desconcierta un poco; como cuando a aquel escritor argentino le reprochaba el que numerasen a sus ríos —río Cuarto, río Segundo—, me contestó: También us-

tedes los europeos, numeran sus reyes, y ¡con números romanos!

Mi amigo se exalta; sólo el hombre de origen europeo con sangre india es el americano total, auténtico. Los otros son emigrantes nostálgicos y artificiales. Visite usted —me aconseja— los muros del cercano Thiahuanaco; verá usted que quienes labraron y levantaron esos peñascos no estaban de paso...

Lo europeo en América es algo artificial. ¿Por qué hemos de celebrar, en verano y en el trópico (entre chirimoyas y cocoteros, o en el calor y las piscinas de Buenos Aires) la Navidad, poniendo bórico en los escaparates para imitar a la nieve? ¿Por qué hemos de decir que el paisaje se agosta, si nuestro agosto significa el pleno invierno?

Salimos algo mareados. Pasamos por el teatro «Monje Campero». Se inicia ya la madrugada. Sombras picudas, haldudas, de los indios e indias, en silencio, taciturnos, con peces y toros de plata, colgando sus telas en el barroco con verdín de la fachada de San Francisco. Se rosa ya la nieve fósil, eterna, del Illimani.

¿Por qué están tan tristes los indios? ¿Recuerdan su antiguo imperio abolido? ¡Mascan la coca!

Susurran palabras, que parecen de amor, en las orejas, abiertas, horadadas, con flores y con cintas, como de mujeres, de sus dulces llamas, de grandes ojos aterciopelados. Se emborrachan con chicha en las chicherías, donde, a falta de alfabeto, hay un cesto o un ramo de flores, indicando que allí se despacha el frenético alcohol del maíz fermentado.

—¿Conocen siquiera que hemos venido?

—¿Saben algo del descubrimiento y de la conquista? ¡Mascan la coca!

El indio, se ha dicho agudamente, es un árbol que camina. ¿Guardan aún sus «quipus», sus cordoncitos de colores

con pequeños nudos, donde está la antigua contabilidad de sus cosechas y de sus dinastías?

¿Será verdad que conocen el secreto de los tesoros que enterraron cuando la Conquista?

¿Saben dónde está aquel pastor de oro del tamaño de un niño, con sus llamas de oro macizo, aquella mazorca de maíz, dorada, con sus hojas de plata, del jardín artificial del Koricancha o Templo del Sol? ¿Guardan en alguna parte las leves momias, como rosales secos, de los últimos incas, los bultos que sacaban en las fiestas del Inti-Rami, sobre sus tronos de oro y plumas, ahuyentándoles las moscas; los cuerpos resecos, pero intactos, salvo la punta podrida de la nariz? ¿Adoran todavía a la Tierra, la Pacha-Mamma?

Cuando un niño está enfermo lo coronan de flores blancas. Cuando un pariente se encuentra grave, piensan que la tierra tiene hambre de cuerpos, y entierran, para calmarla, a un conejillo; y si se empeora el enfermo, sepultan a un robusto cordero. Cuando muere un familiar, con un cuchillo hacen un hoyo en torno de la cama. Quieren así engañar a la voracidad insaciable de la tierra. Sus antiguos curanderos extrangulaban con un lazo corredizo a los moribundos, para evitar las flemas de la agonía traqueal.

Estos indios, hasta hace poco sumidos en la esclavitud del ponguiaje (el servicio gratis a cambio del chuño, que es la patata helada y podrida), aún cantan, en la desolación azul y grandiosa de los Andes, sus viejos «yaravíes», sus melodías en la «quena» que, a veces, es una tibia con agujeros; un hueso de muerto que hacen musical, y cuyo fúnebre sonido, amplificado en la oquedad de una jarra de barro, produce el suicidio por melancolía.

Una vez un boliviano conocido mío, observando a un indio, peón de su hacienda, que taciturno tomaba el sol apoyando su poncho rojo contra una pared de adobes, le preguntó:

—¿Qué haces?

—Por aquí, tristeando...

¡Vieja raza abolida, ya al margen de la Historia, que ha hecho un verbo de un adjetivo: Yo tristeo; tú tristeas..., mojado con una lágrima a la Gramática y poniendo un melancólico sonido de «quena» en el alegre y decidido castellano de la Conquista...!

Perú

El Cuzco de los Incas.—El Templo del Sol.—El arroyo de los tres nombres.—Inti-Raymi.—San Bartolomé por los aires.—Los capotes en el «golf».—La mañana importada.—Los cráneos deformados (Premio Cavia 1949).—Lima sin lluvia.—La plaza firme de Ache.—Los «chifas».—Los «amancaes».—La «Perricholi».—Llameros y huaqueros.—Los santos mestizos.—Santa Rosa en su jardín.—Los gallos y la piedad.—Los toros saltan la barrera.—Menús y paisajes.—La gota de sangre.

EL CUZCO DE LOS INCAS

Cuzco, en quechua, significa ombligo. Porque era el centro del Tahuantisuyo, o las Cuatro Partes, que es el nombre primitivo, auténtico, del Imperio de los Incas. La actual denominación de Perú se debe, según parece, a que un conquistador, habiendo preguntado por el nombre de un río que iba a cruzar, el Virú, interpretó mal su denominación.

Cuando los quechuas, con sus llamas cargadas, avistan o se despiden del Cuzco, se arrodillan y dicen con voz emocionada: «Ccoscco, sumac llacta, ñapayquín», que significa: «Cuzco, tierra grande, yo te saludo».

Porque el Cuzco es la Ciudad Santa de los indios y la Capital Arqueológica de los blancos de América; de tal modo carecemos ya los blancos de fantasía que damos a las bellas ciudades nombres de museos.

He llegado al Cuzco bajo un cielo añil y con una luz tan poderosa y radiante que me ha sido preciso colocar un cristal amarillo, como filtro, en el objetivo de mi cine en colores. Se hilaba, arriba, una nube blanca, de algodón.

Cuzco es un Burgo edificado sobre pedazos de acueductos romanos, sobre anfiteatros, sobre acrópolis ciclópeas.

Los primeros cronistas españoles la compararon a las ruinas de Tarragona, al Hospital de Tavera, en Toledo, o a la Puente (el acueducto) de Segovia.

Contempláis casas españolas, con escudos y cimeras, como en Castilla o Vascongadas; y conventos con ojivas, rejas y celosías; pero debajo ondulan, en piedra, las gruesas serpien-

tes de los Incas, como aquella monstruosa de los Andes a la que dió muerte el Inca Mayta Capac, quien desde entonces se llamó Amaru, que significa serpiente. Y véis piedras gigantes, de tres o cuatro metros de altura por otros tantos de ancho; y misteriosas puertas trapezoidales, que parecen la entrada del «Más allá», semejantes a las egipcias, anchas en el umbral y estrechadas en el dintel, porque desconocieron el arco.

Hay mansiones cuyo primer piso es inca, el segundo colonial y el tercero republicano. Toda la historia del Perú hecha arquitectura.

Son verdaderos «pedazos de sierra», como escribió el inca Garcilaso, edificados.

¿Cómo sin ruedas (la rueda sólo era conocida en Centroamérica, pero únicamente en los juguetes de los niños); cómo sin caballos, pudieron los Incas hacer mover aquellos montes, construir con trozos de Andes?

La llama con sus flores y sus pendientes —dulce princesa hija de un Inca, transformada en triste animal— no transporta más de cuarenta kilos. Carecían de máquinas, de grúas y garruchas; no utilizaron el plano inclinado.

Todo fué a fuerza de brazo, de número; como el hormiguero que con su lomo múltiple transporta el lagarto muerto.

Desde la autovía que nos lleva a Macchu-Picchu hemos contemplado entre los amarillos amancaes cantados por el inca Pachacutec, a la llamada «Piedra cansada».

Es fabulosa; parece la losa sepulcral de todo un ejército, tendida sobre la verde pradera. Y, en realidad, lo es; pues bajo este inmenso cuadrilátero labrado yacen los restos de cientos de indios aplastados.

Según el cronista de *Los Comentarios Reales*, veinticinco mil indios la transportaban, cuando por un descuido cayó por una cuesta.

«La sangre que derramó —afirma Garcilaso— dicen que es la que lloró, porque no la lloraron ellos porque no llegó a

ser puesta en el edificio. Y decían que se cansó, porque ellos se cansaron de llevarla. De manera que lo que por ellos pasó, atribúyenlo a la peña...»

La Plaza de Armas de Cuzco semeja a la de Castilla o Salamanca; las casas están suavemente coloreadas, con balcones y miradores sobre la bóveda de los soportales.

Por estos porches para la lluvia pululan las indias de sombrero de seta con lentejuelas y que hacen el acto de «quipichar» (cargar al hijo en la espalda, envuelto en el anaco o manto) con la gracia de un farol torero.

Hay tiendas de velas pintadas, enormes cirios de cera blanca, donde se abultan las florecillas, las estrellas y las palomas de colores. Y entre esas velas católicas, chillan los verdes loros traídos de la selva pagana.

Al fondo está la Catedral, edificada sobre el Palacio del Inca, Huiracocha (Espuma de la Laguna), de un puro renacimiento, con su altar todo de plata — ¡buena presa para el corsario Drake! — y con su dragón tallado en amatista y su dulce Virgen, llamada «La Linda», donde palpita la ternura del artista indígena; y el Señor de los Temblores, tan americano, con una denominación inconcebible en la firme y anclada Europa, pero tan natural en estos jóvenes Andes, que se mueven y ondulan todavía, como un mar de rocas.

Esta plaza está llena de historia. En aquella casa amarilla se balanceó el cadáver de doña María Calderón, ahorcada por hablar mal de Gonzalo Pizarro, por orden de Carvajal, «El Demonio de los Andes», que, con sus ochenta años, los cruzó repetidas veces sobre su mula roja. Por aquella calleja entró con Francisco de Pizarro. Y aquí está su casa sobre el Palacio del inca Pachacutec.

Hay unos indios rezando, con los brazos en cruz, en la iglesia de la Compañía. En ella se adora a un San Isidro, vestido de capitán de los Tercios de Flandes, con chambergo, pantalón de grana y banda colorada. En la penumbra, rosada por los resplandores de las velas, se ve el óleo oscuro, del ma-

trimonio de la princesa inca, de la ñusta Beatriz, con don Martín de Loyola, pariente de San Ignacio. Y los dos cortejos. A la izquierda, el indio, en oro y rojo, irisado de plumas y parasoles, con acompañantes soplando los nacarados «pututos», es decir, las rizadas caracolas traídas por los rápidos «chasquis», en sus carreras de relevo, desde las costas del Pacífico. Y al otro lado, la comitiva española, enlutada de negro terciopelo, con la leve espuma de las golas y la herida de alguna fina Cruz de Santiago.

¡Gran ejemplo de colonización y mestizaje, este matrimonio de la hija del Sol con el pariente de un Santo, frente a los pueblos rubios, que dejarán, al irse de sus colonias, unos cuantos ferrocarriles y algunos campos de golf!

EL TEMPLO DEL SOL

Da el sol vivo en el Callejón de Loreto. Corre el muro imponente del convento de Santa Catalina, como almohadillado de piedra, capitoné por los enormes sillares del templo Ayllahuasi o de las «Escogidas», donde preparaban las bellas vírgenes del Sol la chicha del Inca y sus suavísimos mantos de plumas de pájaro. Vamos por «Inti-Kijlla» o calle del Sol, camino del Ccoricancha, el «Cerco de oro».

Fijense —nos dice nuestro guía—, las piedras están tan bien acopladas que entre ellas no cabría ni un alfiler. Ya lo habían notado los cronistas españoles, pero usaron una metáfora menos pacífica: «Por aquellos sillares —escribían— no cabe una espada».

El padre González, un dominico de Burgos, nos ha invitado a visitar el convento de Santo Domingo, edificado sobre el antiguo Templo del Sol. Ha estado en Tonkín. Su celda, con un cromo de la Virgen y una estufa, está situada sobre la capilla de la Luna, llamada «Quilla», el templo femenino, todo de pálida plata, donde sólo se guardaban las momias, frágiles, de las reinas. Nos muestra la celda, contigua a la suya, donde Diego de Ojeda escribió *La Cristiada*.

Vengan —nos dice— a la cafetería de los padres. Hoy es la fiesta de San Vicente.

Hay muchas familias burguesas de Cuzco tomando café, dulces y copitas de pisco, bajo unos ángeles volando dentro de marcos de oro barroco. Al fondo, una fotografía, amarillada, de La Cordaire.

«El templo era inmenso —nos aclara—, con talleres, graneros y dependencias.» Era como una fábrica religiosa. Lo visitamos. Subimos por una escalera a la altura del órgano de la iglesia y miramos por una vidriera lateral. El Sagrario está, precisamente, donde brillaba antaño el gran disco del Sol. Era del tamaño de «una rodela», según la imagen militar de la época. Y los indios adoraban sus reflejos.

Este disco le tocó en el reparto del botín al soldado español Manso Serra de Legizamo, quien por la noche lo perdió jugando a los dados, y de aquí vino el dicho de «jugarse el sol antes de que amanezca».

¡Heroica época, en la cual los soldados españoles se jugaban a los dados a los dioses vencidos!

En torno a los claustros se abren unas capillas, de piedra, con nichos, con huecos y salientes para extraños goznes, y agujeros donde incrustaban piedras preciosas, y canales fónicos —¿acaso incaicos teléfonos para la voz de los dioses?— y tubos de piedra. Entramos en la capilla del Rayo (Yllapa); del Arco Iris (Kuichi); del Trueno (Kunununoce).

Si en este templo incaico no se hubiera fundado un convento, si una religión no hubiera sido sustituida por otra, éste sería ahora un museo o una ruina. La calma conventual, religiosa, deja vivir al antiguo templo, que palpita, nimbado de divinidad, pero con una concepción más alta. Donde estuvo el dios Sol, hay que arrodillarse ahora también. Y hay un Santo Domingo, con velas encendidas, en el Templo del Trueno.

La capilla de las Estrellas y de Venus (Colla y Chascas) es ahora sala de música para los novicios de la Orden, y bajo los cuadros de los santos dominicos hay un piano o armonio, enfundado. Una misteriosa raya negra, que no puede borrarse, corre a la mitad del muro; parece que significaba la separación del cielo y de la tierra.

El exterior del Templo del Sol es impresionante, con su grueso muro redondeado, de grandes piedras regulares, de

color azul marino, de ola estrellada. Y enfrente está la huerta.

El padre González me refiere una leyenda india. «Juntaban de una manera tan perfecta las piedras, porque sabían ablandarlas. Habían observado a un pájaro, pequeño, todo azul, el pinko, que con una yerba derretía las peñas para hacer en ellas su nido.»

El no cree mucho en la leyenda, pero yo la acepto, porque me place tener por arquitecto de un muro ciclópeo a un brevísimo pájaro como una chispa azul, que, además, nadie ha visto.

Pasan unas llamas por la verja de hierro de la huerta. Crecen en ella grandes girasoles y flores amarillas. Aquí estaba el jardín del Sol. El jardín artificial era de oro y plata. Según los cronistas, los terrones y los surcos eran de oro macizo y también las mazorcas de maíz con hojas de plata. Eran de oro los árboles y las sabandijas, las serpientes y lagartos, los caracoles, los pájaros y las mariposas, los haces de leña y veinte ovejas (las llamas) y sus pastores, con sus cayados del tamaño de un niño de cinco años. Todo se inmovilizaba en el metal amarillo, como si Midas hubiera ido tocando con sus manos a toda la huerta, con sus insectos y sus frutales.

Seguramente hay un poco de fantasía en todo esto, pues no hay que olvidar que los conquistadores eran andaluces y extremeños de imaginación cálida.

Pero, indudablemente, Cuzco fué una mezcla extraordinaria de suntuosidad y pobreza, con palacios como majadas, ensangrentados por los pulmones hinchados de las llamas para el vaticinio, manchados los dinteles de sus puertas egipcias con la sangre de los sacrificios rituales, con macizas cornisas de oro (como la que intentaron en vano arrancar los españoles, enviados por Pizarro desde Cajamarca), cubiertas con pobres techos de paja.

En todo caso, ¿dónde están estos tesoros?, ¿en la galería ciega, y todavía no explorada, que conduce del Coricancha a

la fortaleza de Sacsahuamán o del Halcón ahito?, ¿conoce algún pobre indio de Pisac o de Chincheros el lugar del tapado, del tesoro escondido?, ¿fueron arrojados, como informa la leyenda, a las azules aguas del lago Titicaca, el Mediterráneo indio, cuyas aguas cada año decrecen, y donde corren todavía, como una nostalgia de cuando fué mar, algunas corrientes saladas, y de cuya espuma nacieron Manco Capac y su hermana y esposa Mamma Ocllo, padres de la dinastía?

Manco Capac

Mamma Ocllo

EL ARROYO DE LOS TRES NOMBRES

En el corral, bajo los balcones pintados de azul y flores rojas, apacienta a las llamas una pastora india que nos sonríe desde el estiércol. En las paredes, desconchadas, están pintados los doce Incas (los doce Césares que no tuvieron su Plutarco) de antes de la Conquista.

Aquí están Manco, cuya barra de oro se hundió en el sitio donde iba a fundarse el Cuzco. Sinchi Roca, creador de los «chacos» o grandes cacerías; y Llocque Yupanki, quien venció en Ayaviri y dió a su río el nombre de «Río de los Huesos». Y Maita Capac, que estranguló a la monstruosa serpiente de los Andes y tendió un puente de bejucos sobre las hirvientes aguas del Apurimac y fundó a Arequipa. Así, hasta el último Inca independiente, Huayna Capac, padre de Huascar y Atahualpa, vencedor de Chile y de los Quitus (El Ecuador), quien en su vejez (como ya andaba Pizarro con «Los Trece de la Fama», por tierras de Tumbes) le hablaron de unos blancos y barbados, que usaban unos palos de trueno llamados «santiagos» (porque al disparar el arcabuz, los españoles gritaban el nombre del patrón de España); y venían en unas casas que andaban sobre el mar (las carabelas); y montaban unos enormes carneros (los caballos) que formaban cuerpo con ellos.

El Obispo del Cuzco da su violeta amatista a besar a unos indios, que se acercan inclinados, como sus antepasados al Inca, a quien debían aproximarse un poco curvados y con un peso, simbólico, en la espalda.

Está apoyado en la gran piedra, con minúsculos hongos verdes, llamada «Hatun-rumoc». La piedra monstruosa de los doce ángulos, que fué fundamento del Palacio del Inca Sínchi-Roca.

Vemos a Su Ilustrísima a través de los cuellos de un rebaño de llamas; y una de ellas está manchada como un leopardo. Bajamos por «Las Nazarenas» y la calle de las «Siete Serpientes». Este es el edificio de «Yachyuasi» o «La Casa del Saber», la Universidad de los Incas. Y entramos luego al Puma-kurcu o la Viga del Puma, donde el Inca amarraba, con cadenas, a sus pequeños leones, y que era el primitivo zoo del Cuzco.

Nos despedimos de nuestro chófer, Manuel Mar. ¡Qué extraña psicología la suya! Pertenece a una guerrera raza lejanísima, que fundó ciudades, ignorando la rueda y el arco, y que en vez de alfabeto utilizó los «quipus», los cordoncitos con nudos. Porque los Incas, en vez de leer, recordaban. Y repetían su saludo matinal, equivalente a nuestros «Buenos días»: «ama-llalla», «amaquella», «ama-sua», que significa: «no seas mentiroso», «no seas perezoso», «no seas ladrón».

Paseamos por las márgenes del río Watanay, el río que atraviesa el Cuzco, su líquida y transparente espina dorsal. Este río tiene los tres nombres más hermosos del mundo. Unos lo llaman el «Purin-waylla», es decir, el liador o amarrador, porque, en efecto, va como amarrando a todos los paisajes.

Otros lo denominan el «Caminante de la Pradera». Porque es lo único que se mueve en la llanura inmóvil.

Este río vió a la raza ciclópea fundar al Cuzco, y a los últimos Incas, de túnica corta con su calzón o «huara» y cabezitas de puma en las rodillas y su capa carmesí o de piel de murciélago, que era como ir disfrazados de noche, entre el ruido de los atambores, fabricados con el pellejo del enemigo con sus brazos colgando. Y contempló la entrada de Pizarro, con su peto y su espaldar de acero, y su penacho blanco, en

una silla de manos, por el cansancio de la conquista, acompañado del padre Valverde, aquel que en la noche, entre antorchas de Cajamarca, vió ejecutar a Atahualpa y lo bautizó con el nombre de Juan.

Por eso, por lo que ha visto, por lo que verá todavía, el tercer nombre de este río es el más hermoso; lo llaman «Watan-Watanay», que significa: «Año tras año, ¡qué cansancio...!»

INTI-RAYMI

Dan las doce en la campana «María Angola» de la Catedral de Cuzco. En su bronce fueron fundidas las joyas de novia de una dama de este nombre, quien, tras un desengaño de amor, profesó aquí, en un convento de las afueras. Y en sus campanadas solemnes parece que se oye todavía un sollozo nupcial.

Y hemos entrado en una casa de comidas, junto a la pastelería «La Limeña». Es oscura; unos quechuas, con crestas de orejeras y ponchos morados y rojos, están almorzando, cercanos a la cocina. Unos pasteles en la mesa, vasos de pisco y de chicha morada y bollos de postres, tras el incendio de la carne, avivado por el ají, o de las papas a la huancaína. Suena la radio; el muro es oscuro, con las negras hornacinas trapezoidales. Esta es la pared del «Templo de las Escogidas», de las Vírgenes del Sol, que antes daba a la gran plaza. Estos indios pueden comer tranquilos. Están respaldados por su historia, como un campesino de Toledo. Son los verdaderos americanos de América, frente a la zozobra y la nostalgia de los emigrantes.

Visitamos otros barrios: Qantopata (Altura de la Clavelina), Ytuqokachi (Cueva de la Sal), Kkillipata (Alto del Cernícalo). Y la verde explanada Rimacpampa (el llano donde se habla), donde braman los motores de los camiones, manejados por quechuas de caras antiguas, cuyos perfiles hemos visto en los «huacos». Y puestos donde venden telas

y toritos de Pukara las jóvenes indias, entre botellas de refrescos y grosellas.

Aquí, el muro de Ccolcampata, donde ahora está la iglesia de San Cristóbal, que fué el palacio real de Manco Capac, el fundador del Imperio, entre flores y eucaliptus. Descendemos, de nuevo, a la gran plaza donde se celebraban las fiestas del Inti-Raymi.

El Inca, con la borla roja (en vez de la corona), la «Mascaypacha», concentraba en un disco cóncavo la primera luz del amanecer y encendía el algodón produciendo el «fuego joven». Le rodeaba el pueblo y sus «orejones» de lóbulos dilatados por pesados trozos de oro. Corría la sangre de las llamas negras y el arroyo de la chicha, canalizado hasta el Templo del Sol.

El Inca estaba rodeado en la plaza de todos sus antepasados; ahora los bultos reales son sustituidos por santos traídos de todas las iglesias del Cuzco; y el Corpus sustituye al antiguo Inti-Raymi.

Las momias de los Incas —sólo contempladas por Polo de Ondegardo—, como resecos y leves montoncitos de hojas secas, envueltos en oro y en plumas y con vestuarios resplandecientes, aparecían aquel día en la plaza, recibiendo la luz del sol, esa luz que está prohibida a los muertos.

Sus servidores, con vistosos abanicos, les espantaban las moscas.

Ningún pueblo como el de los Incas mezcló de tal modo la muerte con la vida, pasando con mayor desenvoltura el terrible dintel.

SAN BARTOLOME POR LOS AIRES

Hace treinta años el señor don Luis I. Aquino recortaba del semanario *La Esfera*, de Madrid, una fotografía de la talla del hierático y elegante San Bartolomé, guardián del sueño sepulcral del Rey Monje, en la capilla de San Pedro «el Viejo», de Huesca. Pero todo en este santo son avisos y extrañas coincidencias. El señor Aquino, director del Museo Hispano-Americano, recibió hace algunos meses de un anticuario de Nueva York un catálogo donde se le ofrecía la hermosa talla del siglo XIII. Así vió su presentimiento y su sueño realizados. El santo voló treinta horas sobre las nubes (como en las viejas apariciones), de Nueva York a las orillas del Plata. Así la vieja Fe empieza a cristianizar a las máquinas, como ya lo hizo con la indómita naturaleza de los hombres. Entre los altavoces, el bramar de los motores, la radio y el asfalto del aeródromo, subieron a este extraño viajero teológico, que fué uno de los Doce y calmó la furia de los «poseídos». Y las macizas hélices, girando vertiginosas, se hicieron vibrantes y casi invisibles, como los nimbos que doran las cabezas de los Apóstoles.

San Bartolomé, desollado, exhibe su pellejo, colgando de su mano, como una capa de sangre. Porque es uno de los Apóstoles más dramáticos. Todavía por las cocinas de campaña, ahumadas y relucientes de hollín, de Soria o de Burgos, con nieves en los pinares, cecinas colgadas y candiles de aceite, he escuchado en mi niñez decir a los viejos: «Cuidado, que hoy es San Bartolomé y anda el diablo suelto».

San Bartolomé sujeta al demonio, como a un infernal perrillo, con una gruesa cadena de eslabones de hierro. El Evangelio le dedica muy breves líneas. Debió ser aquel Natanael Bar-Turbai (hijo de Turbai), a quien Jesús llamó, según San Juan, cuando marchaba de las azuladas aguas del Jordán a la dulce Galilea.

Felipe, su amigo, del grupo de Jesús, lo encontró en su casa de Caná debajo de una higuera y le gritó: «Natanael, hemos encontrado a Aquel de quien habló Moisés; es Jesús de Nazaret».

Y Bartolomé pregunta, burlón (y es una de las pocas bromas del Evangelio):

«¿De Nazaret puede salir algo bueno?»

Pero Jesús, cuando le recibe, le dice:

«He aquí a un verdadero israelita, un corazón leal y sin engaño.»

Y ante su estupor y su pregunta, «¿de dónde me conoces?», el Señor añade:

«Antes de que Felipe te llamara cuando estabas bajo la higuera, Yo te veía.»

San Bartolomé es un Apóstol misterioso. Y si el Evangelio es parco y sobrio con él, las leyendas piadosas de la Edad Media lo arrebatan y exaltan.

Se dice que predicó por toda la tierra de la Armenia y que fué despellejado vivo por orden del Rey Astiages.

A principios del siglo XIII apareciósele el diablo en forma de dragón. Pero pudo encadenarlo. Y por aquella época corrió por los claustros, romerías y lugares piadosos la leyenda de que pertenecía a la estirpe de los Ptolomeos; y se le representa, desde entonces, noble, atildado y majestuoso, entre la santa plebe de los Apóstoles.

Así lo retrata la Leyenda Dorada: «Su figura es blanca; sus ojos, grandes; su nariz, recta; su barba, abundante y plateada. Viste una túnica de púrpura y un manto blanco, decorado de piedras preciosas. Desde los veinte años lle-

va los mismos vestidos, siempre nuevos y brillantes. Los ángeles le acompañan; su rostro es afable y sereno. Todo lo conoce y habla la lengua de todos los pueblos. Y sabe en este momento lo que estoy pensando».

El templo de Pachacamac se eleva gredoso en el desierto rojizo, levemente anaranjado, de la desolada costa peruana. Verde, frío, se agita el mar, como una madrugada encadenada a las rocas. Una brisa ácida viene de las cercanas islas Guaneras, blanqueadas de espuma y de aves marinas. Todo el templo es de barro rosado, color de hígado; lo que indica que desde hace muchos siglos, antes de la llegada de los Incas, jamás llovió sobre esta extraña tierra. Una leve lluvia disolvería al templo, varias veces centenario.

Sabemos que debajo de nosotros, todo un pueblo en cucullas, sacerdotes, niños, guerreros y doncellas, duerme, imitando la posición del feto, envueltos en telas azules con geometrías de púrpura, con mazorcas moradas de maíz y vasijas de barro, para la gran sed de la muerte.

Cuando los españoles llegaron a Pachacamac, en este templo se veneraba la extraña estatua de Viracocha, el misterioso y barbudo hombre blanco, con su túnica de color de azucena, venido de no se sabe dónde, y que durante siglos fué en América como un presentimiento de la arribada de los descubridores.

Tenía Viracocha, atado a sus pies, a un lanudo perro o zorrito autóctono. Y los conquistadores creyeron que habían descubierto a San Bartolomé con su dragoncillo católico. Pensaron, sin duda, que Apóstol tan mágico bien podía haber desembarcado y evangelizado en Indias, muchos siglos antes de la llegada de las Carabelas.

Hemos visto en el Museo Hispano-Americano de Buenos Aires la emocionante talla del siglo XIII. Ella, en estas tierras fraternas del Plata, seguirá realizando prodigios, llenando a quienes la contemplan de fantasía, de zozobra y de espíritu.

Porque ésta no es una pieza de anticuario. Y porque en la sangre del pueblo que ahora la hospeda, aún late aquella maravillosa edad de la fe, terrible y delicada como «un lirio en vaso de hierro».

Acercaos a ella. Ved la túnica amarilla, de oro flordelizado, los toscos clavillos del pecho, que acaso estuvieron es-carchados de piedras preciosas. Contemplad su breve y noble cabeza. Su frente recta. Su figura bizantinamente alargada, como anticipándose a las visiones verticales del Greco.

Aún se returce a sus pies, color de barro verdoso, el dragón de boca y torpes manos de sapo.

No es éste un árbol tallado. Es un trozo vivo de Edad Media. Son siete siglos de miradas suplicantes, de manos en oración, de cirios encendidos, de lágrimas.

Esta talla es espíritu vivo. Huele a árbol milenario y a lejanísimo panal de cera. Ella vigiló el sueño de un Rey, y a pesar de los siglos lleva, como en la Leyenda Dorada, los vestidos «nuevos y brillantes».

Aquí está entre los bellos árboles del Museo, sin su dura cadena (porque el diablo anda ahora desencadenado como la materia y hecho energía desintegradora) el misterioso y elegante Apóstol, que calmaba a los endemoniados, el amigo de Jesús, aquel que fué contemplado amorosamente por Él, al pie de la higuera.

CAPOTES EN EL «GOLF»

En la esmeralda, regada, del campo de «golf» de Lima, el mozo de espadas de Pepe Luiz Vázquez ha extendido, sobre una mesa blanca para el té, los rojos capotes de brega.

Le veo trajinar, cepillarlos y frotarlos con agua desde mis ventanas del «Country Club». ¡Y cómo resaltan!, sobre el verde plácido, deportivo, la seda colorada o morada, con el forro amarillo manchado de sangre seca. Habrá que cambiar el viejo título. Ya no es «Sangre y Arena», sino «Sangre y Césped». Es éste un abrazo de Vergara, entre el mundo español y los anglosajones; una tregua en la Leyenda Negra.

Ahí están, como alas de insectos, las sedas inertes, que el finísimo espada sevillano hace florecer en pétalos de verónicas, que se deshojan unas tras otras, hasta el lánguido otoño de la media ceñida; o en falso muro de apariciones en la graciosa chícuelina; en rosa, ala, mariposa o abanico.

Y al fondo pasan los rubios Secretarios de la Embajada Británica con sus «caddies» con la aljaba flechadora, mientras flamean (como pidiendo la oreja) las banderitas de los dieciocho agujeros sobre el «green», suave como una nuca femenina.

Varias veces han estado a punto de desaparecer nuestras corridas de toros ante la sanción internacional desencadenada, tenazmente, por los anglosajones y entre los gritos lacrimosos de las Sociedades Protectoras de Animales.

Los países que dominan imponen sus costumbres y sus

juegos. Tomamos el té a las cinco y jugamos al «golf» y al «bridge», a causa del poderío de la Flota británica. La atómica en manos de los norteamericanos ha extendido la «Coca-cola» y ha puesto de moda el «Cadillac». La derrota de Alemania ha quitado sabor a la «Chucrut» y velocidad a su «Mercedes».

Cuando dominábamos los españoles, hubo toros en toda América, desde el norte de Méjico hasta Buenos Aires y Montevideo. Porque desembarcamos en Alhucemas, se dan todavía verónicas en Melilla. Si la Invencible hubiera llegado a Inglaterra, habría cinco grandes corridas de feria en la «season» de Londres.

Pizarro, Cortés y los demás conquistadores españoles (que se mezclaron con los vencidos y dejaron intacta a la América aborigen), han sido considerados como símbolos de crueldad y de codicia durante estos últimos siglos, de rapaces guerras coloniales, cipayos atados a la boca de los cañones, exterminio de pieles rojas y, finalmente, guerras por el petróleo, gases lacrimógenos y asfixiantes, campos de concentración, cámaras de gases y bombardeos atómicos o de fósforo líquido.

Porque uno de los más codiciables privilegios del vencedor es el de escribir a su modo la Historia.

Los toros fueron unidos a los conquistadores, y la Inquisición (contemporánea del inicuo proceso contra Servet y de la quema de brujas en toda Europa) en el tríptico de la España tenebrosa de El Escorial, tenebrosa, únicamente, por haber sido vencida.

En América pueden pactar los pueblos enemigos de la vieja Europa. Porque aquí están y viven los europeos, pero sin sus muertos y sin sus terribles mandatos; los ingleses no llevan encima, como un caracol, a Austerlitz, o a la amenaza de la Invencible. Los franceses se han desintoxicado de Robespierre. Los españoles se han olvidado de Trafalgar y de la victoria de Mulberg.

Algo parecido acontece con las religiones. Sin abdicar del dogma, los católicos conviven con los protestantes. Se hacen mutuas concesiones formales, con una amnesia, querida, de la Guerra de los Treinta Años.

Entre las «santarrositas» o picaflores, y esa planta de tiras rojas llamada «tripa de ganso» del Golf, he visto ayer a un joven y rubio deportista, despechugado, con las mangas remangadas, terminar, sudoroso, su noveno agujero, beberse un «Ginger Ale» y luego darse una ducha. Era un fraile franciscano de origen canadiense.

Todos, en lo externo, han cedido un poco. Los toros han renunciado a los caballos desventrados y han aceptado el peto, a cambio de salir en tecnicolor en todos los cines del mundo.

Y la monja de «Las campanas de Santa María», para hacer oír los salmos en Hollywood, ha tenido que aprender algunas fintas de boxeo.

En un mundo agrietado por el odio puede ser una esperanza ese saludo que bajo el azul cielo limeño se hacen el «caddy» de los ingleses y el mozo de espadas de Pepe Luis Vázquez.

LA MAÑANA IMPORTADA

Estábamos en Huando, cerca del pueblo de Huaral, a unos cincuenta kilómetros de Lima, y amanecía dulcemente. Todavía era la noche total; pero pronto empezó a descomponerse en verdes lejanías marinas y transparencias de fríos rosas. Surgían como islotes y archipiélagos de nubes, ya nacarradas.

Por las persianas de la casa de la «Hacienda», la luz entraba, haciendo piel de cebra el suelo de la alcoba. Y de pronto sonó, siempre nuevo, el clarín jubiloso del primer gallo. Y luego el mugido, todavía nocturno, de las vacas recién ordeñadas y aún salpicadas de espuma en los flancos, que salían de la humedad caliente del establo a la fría y sonrosada agua del abrevadero.

Y se oyó, cercano, el relincho, de crines alborotadas, de un caballo; y luego la dulzura metálica —bronce y plata— de la campana de la capilla de la hacienda, sobre los azules ángeles y la Virgen, adornada con cintas y flores silvestres por las indias.

Pues bien, pensé, todo este amanecer, el grito del gallo, el lamento maternal de la vaca, el militar alarido del caballo, la religiosa voz de la campana, todo esto ha venido de España. Estos ruidos, maravillosos, de la aurora han embarcado en los navíos; han sido importados.

Porque la alborada de los Incas ignoraba todos estos sonidos. Era casi muda; silenciosa, como sus multitudes, como los niños indios, que apenas lloran. Acaso escucharon el ba-

lido, lejano, de unas llamas negras sobre una roca, o el canto leve del koraquenque, que da sus plumas al Inca, y del pilco, que es diminuto y todo azul, o el golpear de algún artifice en los talleres del Templo del Sol sobre el «Champi» fraguando una panoja de maíz.

Porque ni siquiera este chirriar de esa carreta que ahora sale hacia el campo les era concedido, ya que ignoraron siempre la rueda.

Cuando salimos afuera, ya el sol ilumina a los grandes montes de arena, color de ocre, sin una planta ni un insecto. Es como una playa finísima, como los granos que caen en ese ocho de cristal de los antiguos relojes de arena. Y sobre ella patinan, con esquís, como si fuera nieve, los japoneses que llenan con sus «restoranes» o «chifas», donde se da pato con arroz, toda esta región.

El gallo, hinchando su cuello, apoplética la cresta, ha vuelto a lanzar su alegre «kikirikí», que ha venido navegando.

Según Ricardo Palma, los primeros gallos y gallinas que llegaron se llamaron «hualpas», sincopando el nombre del inca «Atahualpa».

Y el padre Blas de Valera, que era natural del Cuzco, afirma que cuando cantaban los gallos, los indios creían que lloraban por la muerte de Atahualpa.

En el patio, que parece andaluz, ya le están poniendo al nervioso caballo la silla de plata, con un leve recuerdo moruno.

También los caballos fueron traídos. Esto aconteció en el segundo viaje de Colón. El Almirante, que vestía de terciopelo, salió de Cádiz a bordo de la «María Galante».

Y los caballos, cuyos nietos han endurecido de relinchos esta suave madrugada peruana, fueron embarcados, con ocho cerdos y algunas vacas y terneros, en esas maravillosas Islas Canarias, que fueron el pequeño ultramar, la modesta América, de nuestra Edad Media.

También se embarcaron en ese viaje semillas de melón y de naranjos y limones para los futuros huertos de Lima. De modo que este naranjal de Huando, dorado ahora y lustroso bajo el sol, y regado por una acequia del río «Chancay», también arribó embarcado, como si se tratara de un conquistador o de un emigrante.

Porque en los primeros años del Descubrimiento partieron verdaderas flotillas de Arcas de Noé de los soleados puertos andaluces.

Era moda, pacifista e ilustrada, de los autores del siglo pasado decir que se sabían los nombres de todos los grandes conquistadores, pero que se ignoraban los de aquellos grandes bienhechores de la humanidad.

¿Quién fué —se preguntaban—, en el frío período glacial, quien encendió dentro de la gruta o caverna la primera llama, llenando el techo de estalactitas de misteriosas sombras movedizas?

¿Cuál es el nombre de quien, machacando sobre una piedra una espiga, inventó el pan? ¿Cómo se llamaba el que descubrió en los olivos el aceite que dora a los pescados y alimenta a las lámparas?

Pero en el Perú, en el Nuevo Mundo, que es nuevo en el sentido literal de la palabra, la mayoría de estos nombres se saben, y son familiares a nuestros oídos castellanos.

Así, la inventora del pan en el Perú fué doña María Escobar, mujer del conquistador Diego de Chávez, que «trujo de España medio almud de trigo».

Ella hizo brotar en América la primera espiga, afligranada como una custodia pequeña, y tan fina y trabajada, frente a la tosca pesadumbre del maíz aborigen.

El vino se debe a Francisco Carabantes, quien en 1555 trajo uva de Canarias. Es decir, que el pan y el vino eucarísticos fueron traídos por dos oscuros españoles.

Carabantes llenó de parrales, contra el sol, las fachadas de adobes de las casas coloniales. Trajo embarcada a la bo-

rrachera, a la alegría, anacreónica, del vino, menos terrible que la de la «chicha» que enloquecía a los indios.

Cuatro años más tarde desembarca el aceite. Viene de Sevilla. Y lo trae don Antonio de Ribera, quien planta cien estacas de olivos en su «huerta perdida» de los alrededores de Lima.

Una noche, unos desconocidos le roban las estacas; y meses después el olivo platea las colinas de Chile.

Junto a estos preciosos dones también llegaron cosas incómodas.

En 1552 desembarcan en el Perú los ratones, a los que los indios, asombrados, denominaron «pucuchas», que significa «salidos del mar», y que en Lima se llaman «pericotes».

Navegaron por todo el Atlántico y dieron la vuelta por el Estrecho de Magallanes.

Llegaron en un barco de bacalao enviado por don Gutierrez, Obispo de Palencia.

Y, más vanidosos que Colón, apadrinado por un simple franciscano, los ratones descubridores llegaron a América protegidos nada menos que por un Obispo.

Afortunadamente, unos años antes, en 1537, el español Montenegro había traído los primeros gatos.

¿Pero os figuráis el aburrimiento de estos gatos durante quince años de espera por los rincones, sin ratones, de las casas coloniales, aguardando el refrán, la fábula con moraleja y la reunión en un queso, para decidir quién les había de poner el cascabel?

Sin embargo, los ratones de América, a poco de llegar, subieron a los altares, lo que no habían logrado los ratones medievales del Viejo Mundo. San Martín de Porras es un humilde lego, de raza negra, franciscano de un convento de Lima, quien en vez de cetro, espada o vara de nardo, ostenta una democrática escoba. Y en su peana hay siempre un pequeño y ceniciento ratón, como olisqueando la despensa con-ventual.

Por la tarde, «Huando» se llena de silencio y de melancolía «quechua».

Unos negros «gallinazos» se persiguen por los pelados cerros desiertos, amarillos y empurpurados por el crepúsculo.

Abajo, en la «Huaca», unos indios rebuscan en las antiguas tumbas de sus antepasados los «gentiles». Sacan telas antiguas, un niño envuelto en paños azules con reborde rojo, una vasija milenaria, con seco maíz morado. Y ponen en ringlera las blancas calaveras sobre el bardal de adobe, donde da el sol naranja.

La tarde es trágica y muda, como los indios.

Pero mañana volverá a armarse la fresca alborada jubilosa, española y católica; la mañana importada, con su careo, su mugido, sus relinchos y sus alegres campanas.

LOS CRANEOS DEFORMADOS

Esta «vincha», nos dice el director, servía para vendar los cráneos de los recién nacidos y producir sus espantosas deformaciones.

En el estante hay una serie de calaveras alucinantes; en forma aplastada; como un cofre; crecidas por un solo lado; con silueta de pilón de azúcar. Porque hasta doce deformaciones diferentes ha clasificado el doctor Gorsse.

Estamos en la sala incaica del Museo. Y horrorizan, pedradas y sangrientas, las cabezas de los hombres plásticos, mostrando las alteraciones brutales en sus órganos producidas por las tabletas opresoras y por sus crueles vendajes y turbantes.

Los incas, que ignoraron el alfabeto, ¿pretendieron moldear al pensamiento? ¿Intentaron —caso único en la cultura humana— llegar a la creación de nuevos individuos, al polimorfismo, como hacen las hormigas o las abejas, renunciando a la máquina?

Precursores bárbaros de Lombroso, ¿acaso sabían oprimir el lóbulo donde está el crimen, suavizar la circunvolución de la guerra o hacer florecer, bajo la amplia bóveda de un cráneo ensanchado, las más extravagantes flores del espíritu?

En todo caso, ¡qué horripilante esa niñez con el cerebro atado, esa fantasía con bridas! ¡Qué lúgubre el sueño de ese alto cerebro, como una torre abandonada, por donde entraban las más extrañas aves nocturnas de la imaginación! ¿Qué pensaría esta cabeza, aplastada como la de un reptil, o esa

otra sólo crecida por un lado, con media cara de hombre y otra media de bestia mortecina? Contemplándolas, recordaba la escalofriante colección de Cuzco, también visitada el año pasado, entre los «keros» de madera en rojo y negro de los «quechuas», los «pututos», las grandes cucharas en «champí» de los incas, y aquellas momias acurrucadas en tela de saco y con un grito, que no se oía, en el agujero de sus bocas momificadas.

Muchas culturas americanas, precolombinas, deformaron los cráneos, y todavía los indios «campas» del Ecuador y los «jíbaros» reducen las cabezas del enemigo al tamaño de un puño, deshuesándolas y ajustando aquella triste máscara endurecida con nicotina a piedras de tamaños decrecientes, hasta rellenarlas de arena. Conservan las facciones reducidas merced a «uyuos» desconocidos y a ácidos de hormigas. Durante meses ayunan, bajo el palo que sujeta a la cabeza enana con sus facciones milagrosamente en miniatura, al borde de los anchos ríos.

En la bella Arequipa (toda morada de «bugambilla», donde el cielo es el más azul y diáfano de la tierra, con sus picaflores llamados «santarrositas», que van de rosa a rosa con vuelo de insecto) vi también las cabezas, fabulosamente puntiagudas, de los viejos indios nacidos bajo el nevado y rojizo «Misti» y que por motivos religiosos dieron a sus cráneos la forma del volcán.

¿Lograron así fabricar sacerdotes y guerreros, o acaso esclavos diabólicamente embrutecidos, para que no sintieran el dolor de su servidumbre y fueran bestias mansas sin ninguna rebeldía?

«No se sabe —me contesta el director—, pero en todo caso pasma pensar que la humanidad haya llegado a estas atrocidades.»

¿Cree usted —le respondo— que estamos tan lejos de ellas? No lo crea. Nuestra humanitaria civilización también deforma los cráneos; pero lo hace desde dentro. No coloca

unas tablillas en los tiernos parietales del recién nacido, pero apenas ha comenzado a discurrir, ya trata de deformarlo.

Nuestros cráneos, por dentro, también están aplastados como cofres, crecidos de un solo lado, en forma de volcán o pilón de azúcar.

Los grandes «trust» periodísticos nos vendan las meninges; la radio nos oprime el cerebelo; las empresas de cine nos sofocan el lóbulo de la fantasía.

«Contra el cuerpo, la violencia física —ha dicho un político ruso—; contra el alma, la mentira.»

Y un filósofo centroeuropeo ha completado la frase. «Una mentira, repetida varias veces, se convierte en verdad.»

Quien posee actualmente la fuerza es el dueño de la propaganda, Señor del Adjetivo. Y el epíteto es todo. Un filósofo chino afirmaba: «Si matas a un hombre, no ha sucedido nada. Si alguien te llama asesino, entonces has cometido el asesinato.»

Es inútil que en un país una horda enfurecida cuelgue de los faroles a toda una clase dirigente, si el Dueño del Adjetivo ha resuelto que esa nación sea un modelo de democracia. No interesa que un gobernante dicte las más justas leyes, si el Dueño del Adjetivo ha ordenado que se le llame «tirano».

El Dueño del Adjetivo determina quiénes son héroes, aunque a sus pies humeen las ciudades, y quiénes criminales.

En toda una guerra civil no ha habido más que un muerto: el que interesaba al Dueño del Adjetivo.

Los crímenes, cuando convienen, son «justicia» del pueblo. Los juicios más legales de un Estado con el que no se simpatiza se denominan asesinatos.

A capricho del Dueño del Adjetivo, los heroicos «guerrilleros» se transforman en «bandoleros». ¡Desgraciado del que en una guerra es calificado por él de «rebelde»!

¡Feliz al que se llama «deal», aunque sus manos cho-
rreen sangre!

Sí, mi querido director, nuestra civilización ya no tiene
salida, porque juega con la verdad.

Estos pobres indios deformados eran unos cuantos cien-
tos en unas reducidas regiones. Pero ahora andan millones
y millones de hombres con el cráneo vendado.

Si se pudiera radiografiar el pensamiento, usted se que-
daría aterrado al ver el desfile de los achatados como ma-
letas, puntiagudos como volcanes, abultados como capace-
tes, que desfilarían ante usted dispuestos a votar en nom-
bre de la opinión pública.

Los «quechuas» deformaban el cráneo, es decir, la cá-
cara del pensamiento. Nuestro gusano corroe la carne, la
pulpa jugosa. Este gusano se llama la Mentira.

LIMA SIN LLUVIA

El peor negocio del mundo consistiría en abrir en Lima una tienda de paraguas. Aquí nunca ha llovido. Acaso desde el principio del mundo. La garúa limeña es, como el orgallo del norte de España, un rocío nocturno que cae sobre los potentes autos americanos como si se posara sobre un pétalo de rosa. En los programas de toros de la plaza de Acho se anuncian las corridas sin que haya que poner nunca «Si el tiempo no lo impide». Podría en Lima invitar para una fiesta de noche en el jardín, para el año 1960, con la seguridad de que la lluvia no levantará los manteles.

Existen varias pruebas de que nunca ha llovido de veras sobre la costa peruana. Los muertos en cuclillas de las «huacas» aparecen secos, intactos, listos para acudir, incólumes, al Juicio Final. Si Tiahuanaco significa «La ciudad de los muertos sentados», la costa peruana podría ser la de los muertos en posición fetal, porque salen del mundo como entraron, como si el dintel de la Muerte y de la Vida les obligara a bajar la cabeza.

Otra prueba de la sequedad costera son las ruinas; el templo de Pachacamac, cuyo ídolo, que olía a estiércol, visitó Hernando Pizarro, está construido con adobes. Una hora de lluvia lo hubiera disuelto como a un «snob» terrón de azúcar una taza de té. Aquí el barro cobra la jerarquía de la piedra romana de los acueductos y anfiteatros.

También son argumentos antilluviosos las islas guaneras. Este guano está formado por las deyecciones de las aves

marinas. Es como una ceniza fecunda en medio de las islas, color de hígado crudo. Los incas peruanos castigaron con la muerte a quienes mataran un ave del mar. Sobre estas islas hay siempre un dosel, una blanca sombrilla movible, de aves: los guanayes, los piqueros y los alcatraces, que vuelan incansables sobre los «cardúmenes» de peces. Un día de lluvia arrastraría este oro biológico que vigoriza y levanta al maíz y dora las terrazas de cultivo de los quechuas y los huertos del Sol.

Hoy —21 de junio—, principio del invierno en el hemisferio Sur, algunos limeños llevan impermeable, pero sin necesidad. Y cuando la «garúa» fabrica unas gotas algo más gruesas, los limeños se ponen periódicos sobre la cabeza.

Las casas de Lima no se tocan ni rizan su cabellera con la roja teja romana. El techo de tierra —la «torta»— cubre los edificios. Porque Lima no está amenazada por el cielo, sino por la tierra. Sus tormentas yacen enterradas. Son los temblores. Su trueno entra por los cimientos, no se ceba en los pararrayos.

Lima debería ser tropical. No lo es por la corriente fría de Humboldt que viene del Polo Sur. Ella hace fresca a la verde ola de las playas de Chorrillos y de la Herradura.

Rodean a Lima montes desolados, con todos los matices más desvanecidos del violeta. Sobre ellos vuelan los enlutados «gallinazos», que son la baja policía de la ciudad. Pero Lima, como aquella misteriosa ciudad del Himalaya donde no se envejece, posee un verano anclado, inmóvil, a unos 50 kilómetros, que se llama Chosica. Allí luce un sol perpetuo.

Todas sus maravillosas flores y sus frutos —desde los rosales de Santa Rosa a las naranjas de Huando— nacen del regadío, de las venas azules, adolescentes, del río Rimac, que vitaliza con sus aguas a la ciudad. Porque Rimac —en quechua «lugar donde se habla»—, dulcificándose, se transforma en Lima.

Era asombrosa la fuerza de la España del siglo xvi, cuan-

do llegó a esta orilla; sobre estas pampas de arena, en las cuales se puede anunciar con brochazos de cal el vino «Ocucaje», de Ica (como sobre las rocas del Guadarrama «Ulloa», óptico), España vuelca un mundo de fantasmas, milagros, tradiciones, escribanos que vencían al diablo, carroza de virrey regalada a la «Perricholi», quien la cedía al Santísimo Sacramento; escultores que atravesaban con una lanza al indio desnudo que le servía de modelo para el Cristo en la cruz, para robarle las expresiones angustiosas de la agonía; de fraudulentos obispos «si señor», de duelos, brujas, penitentes, corchetes, frailes toreros, toda la mitología fabulosa que nutre las leyendas de Ricardo Palma.

Lima es como una novena provincia andaluza, separada por el mar y la tierra y que tiene enfrente las costas de China. «De aquí a Lima», fué nuestro refrán durante siglos, que la aviación empieza ahora a destruir.

Lima posee torres afiladas, puntiagudas, como el diagrama de una fiebre. Se estremece de campanas; tiene su barrio de Triana, que es «Abajo del Puente», y una catedral airosa, con la momia rojiza de Pizarro en su capilla marinera, con carabelas en bizantinos mosaicos de oro.

Sus viejas casas son de tierra, pero en sus fachadas laten sus complicados balcones de madera, mitad confesonarios, mitad celosías morunas de harén.

Lima se perfuma de Virreinato. Hay dos naciones en América que aún exhalan ese aroma ceremonioso: Lima y Ciudad Méjico. Cuando los Reyes de Castilla eran andariegos, gitanos coronados, sobre una majada de pastor en Ayllón, Tordesillas o Arévalo, colgaban sus tapices y encendían sus candelabros. Y cuando se iban quedaba en el aire un sutilísimo perfume que captó Lope de Vega:

*El Rey se fué llevando a los amantes;
quedó al lugar un fino olor a Corte,
como de estancia en donde hubiera guantes.*

Ese olor a guante, a ámbar, ha quedado en Lima, ciudad para el piropo y el amor.

En Lima hay monjas que hacen dulces teológicos, tamales y pasteles deliciosos. Y en su Convento de San Francisco veréis miles de calaveras, y en su palacio presidencial aún brinda higos, como hijos póstumos, la anciana higuera que plantó Pizarro, apoyada ahora en sus bastones de hierro y cemento. Y sus ómnibus van a la plaza de Manco Capac, como los de Roma al Coliseo.

Las calles se llaman jirones. Existe la calle de Espaderos y la de Polvos Azules. Y el barrio de Malambo —que es negro—, y donde os dan un pisco macerado con cebolla, con apio, con papas. En el jirón de la Unión está inmovilizado el viejo Perú, para que lo vean los turistas norteamericanos. Veréis tiendas de pieles de vicuña y huanacos y llamas desecadas, abotargadas de paja. Y gallos de pelea, de plata, para los centros de mesa. Y bandejas con el escudo peruano, y discos con melancólicas canciones andinas, y hasta algunas cabecitas reducidas de trágicas cabelleras muertas.

En sus plazas se alzan tres estatuas simbólicas: la de Manco Capac, rodeada de jardines; la de San Martín, de Benlliure, sobre el bronce cansado de su caballo, coronando los Andes, frente al Hotel Bolívar, y la de Pizarro, con macizas plumas en el casco, bajando a caballo la escalinata de la catedral.

En junio se puede ir a la pampa de los Amancaes a recoger las flores de oro con verdes estrias; y en octubre contemplaréis al Señor de los Milagros, preso en su óleo, llovido de pétalos, que quedó intacto en su iglesia derruida por un temblor, y que se bambolea entre una muchedumbre vestida de hábitos morados.

En el interior de las grandes casas de Lima —entre ellas, la maravillosa de Pedro de Osma— hay luces rosadas y discretas y centelleantes vírgenes cuzqueñas, de rojos mantos tachonados de estrellas de oro, con fabulosos marcos de es-

pejo. Son como iconos bizantinos, donde lo indígena ha puesto su mano temblorosa, dando a aquel ángel de alas doradas un rostro de huaco. Abundan cuadros en que se ven fundidas las dos culturas, casamientos de próceres españoles con ñutas hermanas del Inca, cuyos hijos fueron luego santos ensotanados, o genealogías que empiezan con Manco Capac y florecen, con toda naturalidad, hasta llegar a Fernando VII.

Sobre casullas que aterciopelan el piano, estatuitas de piedra de Huamanga, estribos de plata maciza. Y algunas veces, entre cristales, una rojiza tela de Paracas o unos barro de Nazca en hilera.

El Olivar de San Isidro, que se llamaba de los Españoles, y sus olivos, que seguramente plantaron los Conquistadores, se retuerce centenario, como embarazado de retablos y de santos barrocos.

Podéis por las noches ir a los «chifas» a degustar la finísima y vieja cocina china del pato deshuesado y la gallina al vapor, en la calle de Capón, o acudir hasta el «Club 91» para contemplar a Lima como desde un avión inmóvil.

También crecen los rascacielos entre las campanas. Pero sus barrios residenciales modernos parecen sentir remordimiento y colocan algún balcón para antiguas tapadas, a pesar de que las niñas de la casa muestran al descubierto los dos ojos radiantes, y hasta bailan el «mambo» con música estridente.

Lima es la ciudad de los Reyes, porque fué fundada en la Epifanía. Y sobre ella, el pelado cerro de San Cristóbal, con la cruz de Pizarro, iluminada de noche, se alza árido, como un trozo de Castilla la Vieja, puesto de pie.

LA PLAZA FIRME DE ACHO

La plaza de Acho, de Lima, fué edificada en 1768; es decir, que se veía todavía en las monedas el perfil de carnero de Carlos III y aún faltaban algunos años para que rodase la cabeza de Luis XVI.

Es, por tanto, una de las más antiguas plazas de toros del mundo hispánico.

Hoy he vuelto a verla, después de seis años. Nada hay más triste que una plaza vacía en domingo; se transforma en ruinas, en anfiteatro romano.

Hace seis años entraba por aquí acompañando a Manolete, entre un olor a gasolina, a rosas, a perfume de mujer. Sus picadores pasaban la plata antigua, oxidada, de candelabro o de vara de procesión de sus trajes de luces ante el humo finísimo de las cacerolas de la negra doña Rosalía, que vendía «anticuchos» de corazón de toro y aquellos huevos amarillos y papas serranas, al estilo de Huancayo. Uno de estos picadores —campesino con calzón de gamuza— me había dicho una noche, paseando ante el Hotel Bolívar y mirando al cielo austral, donde cambia la posición de nuestro satélite: «Esta no es la misma luna que la de Sevilla.»

Manolete venía de Méjico de inaugurar su gran plaza, más bien «stadium» para olimpiadas que Alhambra redonda para el juego morisco, español y romano, de las corridas.

Sobre esa plaza me contó en Cuba, con gracia, el Arzobispo de Méjico que, habiendo bendecido uno por uno sus ten-

didos, habíale dicho a Manolete: «He dado la vuelta al ruedo antes que usted.»

También me narró Manolete una noche en Ancón, en la costa peruana (después de un pequeño maremoto que había sacado una viejísima barca del fondo del mar), que, como le preguntara un periodista mejicano por qué toreaba tan serio, había respondido: «Más serio está el toro.»

Iba vestido aquella tarde con el traje típico, grana y oro, y arrastraba el capote de brega majestuosamente, como la cola de un pavo real.

Se levanta junto a la plaza de Acho una torre —como una pequeña Giralda de madera—, con ciegos cristales rotos, de una «chifa» o restaurante chino, rematado por una especie de «giraldillo», y en el quinto toro (que es cuando los monosabios negros, con jersey amarillo, bailan durante el arrastre las «marineras» y «resbalosas») en el monte de San Cristóbal se ilumina la cruz que plantó Pizarro, entre las sombras violetas y púrpuras del anochecer.

No existen allí mulillas, sino gruesos caballos, y mientras el toro muerto, cabeceando en inútiles cornadas, va dejando su surco ensangrentado por la arena, estallan los cohetes y los buscapiés entre las barreras.

Los negros «gallinazos» de los Andes planean, en círculos melancólicos, sobre el ruedo.

Contemplaba ahora, junto a la puerta de cal, con azules anémicos, de la entrada, el bronce verdoso de Manolete con un hombro y parte del pecho desnudo, y el otro, barroco, cubierto por el capotillo de paseo. Unos geranios al pie del busto simulaban un charco de sangre.

Al lado del busto, una placa, también de bronce, recuerda a Joselito.

La plaza de Méjico, que parece sin construir, con su fachada de andamios, muestra a su alrededor una corrida de estatuas de bronce, la mayoría de toreros muertos. La Monumental de Madrid debería imitarla. Porque el toreo es

la más efímera de las artes; una gran faena dura unos minutos y sólo queda un recuerdo, una pálida fotografía o un film helado. El torero es un escultor que maneja un barro mortal.

¡Tremenda y fascinadora España, que en sus círculos mágicos de arena convierte en héroes de bronce a traviesos muchachitos de Córdoba o Sevilla, y a cuyo deporte hay que llevar los Santos Oleos!

Toda corrida en Acho resulta antigua. Todavía os venden entre sus pasadizos, túneles y recovecos de adobes encalados, los tamales de carne de puerco y el fuerte vino de Ica y la refrescante chicha morada. Por los tendidos vocean manises tostados y coloradas manzanas de Chile. Indias cobrizas, de sombreros de paja, con sus mantos de flecos, pintan de gressella a los tendidos de sol.

En ese palco color de sangre seca, el Virrey Amat acercaba con su antejo a sus viejos labios a la cara pimpante de la «Perricholi». En él, el General San Martín contempló cuatro corridas en su honor, y once meses después, Bolívar, tostado, de pelo ensortijado, con oros y rojos en su uniforme y corvo sable, se levantaba para recibir el brindis de los toreros. En sus corrales, los toros de Huando esperan la muerte del domingo, bajo la luna del sábado.

El toreo actual es perfecto y aburrido como el Partenón; está lleno de pedantería; lo han inmovilizado los intelectuales que, como el Rey Midas, convierten en mineral (aunque sea oro) todo lo vivo y fresco que tocan; el más modesto revistero, al narrar una corrida, hará alusiones a Carlos V, al Greco o a Santa Teresa.

La corrida de hoy se cifra en unos breves naturales estatuarios, y, simbólicamente, la espada es de madera, de juguete; el afeitado de los pitones significa un paso hacia los cuernos embolados de las «touradas» portuguesas.

El toreo antiguo era bárbaro, imaginativo, divertido y fecundo. La plaza de Acho, que nació con él, poseía un ruedo

enorme, tan ancho que en su centro se elevaba, para alivio de los toreros acosados por el galope acangurado del toro, el «templador», un gran refugio con barreras, dentro del cual tocaba la banda de música. Cavando en ese ruedo inmenso se han sacado a la plaza varias filas de tendidos, reduciendo el ruedo al tamaño preferido por Gallito.

Existían —y aún existen— los «cuartos», verdaderas habitaciones debajo de las barreras, cuyas estrechas aberturas dan al callejón, que ahora son utilizados por las personas de luto que no quieren ser vistas, pero que en siglos más galantes servían de nidos de amor, con platos de ají y ardiente «pisco», y sorbetes helados con la nieve de los Andes, y chocolates con «picarones»; faldas verdes y azules sedas, y escotes de nácar, junto a las casacas con espigas bordadas y blancas pelucas sobre rosadas caras juveniles. Las astas asomaban terroríficas, cercanas, por la abertura, y se oía el jadeo, el fuelle irritado del toro.

En ese ruedo, en el que oí protestar contra el «ganado loco de quebrada», como en las viejas aleluyas o en los aguafuertes de Goya, se mataron toros desde una mesa y se echaron perros al toro, y se le hizo combatir con osos, y fué estoqueado desde altos zancos y banderilleado con la boca. Por aquí, hace más de cien años, salió un mico de uniforme haciendo burla de los realistas, y lucieron sus acrobacias grotescas los «parlampanes» y «papahuevos». Y corbeteó, derribando a un negro de Cañete, un toro ensillado; y cruzó el brocal de pozo de Acho un alambrista francés que había pasado sobre el Niágara. Aquí, un viejo viajero inglés, describiendo las «jalmas» y adornos con que se cubría el lomo de la brava res, dijo que el toro era «el cuarto de vestir al toro». En esta plaza, donde se llama «madrinas» a los mansos y «poyo» al estribo, florecieron, en ruda primavera, las verónicas de El Lavi, El Salamanquino, Paco Frascuelo y Angel Pastor. Aquí se deshojaron en pétalo de naturales las mulatas de Faíco y Bonarillo, Saleri y el Chico

de la Blusa, Bienvenida y Cocherito de Bilbao, Joselito y Belmonte, Manolete y Ortega, Luis Miguel Dominguín y Pepe Luis Vázquez.

En la colección del «distín» de Acho, que era el programa, mi amigo el marqués de Casa-Tagle me leyó en su residencia del Olivar de San Isidro las loas, los sonetos y odas patrióticas impresas en tenue papel rosa o amarillo. Los nombres de los toros eran entonces largos, imaginativos y alusivos (no como los escuetos de ahora —«Marismeño», «Isle-ro»—), como aquel valiente «Abajo traidores», en plena guerra de la independencia y en vísperas de Ayacucho, o «Barriga Vacía», «Camarón Furioso» y el terrible toro «Corre Bailando», como un presentimiento de «Bailaor» que mató a Joselito. También los picadores y banderilleros usaban nombres pintorescos, como el banderillero llamado «No Te Veas», o aquel otro irrespetuoso «Pío IX», que, según el gracioso escritor limeño Garland, cambió su nombre por el de «Facultades» a ruego de la autoridad eclesiástica.

Una corrida en Acho nos hace retroceder un siglo; nos coloca en la plaza vieja de Madrid, al final de la calle de Alcalá, junto al arco de Carlos III, entre las majas naranjeras y los chiquillos que veían desollar al toro en el verde del campo.

Aunque afuera braman los autos para recordarnos que han muerto las calesas.

sonriente y unas acuarelas, levisimas, de muchachas casi desnudas en finas sedas, de ojos oblicuos, entre garzas y almendros, peces y cerezos.

El «pisco», de arroz, incendia las miradas y enardece los diálogos. De postre, unas naranjas chinas, minúsculas, enanas, que el almíbar espeso transforma en agridulces. Muchos de estos alimentos exóticos —¡qué alegría descubrir estos sabores nuevos!— vienen directamente de Shanghai, de Cantón; porque frente a este mar del Perú está la China.

Y desde aquí hubiera sido posible el sueño de Marco Polo, y explicable la carta de Toscanelli, y la ilusión de Catay y Cipango de Cristóbal Colón, quien paseó por las Antillas, inservible, su carta en latín de los Reyes Católicos, para entregarla al Gran Khan, de ojos rasgados y cráneo afeitado.

A todos ellos se les olvidó el pequeño detalle del Océano Pacífico y del inmenso Continente americano, reducido a la hipotética isla Antilia, que aunque no existió ha dejado su nombre.

Colón colocó, mentalmente, en esta costa a Palos de Moguer, pues desde aquí sí que se llega a Cipango y Catay, que él confundió con Cuba y Santo Domingo.

Cuando el camarero chino nos trae el pato deshuesado, elaborado lentísimamente con sabios condimentos, según receta tan bella y complicada como un soneto, le he dicho a mi inteligente y optimista compañero de mesa, Martín Urquijo:

—Fíjate en los camareros indios que nos sirven; compáralos con los cocineros chinos de este «Chifas».

—En efecto, se parecen.

—Estos indios peruanos —añado— son unos chinos que llegaron un poco antes, con unos quince mil años de ventaja. Seguramente pasaron por el Estrecho de Behring, donde únicamente noventa kilómetros separan a Asia de América. En los días claros, desde la costa asiática, se ven las monta-

ñas de Alaska. Existen, además, a mitad de navegación, las escarpadas islas Diómedes, que pudieron servir para recalar y dar agua dulce a los navegantes de las balsas o piraguas.

Hace aproximadamente quince mil años ocurrió el último período glacial; el agua de estos mares se inmovilizó en hielo, se subió, transparente, sobre la tierra, y bajó ochenta metros el nivel del océano. Entonces Behring fué un itsmo y América se transformó en terreno de caza de los cazadores siberianos. Un día, un atardecer, entre la nieve, persiguiendo un alce herido que goteaba sangre sobre el hielo, o a un reno desbandado, estos mongoles saltaron un arroyo y cayeron en la otra orilla. A pie, sin barcos, habían llegado a América.

Por eso los indios del Cuzco, de Bolivia, de Chile, tienen al nacer, al final de la espina dorsal, una zona azulada: la mancha mongólica. Es como el visado biológico de su pasaporte.

No traían entonces estos primeros mongoles ni la pólvora, ni las cometas, ni la imprenta para las tarjetas de visitas de Pekín. Pero llevaban en su sangre a los dragones que aún mueven su verde cabeza oscilante en el carnaval de Bolivia; y el culto del sol; las andas de los incas, tan parecidas a los palanquines de los emperadores chinos; el quitasol de plumas, y los ritos de la agricultura.

Cuando ellos pasaron se abría, al sur de Alaska, un pasillo o corredor paraledo a las Montañas Rocosas; de modo que se descolgaron de los hielos para bajar a California y a las rientes llanuras del Mississipí.

En el hotel hemos contemplado luego sobre el alegre añil del mapa —todo mapa tiene algo escolar y huele a bachillerato— las grandes corrientes migratorias que poblaron a América. El círculo de la corriente ecuatorial que roza la costa peruano-chilena y gira en torno a las islas Salomón y a la isla de Pascua, penetrando en Polinesia; la corriente indonésica que va hacia Yucatán. Y arriba el Estrecho de

Behring, seguramente por donde entraron los primeros pobladores, los que formaron las más altas culturas. Sí, aquí, en ese Estrecho de Behring, Asia y América juntan sus bocas como para un beso de cine.

Un beso que acaso un día se transforme en feroz dentellada.

LOS «AMANCAES»

Los «amancaes» fueron las rosas de esta costa del Perú, hasta que llegaron aquí las rosas auténticas de España.

Es una flor de oro, una custodia de Arfe, un cáliz botánico con estrias de verde esmeralda; la afea un poco su enorme tallo de cebolla, así como la pata del pavo real mancha como una gota de barro la esplendidez litúrgica de su rueda de ojos de oro sobre plumas de azul turquí.

De todos modos es una flor bellísima, y un inca poeta la cantó en su jardín del Cuzco; acaso su poema palpita, indescifrable, en los nudillos de colores, para nosotros mudos, de sus quipus colgantes en los helados acuarios de los Museos.

La semilla de la rosa —¿vendría de Sevilla o de Cádiz?— arribó a estas costas en galera en 1552; pero ya se sabía aquí de su pompa palatina, de su miriñaque de princesa, oculto en la humildad franciscana de sus semillas.

Estas semillas, según el padre Cobos, citado por Rubén Vargas, fueron colocadas en un altar entre velas encendidas de una iglesia de Lima, y se invocó a Dios para su florecimiento. ¡Bello concepto de la floricultura, tan opuesto al archivo de flores de Linneo, asesino de la rosa! «Porque no es el que planta ni el que riega el que da el incremento, sino sólo Dios.»

La rosa, novia de la mariposa, esposa de la abeja, nieta de Persia, hija de Andalucía, floreció aquí de un modo fabuloso, y treinta y cuatro años después del milagro del pri-

mer rosal, una niña, hija de Gaspar Flores, arcabucero del virrey, y de una dama llamada María Oliva, la levantó a los altares, a rosa mística. Desde entonces la rosa trascendente, inmortal y sin otoño, definitivamente es limeña: Santa Rosa de Lima. Y ella perfuma los nombres de sus mujeres: Carmen Rosa, Ana Rosa, María Rosa.

Pero los «amancaes» aún conservan su esplendor, que ahora coincide con «el Día del Indio». Me he ido esta mañana en ómnibus, a las doce, a la Pampa de Amancaes, en medio de estos Andes pelados, cuya única vegetación son los matices inverosímiles de su tierra a la salida y a la puesta del sol; un polvo gris con piedras planas como pizarras. En él levantan sus toldos de colores las «vivanderas», los puestos de las picanterías. Bronceadas cholitas con trenzas vocean el chupe humeante de camarones, el serviche de corbina, las papas a la huancaína, el asado a la chorrillana.

Maíz abultado. Licores. Chicha morada o de Jora. Pisco. Puro de Ica. Cientos de miles de personas decoran las laderas de los montes como un tapiz de caras, de ojos, de bocas, de senos, de niños, de trenzas. Y alguna silueta recortada contra el puro azul. Las cumbres se algodonan de neblina azuleante, se mancha de tinta violeta como un escolar.

Dícese que esta fiesta de los «amancaes» se originó en una partida de caza ofrecida al duque de Palata. Pero otros aseguran que aquí habitaba un ermitaño anónimo, que fué enterrado en estos desiertos, lo que originó una peregrinación a su tumba. Todavía se alza la ermita de adobes enyesados, con portada azul y techo de caña. Un rayo de sol cargado de corpúsculos como el de «Las hilanderas» del agujero del techo sobre el San Juan de roja túnica y el San Blas de terciopelo azul. Y han venido los «caballos de paso» con sus bellas «enfrenaduras» y sus chalanés. El Perú viste y adorna a sus animales, pone lanas rojas entre las orejas de sus llamas, cubre con «enjalmas» vistosos a sus toros de lidia, que salen en las plazas de sus pueblos con mantas de

lentejuelas, con «trajes de luces» y castilletes sobre el lomo; viste de plata a sus caballos velazqueños, barrigones, con crin y cola de cabellera de mujer, y baticola de cuero con un rocío de plata, encuadrados en colgantes cueros cascabeleantes. Estos caballos no trotan ni galopan; caminan ligeros como las jirafas, y en sus sillas se recorre la hacienda sin un vaivén, como sobre una butaca.

Hace cien años recorría estos mismos lugares el francés Radiguet. La fiesta que narra, como todas las del siglo XIX, tenía más color popular. Radiguet escribe: «Los negros desnaturalizan las danzas graciosas y sentimentales del Perú, introduciendo en ellas posturas grotescas y los impulsos desordenados de sus «bamboulas africanos».

Es decir, que Radiguet pasó hace un siglo por delante de una orquesta del siglo XX sin darse cuenta, porque aún no había sonado su hora; como los sacerdotes druidas y egipcios, que movían las puertas de sus santuarios con el vapor, tuvieron en su mano inconscientemente al ferrocarril, pero fueron precisos tres mil años hasta llegar al *Tren expreso*, de Campoamor.

Ahora llegan los indios con sus «haynos» y sus danzas circulares, de zureo de paloma, con las manos en la espalda. «Pututeros» de Pisac, con sus caracolas marinas —acaso el primer instrumento musical del hombre— y sus alcaldes con su sombrero de seta y su enorme bastón de pura plata con alguna onza de oro de Carlos III incrustada en el puño. Aquí están reunidas (como en el bello libro de Aurelio Miró Quesada) la costa, la sierra y la montaña.

La cabalgata tarmaña y los del «Cerro de Pasco», con sus danzas mineras y la luz de cocuyo verdoso en sus sombreros del centro de la Tierra. Los de Huancavelica, y los hijos del sol de Paucartambo. Y los de aquella ciudad de Jauja que tanto impresionó a los Conquistadores y cuyo eco llegó hasta nuestras aleluyas del Corpus:

*Jauja, ciudad celebrada
y nunca bien ponderada.*

Y desfilan los indios de Apurímac, y el zorzal de Taya-caja. Y los de Arequipa bajo el volcán del Miste, que cuando se entristecen «tienen la nevada».

Y la danza cojitranca de Margaracha, con su «llama» cargada. Ahora danzan los cuzqueños y tañen sus enormes arpas como quien peina a una princesa.

Los flecheros; el «llamero» Tiburcio, y los de Huancayo, erizados de cuernos de ciervos andinos de tarucas, y sus caretas de color de carne cruda con orla líquida de espejos.

Y estos otros, con enormes guardainfantes de cuadro o de caballos medievales de las «Meninas». Y los de Puno, abrigados con sus crestas de gallo de lana, de la fría orilla del lago Titicaca. Y los de Pausa, donde al año de publicada la primera parte del *Quijote* y en su carnaval indio salió uno en flaco rocín disfrazado del «Ingenioso Hidalgo» con su panzudo Sancho mestizo, en uno de los primeros horricos recién llegados y todavía no aclimatado a su nueva tierra.

Por la noche, en el Hotel Grillón, he colocado en el agua del lavabo mis dorados «amancaes». Y dos pastillas de modernísima aspirina se han encargado de revitalizar las hojas de la que fué Rosa del Perú, antes de Pizarro, como el Quez-tal (cuyo vuelo es un relampagueo azul) fué el ruiseñor indiscutible de la América, sola entre dos mares, de antes de las Carabelas.

LA «PERRICHOLI»

En La Habana existe un retrato al óleo de la «Perricholi»; el pintor ha perdonado en el lienzo aquellos hoyuelos de la viruela —como pecas profundas— que le añadían malicia y la situaban y centraban en el siglo XVIII, cuando la viruela era la enfermedad de moda y lo mismo exterminaba a los molineros y corregidores que a los Infantes de la Casa de Borbón.

Esta Pompadour criolla resume y perfuma el XVIII virreinal y peruano. Porque Santa Rosa fué el místico y fuerte XVI, trasplantado a Lima; pero la «Perricholi» simboliza la decadencia galante del siglo de las luces. Las nuevas ideas de la Enciclopedia llegaban en los barcos, entre las áridas órdenes y las burocráticas gacetas centralistas del llamado «cajón de España».

Miquita Villegas (éste es su nombre verdadero) había nacido en 1739. Ha estado de niña en el paisaje lluvioso de la Sierra de Tomayquechua; luego ha vuelto a Lima a la casa encalada con balcones de oscuras celosías de «Abajo el Puente», que es el barrio de Triana limeño. Y no sería muy diferente del que ahora contemplo el paisaje urbano que vieron sus bellísimos ojos de venado andino con el blanco (en torno a la ardiente pupila) dulcemente azulado. Vería, a lo largo de las blancas fachadas, a alguna india como ésta que ahora está acurrucada con su niño bajo un manto color guinda, vendiendo plátanos y tamales. Y pasaría, como ahora, el vendedor de humeantes anticuchos de carne de toro. Y

cercano se oiría, en el barrio negro de Malambo, tocar el cajón acompañando a una graciosa «marinera». Cerca de las picanterías, las botellas con cebollas, papas, zanahorias y apios macerados en el alcohol del «pisco». Por todas las perspectivas y rincones asoma el cerro morado de San Cristóbal. Y desde arriba, la luna llena de azogue el fondo de los pozos conventuales y las reliquias de las huertas.

Miquita es ya hermosa, una linda «chola» o mestiza, con los labios que han pasado de flor a fruta, y la suave curva del seno. En un terremoto, un temblor, ha conocido, según nos cuenta Luis Alberto Sánchez, a Pablo de Olavide, el futuro colonizador de nuestra Sierra Morena.

Apenas adolescente, ya canta con éxito en el Teatro Principal tonadillas picantes; el teatro sería destartalado como el del Príncipe, de Madrid, descrito por Mesonero Romanos, con «ratones pastando como merinos de la Mesta» en los oscuros corredores; y una gran lámpara que vertería el aceite, al izarse, sobre los espectadores de las lunetas. La luz de las candilejas, como un incendio sosegado, doraría la bronceada piel de su escote.

El viejo Virrey español don Manuel Amat y Junient, duro y bronco catalán, curtido en cien combates, la acerca con su antejo ávido hasta su platea de rojos terciopelos; y ella le sonríe maliciosa; picante como el ají. Y comentarán las damas de la sociedad de Lima, en sus estrados de cornucopios, cortinajes y Vírgenes cuzqueñas con marcos de espejos:

«¡Que tal lisura! ¡Que tal atrevimiento!»

Así se inicia el idilio típico del siglo de las empolvadas pelucas. El drama de las edades y de las bodas por conveniencia. «Las niñas y el viejo», «El sí de las niñas», o la fábula de «El sombrero de tres picos».

El Virrey está poseído del delirio de la edificación; como su Rey y señor Carlos III, también padece el «mal de la piedra», la obsesión arquitectónica. Protege al teatro, cons-

truye la Plaza de Toros de Acho; implanta el alumbrado público.

El Virrey está chocho de amor por Miquita, quien, con sus coplas y bailes, enloquece al público limeño. Amat es un viejo casacón para comedias con las unidades clásicas de Molière o de nuestro don Leandro Fernández de Moratín. Seguramente ha ofrecido a Miquita Villegas, en su palacio, sorbetes helados con la nieve de los Andes, y conciertos de violín a lo Farinelli, o acaso dieciséis toros de muerte, desde los cuartos clandestinos de la plaza de Acho.

Pero ella se burla del Virrey. Es el triunfo de la mestiza sobre el peninsular, sobre el futuro «chapelón» de la época de la Independencia, por las «chapas» de las rosadas mejillas de los españoles frente al gris cobrizo de los indios.

Una noche obliga al Virrey a salir del viejo palacio vi-reinal (donde se alza todavía la higuera que plantó Pizarro, apoyada en muletas de hierro) con un largo camisón, gorro de dormir y candil en mano, para traerla una jarra de esa agua fresca que mana de los verdosos bronce de la fuente de la Plaza.

A veces el Virrey Amat se encrespa, se indigna con los coqueteos de Miquita con actores, toreros y jóvenes títulos de Castilla. Quiere llamarla «perra chola» (perra mestiza), pero los escasos dientes que bailan en su boca sumida y su acento catalán desfiguran las palabras insultantes:

«Perricholi». Eres una «perricholi».

Así queda bautizada para siempre.

La «Quinta de Presa», endurecida ahora por cornetas militares, os dicen que es la casa de la «Perricholi»; pero eso es para los turistas; aunque debió ser muy parecida a esta quinta aromada, con su carroza barroca, de vidrios, coronas y angelitos mofletudos.

La verdadera casa de la «Perricholi» en la Alameda vieja, es hoy una prosaica y enorme fábrica de cervezas, y por

sus almacenes pintados de verde ruedan los barriles espumosos.

Este atardecer he ido al Paseo de Aguas (frente a la fábrica que ahuyenta a su fantasma), paseo que el Virrey hizo construir para ella, como quien regala un espejo. Una alberca verdosa y tranquila y un arco almenado por donde fluye el agua. Por ahí comenzaba el paseo del XVIII limeño, y luego se torcía hacia la «Avenida de los Descalzos». La Avenida, en el centro, extiende, como un tapiz, bancos y setos con gruesos árboles de jardín botánico y dioses licurgos y ancianos griegos de mármol, entre verjas de hierro. A ambos lados, separadas por dos calles, las viejas casas con miradores de rejilla de confesonario, y al fondo, el fúnebre Convento de los Descalzos.

El Virrey le ha regalado una carroza con cuatro caballos blancos; tiene un ballestaje tan fino que parece que se navega sobre las calles, con baches, de Lima. Está llena de bolitas, espejos y chapisteles; dentro, un capitoné carmesí. Es su espaldarazo social. Con ella, la «Perricholi» podrá pasear por el Paseo de Aguas y la Avenida de los Descalzos, codeándose con la más alta sociedad limeña. Sale una tarde. En la parte de atrás de la carroza van dos lacayos empelucados. Hay murmuraciones, chismes y comidillas. Está atardeciendo. Ha ido un momento al convento a hacer una limosna y la han saludado los mendigos indios con sus cazuelas, que esperan la «sopa boba» de la noche. En el convento la reina es la Muerte. Sobre la cal de las paredes hay pintados unos esqueletos verdosos para que resalten sobre lo blanco, un poco deformados e irónicos. Y uno de ellos dice:

*Cuando por el camino de la vida,
al parecer, segura, caminando
iba lozana, hermosa, guarnecida
de perlas, plata y oro imaginando,*

*¡ay!, me asaltó la muerte, que atrevida
al camino salió y me fué quitando
las perlas, plata y oro y hermosura,
dejándome cual ves en tal figura.*

¿No ha tocado esta llamada de la Muerte, salteadora de caminos en su corazón pecador y hermoso?

Ya se ha encendido la luz pública que acaba de implantar el Virrey y vuelve a la ciudad.

Por una calleja, precedido de un monaguillo que va campaneando, marcha un viejo sacerdote con el Sacramento. La Divina Majestad va a visitar a algún moribundo pobre, en su yacija. La «Perricholi», conmovida, desciende de su carroza. Se la ofrece al sacerdote. El monta. Ella ha querido que el Señor vaya lujosamente, como Rey de Reyes. Ella camina detrás, a pie, con una vela encendida. Tras dar la Comunión al enfermo, el sacerdote desciende.

«No —dice la «Perricholi»—; donde ha ido el Señor no puede jamás sentarse una pecadora.»

La carroza es regalada a la pobre parroquia de San Lázaro. De ahora en adelante, los humildes sacerdotes llevarán en carroza de virreina el Cuerpo del Señor a los pobres inditos enfermos, a los negros moribundos de malambo. Así surge la «Carroza del Santísimo Sacramento», que inspirara a la pluma teatral de Próspero Merimée.

Pasan los años. El Virrey vuelve a España, a Cataluña. La «Perricholi» ha tenido un hijo con él. Más años todavía. Se anuncian ya la fusilería y las cargas de Ayacucho. El General San Martín se acerca a Lima. La «Perricholi» es ya una vieja. Con la vejez se va haciendo otra vez india. La raza aborigen, sumergida, oculta bajo su peluca empolvada de marquesa francesa, va emergiendo como un naufrago que sale de lo profundo de la sangre y bracea en la superficie. ¡Qué lejanos los falsos días del XVIII europeo!

¡Ahora va a morir! Su tez es cenicienta, oscura, como la

de sus hermanos indios, en cuyas caras siempre está atardeciendo!

Vuelven a su recuerdo los días niños de Tomayquechua. Su adolescencia serrana. Una campana suena en su agonía. Cuando la dan tierra, su silueta de Versalles y de Fragonard (para tabaquera de rapé o esmalte, con columpios, de un reloj de música) ha desaparecido totalmente. La llorarán los pájaros tristes del Perú que tienen más bellos nombres. El «pájaro-niño» o también el «llora-muertos», que es «una especie de cernícalo o lechuza», que sólo sale de noche y solloza sobre las tumbas o huacas de tierra de los antiguos incas.

LLAMEROS Y HUAQUEROS

Llameros es un oficio que sólo existe en el Perú y en el Altiplano de Bolivia. El llamero es el encargado de conducir a las llamas, adornadas femeninamente con mechones de lana roja, por los caminos inverosímiles de los Andes. La llama fué acaso el penúltimo animal extraño que deslumbró a la fantasía de Europa, cansada de una fauna doméstica —caballos, vacas, ovejas— y de otra salvaje —leones, panteras, búfalos—, que le venía atávicamente por el recuerdo del circo romano y luego conservó en puro simbolismo en los escudos nobiliarios de sus barones feudales.

Acaso el último animal desconcertante para los blancos fué el canguro, cazado en las relativamente modernas exploraciones de Australia. Y si la llama pareció a los Conquistadores españoles una enorme oveja, el canguro dió a los rubios exploradores la sensación de un gigantesco conejo, ensanchado desmesuradamente en su cuarto posterior, con poderosas patas de venado o vaca y su bolsa marsupial, por donde asomaba la cría, como en un perenne nacimiento.

Porque el imaginario unicornio (cuya caricatura es el rinoceronte) no pasó nunca del fabuloso territorio de los tapices.

Pero se ejerce en el Perú otro oficio más exclusivo todavía, el del «huaquero». Huaquero es el hombre que se dedica a la busca de «huacas» o tumbas antiguas, con momias en cuclillas envueltas en telas azules, con orlas colora-

das y vasijas policromadas de serpientes y hombres cubistas sin contornos, para la gran sed de ultratumba.

El huaquero es, pues, el desenterrador; lo contrario de nuestro Juan Simón. Pero así como existen coplas, desoladas y andaluzas, para este último, también podéis escuchar en los incansables gramófonos o radios del Girón de la Unión de Lima la triste canción del huaquero :

*Yo soy el huaquero viejo
que viene de sacar huacos
de la Huaca más arriba,
de la Huaca más abajo...*

Con un pincho de hierro como de un consumero va buscando en la tierra maciza el terrible «sonido a hueco».

Huaquear es un verbo único, exclusivo, de la costa del Perú, y no existe en ningún otro idioma del mundo. Es un verbo terrible y fascinante. Se puede ir a una finca a cazar, a bañarse en la piscina, a tomar el sol o a jugar al tenis; pero solamente aquí se puede invitar a «huaquear», a buscar muertos.

Una vez mi amigo Fernando Graña, propietario de toros de lidia, me dijo :

—Vente a mi hacienda de Huando esta Semana Santa. Los indios seguran que el Viernes Santo los muertos están más cerca de la superficie.

Por la mañana nos ha despertado el gran sol de la hacienda, rosando los montes de arena y encendiendo en oro ese «planetarium» de naranjas de Huando, de gajo dulce y sin semilla. Cerca, en la alfalfa, mugen al amanecer los grandes toros bravos. La hacienda es como un moho verde en la espada del río Chancay. Ya los «huaqueros» están golpeando el suelo con sus chuzos de sereno.

Los incas momificaban a sus muertos; los vendaban, como sacerdotes egipcios; y las momias reales asistían a la

fiesta del «Inti Raimi», confundiéndose los incas vivos con sus antepasados, helados desde el principio del siglo XII. Porque los primitivos quechuas (los que tejen) se paseaban despreocupados por las alamedas del Tiempo e iban y venían, como en una barca, desde una a otra ribera; entre la vida y la muerte.

Pero esta cultura de la costa, estos pescadores y admirables ceramistas (aunque no conocían la rueda alfarera) no necesitaban momificar a sus muertos, porque la sequía del terreno conservaba intactos a sus bisabuelos.

Nuestro cronista Polo de Ordegardo vió todavía a algunas de las momias reales, de quebradiza carne, como de hoja de tabaco, y conoció a los dignatarios que espantaban a las moscas para que no profanasen la punta de la nariz carcomida del inca.

Cuando Atahualpa fué ejecutado en Cajamarca (después de bautizado y de recibir el nombre de Juan), aseguró a los suyos que volvería en forma de silbante serpiente. Por si acaso —también en las culturas primitivas debieron existir escépticos Voltaires—, algunos de los suyos lo desenterraron aquella misma noche de la somera iglesia levantada por los Conquistadores. Y pienso que algún indio de Pisac o del Cuzco, o de estos que vienen a Lima para la fiesta de Amancaes, saben el sitio exacto donde se oculta el cuerpo de aquel joven inca que, por sus éxitos militares y la adoración de las mujeres, tomó el orgulloso nombre del Pavón.

Los «chuaqueros» están acribillando a la tierra maciza. De pronto, una oquedad. Tan intemporales como los incas son estos indios que ahora me rodean. Son muertos secos con sus vasijas, de hace mil quinientos a dos mil años. Y vierten en ellas la chicha como si acabaran de moldearlas, porque aseguran que sabe mejor y es más fresca en la vasija o huaco desenterrado.

Les pregunto:

—¿De cuándo son estos muertos?

—De la época de los gentiles.

¡Qué figura definitiva ha hecho el Catolicismo en la historia de todas las culturas y de todos los continentes! Estas momias que ahora hurgamos y sacamos de nuevo a la para ellos prohibida luz del sol son vasos quebradizos, pero llevaron la misma sangre de estos huaqueros con quienes hablamos. Y, sin embargo, ellos los alejan con la palabra «gentiles»; como los labriegos de Córdoba, hablan ya, lejaramente, de los paganos. Pese a los filósofos germánicos, es evidente que una idea es más importante que una raza. Por eso no fuimos en América racistas los españoles.

Otro «huaquero» lejano, borroso en el polvo, como en una fotografía velada, nos ha gritado:

—Aquí está la momia sobresentada.

Corremos hacia ella. Está, en efecto, sentada sobre sí misma; como cojín, sus piernas cruzadas. Es una mujer. El viento le presta algo de vida moviendo sus cabellos pajizos. Está con la boca abierta, dando un grito sin garganta, que no se oye. Junto a ella, una india robusta, mujer de un «huaquero», da su pecho dorado, henchido y turgente, a un niño envuelto, como las momias, en telas azules y con su pequeño sombrero de paja colorada. ¡Una humana fuente viva frente a la fuente definitivamente seca de aquella muchacha lejanísima!

Y reproduzco en mi pregunta la frase de mi amigo Gracia, el dueño de la hacienda:

—¿Es verdad que en Viernes Santo están los muertos más cerca de la superficie?

Y el «huaquero», con ancho sombrero de paja, responde:

—No; lo que pasa es que están más lejos de lo profundo.

Nos ha dado una lección a nosotros, los superficiales hombres de la ciudad. Para él no importa la superficie, porque tiene raíces y está, como un árbol, agarrado a la tierra.

Va atardeciendo. Y esta tierra árida —que está espe-

rando, como me decía el inteligente Raúl Porras, al Machado o Unamuno criollo que las cante— ofrece los más bellos y evanescentes matices; oros que se transforman en sutilísimos naranjas; azules que se desmayan en violetas; púrpuras que se disuelven en rosas inaprehensibles.

Desde la hacienda (con figuras de locomotoras antiguas, barcos fluviales con ruedas y escenas de la guerra del Pacífico pintadas en la pared de yeso) contemplamos ahora el movimiento de luces en un cerro, casi borrado por la noche.

Y un viejo indio que adiestra a los caballos de paso y que fué «huaquero» en su mocedad nos explica, mientras señala a ese cerro, dónde han aparecido las más extrañas telas.

—Sí; están huaqueando. Hay muchos telajes en Panchalahuaca.

¡Llameros y huaqueros!, profesiones únicas del dulce y melancólico Perú.

Como lo son para los extranjeros de los países prácticos que nos visitan los «cantaos» de Cádiz o Sevilla, los «encapuchados» y soldados romanos de la Semana Santa, los banderilleros valientes y elegantes.

Profesiones de nuestro mundo del espíritu, absurdas y extravagantes para los hombres atómicos del mundo moderno; vocaciones por lo aparentemente irracional y superfluo; buscar a unos muertos, conducir a una débil llama (hoy que existen los tractores), acompañar con un antifaz de terciopelo a una Dolorosa con lágrimas de cristal o a ver brotar, sobre el «bistec» sangriento del morrillo de un toro, unas inútiles y maravillosas banderillas de lujo...

mo tropical! Pero el pálido nardo de San José desentonaba con aquella fauna y flora americana.

Los Reyes Magos llegaban, por un sendero de papel de lija, sobre los fogosos caballos de los conquistadores.

Porque América pide sus santos. No habléis tanto —me decía bruscamente el buen escritor dominicano Juan Boch— de la Virgen de Fátima o de San Juan Bosco, cuando tenemos a la venezolana Virgen de Coromoto y a la Guadalupeana, y al indio Juan Diego.

Nos habíamos llegado a creer que el Catolicismo —es decir, lo universal— era únicamente europeo. Y aún hay escritores de nuestro Continente que se asombran ante las Vírgenes chinas, ante los franciscos Javieres de ojos oblicuos de Macao, o los negros Cristos africanos. Acaso se preguntan: ¿Habrá que renunciar también a esto?

Europa, que ha perdido sus colonias, que se ha privado de su suelo colonial, ¿deberá renunciar a una parte del cielo?

¿No pide una canción americana, que hace años se hizo popular, a los artistas que pinten angelitos negros? La cúpula del habanero templo del Carmen, girando en la luz de las apariciones, gracias al pincel de Martínez Andrés, muestra un ángel negro entre las rosadas nubes y los moquetudos angelotes rubios, arios, hermanos de los de Murillo.

La Iglesia se está internacionalizando. En el Sacro Colegio cada vez hay más Cardenales americanos. Asia también está representada. Bombay ha dado un Cardenal que por tal es Príncipe heredero; y algún día la Iglesia de Roma podría ser regida por un Papa indio.

La internacionalización de la Iglesia pronto llegará a su diplomacia, a la Curia y a otras ramas de la administración del Vaticano.

Fray Martín de Porres, cuyos restos acabo de visitar en el Convento de Santo Domingo de Lima, es un santo típi-

camente sudamericano, del Nuevo Mundo. Había nacido el 9 de diciembre de 1579, y fué bautizado en la misma pila donde se inclinó la rubia y adorable cabeza de Santa Rosa.

Su nacimiento está impregnado de humildad; a los ojos del mundo, de ignominia. Era hijo natural y mulato. Su padre era noble, don Juan de Porres, originario de Burgos; por tanto, de la más fina genealogía. Su madre, Ana Velázquez, negra, liberta, había nacido en Panamá. Agarrado a la mano de su padre paseó de niño entre las palmeras de Guayaquil.

En Lima le llamaban el «Pardo». Y fué barbero en el barrio negro de Malambo. Después, lego dominico; un hábito blanco y un escapulario negro; los colores de su alma y de su piel. Le miraban con desprecio. Pero la santidad es una aristocracia; es ser Príncipe del Cielo, primogénito luminoso de la Gloria. Comenzó humildemente; predicaba en Limatambo a los indios, a los negros, a los mestizos.

El Convento de Santo Domingo tiene una especie de Giraldillo sobre esa nube rosa que cubre a Lima en invierno; y enfrente, una plazoleta, una glorieta, con árboles de provincianas y sosegadas sombras. Y miradores para que hagan costura las muchachas solteras, un poco maduras, antes de ir a la novena. Celosías de madera de confesonario sobre la cal blanca. Cerca venden tamales y anticuchos con ají, y chirimoyas de blancura helada. Puestecillos con reliquias del Beato Fray Martín: rosarios de cuentas de colores y sobrecillos con tierra de su tumba. Una tumba que nunca se acaba, porque hace siglos que se está sacando tierra de ella y siempre está colmada como si fuera una fuente de arena, una tierra que crece. Tierra del Nuevo Mundo, tocada por la antigua teología del Viejo.

También os venden escobillas hechas con astillas de su escoba conventual.

¡De las espadas refulgentes de San Fernando o de San

Luis a estas humildes escobas de lego! De Europa a América. Porque éste es un santo para pobres, para mulatos, para emigrantes.

Fray Martín hacía milagros ingenuos que hubieran entusiasmado a Samaniego o a Iriarte.

Un día obliga a comer amigablemente en un mismo plato a un perro, a un ratón (aquí se dice pericote) y a un gato. ¡Milagro de dispensa conventual!

*Juntos comen en un plato
el perro, el ratón y el gato.*

Unidos los enemigos irreconciliables. Lo que se intentó, sin éxito, en Yalta. Pero también hizo portentos, como burlarse de la gravedad de la Tierra; un día, a un obrero que caía de un andamio lo detuvo en el aire y lo tuvo así hasta que su superior le dió permiso para salvarle la vida.

El, tan negro, se hacía invisible después de la Comunión. Y despegaba, volaba, desde Limatambo, adonde llevaba el agua y la alfalfa a los toros de lidia que eran propiedad de los frailes. Ahora —coincidencia— en ese sitio donde él despegaba está el aeródromo. Visitaba en una noche de vuelo a los enfermos de Portobelo. Se iba volando a la China, a Francia, aterrizaba en el Japón. Aquí está su capilla sobre cuyo incienso aún navega, como un viejo galeón, la tribuna del Virrey.

He palpado los pies del Cristo de madera, en cuya llaga bebía Fray Martín la Sangre que no muere, levantándose desde el suelo. Algún monje, envidioso de sus prodigios, le llamó entonces «el mulatón engreído».

Y del Perú pasamos, volamos, a Méjico. En 1531, un indito llamado Juan Diego (¿era Tolteca o Acolhuas?) quedó deslumbrado ante una luz vivísima que salía del cerro de Topeyac. Siglos antes que a la Bernardette apareció la Virgen en Méjico, como una nieve fosforescente. El Obis-

po de Méjico no creyó en la aparición de Nuestra Señora y ordenó al indio que le trajera pruebas. Subió él a una meseta árida. Y vió con estupor hermosas y tersas rosas de Castilla, cargadas de perfume y refrescadas por el rocío matutino, con las cuales llenó su ayate o manta. Cuando ante el Obispo Zumárraga vertió el indio Juan Diego sus maravillosas rosas de Castilla, nacidas en un pedregal de nopales, quedó en su manta impresa la Virgen de Guadalupe. Nadie la ha pintado. Técnicamente es inexplicable su pintura sobre la tela de hilo de palma. La Ciencia, como ante el Sudario de Turín, permanece muda. Y esta Virgen con orlas de oro es, según algunos piadosos mejicanos, la Virgen pre-existente, la mostrada, con esperanza, a nuestros primeros padres; acaso aquella cuya imagen, mostrada antes del comienzo del Tiempo, precipitó la rebeldía de los ángeles caídos. En su dulce rostro hay una pincelada que recuerda o profetiza a la raza aborígen.

He subido esta mañana al cerro de Topeyac, que hoy es el santuario de la Guadalupana. Por el antiguo mercado (tingüis) vendían cromos, velas, entre cocos y naranjas. Y llegaban indios de rodillas, que venían así desde cien kilómetros de distancia, con las rodillas hechas puras llagas y coronas de espinas en sus sienes, e indias con rebozo de color grosella, con niños a la espalda, que avanzaban con velas encendidas.

Dentro del templo, un olor a colmena y a humo. Y en las capillas, las «mandas» de los milagros. Mala pintura, pero que hacía llorar: «A mi querida mamacita.» «Me quitó locura y muerte por causa de embriaguez»; y un vapor hundiéndose, y «me salvó a mi niño que se tupió comiendo tunas». Y un choque de trenes. «Mandas» en latón, piernas, muletas, senos, ojos y corazones, en cera, en plata, en oro.

América quiere un Belén en que figuren quechuas o aztecas y Vírgenes de Coromoto o de la Caridad del Cobre, en cuya barca naufraga un negro entre dos blancos; o aquel

Cristo negro de Equipultas, en Guatemala, o aquel otro hecho con bagazo de caña en cuyos pies, por una venganza de amor, alguien vertió veneno, y el Cristo separó los pies cuando iba a besarlos la víctima.

Cristos telúricos, americanos, como el Señor de los Milagros, de Lima, entre una multitud de hábitos morados, porque su pintura quedó intacta en un lienzo de pared alzado mientras un terremoto derruía a media ciudad. O el «Señor de los Temblores», de los Andes, que domina a la incesante desazón de su suelo, que tiembla todos los días, o a la imagen del Cristo del Cacao.

América quiere sus santos. Santos blancos, mulatos y mestizos, porque sabe que ante la humillación de la Muerte no importa el color de la piel; como San Martín de Porres, que gozaba de los dotes de Claridad, Invisibilidad, Agilidad y Sutileza, dones que adornarán únicamente a los misteriosos cuerpos de los resucitados.

SANTA ROSA EN SU JARDIN

Rosa de Lima es una santa botánica. En la santidad, el elemento femenino siempre ha sido amante de la flora. ¡En cuántas iglesias de los pueblos de España se adora a la Virgen, sobre planta o flor! La Virgen del Castaño; de la Zarza del Pino; la Virgen de las Viñas. En Navarra, el símbolo de María es una jarra con una azucena. Y en esa maravillosa retahíla de piropos latinos que es la letanía, ¿no se llama a María Rosa Mística, además de Torre de Marfil, Casa de Oro y Estrella de la Mañana? Y Santa Teresita de Lisieux florece como una hermosa Rosa de Francia entre los espinos de la penitencia.

En cambio, los santos varones amaron a la fauna. Y así el Pobrecito de Asís hablaba con el lobo de Gubio y le conducía, con las orejas gachas y amansado, a las cocinas conventuales. Y San Antonio de Padua, rodeado de garzas y cigüeñas, sermoneó a los peces, de inteligencia tan obtusa como las plantas. El beato peruano Fray Martín de Porres hizo milagros humildes, de despensa y ratonera, rodeado de perros, gatos, ratones y gallinazos.

Pero ella se llamaba Rosa de Flores y Oliva. Y por eso cantaba con la vihuela al modo de Lope de Vega:

*¡Ay!, Jesús de mi alma,
qué bien pareces
entre Rosas y Flores
y Olivas verdes.*

Su padre, Gaspar Flores, era arcabucero del Virrey. Su hermosa madre, María de Oliva, sólo soñaba en casarla con un hidalgo.

Rosa, de niña, ama apasionadamente a las flores. Una tardé arroja a lo alto, al añil cielo andino, un puñado de rosas, que milagrosamente se agrupan por un segundo —¿un segundo no es igual a la eternidad?— formando una efímera cruz perfumada.

Esta tarde he ido de Lima a Quivi, con mis compañeros Juan Luis Maestro y su inteligente esposa, Conchita Pérez Hernández, a visitar el paisaje de la adolescencia de Santa Rosa. Hemos trepado (en el poderoso automóvil, que parecía impulsado, más que por la gasolina, por la música de su radio) por los imponentes Andes peruanos. Nos detenemos, y al atravesar el alambre de púas que cerca un campo, me he herido en el tobillo. Pero allí estaba el algodón, sobre su planta, abierto para curar mi herida. ¡Dulce paisaje de algodoneros, como una nevada, tibia, de los trópicos! Y los candelabros de los cactus, con la luz morada de su flor única. Y la espuma verde, entre guijarros pulidos, del impetuoso río Canto. Esta sierra también se llama de Cantos. ¿Porque hay cantos o porque canta el río?

Más arriba se abren los lagos de fría esmeralda, con los bordes de cristales de hielo y los nevados azules, donde saltan los corzos llamados «tarucas», de enorme corazón hipertrofiado por la altura; pero también los cazadores y ojeadores indios poseen un enorme corazón. Es el tipo andino de anchísimos hombros, estrecha cintura y pierna corta, esculpido durante miles de años por la fría altitud de los nevados.

En los pequeños pueblos ya se ven burritos españoles —venciendo a las lanudas llamas— cenicientos, como de Esquivias o Toledo. Indios taciturnos, de barro, como un bajo-relieve cocido, pegado a los adobes de las casas. Indias de

mil sayas de colores, hilando, desplumando a una gallina, amamantando a un niño.

Baja de las alturas un ómnibus. Este se llama, americanamente, «El Cóndor». Pero el siguiente, como si estuviéramos en Sevilla, es el «Jesús del Gran Poder». Entre las piedras y los erizos de los cactus, como ramas que se mueven, los lagartos.

En Quivi se alza la ermita de la Santa. Aquí la confirmó —suave cachete en la mejilla ruborizada— el santo, Tomás de Mogrovejo, Arzobispo de Lima.

Aun quedan restos de las huertas antiguas, de coles, papas y habas, por donde corrió Rosa, niña, detrás de estas policromadas mariposas peruanas, grandes como cartas abiertas. Aquí, bajo el gran sol, saltaría los surcos con su cesta al brazo, entre las flores del guisante, o se mojaría en la espuma, verde como una tira de mar, del río incansable que ruge entre los esqueletos de los árboles. Luego, el retorno a Lima. ¡Qué tristeza en la melancolía de las paredes de yeso y adobe! Pero dentro siente florecido todo un jardín místico, le brillan unas eternas vacaciones espirituales. Es al principio una santidad humilde, huertana, de virtudes domésticas; de fogones, de celestial costurera. Le ha fabricado a Nuestra Señora una gran tela; el tejido serán 600 Salves, 600 Avemarías, 15 Rosarios y 15 días de ayuno. Y agradece a doña María de Usategui el chocolate que le envió cuando se desmayó. Pero ¿no anda Dios, como dice Santa Teresa, entre los pucheros? ¿No existe —como afirma la poetisa norteamericana— una santidad en la limpieza?

Rosa visita los conventos de Lima, y ve a la Muerte con arco y flecha, de madera oscura, con andrajos de carne, en la sacristía de San Agustín. Fabrica dulces y tamales para las señoras piadosas. Y de pronto, la sombra perfumada de un novio. ¿Pero va a unirse a lo que parece?

Su madre insiste.

Un crepúsculo va al convento de los Descalzos. Es her-

mosísima, siente miedo y espanto por su belleza. En aquel convento —donde ahora estoy— encuentra su espejo teológico, un espejo que la devuelve una imagen trascendente: una calavera. Debajo está escrito:

Lo que eres, fui.

Y lo que soy, serás.

¡Horrible coquetería sobre el tiempo!

Frecuenta el convento de Santo Domingo. He ido allí también siguiendo sus pasos.

Azulejos sevillanos del siglo XVII, y en el claustro alto, óvalos como espejos vaciados de cristales, en hueco, entre los nevados y rosados almendros. Junto al pozo, en clausura, finas palmeras y el vino amoratado de las bugambillas. Luego he visitado la casa y huerta de Santa Rosa.

Quiso hacer de la casa de sus padres una «Tebaida», un pequeño desierto. Su hermano Hernán la ayudaba. Se ve, entre cristales, su pequeña ermita, con una fecha: 1614.

Son adobes grises, polvorientos, como los del templo de Pachacamac, frente al mar añil y la blancura de las islas Guaneras. En torno a su ermita, flores de un amarillo mantecoso, humildes violetas con hábito de promesa, rosas de té, quebradizas. Es un lírico jardín. Desde esta ermita, Rosa asistía a todas las misas de Lima y eran sus sacristanes los pájaros, que cantaban los más alegres salmos del amanecer. Ruiseñores salmistas. Letrillas navideñas, versos. Fuera, esta tarde, claxons, motores, voces, pues hay corrida de toros en Acho; pero aquí únicamente gorjeos, campanas y el rumor del agua de riego.

Como es una santa botánica, el enemigo sólo la tienta entre los árboles. En un nicho, tras el cristal, se ven los troncos viejísimos, como arados por procesionarios o termitas, momificados como carne de hombre, del limonero desde donde el demonio se le apareció en formas monstruosas y

estrafalarias. Aquí se ve la huella negra de carbón de sus dedos sin caricias, que secaron la savia del árbol. Una galería de madera en cascada de rugosas parras y una pajarera, donde los canarios se esponjan como bolas amarillas, fingiendo un bodegón de limones. Entre las escamas verdes de las palmeras, camufladas de reptil, arde el dulcísimo incendio de los rosales. Un dominico mulato —en blanco y negro como el cine primitivo, frente al tecnicolor de las rosas— nos muestra el pozo al cual Santa Rosa arrojó la llave del férreo cinturón de púas que martirizaba su cintura.

Porque Santa Rosa de Lima está situada entre esa santaza que es Teresa de Avila y la lírica y francesa Teresita de Lisieux. Poseía un alma de atleta de Cristo. Entramos en su celda de verde estuco, llena de soledad y de martirio. Aquí fué golpeada por el enemigo. Cerca, el terrible clavo del cual se colgaba por sus dorados cabellos, tocando apenas el suelo con los pies, para sufrir la espantosa tortura del insomnio. Y su lecho: tres tablas. Y su almohada: dos piedras del río Rimac. Aquí, ayudada por su aya la india Mariana, hizo envejecer a sus hermosas y tersas manos de princesa, metiéndolas en cal viva. Y en la pared, la cruz que llevaba en su pecho, con pinchos de hierro. Quiso su madre que fuera novia, y fué, en efecto, una terrible novia para el mundo, pues bajo su blanco velo nupcial puso una corona de plata con 90 púas, que ensangrentaban su sien.

Santa Rosa es una santa todavía peninsular, pero ya sudamericana. Significa el tránsito, generoso, de España hacia el mundo recién descubierto. Acaso por ello ha sido proclamada por el Papa Patrona de América.

Aunque hay mucho en ella de Teresa de Avila y de San Juan de la Cruz; aunque llevó en andas su breve cadáver el Virrey-poeta Príncipe de Esquilache; aunque su renegrida calavera, que he contemplado, está adornada con rosas de Castilla; aunque cantaba a la vihuela e imitaba a Lope de Vega y hablaba del ruiseñor en el Continente del queztal;

aunque su padre era arcabucero del Virrey, está impregnada ya de la fauna y la flora americana, de la fuerza telúrica del Nuevo Mundo. Los mosquitos de Lima acompañaban su canto, y una india, Mariana, fué su gran confidente; hacía tamales y recibía chocolate de sus amigas; los adobes de su ermita son incas, como los de Pachacamac. Para martirizarse tomaba guisado de papas quechuas con hojas de granadillas amargas de la sierra, y se hería la frente con punzante plata peruana, la plata de Atahualpa y los galeones.

Patrona de América es Rosa de Lima. Santa, a poco de la conquista. Porque la encendida y trascendente España de entonces, mientras descubría el Nuevo Mundo, estaba pensando en el otro.

LOS GALLOS Y LA PIEDAD

He puesto el vaso de «whisky» —con su hielo eléctrico de «frigorifère»— sobre los polvorientos adobes color ceniza, toscos y antiguos, que cercan el ruedo, de placita de toros de «liliput», donde pelean los gallos.

—Ese ruedo —me dice el gran peruano y español Manongo Mújica— se llama «la pampilla».

Arriba, contra el sol —e inútil frente a la fina «garúa»—, un techo de «totora», el junco con el que se tejen los barcos, incomprensiblemente impermeables, del lago Titicaca.

Estamos en la hacienda «Muñoz», a pocos kilómetros de la «Alameda de los Bobos», en plena Lima típica y virreyenal. Los relojes de esta hacienda de nuestro amigo Gerbolini marcan horas empolvadas, de principios del siglo pasado. Un yeso descascarillado; las cuadras, con olor a estiércol, y el campo, con la alegre y tibia nevada del algodón. Los caballos «de paso», vestidos de cuero y plata, vibran nerviosos como violines, con sus jinetes de blancos ponchos flotantes. Dos muchachos «cholos» (mestizos), con sus grandes sombreros de paja, llevan en sus brazos a los gallos luchadores; los acercan, los ponen pico contra pico, los «carean».

—Da ya el saludo.

En el centro, el juez. Y alguno, impaciente, grita:

—Campana.

El juez levanta la tabla, como el telón teatral de un dra-

ma, o como esa tablilla numerada de los estudios del cine. Y ya están frente a frente.

—Diez libras (cien soles) por el «aji seco» (es un color).

—Veinte por el «prieto» (negro).

Porque, como los toros de lidia, los gallos tienen su argot de colores: «giro», «moro» o «pinto», «mantequilla», «carmelo»...

Los gallos disimulan, se estudian, se miran —estrategia— de reajo; hacen como si picoteasen tranquilamente el grano en el suelo, cuando la ancestral ira de los machos en celo les abrasa y saben que les ronda la muerte, que les velará los ojos, como sus párpados, subiendo de abajo arriba.

De pronto se erizan, se convierten en «centro de mesa» de plata, en porcelana policromada. Una gola de iracundia —flor de furia— se redondea en torno al cuello. Se transforman en hermosos y terribles, se atacan, se sobrevuelan, se agachan, saltan con aleteo, tiran una ala al suelo; se rehacen; ahora son reptiles, ahora animales de superficie. De pronto, aéreos como las águilas, esgrimen como gladiadores o púgiles, se navajean como gitanos.

«Ajiseco» se desangra; al «prieto», la sangre le fabrica una pata de coral. Generoso, caballeresco (perdonad lo absurdo), el vencedor deja caer a su rival. Como éste no tiene gestos, ni grita, se le ve desinflarse de vida como a un globo pinchado, disminuir como un recipiente que se desagua de su sagrado líquido. Ya es un montón, como una almohada, aún palpitante y tibia de plumas. La tremenda herida empapa de sangre su ala derecha.

El muchacho «cholo» comenta:

—Le ha llegado a la entraña.

Lo levanta del suelo. Ya no es el ave sagrada, ennoblecida por el combate, quizá el águila sangrienta. Con la cabeza colgando, oscilante, cogido por la pata, se transforma, de misterioso ser alado, de cóndor efímero, en vulgar pollo de pollería para caldo de enfermo y menudillos; en gallina

de regalo para la cena de Navidad, en gallo muerto para un epitafio de arroz.

Y ya están amarrando las «cuchillas» a otra pareja de gallos. Toda la técnica de la pelea reside en el «amarrador». La enorme cuchilla afilada como una «gillette» es desproporcionada al tamaño de los gallos; sería como entregar a dos hombres que combatieran una guadaña a cada uno. Con la cuerda parece que le están vendando una pata; hay que amarrar muy derecho y vertical para producir más honda la herida, y la punta de la cuchilla debe caer en la perpendicular del final del intestino. Entre la pata escamada y el frío del acero va un cuero breve: la zapatilla.

Y ahora algo curioso. El gallo se da cuenta de que lleva una cuchilla; combate sabiéndolo. Como el toro conoce el miedo del torero y el caballo percibe la timidez del jinete. Porque algunas nieblas psicológicas llegan a los impenetrables valles del instinto.

—¿Quién va a ganar?

Y un «zambo» responde sabiamente:

—Nadie sabe, pues. La navaja arde, niño.

Se huelen, y existen ardidés infames, como el del «gallo-gallina», que se finge hembra y utiliza las coqueterías del sexo para confiar a su rival, y, adormecido por la ilusión, acuchillarle. ¡Dalila cortando los cabellos de Sansón! O también la técnica de esa niña de ojos azules que, como jugando, nos produjo la mayor herida —hasta la entraña— de nuestra vida.

El que ha matado llega aureolado de prestigio y de genealogía.

—Apuesto por ése, que es «gallo-matador».

—Yo me voy al otro.

—¡Sigue!, mi plata.

—Lo ha tasajeado el gallito.

Y los piropos aduladores —tan humanos— al vencedor,

sobre todo de las mujeres indias, con sus niños a la espalda y pañolones de azul de Prusia o grosella.

—Salió el negro librecito.

—Buen gallito engreído.

El vencido se hunde en la tierra; cuando meta el pico en la arena, se habrán perdido todas sus apuestas.

—Enterró el pico.

De ahí viene nuestro «hincó el pico», aplicado, despiadadamente, a los muertos.

El vencedor, implacable, pone sobre él su pata. Lo monta. Con el juicio de Nuremberg se ha vuelto a poner el pie sobre el vencido, se ha retornado al gallo y a las leyes terribles de los principios de la vida; porque la piedad es una invención humana, cristiana, más importante que la bomba atómica.

Por la noche he comentado esta pelea —lidia, como se dice en Cuba, acaso por la nostalgia de las corridas— en una comida de diplomáticos, damas descotadas y grandes banqueros. «Es una cosa salvaje», ha afirmado la rubia y bella dueña de la casa.

«Sin embargo —le replico—, su «centro de mesa» son dos hermosos gallos de pelea, de plata maciza, erizados, entre las esbeltas copas de champagne. Nunca he visto un «centro de mesa» con una pacífica gallina empollando unos huevos.

Pienso que acaso la belleza, si no se basa en la crueldad, por lo menos desconoce la misericordia. El hermoso Aquiles pasa una cinta de cuero por el talón agujereado de Héctor, y atado a su carro arrastra su cabeza por el polvo. Los toros de lidia han suscitado poemas (desde los romances fronterizos a Moratín y Lorca), grabados, dibujos, tapices, óperas como «Carmen», esculturas; sin ellos faltarían muchas obras de arte, desde Goya a Benlliure. Pero la útil vaca lechera sólo ha producido una canción burlesca, con su «tolón, tolón» como estribillo. Una carga de caballería es más artística que Pasteur curando la rabia. Hasta en la práctica Nor-

teamérica, los militares están desplazando a los democráticos agricultores, y los absurdos banderilleros son más estéticos que los utilísimos dentistas.

Además, nuestra piedad es muy tosca y relativa. Nos impresiona más la muerte de un perro en nuestro cuarto que la de un vecino en el piso de arriba; un muerto en nuestra calle, más que cincuenta en la pieza del lado, y éstos, mucho más que un millón de chinos ahogados en el río Amarillo.

Si los gallos tuviesen el tamaño de un perro acaso se suprimirían las peleas. Porque no sólo modifica a nuestra piedad la distancia, sino el tamaño. Y también el tiempo, porque cien momias egipcias nos emocionan menos que un muerto reciente en el hospital.

Vamos a los toros porque sus rostros, inmóviles como caretas, no saben hacer gestos. Si el toro al recibir la estocada pusiera una cara de angustia, si el caballo herido gritase, muchos dejaríamos de asistir a las corridas. Si los ciervos llorasen, se acabarían las cotas de caza. Una tarde, en Bilbao, el torero Bombita, al tirarse a matar, vió unas lágrimas en los ojos del toro; confesó que le fué muy difícil acabar con él. En realidad, fué el único crimen de su vida.

Sentimos piedad por quienes se parecen a nosotros:

Me contaba mi hermano Jaime que en Guinea era un plato exquisito el brazo de gorila asado; pero que los europeos se resistían a comerlo. Porque se parece demasiado a un brazo de hombre y sabe a antropofagia. Los cazadores de monos en el Matro Gros afirman que es angustioso ver caer a las hembras heridas protegiendo en su caída las cabezas de sus crías aplastadas contra sus pechos. Por eso a las desgraciadas langostas, por su forma absurda y tan alejada de la humana, las cocemos vivas sin pestañear. Si los árboles derramasen sangre roja, los líricos leñadores se transformarían en hediondos matarifes o verdugos.

¿Y quién se atrevería a arrancar a una rosa si se escu-

chase un leve quejido o rodase una lágrima por su pétalo rosado como una mejilla?

Únicamente en la India hay hospitales para ratas y sectas de hombres que llevan velos en la boca para no tragar a los mosquitos. Pero es que creen en la trasmigración y piensan que los animales son como los vestidos que va abandonando un espíritu humano hasta perfeccionarse. Es una piedad de guardarropía.

Los anglosajones, tan diestros en la bomba atómica, nos reprochan a los latinos nuestra indiferencia ante el dolor de los animales. Pero acaso tengamos razón nosotros, pues ¿qué son esos efímeros dolores físicos frente al dolor moral? Sólo el hombre es mortal, porque sabe que va a morir. Los animales son inmortales. Los latinos creemos que solamente surge la tragedia con el nacimiento del alma...

LOS TOROS SALTAN LA BARRERA

La bella «steward» de ojos azules nos presenta el «lunch» envuelto en celofán. Estamos volando sobre la nieve de los Andes. Las rocas, cada una de un color diferente, semejan helados de fresa, de piña, de café, bajo el copete nevado. La «steward» comenta con el copiloto: «Ayer viajamos desde Miami con la cuadrilla de Luis Miguel Dominguín. Al picador de Bienvenida lo recogimos en el Canadá. Tiritaba, como buen andaluz, de frío mientras nevaba.»

Los «Toros» han saltado la barrera internacional y han llegado al tendido de la opinión universal. Las antiguas conversaciones de las fondas de tortillas con escabeche y vela en la alcoba, de meriendas entre papeles, mientras suda resina el vagón de tercera, han subido a los esterilizados y asepticos cuatrimotores de la Pan Air, con aire acondicionado y pastillas de chicle.

Nuestras corridas han superado su «leyenda negra». Los norteamericanos, herederos de los ingleses en el mando del mundo, son menos irreductibles enemigos que aquéllos de nuestras redondas plazas moriscas. El césped suave, con lluvia de Escocia, de las carreras de caballos era la antítesis de ese desierto de Sahara, de arenas ardientes, de nuestros ruedos.

Los ingleses presentaban al mundo al toro de lidia como a un ser dulce y bondadoso, como al toro «Ferdinando», que huele líricamente unas flores antes de la corrida y es

bárbaramente hostigado por los sanguinarios «bull-fighters» o toreros.

Lo mismo hicieron con Moctezuma (que mandaba arrancar corazones palpitantes) y con Atahualpa (que bebía la «chicha» por el pitorro de oro que salía de entre los dientes amarillentos del cráneo de su hermano), a los cuales describieron como a sabios e ilustrados príncipes roussebianos, salvajemente desposeídos por los bárbaros e inquisitoriales aventureros extremeños.

Las corridas de toros han sido un acerado argumento de la leyenda antiespañola.

Los «Toros» estuvieron a punto de perecer a finales del siglo XIX. Entonces eran frágiles como el cristal de Bohemia. Iban contra el progreso y la razón. Los pueblos utilitarios e industriales no comprendían cómo reservábamos la flor del campo para unos brevísimos pases con una franela roja, aleteo de un dorado gusano, que se transformaba en mariposa. «Con lo que come un toro de lidia —decían sus economistas— se puede alimentar a una vaca de leche.»

Y clamaba el poeta, añorando a los bueyes de Virgilio (como si este cambio de estado complaciese a los toros, quienes no habían sido consultados):

*Y por el polvo vil huye arrastrado
El cuello que tal vez bajo el arado
Fuera de alguna rústica familia
Útil sostenedor; en tanto el pueblo
Con tumulto alegrísimo celebra
Del gladiador estúpido la hazaña
Espectáculo atroz; mengua de España.*

Los Parlamentos y los partidos progresistas estaban en contra de los «Toros».

Porque un toro mata a «Punteret» en Montevideo, al po-

ner banderillas en una silla de cocina, el Parlamento uruguayo suprime las corridas.

Y cuando «Jocinero», de Mihura, destroza el corazón del patilludo «Pepete», antepasado de «Manolete», en la plaza pueblerina de la Puerta de Alcalá (donde se vendían naranjas mientras se desollaba a los toros), hay un fuerte debate en el Congreso y están a punto de prohibirse los toros en España.

En cambio, los más bárbaros deportes de las naciones anglosajonas eran «tabú», intangibles.

Recordad los apuros y trasudores del pobre Sánchez de Neira en su *Enciclopedia taurina* defendiéndose con el ineficaz «más eres tú» y describiendo la fea brutalidad del boxeo y la crueldad de la caza del zorro.

Algunos escritores españoles se contagiaron de esta propaganda. Y Blasco Ibáñez, liberal del XIX, en su *Sangre y arena*, clama ante el arrastre de la bestia, «pobre toro», como cualquier miss inglesa de la Sociedad Protectora de Animales.

Tan fuerte es esta presión internacional, que don Miguel Primo de Rivera impone el peto a los caballos, para que pueda asistir, a barrera, el Cuerpo diplomático.

Por eso, con intuición de pueblo, y ante un torillo insignificante, de patas de algodón, que caía como electrocutado cuando chocaba con el colchón protector, le oí gritar a un aficionado paleta en una modesta feria de provincia:

—¡Viva Bélgica!

Porque hemos sido los españoles quienes hemos «europeizado» a nuestras corridas, empequeñeciendo al toro de lidia, no sólo en tamaño, sino en edad (lo que es más importante, porque se sustituye a la inocencia por la madura intención o sentido), protegiendo a los caballos y desposeyendo de importancia a la estocada, que por algo se llamó «la hora de la verdad».

Pero de «la hora de la verdad» cada vez se prescinde más en nuestra enclenque civilización, llena de artificio.

La espada de madera, de juguete, que utilizó un gran matador por la debilidad de su diestra herida, y que ha sido ahora adoptada por todos los matadores, es heráldica actual de la fiesta.

Me limito a consignar los hechos, porque siempre he considerado cobarde el juicio valentón desde la barrera, y porque recuerdo aquella frase de don Luis Mazzantini a un actor trágico, especializado en las agonías del tercer acto, quien le gritaba durante su faena :

—Baje usted, don Antonio, que aquí se muere de veras.

La suavización de las broncas corridas de toros ha vestido de smoking a nuestra fiesta nacional; le ha permitido alternar en la sociedad de las naciones llamadas cultas. Las corridas antiguas, con sus madres o novias enlutadas, ante Dolorosas con siete puñales, bajo un fanal; sus caballos desventrados, su picador tundido a golpes bebiendo de un botijo bajo la parra del patio de caballos, con sus heridas con gangrena, y aquella pierna pálida de «El Tato» en el frasco de alcohol de una botica, hubieran sido un escándalo para esta dulce y humanitaria era atómica, de los campos de concentración, las cámaras de gas y los millones de prisioneros asesinados.

El torero también ha cambiado. Aquellos hombres «de bronce» con patillas de boca de hacha, barrigudos y cuarentones, con una amiga flamenca, cuyos partes facultativos solían terminar como el de «Pepe-Hillo»: «Entró en esta enfermería con algunos espíritus de vida», han sido sustituidos por jóvenes atléticos, generalmente cultos, que hablan varios idiomas, tienen novias de la alta sociedad y se curan con penicilina.

El antiguo rito, que enlazaba a la «corrida» con los toreros y minotauros de los vasos de Creta, con Tarteros y los incendiados toros ibéricos, con el culto de Mitra, el Anfiteatro, los caballeros árabes y el Cid en Madrid, ha evolucionado hacia un alegre espectáculo en tecnicolor.

Para sobrevivir han tenido que adulterarse. Como las antiguas y medievales órdenes monásticas, se han visto obligadas a poner piscinas en sus colegios.

Los «Toros» van a ser admitidos en la O. N. U. Ya el Gobierno francés, heredero del progresismo, ha decretado que al toro se le puede matar, porque no es un animal doméstico, democrático, sino una fiera casi totalitaria.

Es muy posible que algún día haya toros en California. En *Life* ha aparecido la cogida de «Manolete» truncada, queriendo ser la mortal de Linares, en esa página central que suele reservarse a las enlutadas mujeres de Castilla velando al rígido cadáver de un campesino (entre anuncios de automóviles y frigidaires a todo color), como si sólo en España se muriese.

La liturgia, para salvarse, se llamará deporte.

Ya las nuevas plazas son verdaderos «estadios» de cemento, con altavoces y alegres anuncios de naranjadas sobre la puerta del toril, por donde antes «salía la Muerte».

MENUS Y PAISAJES

He probado en el hotel de Cuzco esta papa o patata de la sierra, que es la mejor del mundo. Es una papa única, arenosa, amarillenta, como untada con huevo, y cuando la siembran fuera de esta tierra degenera y se hace blanca.

Entre las mesas corría una corcita, a la cual los camareros de faz cobriza le han puesto el nombre de «Bambi», como a la heroína de Walt Disney.

Se ven fuera los soportales tan castellanos de la plaza de Cuzco, las casas, azules y rosas, y la ondulación de los montes.

De la papa habíamos tenido los europeos su presentimiento en la trufa, también bajo tierra, y levantada por el hozar de los jabalíes.

Si la papa se hubiera descubierto antes, habría salvado a Europa de las grandes hambres medievales.

La cocina del inca no era, sin embargo, demasiado succulenta, y habríamos acudido, sin mucha ilusión, a su palacio de Cuzco, que aún se alza frente al hotel, pero ahora bautizado, y sosteniendo con sus enormes sillares irregulares, con piedras de ocho y diez ángulos, una bóveda y el vuelo de las campanas.

Atahualpa no hubiera podido ofrecernos sino papas, tortas de maíz y la fibrosa carne de las vicuñas o la de los huacacos, más sabrosa, abatidos en las enormes cacerías llamadas «chacos», en las que cincuenta mil indios, como ojeadores,

atronaban los montes y llevaban a miles de animales a la gigantesca hecatombe.

No comían a la «llama». Pero nos hubieran servido, para alegrarnos, grandes vasijas o «huacos», con rostros humanos modelados, como los «barros» de las cervecerías alemanas, donde se espumaba la «chicha».

Se hubiera volcado, eso sí, en sus frutas tropicales como postre, y envanecido de nuestros elogios ante sus maravillosas chirimoyas y jugosas piñas.

También hubiera quedado bien, como amo de casa, con el pescado que sus «chaquis» (que en quechua significa piernas) traían fresco y palpitante desde las costas del Pacífico, por medio de aquella admirable carrera por relevos que constituían las comunicaciones del inca, con sus tambos o casas para el descanso, situadas unas de otras a tres kilómetros de distancia, que es el trecho máximo que aguanta el corazón de un hombre a toda carrera; y nos hubieran servido blancos trozos de «suchi», el delicado pescado del lago Titicaca —que he comido en Arequipa—, que sabe un poco a fango, y que va a ser destruido por las enérgicas truchas europeas, así como el dulce «chingolo» de la Pampa ha sido casi exterminado por el belicoso gorrión de nuestros parques.

Desde luego, en aquella época os hubiera aconsejado aceptar la invitación al palacio mejicano de Moctezuma, porque allí asaban al pavo, desconocido en el Viejo Mundo, llamado «guajalote», ornato de nuestras Navidades y cuyos restos fósiles pertenecen exclusivamente a América. Y hasta nos deslumbraría con una salsa de ese tomate (en lengua azteca «tomalt»), también originario de Méjico, y que según un «cordon bleu» francés divide a la cocina en dos etapas: antes y después de la aparición de la salsa de tomate, que enmascara todos los sabores y socializa la rígida jerarquía de las salsas.

Pero de Norte a Sur de América, de Alaska a Patagonia,

antes de la llegada de Colón, les hubiera sido imposible ofrecernos un vaso de leche, ni un redondo queso. Porque no se les ocurrió ordeñar a las hembras de los renos, los bisontes o las llamas.

En las Antillas acaso hubiéramos rechazado el gran roedor llamado «jutía» o la crestada «iguana» (sobre todo si hubiéramos conocido su forma), pero se nos haría la boca agua con los «mameyes», el mango y la dulce agua del coco, y, sobre todo, hubiéramos recibido la agradable sorpresa del primer cigarro de humo azul.

Los «charruas» del Uruguay comían al venado, y los indios de la Pampa argentina, a las «alpacas» y a determinadas partes blandas del avestruz americano, llamado «ñandú», al que atrapaban en su veloz carrera con las «boleadoras», que son unas piedras atadas.

A lechón nos hubiera sabido el prehistórico «armadillo», y tampoco hubiéramos desdeñado un asado de la atangurada «vizcacha».

Pero de todas maneras, en esas tierras del Plata, donde se asa la carne prodigiosamente con maderas perfumadas, faltaban la vaca, el novillo, que trajeron los españoles y que se reprodujo tan fabulosamente que existe allí, además de la Edad de Hierro y de la Edad de Bronce, la Edad del Cuero, porque con la piel de los vacunos se hacía todo, hasta las paredes y techos de sus casas.

América, antes del Descubrimiento —fuera de los rebaños del Sol—, no hacía corrales. Las pieles rojas del Oeste pasaban de los hartazgos de bisontes en las verdes praderas, a las grandes hambres, cuando éstos emigraban. Los «chacos», de que ya hablamos, o cacerías peruanas, instituidas por el inca Sinchi-Roca, eran un intermedio entre la caza y el pastoreo, pues después de secar la carne para hacer el «charqui» y de esquila a las vicuñas necesarias, soltaban de nuevo a los cautivos animales.

Hubo también los «menús», conmovedores y heroicos;

de los conquistadores, cuando Francisco Pizarro y los suyos, abandonados por Orellana a orillas del Napo, en plena selva amazónica, tuvieron que comer sapos y culebras, que es el menú infernal que ofrece a Don Juan Tenorio el Comendador de Piedra en su capilla sepulcral. Y aquellas galletas que describe Pigafeta, que devoran los españoles que iban con Magallanes al descubrir el Estrecho, todas agusanadas y con el hedor de los orines de las ratas.

Nuestras Carabelas fueron despensas que navegaban. Desembarcamos el puerco, la gallina y la vaca. Es decir, la tortilla con jamón y la mantequilla.

También fueron confiados a la brújula los paisajes. Trajimos el trigo y la viña, sin los cuales no era posible la misa. Vertimos sobre su inmenso mapa cestos de almendras, de higos, de naranjas, de racimos, de olivas, de melocotones, de cerezas, de ciruelas...

Un día, supongo que con el amanecer, desembarcó la azucena. Una tarde se alinearon como soldados, en el borde de sus hermosos ríos, los álamos indígenas de España, los de los arrieros por las carreteras de Castilla. Y el roble y la encina. Era la vieja flora, cantada por Aristóteles y Columela, por Varrón y Virgilio y Plinio el Viejo.

La flora, sin residuos silvestres del Mediterráneo, del Eúfrates, de la India, refinada, perfeccionada por miles de años de horticultura, de jardinería, de selección de semillas, de esquejes, de finos injertos, de tratados en latín y en griego de Agricultura, de versos, de símbolos, de Mitología, de Bucólicas y de Geórgicas.

Eran el «mirto» dedicado a Venus, y la viña, con la que pintaba Baco con sus gruesas manos manchas de vino en las nacaradas espaldas de las bacantes. Y el «laurel» de César, dedicado a Apolo. Eran la violeta para la fábula de la modestia, y el lirio de pureza para las tablas florentinas de la Virgen María, y el limón de oro o la naranja del jardín de las Hespérides, hoy sumergido bajo el mar. Y la mirra y

el incienso (el oro ya lo tenía América), como retablo de los Reyes Magos. Y la cebada para la cerveza que bebió Xenofonte. Y el cedro y el lino. Y el jacinto y el nardo, y el narciso con su leyenda del rostro reflejado. Y el espárrago bizantino, introducido en España por la mesa del Califa de Córdoba. El romero y la menta. Y el ciprés para los muertos; la hiedra para las ruinas, y la rosa para el amor.

Fué un trastrueque fabuloso de paisajes, como dos «Creaciones», como dos Génesis entrecruzados.

Una batalla de flores entre las enormes carrozas de los dos Continentes. España lanzó su clavel. Y Lima le devolvió los dorados «amancaes» cantados por los incas. Europa arrojó su rosa, y la selva de Venezuela le contestó con su perfecta orquídea.

Porque los paisajes cambian como un álbum que se ojea de prisa. Y así, la «pita» de Andalucía, amiga de la Giralda, de las rejas y los geranios, es mejicana. Y la «chumbera» de Marruecos, la higuera del moro, vino del jardín de los Aztecas. Como que la primera es nada menos que la productora del «pulpe», la bebida nacional de Méjico.

Y el antillano que sienta nostalgia de sus cafetales y su caña de azúcar debe saber que el café fué descubierto sólo cincuenta y dos años antes de la llegada de Colón por un pastor de Etiopía, que vió saltar y hacer cabriolas a sus cabras sin sueño. Y que la caña de azúcar (conocida en la India por Alejandro, que fué el Marco Polo con espada del Mundo Antiguo) fué descrita por Plinio el Viejo, aunque se usaba solamente como medicina.

Y la imagen, tan del siglo XVIII, de un fraile español tomando chocolate es imposible sin el cacao, también americano. Y el árbol «jícara», que da un fruto en forma de taza y que contemplé en Nicaragua, es también originario del Nuevo Mundo. De modo que en la frase «jícara de chocolate» únicamente la partícula «de» es española.

El vasco que aquí en América añora sus maizales bajo la lluvia acaso ignora que está evocando un paisaje de Perú o de Méjico.

¡Qué absurdos resultan, a la luz de estas transfusiones, el tipismo y lo castizo! ¡Y qué aldeanos y cortos de vista los separatismos y los regionalismos rabiosos, basados no en el eterno destino histórico, sino en la cambiante botánica!

LA GOTA DE SANGRE

Los peruanos prehispánicos encontraron su medio de expresión artística en la cerámica. Pues, a semejanza de los ciegos, que compensan la pérdida del más hermoso de los sentidos con un tacto sutilísimo, que les dibuja en el espíritu todo el plumaje del ala de un pájaro o la silueta, difícil, de una rosa, así los «nazcas» y las otras culturas de la costa, y los «quechuas» o «incas» de la Sierra, huérfanos del alfabeto, de la pintura y de la escultura, buscaron en sus vasijas para la fresca chicha o el agua de la fuente a la dócil arcilla, con la cual —a imitación de Dios— modelaron figuras palpitantes, con todas las emociones del corazón humano: su ira y su tristeza, su castidad y su lujuria, la luz inteligente (como un lucero de unos ojos) o la estrábica mirada de la estupidez.

Hace algunos años visitaba el Museo de los «huacos», de Lima (que hoy recorro de nuevo), acompañado por su Director, el Profesor Tello, con su perfil de «huaco» viviente, fijado en bronce para siempre por las manos seguras y espirituales de nuestro admirado amigo Victorio Macho.

El antiguo Embajador del Perú en Madrid, Raúl Porras, conociendo su inquina (únicamente arqueológica) hacia don Francisco Pizarro, me presentó a él como a uno de los descendientes del Conquistador.

Acaso esta broma reforzó su entusiasmo para mostrarme su Museo.

Tello creía que la cultura de los incas había subido des-

de el profundo mar verde de la olla del Amazonas. Y que los extraños dibujos de los «huacos», filamentosos y ondulantes, habían nacido imitando la disolución de una gota de la sangre de los sacrificios caída en los fétidos y calientes charcos amazónicos. ¡Tremenda semilla la de estos misteriosos motivos decorativos!

En los «huacos» de la costa y en los bordados de los rojos y suntuosos mantos de Paracas —una débil púrpura rosada—, a diferencia de las firmes siluetas de Grecia o de Roma, las figuras «picassianas» o «cubistas» carecen de todo límite y contorno y podrían servir, como ilustraciones, para un texto de Darwin sobre la evolución de las especies. Así, los brazos de un hombre ondulan hasta convertirse en anguilas o serpientes, que a su vez se empluman subiendo al reino aéreo de las aves, o vuelven, con escamas, a sumergirse en su origen marino transformados en húmedos y resbalosos peces.

Los «huacos» son una adivinación —en orilla lejanísima en la Geografía y el Tiempo— de los «bocks» de cerveza de Munich, de sonrientes caras mofletudas con sombrero de copa y panzas de blancos chalecos.

La fauna y la flora peruana se enredan en sus asas.

Tienen algo de batracial y de humano (del sapo de su origen de charco); de rostro humano en primer plano, como en el cine, con minuciosa geografía de las facciones y los gestos de la cara.

Freud está allí también presentido. Toda la locura del amor sexual, toda la terrible llamarada que utiliza como combustible la carne de los hombres, arde en sus «huacos» pornográficos, que, como los frescos impúdicos de Pompeya, sólo se enseñan a los turistas masculinos.

Se agazapa a la sombra del «huaco» el encorvado jaguar (nombre quechua, que significa sangre); croa, en un asa, la rana de los abultados ojos miopes; gesticula, en un bor-

de, la caricatura de un mono. En éste, el ciervo o «taruca» hincha su corazón andino hipertrofiado en los nevados, de cinco mil metros de altura; en aquel otro, rojizo, se perfila el rostro varonil de un guerrero «mochica»; luego, una tortuga agobiada por su piedra orgánica en la espalda, o una madre con el niño en brazos, y también los vegetales: chirimoyas, cocos, papas, mazorcas de maíz...

Todos estos «huacos» que contemplo estuvieron enterrados durante siglos. Es la vieja concepción del hombre antiguo que proyecta sobre el muerto todos los atributos de la Vida —la sed, el hambre, la mujer— para hacer menos terrible el tránsito. Aunque también es cierto que los civilizados romanos colocaban una moneda de oro en la boca de sus muertos para el barcaje de Caronte. Porque únicamente el Cristianismo convirtió al cuerpo en definitivo cadáver, en templo del Espíritu, con la promesa de la Resurrección, pero sin ninguna concesión a las miserias corporales: unas flores y una cruz. Es decir, la Piedad y la Esperanza.

La superstición biológica de los quechuas ha servido a la Arqueología, y sin ella hubiera sido imposible contemplar estos «huacos» intactos en las vitrinas. Se alza en el centro, de verde césped, de este Museo de la Magdalena, de Lima, un extraño monumento, el Templo Ponkuri de Cerro Blanco, en el valle del Nepeña, edificados con fríos animales, flores, mandíbulas, frutos y garras, todo revuelto. Y destellan en las piedras grandes ojos de pupilas locas, dilatadas. Es la arquitectura del caos, de la confusión; la antítesis del teorema, en mármol, del Partenón.

Frente a los «huacos» anónimos (no hay un solo nombre aparte de los incas reinantes, no hay un solo individuo en los tediosos siglos anónimos de la historia inca o azteca), los Conquistadores españoles trajeron aquí a los santos con nombres y apellidos. A Rosa de Flores de Oliva, Santa Rosa. A Fray Martín de Porras. A Toribio de Mogrovejo.

Al hombre y a la mujer salvados de la colmena y levantados hasta los cielos.

Sólo esto bastaría para justificar el Descubrimiento y la Conquista. Pero también los españoles debemos rectificar algunos errores. Porque no había únicamente indios desnudos en las playas del Nuevo Mundo. Ahí están los «mayas» del Chichen-Itzá y los «aztecas» de Méjico y los «incas» del Cuzco y las finas culturas de la costa peruana, desmintiendo el viejo lugar común.

Es preciso poner las cosas en su sitio. Hay que decir que frente a unos «quipus» o cordoncitos con nudos o unos jeroglíficos pictográficos, España traía el soneto y el *Quijote*, las catedrales y el «vivo sin vivir en mí», de Santa Teresa.

Pero es preciso admitir también que en estas tierras del mundo nuevo existía un calendario exacto; se había inventado el cero, y las postas incaicas, y que en los «huacos» peruanos (como sucederá dentro de mil años con los archivos cinematográficos de Hollywood) se habían representado los más difíciles matices del corazón humano; que existió un Shakespeare de la cerámica.

Era, desde luego, la cultura que venía en los caballos y en las carabelas tres mil años más fina y evolucionada que la de la América pro-colombina, y por eso venció. Pero, ¿no aumenta la gloria de España reconocer que su ya definitiva y arraigada civilización se edificó sobre nobles y antiguos cimientos?

El indigenismo acrisola la grandeza de los Descubridores.

He visto las bellas casas coloniales de Cuzco con estrados, pianos, cornucopias y damascos, apoyadas en enormes y ciclópeas piedras incaicas, inmunes a los terremotos.

Este puede ser el sentido de un fecundo entendimiento hispanoamericano desde los orígenes, que debía reflejarse en los textos escolares de España y América.

De los trabajosos dibujos y modelados (nacidos de una

gota de sangre, vertida en algún sacrificio a los dioses de la selva y disuelta en los charcos, de verdosa nata, del Amazonas) a la imagen voladora de Santa Rosa, con su guirnalda de flores. No hay más bella política. Y cuesta terminar un artículo con tan manoseada palabra; digamos, para tranquilizarnos, «no hay mejor Historia».

CARACAS

El avión desciende rápido. Entramos en los cielos luminosos de Caracas. Allí, abajo, está el puerto de La Guayra, con el carbón entre los rieles. Y un cielo rosa, manchado por el humo de los barcos. Las casas, en las laderas de los montes, se iluminan como un Nacimiento. Del aeródromo hasta Caracas hay cerca de una hora de auto. Montes verdes, enlutados por el vuelo de los hediondos «zamuros». Estos buitres de los Andes son como los viles escuderos de los cóndores, príncipes de la altura, con su blanca gola, casi de armiño, de caballeros del Greco.

«Esta carretera —me dice mi compañero y antiguo discípulo del Pilar, Antonio Espinosa— es de la época de los españoles.» Es como si dijese del «tiempo de los romanos», porque los españoles son los romanos de América.

Caracas, bajo la imponente mole del «Avila», cuya cima se evapora en nieblas, está en vías de transformación. Creciendo, vertiginosa, como un árbol del trópico.

Desde el alto estudio del pintor Pedro Centeno, que ha ofrecido un «cock-tail» a los poetas españoles, contemplamos a la ciudad, cruzada, como por una cicatriz, por la gran avenida en construcción. Obreros, y enormes máquinas que meten sus cucharones de hierro y se toman al paisaje, como si fuera una gran sopa de tierra.

Centeno, pintor sensual y lujoso, ha acabado su «Venezuela» matronil, de corona mural, rodeada de todas sus desnudas provincias, y con el fino caballo blanco en el centro

de su escudo; en otro lienzo, una muchacha india ofrece, en una bandeja de plata, redondas frutas, aunque las suyas son las más turgentes.

Centeno, en un alarde de convivencia —ya imposible desde la aparición del odio de clases—, ha invitado a algunos poetas comunistas, esos que cantan a las centrales eléctricas y alaban el sudor y las manos. Oímos un poema de la espiritual Alicia de Larralde. Y luego recitan Trujillo y Sosa, Montes de Oca, Villarza, Rubina y la bella Ofelia Cubillán.

Aún quedan en las calles restos de la propaganda electoral del anterior Gobierno, que fué derrotado por la Junta Militar. En las fachadas, «Vota Verde», «Vota Marrón Tierra». Votan por colores.

Los heladeros pasan por las calles haciendo sonar un triángulo de metal.

Si tenéis una novia en Caracas hay que pasear con ella por el hermoso parque de los Caobos, de sombra maciza, de sombra de mueble, con su cinturón pintado de blanco para automovilistas.

Pero si preferís la soledad y la contemplación, id a ver caer el sol sobre la escalinata del Calvario, con la iglesia colgada arriba, lejana.

Por todas partes se asoman los montes, los Andes de Caracas. La Catedral inunda la plaza con una paz antigua. Una tienda abigarrada de prendas, que aquí se llama un «chivero». Y casas españolas, andaluzas, con cancelas y rejas para idilios, solares, galpones de techos de cinc. Caracas es una vieja ciudad española donde se ha injertado un garaje y una factoría. Pero esto la hace interesante. Esa mezcla de Andalucía y Norteamérica, de catedral y trópico, de campanas y depósitos de gasolina.

Me proponen un viaje. «Verá usted —me dicen— al pez temblador, del que habla Humboldt. Y volaremos sobre los indios motilonos, que aún disparan flechas a los aviones de la Pan Air, y adonde nadie ha llegado.»

Esto es bien americano; el cuatrimotor volando sobre el neolítico. Me enseñan «fotos» sacadas desde el avión. Y veo a los motilonos desnudos con el pelo claro y sus chozas redondas, como hongos venenosos.

Al día siguiente hemos ido a ver la tumba de Bolívar. Unos azulados «zamuros» volaban sobre el cielo añil, en torno al mausoleo. Es una especie de catedral de La Seo, de color crema. Pero no la remata una Cruz. Grandes ventanales rasgados; al fondo, blanquea la tumba. Y en el lateral hay un sepulcro sin cuerpo; el de Miranda, aquel precursor de la Independencia, el amoroso amigo de Catalina de Rusia y cuyo nombre está escrito en el Arco del Triunfo, de París.

Tormenta cerrada por «El Avila». «Qué invierno viene por allí» —comenta un muchacho—; porque en Caracas no hay más estación que el buen tiempo y el calor. Y cada lluvia se llama un invierno. El edificio del «golf» imita a un antiguo convento español, con su espadaña y sus campanas. Pero su claustro no cerca a la huerta conventual, con cipreses y pozo, sino el salón de baile. Y en sus celdas, con ducha y baño, suena la radio. Es un triunfo luterano de los anglosajones sobre la vieja concepción católica de la vida.

«Esto era antes muy español —dice el inteligente y fornikido Pedro Sotilo, en el bar de Waldfort—; el petróleo lo ha desespañolizado.»

Pero se ha acercado al conserje —un húngaro que conocí en Budapest— una rubia yanqui: «Please, the bull fight tickets» («tickets») para la lucha de toros, y esta frase ha sido nuestra revancha contra el petróleo y el Convento de «golf».

LA ISLA CORAZON

Por segunda vez llego a Curazao, que en portugués significa «corazón».

Hace algunos años arribé en barco. Venía de Puerto-Cabello, en la costa de Venezuela. Porque todavía se hacía la ruta de la guerra y teníamos que sufrir el control inglés de Trinidad, como un homenaje a la libertad de los mares.

El avión, que salió de Ciudad-Trujillo, en Santo Domingo, ha realizado una hermosa travesía. Unas enormes nubes rosadas, salpicadas de huecos, por donde plateaba el mar. Y hemos visto la forma de corazón de la isla, festoneada de espuma. Y más lejos, a «aruba», donde se refina el petróleo. Curazao es una posesión holandesa. La ciudad tiene la rubia arquitectura de los Países Bajos, pero está habitada por negros, que pasean en los últimos modelos de los coches americanos.

Se ve la antinomia entre la arquitectura nostálgica de la metrópoli rubia y la realidad tropical del clima. Tejas de pizarra para la niebla y las lluvias del Norte de Europa; puntiagudos tejados para nevadas, que nunca ocurrirán. Las fachadas policromadas en rojo, en limón, en azul. Vemos un puente de barcas que se abre, como un abanico, cuando pasan los grandes transatlánticos. Y un Club americano. Y un gran restaurante chino, en el único rascacielos de la ciudad, como si hubiera sido preciso levantar tantos pisos para poder escribir, verticalmente, el nombre chino en esas letras

complicadas, que parecen proyectos arquitectónicos de pagodas.

Unas mulatas, con sombrillas de colores, acuden a la misa de la Iglesia católica, o a un gran templo teosófico, en cuya fachada se abre el gran Ojo de la Providencia entre los rígidos párpados de un triángulo.

«Esos negros —me dicen— llevan el sombrero flexible, aun de noche, porque tienen miedo a los rayos de luna.»

En Curazao —donde no es posible encontrar el licor de su nombre— dividían antes al duro español en cinco partes y cada triángulo de plata valía una peseta. Al dueño o patrón le llamaban las mulatas, apasionadamente, «el amador». Aquí se habla un idioma extraño, el «papiamento», lenguaje de piratas y bucaneros, con un setenta por ciento de vocablos españoles y el resto todo un botín, toda una piratería, de palabras extranjeras. Inglés, portugués, holandés, dialectos negros de las costas de Africa y palabras indias del Caribe.

En medio de uno de sus jardines se alza una gran estatua en bronce, donde hay un empelucado marino o corsario del siglo XVIII, con su pata de palo.

Es ésta una de las pocas monarquías de América, y en los escaparates de las tiendas se ve la Corona Real de Holanda y el retrato de la mofletuda Reina Juliana y de su esbelto esposo, el Príncipe Consorte.

Al despegar en el avión volamos sobre las refinerías de petróleo. Luego, el cielo y el mar, rumbo a Venezuela.

Allí, al fondo, entre las nubes, está Puerto-Cabello. Lo recordamos de nuestro último viaje. Toma su nombre vanidoso de la facilidad con que se puede sacar de su puerto a un barco, solamente tirando de un cabello. Se lo describo a mis compañeros de viaje, los poetas españoles. Aquel hotel en medio de un bosque de cocoteros y bandadas de loros que escapaban, no chillando, sino parlotando, como si fuera la muchedumbre de una manifestación política. Y sus

mecedoras en el fresco de la siesta. Y aquel guacamayo, de azul y naranja, que gritaba: «Mi papá era nero».

Y el amigo Ceballos (que guardaba en su casa de Caracas un óleo de Isabel II, propiedad de su abuelo, que fué Ministro de España en Venezuela), y que nos llevó a ver el bosque tropical por la carretera de Caracas y la playa de Gañangos.

Es una playa tan tropical, que parece falsa, de decorado de teatro de revistas, para el número de la rumba. Un negro de ancho sombrero intenta coger un cangrejo moro que anda erizado por la arena y que le hiere con su dura pinza. Salta la sangre roja sobre la mano oscura. Una cabaña como un bohío, entre cocoteros. Al frente se ve la Isla Margarita, donde crece el árbol del manzanillo, cuya sombra venenosa produce fiebre y mata; y entre la isla y la playa hierven los tiburones. Porque el tráfico, como es la exaltación de la vida, supone también el triunfo de la muerte. Aunque nos consideremos los hombres protagonistas de la Creación, hay muchas comparsas, coristas y actores subalternos. Algunos naturalistas aseguran que los insectos tropicales sucederán al hombre cuando termine su reinado, en el dominio del planeta. Unos mulatos que vuelven del trabajo, por entre el verde chillón de las hojas de los plátanos, entran en la cabaña y piden unos vasos de ron «Santa Teresa».

Los cafetales. Y arriba, fosforescente, la Cruz del Sur.

Paisaje de los negros alzados de Rómulo Gallegos y de los grandes novelistas venezolanos. Negros que tocan el tambor y llevan, supersticiosos, como reliquia, un pedazo del cordón umbilical, mientras tumban la caña. Los que se alzaron, con un furor de proletarios de la piel, contra los «mantuanos» de Caracas y abrazaron con deseo primitivo de esclavos a la rubia Condesita que tocaba el piano, europeizando al trópico.

TERTULIA EN BOGOTA

A la residencia de «Santa Fe», en la ciudad de Bogotá, han venido a vernos muchos poetas colombianos.

Colombia es, desde antiguo, la ciudad de la poesía. Ellos mismos, con gran sentido del humor, hacen burlas y cuentan la anécdota del bogotano poeta, quien encontrándose en la calle con otro hijo de las «Musas», le amenaza con su revólver lírico:

—Si me lees; te leo.

Verdaderamente hablan con precisión, con justeza, el castellano. Los choferes de «taxi» os dicen que han sido perteridos.

Desde su fundación, Colombia se ha ufano y envaneido de su tradición intelectual.

—Nuestro conquistador Ximénez de Quesada —me dicen—, fundador de Santa Fe, a orillas del río Bogotá, era un erudito, un humanista.

Evidentemente, fué el más culto de los conquistadores. La mayoría de ellos eran hombres poco letrados. Lo cual no es un grave inconveniente, porque muchas veces no hay nada más culto y civilizado que la acción. Antes de nuestra guerra he conocido a hombres finísimos que tenían retratados los más pequeños detalles de unos capiteles, quienes después de pronunciar un discurso imprudente vieron arder cientos de iglesias con miles de capiteles. Y, en cambio, a escuadrones de caballería que con su sola presencia resguardaron tesoros de cultura y de arte.

Pizarro, según parece, no sabía leer ni escribir. Sin embargo, en Perú, en la inmensa Bolivia, se habla castellano y «se reza a Jesucristo» gracias a él.

Existe la tradición de que Atahualpa (con quien jugaba al ajedrez después de haberle hecho prisionero en Cajamarca) se hizo escribir, por un español que le guardaba, la palabra «Dios» en la uña del dedo pulgar. Y comprobó, con asombro, que todos a quienes mostraba su uña, sin ponerse de acuerdo, le repetían la palabra mágica. Era el asombroso milagro de la lectura, del alfabeto, que ata con sus débiles rasgos, con sus lazadas impalpables, a algo tan inaprehensible como es la idea.

Por eso los indios peruanos llamaron a las cartas «los papeles que hablan», y se las acercaban al oído, esperando percibir un rumor de ideas, como el de las caracolas marinas que tienen dentro el ruido del océano.

Pizarro era de los pocos capitanes que no pudo leer aquellos misteriosos papeles parlantes. Atahualpa no ocultó su desdén hacia él, lo que fomentó —dicen— el rencor en el corazón del heroico extremeño.

No soy erudito y no sé cuánta verdad encierran estas hablillas del siglo XVI, que todavía se repiten, entre los taxis de Bogotá o de Lima, como si hubieran aparecido en la «última hora» del periódico.

En Lima, en su Ayuntamiento, me mostraron el acta de su fundación con el nombre de la «Ciudad de los Reyes» (porque se fundó el día de los Reyes Magos), y hay en ella dos firmas de don Francisco. Pizarro tejía una rúbrica enrevesada, como un cestillo gitano, con florituras en los extremos, y dentro de aquellos arabescos caligráficos, en un hueco en blanco, su secretario escribía el nombre del Conquistador.

Pero en una de las firmas, sin duda, no estuvo presente el secretario, y allí quedó la rúbrica sin el nombre, como una rama sin nido.

De Ximénez de Quesada se va a editar, en Colombia, uno de los más curiosos de sus libros. Ayer he visto su tumba en esta catedral de Bogotá, tan parecida a la de Lima, pero con torres más macizas.

Los santafecinos se enorgullecen de una frase de Bolívar, quien dijo que Caracas era un cuartel, Quito un convento y Bogotá una Universidad.

En Bogotá hay calles y salones y plazas, con horas antiguas y serenas. Y miradores de madera para que las muchachas borden, entusiasmadas en sus sueños. Y grandes balcones, que anuncian recónditas alcobas, con espejos y muebles enfundados.

De pronto, el zarpazo de la revolución, el «bogotazo» que dejó su huella de incendio; solares con cascotes y muros amoratados y manzanas de casas por el suelo; restos del fuego, del saqueo y de la sangre.

La muerte de Gaitán prelude todo aquello. Era liberal, pero difícil de definir. Parece ser que era un nacionalista con ideología de izquierdas. En todo caso es un muerto que todavía vive; un muerto sin cementerio y sin reposo. Está enterrado en el comedor de su casa.

Pasead por la calle Séptima; la acera queda cortada por unas cadenas. Semeja un puesto para venta de flores; ramilletes, pétalos caídos y alguna luz, y el retrato, a todo color, del muerto. Todo junto a una tienda de fotografías. Parece que acaba de suceder el asesinato.

—Aquí cayó —me dicen.

La acera se ha convertido en lápida.

Pasan los campesinos con sus blancas ruanas (¿de rua, calle?). Son unos pequeños ponchos que se meten por la cabeza, mucho más cortos que los argentinos, y aun que los irisados de los «guasos» chilenos.

En los cafés, el chocar marfileño de las bolas del billar. Bogotá es una ciudad para tertulias; para interminables y

deliciosas charlas con amigos, esperando el verde fresco de la madrugada.

Hemos dicho versos y los hemos oído por todas partes.

Unas veces declamamos en la barra de un bar; otras, en un típico restaurante, ante un buen «tamal», o ese delicioso pez llamado «capaz» del Magdalena, o un incendiario «ajiacó de pollo».

¡Oh «sancocho» de gallina con plátano verde, inolvidables papas «chorreadas sobre barriga», regadas con versos de Valencia o de Barba Jacob, con poemas de todos los «piedra-cielistas» o «cuadernícolas» de la culta y universitaria Santa Fe!

*Hay días en que estamos tan lúbricos, tan lúbricos,
Que nos depara, en vano, su carne la mujer...*

Una ovación. ¿Al verso? No, es que ha entrado, majestuoso, como un barco, el humeante «cuchuco», la sopa de maíz con espinazo de marrano.

—Con espinazo de conservador —dice, burlesco, un liberal.

Y los conservadores ríen liberalmente.

Y también las tertulias acogedoras del finísimo poeta Eduardo Carranza en la Biblioteca Nacional, con sus ventanales que aprisionan, como un buen lente fotográfico, las imponentes montañas y su Cristo sangriento. Y uno de estos globos terráqueos que nuestro Villarroel (el astrólogo que predijo la muerte de Luis XVI) denominó «libro redondo».

A veces, en medio de esos poemas, sonaba el «tiple», la guitarra colombiana.

*¡Qué pena tendría ese pobre,
Que anoche en el callejón
Iba llorando y cantando
¡Hijo de tal, corazón!*

*La india se fué con otro,
Y él, al verse sin compañía
Llamó al perro, quemó el rancho
Y se echó el «tiple» a la espalda.*

Y el final, patético, con los últimos licores y ya el temblor de la madrugada :

*El tiple quedó en la orilla,
El perro late que late,
Y abajo, en el remolino,
Un jipi y un alpargate.*

¡Un «jipi» flotando y un alpargate! (alpargate y no alpargata dice Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*), como resumen de un hombre desesperado.

Ahora declama Eduardo Carranza :

*Teresa,
En cuya frente el día empieza.*

Es un bellissimo poema.

—Teresa —observa Panero— rima con empieza porque no has pronunciado la c, Eduardo.

Pero ese reproche es injusto en América. Porque desde Florida a Patagonia, la c ha muerto en este Continente. Mejor dicho, no ha nacido nunca. Esa letra es una de las pocas cosas que no embarcó en las carabelas.

Ya está amaneciendo. Se ve en el rosa de los vasos de «whisky».

ANGELES DE SOPO

Estas minas están explotándose desde el tiempo de la Conquista. Pero también las conocieron y utilizaron los indios «chibchas» que habitaban esta región de Bogotá y eran habilísimos orfebres en el oro.

Son unas inmensas minas de sal.

«Donde hay sal —sentencia un compañero de viaje— no hay antropofagia; los hombres se devoran por la falta de sal.»

No puedo rebatirle el argumento por falta de experiencia.

«La sal —dice alguien con cierta pedantería— es la primera moneda. Lo sigue siendo en las regiones bárbaras; de ella viene el salario.»

Entramos en una inmensa catedral de sal. Un olor fresco, un perfume a ola cautiva. Los autos, con los faros encendidos, van profundizando en la mina. En hornacinas de sal, Vírgenes envueltas en «celofán», con guirnaldas de rosas de cera, velas eléctricas y banderas entrelazadas. Y en la galería más profunda, con su manto azul, otra imagen en urna de cristal ante cuyos pies están colocando flores, con sus toscas manos, los mineros.

Es una desolación limpia, un mundo verduoso, como un mar que acabara de evadirse; una hoquedad de costa sin gaviotas; un naufragio mineral.

¡Qué alegría recobrar el sol claro, en el primer pueblo sabanero! Este pueblo se llama Zipa-Quirá. Posee una hermosa iglesia, y deliciosas casas pintadas de colores, con ga-

lerías y corredores de madera, roja y azul, que aquí se llaman «gabinetes».

Zipa, en lengua chibcha, significa Rey, y Quirá, Reina.

¿Qué desconocida aventura, qué leyenda que no llegó a nosotros, la de este Rey y esta Reina lejanos? ¿A qué extraño pacto se debió este «tanto monta, monta tanto» indígena?

Tornamos a Bogotá atravesando un puente de piedra; al moderno de hierro se lo llevó la crecida. Pero este «Puente del Común», de cantería, fabricado cuando la Conquista, ha permanecido.

Y otro día fuimos a Sopó. El río Bogotá (que lleva su bello nombre indio flotando sobre su espuma barrosa) nos siguió durante algún trecho.

Ranchos bajo el desmayo, la lluvia botánica, de los sauces, y la corteza canela de los verdes eucaliptus. Un cielo diáfano, macizo, fresco, parecido al del Guadarrama. Levantan el vuelo unos pájaros llamados «chulos».

—Allí está —me señalan— Jesús de las Piedras.

Un tren, casi romántico, sale humeante del pueblo de Chía, que en chibcha significa luna.

Paramos en una especie de venta a tomar unas copas de ron y pan de yuca. Y preguntamos a la india vieja, acurrucada como una momia en su negro manto:

—¿De dónde eres?

—De Cajicá; allá, al fondo —y señala unos azules desvaídos, un leve oleaje de montañas, donde termina la sabana.

El pueblo de Sopó está alejado de la carretera principal; hay que ir por un ramal de baches. Pero gracias a esto conserva su sabor. Porque las carreteras son serpientes que pudren a las manzanas de los pueblos; donde ellas muerden desaparecen las costumbres y las leyendas.

Sopó es un pueblo indo-hispano, colmado de dulzura y de paz. Se alumbra con velas de llamas vacilantes. ¡Y cómo

parpadean en la noche las ventanas con las alcobas iluminadas! ¡Qué enormes y fantasmales las sombras proyectadas, doblándose en los aleros de las casas!

La iglesia parece de un pueblo de Castilla, con su Nazareno, vestido de oro y de morado, y su Dolorosa, enlutada de terciopelos negros con sus siete espadas de plata en el corazón. Y aquel enorme San Isidro, de pasta, con sus bueyes de madera.

Por las paredes suben, bajan, planean, «acielizan» (no aterrizan) unos bellísimos ángeles blancos, transparentes.

—Mira —me dice Carranza— en medio de la sabana india a estos querubines católicos, «angelizando» por los muros.

Bajo las estrellas, hemos cenado en otra venta.

Y Eduardo Carranza nos enseña a matar el sabor duro del aguardiente; echa sal sobre el puño cerrado, y la sorbe antes de tomar la copa.

El dueño es un sabanero auténtico; con la mano resguarda la vacilante llama de una vela con su espina de esperma. Poemas y canciones. Colombianas, mambucos. Nos bebemos el puño cerrado, con su reborde de sal. El dueño canta y escucha, y nos cuenta una leyenda de la cual es protagonista el demonio, al que llama «El Patas», sin duda aludiendo a sus pesuñas de cabra.

«A ver, el «Mambuco del Amigo.»

Lo espero. ¿Quién no ha tenido en su vida algún pequeño Judas que antes fué su parásito?

*El amigo verdadero
ha de ser como la sangre,
que acude siempre a la herida
aunque no lo llame nadie.*

Brindamos.

—Eduardo, por tus ángeles de Sopó.

—Por los de España.

—Son los mismos. Revolotean, como de flor en flor, de Continente a Continente.

Carranza pregunta al dueño sabanero:

—¿De qué país crees que son estos poetas?

—Españoles.

—¿En qué lo has conocido?

—En el dialecto.

CALI Y MANIZALES

Viajar de Cali a Manizales es pasar de la voluptuosidad a la energía, de lo lírico a lo épico.

Cali es la dulzura. A Cali, como a Sevilla, se la huele antes de llegar; es una ciudad que perfuma. Y así como Sevilla es la novia de España, Cali es la amada de Colombia. A Cali se la permite todo. Todo lo de ella tiene gracia; se la disculpa, se la piropea:

«Es tan linda, tan bonita.»

Salimos del aeródromo entre tulipanes y acacias, «guásimos» y ceibos.

Nos alojamos en un hotel, de nombre romántico: El Alférez Real. Sobre este alférez corre una dulce leyenda de amor, como la de aquel Virrey de Colombia, quien, desdenado por una bella bogotana, se hizo fraile.

Desde mi cuarto se oye al río haciendo espuma bajo el puente de hierro.

El valle del Cauca es uno de los más hermosos paisajes que he contemplado. Un valle riente, florido; una primavera fija, quieta, como una muchacha a la que se la ha retenido por la falda.

Nos acompañan las nietas, bellísimas, del gran poeta Guillermo Garrido. Garrido es alto, de pelo blanco. Tomamos unos helados frente a San Francisco, con su torre mudéjar.

—Le llamamos —me dice una de las muchachas— la torre del moro.

Rezamos ante la «Cimarrona», la Virgen colombiana de la Merced, en su ermita, donde se dijo la primera misa del valle del Cauca; y luego subimos hasta San Antonio, con sus mulatas vendiendo tamales a la entrada y unas palomas que vuelan en el interior, como la del Espíritu Santo, alrededor de la bóveda.

Por aquí entró Belalcázar, el fundador. Se le ve, de bronce, en la ladera de esta pequeña montaña desde la cual se abarca a todo Cali; señala hacia la ciudad con su verdoso dedo de color de armadura.

La noche es tibia, caliente; brillan en la ladera las lucécillas del pueblo de Siloé, al que, por su parecido con un Nacimiento, se le llama aquí «El Pesebre».

En lo alto del monte, encendidas, se ven tres cruces. Las pusieron aquí porque una vez llegaron a Cali noticias de que el demonio, que venía de España, iba a desembarcar. ¿En qué roja carabela, con velas de luto?

Hemos recitado en el Teatro Municipal. De noche, Cali baila en la calle; barrios como constelaciones, como jardines con luciérnagas. Luces de todos los colores. Suenan «típles», «vitrolas»; negras de blanco y mulatas vestidas de limón; cromos atrevidos de muchachas y «bambucos», «botes», «porros», «colombianas». Y también «guajiras», «rumbas» y «merengues». Todo el Caribe musical bajo la noche perfumada.

En Manizales, no; Manizales es lo contrario. En una hora de vuelo hemos subido a este nido de cóndores. Manizales es la voluntad. Sus habitantes son de origen vasco, blancos.

Por aquí pasaban, hace sesenta años, los comerciantes de Antioquía. Aquí acampaban; los arrieros llamaron al sitio Manizales, porque así se denominan en Colombia los pequeños guijarros que aquí abundan. Dijeron: «Aquí haremos una ciudad.» Serraron el monte y la edificaron. Desde el aeródromo empezamos a subir. Se despeña, gritando como un ser

humano que va a suicidarse, el río Chinchina. Vacas entre las manchas de los cafetales; es decir, paisaje de desayuno, café con leche. Una especie de posada de montaña. Unos hombres de campo, con anchos sombreros de «jipi», mezclan el ron con la leche recién ordeñada. Llegamos a la ciudad. El hotel de Manizales lleva un nombre adecuado a su austeridad pétrea: «El Escorial».

Es asombroso ver a los taxis, a los automóviles, entrar en los cines y teatros, en un pico afilado de los Andes.

—En Manizales —me dice su simpático Gobernador, Jaramillo—, para construir una casa lo primero que hay que hacer es el solar.

Y hay empresas que se dedican a la fabricación de solares, rellenando hondonadas, cortando rocas, terraplenando, nivelando.

—¿Ve usted esta casa de diez pisos? —me dicen—. Pues cuando yo era niño, era una ciénaga, y en ella se ahogó un compañero mío.

Sin embargo, la ciudad no ha podido borrar la cresta de la montaña. Así, hay calles centrales y otras laterales que caen y se desparraman siguiendo las laderas.

—En esas casas las camas sólo deberían tener dos patas y los autos dos ruedas, las delanteras.

Comemos en el Club Taurino. Con Arturo Zapata, con Jaramillo, con Gilberto Alzate, con Fernando Londoño, con Jaramillo Mejías, director de *La Patria*.

En las paredes, carteles de viejas corridas españolas, de tardes lejanísimas, con un enternecedor «si el tiempo no lo impide» que las mantiene un poco vivas. Desde las paredes nos miran, alucinantes, calaveras de toros, con bombillas verdes en las cuencas de sus ojos.

Y hemos recitado en el teatro Cumanday, que toma su nombre de un cacique indio de estas regiones.

El Club está oscuro. Hablamos de los extraños nombres

bíblicos de la región. Estamos rodeados de pueblos y ciudades que se llaman: Antioquía, Palmira, Circasia, Siloé (como el lugar de la piscina que agitaba el ángel), Palestina, Belén y Jericó.

—Estos nombres y esta corva nariz que poseemos —bromea uno— indica que nuestros antepasados encendieron el candelabro de los siete brazos.

—No —interrumpe vivamente Alzate—, la explicación es otra. Hace setenta años este país era inaccesible. Nuestros abuelos, vascos (de ahí nuestra gran nariz), vivieron aislados. No tenían más libros para las lentas noches de invierno que el Antiguo y el Nuevo Testamento. Por eso pusieron estos nombres a las ciudades que fundaron.

Con una lluvia fría partimos. Tenemos que ir a otro aeródromo, descolgándonos por una carretera gredosa y resbaladiza.

Torrentes y precipicios. El avión empieza a rodar.

Mientras la dulce Cali sestea sonriente, en su hamaca, a orillas del Cauca, allí, en la niebla, queda Manizales, como un jinete a horcajadas, sobre la cordillera.

CARTAGENA DE INDIAS

—Yo he recorrido todo el fondo, por esta parte de la bahía —me dice el teniente de fragata Eduardo Wills, a quien ayer encargó el Ministro del Ejército que nos acompañara a visitar el castillo de San Fernando.

Teníamos deseos de recobrar la fresca transparencia del mar, después de la altitud lluviosa, inverniza, de Manizales.

¡Cartagena de Indias! He aquí un nombre que suena bien para novela, para cuento, para película. Un nombre cartelero.

Un nombre que ha venido en la proa de las naves de Fenicia (que tienen un ojo pintado para ver los arrecifes de coral y las esponjas), hasta posarse en el Norte de Africa y fundar, con la Reina Dido, a Cartago; que ha viajado desde allí al litoral levantino en las trirremes cartaginesas para formar la española Cartagena; que se ha desplazado de la Península en los dorados mascarones de proa de los galeones para edificar en la costa de la actual Colombia a Cartagena de Indias. Este transporte de los nombres, las culturas y los dioses mediterráneos a las nuevas Indias fué la misión de España.

Cartagena de Indias evoca piratas, bucaneros y a las flotas de Plata.

La lancha motora levanta una espuma de fresca sal.

—Aquí —observa Wills— no es tan bonito el fondo del mar. Sólo hay fango y luz turbia, y mis zapatones de buzo se hundían en un lodo semilíquido que me llegaba hasta la

rodilla; tenía que llenarme de aire como un globo, para caminar hinchado.

A Wills le entusiasman sus excursiones acuáticas, con un enjambre de burbujas en torno a la cabeza. Es el primer buzo que conozco (conozco pocos, en verdad) con auténtica vocación. Me pide noticias de los galeones sumergidos de Vigo. Es un hombre que está al tanto de todo lo que sucede en el mundo submarino.

El agua es verde, clara; azulea en la distancia.

—Esa es —señala— Tierra Bomba. Los cartageneros van muy a menudo allí de excursión; también se organizan cacerías de venados.

La isla es una línea rojiza; a nuestra espalda blanquea Cartagena.

A la derecha, «Boca Grande», que fué cerrada por los españoles. Hoy es como una muralla sumergida y el mar le ha hecho una soldadura de nácar, de concha y moluscos. Y ha cerrado sus grietas con una argamasa de limo y gelatina.

Así sólo queda la estrecha entrada de «Boca Chica», donde San Fernando y la fortaleza de enfrente, sobre una isla, cruzaban sus fuegos.

Toda Cartagena está llena de táctica naval; constantemente escuchais en la bahía, en la ciudad, en la costa, frases como ésta:

—Esa fortaleza cruzaba el fuego con aquélla.

Paseamos bajo imaginarios cañones, entre andanadas sin ruido, frente a cañones mudos. Cartagena es como la litografía de una batalla naval que flota, mojada, sobre el mar.

—Aquí —repite Wills—, el fondo es un jardín; penetra la luz hasta muy profundo, iluminando plantas, peces de colores y estrellas de mar.

La lancha motora llega a la fortaleza y se detiene junto a la escalinata, con sus últimos escalones sumergidos. Es el

castillo de San Fernando. Una balas, barrocas, del siglo XVIII —como las de los jardines de Aranjuez o La Granja— al entrar. Un puente levadizo.

—Mire —me explican—, en esta rotonda, donde aún quedan restos de azulejos, estaba pintado el escudo de España.

Baila, junto a ella, un vaporcito de paseo, como un tranvía acuático que lleva a los cartageneros modestos a almorzar a las islas. Unos muchachos, de ébano o de bronce, nos gritan: «Unas monedas, caballero.» Se las tiramos, y descien-den, plateadas, dando reflejos de peces. Ellos bucean en el agua transparente. Y emergen con el brazo chorreando azul y espuma, con su plata redonda en los dedos.

—Samuel, los bananos.

Es una familia que viene a pasar un día en la fortaleza.

Bajan cestas con frutas y carne fría.

San Fernando es un castillo redondo, cerrado, canoso de piedra gris, vegetalizado por un moho verdoso y dorado.

Un gran patio de armas, y escaleras, y la humedad de los pasadizos. Aquí está el polvorín, que es el corazón de la fortaleza, en un sótano seco, aislado, y cerca de él, la capilla; la espada y la cruz.

Una Virgen con el Niño, vestida de raso naranja sobre un altar con fondo azul. Y a sus pies, como flores del mar, dos grandes caracolas en espirales nacaradas, rosadas en su interior y con los labios violetas.

Verdín de humedad, chorreando, en las paredes, y como paraguas de liliput, goteando, colgados de los pies, unos pequeños y aterciopelados murciélagos.

Damos la vuelta a la redonda fortaleza, por lo alto de la muralla, rodeada de cocoteros y palmares. En el foso se ha muerto el agua. Hiede, podrida, con plataformas de plantas acuáticas.

A la vuelta el mar nos moja la cara. A nuestra derecha,

frente a San Fernando, alegra los ojos el pueblecillo de Pasacaballos, con su bosque lleno de tigres y tigrillos, una especie feroz del jaguar. Nos cruzan alcatraces con el buche hinchado de peces. Ahora un bosque de manglares en el mar. A su tronco se adhieren las ostras, que me explican aquella frase, que tanto nos extrañó, en el «Club de Pesca».

—¿Quieren ostras de árbol?

Pasamos frente a la leprosería de Tierra Bomba.

Traspasadas de sol las almidonadas tocas de las monjas. Y hay una joven, hermosa, sonrosada, toda de blanco, bajo los eucaliptus. Ha ofrecido al Señor su piel intacta entre esa lenta combustión de los leprosos. Porque la lepra, «hija favorita de la Muerte», es el único fuego que hace arder, sin humo, a la carne de los hombres; que la transforma en brasa viviente.

Un muro alto separa a la ciudad de los leprosos, a la ciudad de la Muerte, del mundo de los vivos.

Y hay un centinela que vigila, para que ningún enfermo pueda saltar ese muro terrible.

Navegamos lentos y vemos una «gallera» redonda, de madera gris, como una pequeña plaza de toros, con una tela metálica de grandes rombos en su parte alta.

—Allí, los leprosos —me dicen— contemplan los dominos las luchas de gallos.

Y otro añade esta frase alucinante:

—No pueden aplaudir porque se les caerían los dedos.

Cuando descendemos, en el muelle, nos muestran en una jaula a un gran tigre cautivado hace dos meses en Pasacaballos. Es un jaguar terrible. Jaguar, en lengua indígena, significa sangre.

Me aproximo, y rápido, como un impacto, como un tiro, midiendo al milímetro la anchura de los barrotos, el tigre me pega un zarpazo, que de no retirarme me hubiera destrozado el rostro. Me rasga la chaqueta.

—Esa tigresa —me dice el oficial— hace unas semanas devoró a su joven novio.

—Nunca se domesticará —afirma Rosales— porque está respirando el mismo aire de su selva.

Ruge, enseña sus dientes de marfil afilado, y nos mira con sus frías esmeraldas.

Blanquea en lo alto del monte el convento de «La Popa». Es el santuario cartagenero, que estos días empieza a ser visitado por interminables peregrinaciones. Arriba, las mulatas venden tamales y frutas y caña de azúcar. Por allí atacó Morgan, el pirata, quien saqueó La Popa y todas las afueras de la ciudad, pero no pudo entrar en Cartagena y quedó inmóvil ante su gran muralla.

Por la tarde hemos subido al inexpugnable castillo de San Felipe.

San Felipe de Barajas es una obra titánica.

Todo el monte es una fortaleza excavada, como una muela careada, emplomada de cañones. Dentro son interminables galerías como un inmenso hormiguero, que se entrecruzan, suben y bajan con frescura de cueva o sótano, que descienden desde la cima del cerro hasta el río.

Nos muestran el lugar desde donde, por una combinación de luces, se podía ver al enemigo sin ser visto. Nos hablan en voz baja desde un extremo de la galería, guiando la voz por el cóncavo de la bóveda hasta nuestro oído, como un rudimentario teléfono del siglo XVI.

Cartagena es fiel a su nombre, porque es más una ciudad de las Indias que de América. De aquí salían los galeones cargados de oro, y en sus salones con candelabros, danzas y pianos, se celebraban tertulias reposadas, mientras en sus murallas aullaban los bucaneros.

Allá la dejamos, con la leyenda de sus piratas saqueadores y sus noches de amor; con sus esclavos bajo las palmeras, con sus tigres de Pasacaballos y sus tiburones junto a

San Fernando; con sus leprosos que no hacen ruido, y aquella joven y bella monja —como una manzana plateada de escarcha entre la fruta podrida— ofreciendo a Cristo una cosa, para una mujer más importante que la propia vida: la hermosura.

EL ESCLAVO DE LOS ESCLAVOS

Hemos saludado al Presidente de la República, Ospina, que ha venido a Cartagena de Indias a revistar a la flota de guerra.

Cartagena, en su perpetuo verano, se alegra con sus bailes a bordo y sus banderas. Y surgen los idilios de las bellas cartageneras con los alféreces de navío, vestidos de blanco, en las terrazas del hotel Caribe.

—Ha llegado un barco francés.

—Beberemos un buen coñac.

Todavía los aviadores no han conseguido el prestigio sentimental de los marinos. Los alféreces de navío figuran, entre las caracolas marinas, las flores en fanales de cristal y el piano de las abuelas. Son elemento lírico de los antiguos sonetos.

Ese, que estuvo en Sevilla, está describiendo su viaje a una muchacha, y le habla de la Torre del Oro y de la Giralda. Hay mucha lejanía en su relato. Para los marinos la tierra no ha cambiado de tamaño como para los aviadores, que ya le han perdido todo el respeto. El avión, por su exceso de velocidad, no viaja; llega. Y las ciudades deben ser, como el amor, difíciles.

Las bañistas van a la playa sobre el mar abierto, verduoso, hirviendo de espuma. Luego piden, en las sillas de paja, sobre la arena blanca, un «daiquirí granizado».

El hotel Caribe es uno de los más bellos y alegres de estas costas. Está edificado sobre una lengua de tierra, y a un

costado le late un océano sonoro, y al otro un mudo lago, de hondos azules.

Los poetas españoles han querido bañarse para contar en Madrid que se han mojado en el mar de los Caribes.

En realidad, casi se viaja para eso. Recuerdo que subí, con un calor asfixiante y nimbado de moscas, al Partenón de Atenas para poder luego decirlo en «La Granja del Henar».

En el Club de Pesca —una isleta con corsé de murallas— nos han servido ostras y rosadas langostas.

Por la tarde, Maruja León de Luna Ospina nos llevó a la iglesia y al convento de San Pedro.

¡Qué difícil debe ser la santidad en estas playas voluptuosas, bajo estos dulces climas! El misticismo debe ser más fácil en mesetas frías, entre cipreses, en lugar de palmeras. Allí donde la voz del enemigo es menos insinuante y silbadora.

Pedro Claver, Apóstol de Cartagena, Patrón de Colombia, nace en España —vivero de Santos—, en Verdú. Profesa, de jesuíta, en Tarragona en 1602.

Aquí, a la entrada del convento, nos recibe un antiguo grabado en el cual se ve al humilde portero de un convento de Mallorca, quien, por iluminación divina, le aconseja a Claver que dedique su vida al servicio de los esclavos.

Dos jesuítas, de blanca sotana, nos van mostrando el convento. Los tres claustros. Y, sobrepasándolos, buscando la luz, unas altísimas palmeras.

Aquí se ordenó de sacerdote. Y estos escalones gastados conocieron el tacto de sus pies desnudos. Durante años y años recorrió estos mismos claustros.

A veces era dramático contemplarle entre dos luces, en el verdor de la madrugada, cargado con una pesada cruz y chorreando sangre por las sienes cubiertas de espinas, dando vueltas al claustro en un solitario Vía Crucis.

Y fuera, lujuriosas, estallaban las flores del trópico. Y pasaban los carritos cargados de piñas y cocos. Y se escu-

chaban los «porros» cartageneros que hablaban del amor humano y de la luna.

Si Las Casas fué el Apóstol de los indios del Caribe, Claver lo es de los esclavos africanos que los sustituyeron en las plantaciones.

Sobre más de cuatrocientas mil lanudas cabezas vertió su mano el agua del Jordán, clarificada por la Paloma del Espíritu Santo, y que borraba de sus oscuros sueños a los amuletos y a los feroces ídolos de piedra y de madera.

Incesantemente recorría la hermosa ciudad, buscándolos, y en su piedad les rebajaba el tono del color y les llamaba «mis morenos», para acercarlos más a su piel.

Era el Siglo de Oro de la Compañía, que había resguardado a una parte del jardín de Europa, de la fría nieve de la Reforma. Jesuitas elegantes, finos, bien vestidos, de sutiles diálogos, como arrancados de una comedia de Lope, abandonaban las lujosas Cortes europeas y viajaban hacia los países exóticos, hacia las palmeras, las selvas, las serpientes y las fieras.

Buscaban las almas desnudas, en blanco, de los gentiles. Como Javier en las Indias Orientales, así Claver en las Indias de Occidente. Predicaban y besaban las llagas de los enfermos, y a pesar de moverse entre cuerpos en plena podredumbre, sus sotanas exhalaban un olor a nardos y a perfumes sutilísimos que no eran de este mundo. Cuando a Claver se le rebelaba el cuerpo con asco y repugnancia, lo disciplinaba —Centauro de Cristo— como si fuese un asno o una irracional cabalgadura de su espíritu.

La iglesia es grande, fresca, de estilo Renacimiento. Por todo el borde de la cúpula corre, en grandes letras de oro, esta humilde y hermosa divisa, heráldica de su santidad: «El esclavo de los esclavos».

En el centro del altar se ve la urna con sus restos. Su calavera y sus huesos negruzcos, entre telas litúrgicas, de un oro descolorido y cansado.

El aposento donde murió da sobre la muralla. Desde allí se ve el mar. Desde esa ventana, dice uno de sus biógrafos, veía entrar a los barcos que traían «la preciosa mercancía humana que él convertía en divina».

Es una celda baja de techo, con vigas tapadas con yeso, asfixiante de calor y vibrante de moscas.

Cuando los pesados navíos echaban el ancla, Pedro Claver se iba al puerto, y en celestial racismo, iba transformando a aquellos negros africanos en rubios ángeles.

UNA LECHUZA EN PANAMA

Ruiz Vernacci nos esperaba en el aeródromo de Tocumen, que es de greda roja, como el de Rancho Boyeros, de La Habana.

Nos ha llevado al hotel Tívoli, con sus persianas verdes y una tela metálica finísima.

—Ya —nos da la gran noticia— casi no hay mosquitos en Panamá.

Los yanquis declararon la guerra a los mosquitos con la misma vehemencia que antes a los nazis y ahora a los norcoreanos. Regaron de D. D. T. y otras sustancias las charcas, inmóviles y corrompidas, donde se reproducían. Así, para hacer el Canal acabaron antes con la fiebre.

El Tívoli es un hotel típico del trópico, con sus mecedoras antiguas y sus frágiles muros de madera, con montantes y respiraderos de cuarto a cuarto. Está enclavado en la zona americana del Canal.

La mujer de Vernacci es poetisa, y nos recita versos en el jardín de su casa, junto a una hamaca, con una gran luna altísima y de hirviente plata, derretida entre las palmeras.

Cenamos unas pálidas langostas, encendidas de huevas anaranjadas, en una terraza con pantallas de colores que da al mar. «¡Cómo brilla, sosegado, el Pacífico!» En unas horas de tren podríamos estar en el cercano Atlántico, y en aeroplano se tarda unos minutos de mar a mar.

Es muy difícil, estando en Panamá, escapar a la obsesión del Canal. Y, sin embargo, hay un Panamá ganadero,

con muchachas de bellos trajes con flores, que buscan en la noche la danza y se acercan amorosas :

Al tambor de la alegría.

Panamá, de noche, es ruidoso, luminoso, alegre. La parte de la zona yanqui es más cerrada, más puritana, con hospitales y escuelas. Y olor a clínicas. Existe una calle, la de «Cuatro de Julio», en la cual una acera es yanqui y la otra panameña. Es una gran calle para el contrabando y para el refugio, en caso de revolución.

Las parejas se entrelazan amorosas en el «Roosevelt Lovers», bajo los corpulentos laureles de la India. Nos adelanta un negro militarizado, en su moto.

—Irá a detenernos por exceso de velocidad.

—No —me aclaran—, la policía negra sólo detiene a los negros.

De modo que el delito tiene color. Da la luna sobre el puente de hierro que cruza el Canal y pasamos de prisa, porque ningún coche puede detenerse sobre ese puente.

Por la mañana, el sol radiante saca verdes inverosímiles al paisaje. Los tres poetas españoles y yo vamos en coche a Ciudad Colón. Porque hay dos ciudades sobre el Pacífico: Panamá y Balboa. Y dos sobre el Atlántico: Colón y Cristóbal. La selva está vibrando bajo el sol. Es toda ella élitros, zumbidos, murmullos. Sapos, reptiles, loros, mosquitos, insectos imprecisos. Con el lomo crestado, como un saurio evolucionando hacia los temibles mamíferos, cruza una iguana la carretera. Es como ver, con los gemelos del teatro invertidos, desfilar ante nosotros a la Edad Terciaria. En las películas en que se ha pretendido filmar a los orígenes del mundo se han fotografiado estas iguanas en primer plano, superponiéndolas a paisajes y hombres en escala reducida, para dar la sensación de los espantosos monstruos de hace cien mil años.

—Aquí lo comen mucho —me dice Vernacci—; en Navidad se ve a las iguanas, abiertas y saladas, colgando en los mercados.

Como de toda carne sospechosa, como dicen los gitanos del gusto del lagarto, aseguran indios que «sabe a pollo».

En un claro de la selva hay un horno de piedra manchado de humo, y unos bancos circulares. Se oye, cerca, correr el agua. Es un lugar para almuerzos y meriendas. Y aquí vienen muy a menudo los oficiales americanos de la zona con sus rubias novias a asar un lechón, mientras sueña la radio con el rubí del dial encendido, cual un insecto más —y no el menos molesto— entre las hojas de los plátanos.

Como losas romanas se ve un tramo, ya comido por la selva, del antiguo camino español. Pisamos las anchas piedras. Este era el llamado «Camino de las Cruces». Y por aquí, durante siglos, pasaron los mercaderes españoles, con sus recuas de mulas y sus indios cargados, que iban a la gran feria de Portobelo. ¿Pero por dónde cruzaría Balboa? Porque él se fué haciendo camino con la espada, y llevaba sus barcos sobre las espaldas de sus soldados. Una flota que navegó por tierra, por la selva, sobre el oleaje de los músculos. España hizo entonces en América prodigios mitológicos y de increíbles «Libros de Caballerías», no superados por Amadís de Gaula o por Tirante el Blanco. Esta flota es hermana de la barca mágica de Don Quijote sobre el río Ebro. Entonces, nuestros antepasados hacían navegar una flota sobre la selva; buscaban en la Florida la fuente de la Eterna Juventud; subían a la sabana de Bogotá para contemplar al indio de oro —El Dorado—, que se bañaba en la límpida laguna; salían con Pizarro y los Trece de la Fama a conquistar el Imperio de los Incas; quemaban con Cortés las naves en la costa de México, e inauguraban en los Andes una Semana Santa, entre iglesias doradas y barrocas, a una altura a la que difícilmente subían los cóndores.

Balboa, desde una altura, vió, deslumbrado, al Pacífico. Eran los primeros ojos europeos que contemplaban a aquel mar virginal e intacto. Se metió entre las olas hasta más arriba de la cintura y se santiguó con el agua salada.

Una ciudad de Panamá lleva su nombre. Y la moneda nacional de esta República es el «balboa». En una vuelta de dólares en billetes me entregaron la primera. Era un duro reluciente, con el perfil aguileño de Vasco Núñez de Balboa, con su casco cincelado, de levantadas puntas. Fué la envidia de Rosales, que ha ido coleccionando monedas durante todo el viaje.

A Balboa, como premio, le cortaron la cabeza. En Madrid una calle lleva su nombre. Esta es Castilla, «que hace hombres y los gasta». España ganó y perdió a América sin darse cuenta de su importancia. En nuestros libros de texto, Otumba o el cerco del Cuzco ocupan muchas menos líneas que cualquier batalla local entre León y Castilla. Mientras pululan en nuestros parques estatuas de barrigudos y huecos políticos del siglo XIX, con chaqué y pantalones de bronce y botas de mármol (productos de escultores con vocación de sastres y zapateros), no hay un solo monumento a Balboa mirando al nuevo mar; a Cortés, con un fondo en mármol de naves incendiadas; a Orellana, a Ojeda, a Solís...

No existe una fuente presidida por el bronce del viejo Ponce de León, buscador de la eterna juventud. La única estatua de Pizarro a caballo en Trujillo es obra de una escultura norteamericana. Y Riego —cuyo himno fué nacional— hizo posible la pérdida de América a cambio de un papelito ingenuo en el que se decretaba que «los españoles serán justos y benéficos». La bofetada a Calomarde suena más en nuestros libros escolares que las últimas descargas de Ayacucho, donde se liquida el Descubrimiento y la Conquista. El nombre de esta batalla apenas se recuerda, porque se llamó así a los partidarios políticos de Espartero. El año noventa y ocho, el público llenó la plaza de Toros. Por

aquellos días se repetía en los cafés de Madrid este gracioso epigrama, aplicado a un ministro de Ultramar que había dejado cesante al poeta :

*Se cree grande y es chico.
Fué ministro porque sí,
Y en cuatro meses y pico
Perdió a Cuba, a Puerto Rico,
A Filipinas... y a mí.*

Este era el epitafio a nuestro Poder desaparecido.

Por eso me alegra, en Panamá, pagar en las tiendas con el perfil de un Descubridor.

Sigue indómita la selva. El Gran Canal está siempre presente. Es como una azul serpiente, enroscada en el istmo. Entre las bellas hojas, carnosas, se ve un tubo negro.

—Sí —explica Vernacci—, son los tubos de humo para enmascarar al Canal en caso de ataque aéreo.

Bordeamos el río Chagrás, que es la nodriza del Canal, el seno que lo alimenta. Y azulea, al fondo, el lago de Gatún. De repente, como un desgarramiento, el Atlántico, azul.

Tejados metálicos, pintados de rojo como unos labios, de la ciudad de Colón. Calor y palmeras entre las casas. Enfrente está Cristóbal. Aunque el Almirante debió dar su nombre a todo el Continente, de Norte a Sur, ya es una pequeña reparación, además de Colombia, esta de que con su nombre se llame a una ciudad y con su apellido a otra.

Almorzamos frente a la playa. Con guitarras y cantando van recogiendo votos para la Reina de la Belleza, de Colón. La candidata del hotel es alta, maravillosa, con un ligero tostado, heredado de soles que no tomó ella. La acompañan unos alegres músicos vascos.

Volvemos en tren. Esta vez bordeamos durante más de media hora el azul lago de Gatún. Sobre él se apoya el Canal. Más de treinta trasatlánticos lo cruzan diariamente.

Vienen encajonados por el Canal y aquí se expanden, florecen, en navegación abierta. Hay un bosque, en esqueleto, dentro del lago. Vaivén de una barca al cobijo de un puente en la estación de Fríjoles. Y alegres muchachas en el andén de Darien.

Otra vez Panamá; ya, al atardecer, hemos ido a ver las ruinas de la vieja ciudad abandonada. Lucía una luna romántica, «ojo de las catedrales». Restos de casas y de calles. Y hierba en el altar de la Catedral, vegetalizada, hecha ya casi monte y paisaje. Por la bóveda rota se veía el cielo estrellado.

—Por aquí entró el corsario Morgan —me dicen—, llegó por tierra, atravesando la selva. Incendió al viejo Panamá y lo saqueó. Entonces se cambió el emplazamiento de la ciudad. En la torre cuadrada, maciza, sin campanas, con hierbas colgantes, silba, lúgubre, nos chista, como imponiendo silencio, una lechuza. Luna, ruinas, lechuza, y cerca las esclusas y el puente giratorio, Bécquer entre los ingenieros.

A un lado, el verde Pacífico, y a otro, el azul Atlántico. En Panamá, América estrecha su cintura como una bailarina.

EL GRAN MECANO

Hemos ido a la sucursal del «City Bank», de Panamá; no hay que empujar a la puerta. Basta ponerse delante de ella. Una célula fotoeléctrica realiza el prodigio. Abrimos con nuestra sombra; empujamos con algo tan inmaterial como es nuestra imagen.

Es una puerta para fantasmas, y algún día se pondrá de moda en los misteriosos castillos de Escocia.

—Es muy práctica —me dice el cajero—. No la ensucian las manos y nunca se queda entreabierta.

En Berlín, hace años, ya se usaba este invento. Porque los alemanes tienen muchos puntos de contacto con los yanquis. Su amor a la ciencia, a los animales, al deporte. Su disciplina, su paciencia científica y su organización. Pero los alemanes aman a Wagner, y los yanquis, a la alegre estridencia y al ritmo dinámico de la música moderna. Los alemanes son imperiales y algo teatrales; los yanquis, sencillos y democráticos. Así, han puesto esta puerta fotoeléctrica en un Banco público para que la utilice el «hombre común», el hombre de la calle, mientras que en Berlín la poseía Goering, quien abría las pesadas verjas de hierro de su parque con los sutilísimos brazos de luz de los faros de su automóvil; era el mito del dragón de la Selva Negra, que mata o derriba las puertas con su mirada.

Pero la gran maravilla es el Canal. El Canal es el Partenón de Panamá.

Lo hemos visitado de noche; no había nadie. «¡Qué soledad mecánica!», ha comentado el poeta Rosales.

Una caseta, con teléfonos, con extraños aparatos, esferas, relojes sin números, botones, incesantes lucecitas rojas y verdes, timbres. Llamadas que parece que nadie escucha. Sillas donde debiera estar sentado un hombre, manivelas sin manos, pedales sin pies, auriculares sin oídos. Porque al hombre le cuesta despojarse de las antiguas formas; y así, los primeros automóviles, que tardaron mucho en perder su silueta de landó, llevaron, durante años, delante de sí el espectro de los caballos.

—¡Es un juguete! —dice Leopoldo Panero, con un poco de desdén de poeta hacia la mecánica.

—Sí —replico—, es el número ocho del «mecano».

Pero acaso seamos un poco injustos, porque esta técnica también posee su grandeza.

Parece que paseamos solos en la noche. Pero estamos seguros de que nos están mirando desde lejos, con lentes; fotografiando con teleobjetivos.

La luna, todavía lírica, no explotada aún por ingenieros de Minas, platea inocentemente el puente y se derrama sobre el paisaje.

Por la mañana hemos ido a ver pasar a un barco. Más de treinta cruzan el Canal cada día, empleando doce horas en la travesía. Pagan un dólar por tonelada. Excepto los panameños, que abonan medio dólar. Por eso esa bandera es de las más extendidas por los mares.

Hay dos enormes esclusas, de agua verde, como la de los quietos estanques. Una es de subida y otra de bajada. En cada una cabe, justo, un transatlántico, como un zapato en su caja. Mientras en una suben los niveles del agua, la otra se desagua como un inmenso lavabo.

Esta que se está secando se va poniendo al nivel del mar, a la altura de la superficie del Pacífico. Luego, cuando entre el barco, el agua prisionera subirá.

Y empiezan a funcionar «las mulitas»; son una especie de alegres tranvías de cremallera, sobre carriles, que a un lado y a otro del barco van tirando de él, con gruesos y atirantados cables. El hombre, al mecanizarse, no quiere perder los nombres de los animales que refrescaron su imaginación. Así, aún mide la potencia de sus motores con caballos de fuerza. Y a estos tranvías sirgadores le han dado el nombre de «mulitas», como aquella mula de la cual habla Horacio hace dos mil años en una de sus Odas, que tiraba de su barca por las pútridas aguas de las lagunas pontinas.

Bajo el sol, un negro reluciente, con su dedo índice, toca un diminuto botón y abre el gigantesco puente de hierro. Todo se mueve a su debido tiempo, con suavidad, casi con delicadeza. Ahora baja esa barandilla y se oculta. Ahora se encoge esa escalera de hierro como un acordeón comprimido. Y medio puente queda embutido en la otra orilla. Hecho bajorrelieve.

Por su enorme hueco, azul de agua y cielo, ya puede pasar el transatlántico, con sus palos y sus grúas. Viene despintado, herrumbroso, ocre, oxidado, hundido hasta la línea de flotación.

Y sobre cubierta, al sol, marineros de torso desnudo y bronceado. Las «mulitas» van trepando. Y se han abierto, mecánicamente, las esclusas.

El barco, silencioso, entra en la esclusa. Esta se cierra y su agua empieza a subir. Incesantes, se vierten en ella los chorros nodrizas del río «Chagré». La van llenando como a la bañera de Gulliver en el País de los Enanos.

Tiene todo esto algo de encajonamiento de los toros, de meterlos en el toril. El enorme barco, en su estuche de agua, empieza a elevarse. Lo levantan las manos, frágiles, de la espuma, hasta doce metros sobre su antiguo nivel del mar. Así irá subiendo hasta el «Corte de la Culebra». Sube

por escalones de espuma. Está como volando sobre los otros barcos del mar libre que esperan su turno para cruzar.

Estamos en la esclusa de «Pedro Miguel»; porque así se llamaba el propietario de estas tierras. Luego viene la de «Gatún», y más lejos, la de «Miraflores». Esta noche, a las diez, este barco estará mojándose en el Atlántico, rumbo a Europa.

Ha habido dos grandes canales en el mundo. Este de Panamá y el de Suez.

El Canal de Suez es todavía una empresa europea, de la Europa rica en colonias, fabulosa de lujo, progresiva y liberal del siglo XIX. Fué aquel canal el orgullo —con el ferrocarril y el gas— de nuestros abuelos. Se quiso vendar con él la herida mortal que le inferió al Mediterráneo y, por lo tanto, a Europa Cristóbal Colón —hombre del Mediterráneo— al descubrir a América. Aquel Canal marca el apogeo de Europa, de Londres, de París. Disraeli le regala a la Reina Victoria la Corona de diamantes de Emperatriz de la India, empapelada en acciones del Canal.

A su inauguración asiste la Emperatriz Eugenia, bellísima, con su palidez de camafeo y sus hombros caídos, según la estética de la época.

Llevaba, como juego, una tortuguita que hace unos meses ha muerto en el jardín zoológico de El Cairo. Los grabados de entonces la representan con un gracioso sombrerito de paja, en el lomo difícil de un camello y con una breve y rosada sombrilla de encaje. Hubo príncipes, reyes, uniformes. El Kedive de Egipto dió fiestas, entre palmeras, de las «Mil y una noches». Bajo la luna, en Port-Said, los príncipes y los grandes señores, en barcas con farolillos venecianos y enturbantados remeros, dieron una serenata en honor de la Emperatriz. Y ella asomó su blanco perfil a la luz lunar de un quinqué con fondo de rojos damascos, en el óvalo de su camarote del yate «L'Aigle». Fernando de Lesseps fué halagado como un príncipe de la

sangre; porque los ingenieros de Julio Verne se codeaban, en aquel momento progresista, con el Gotha. La Emperatriz cruzó el Canal entre las salvas de veintidós buques de guerra, ante el aleteo multicolor de todas las banderas de Europa. Abd-el-Kader inclinó su blanco turbante para besar su mano. El Emperador de Austria le ofrecería una copa española de manzanilla, y seguramente fué, cortésmente, piropeada por Federico Guillermo de Prusia. Falta sólo un año para que entre ella y él se extendieran los miles de muertos ensangrentados de Sedán de la guerra del 70, preludio de la del 14 y de la del 39, que acabaron con Europa. En los ojos azules de los príncipes de los Países Bajos espejeaba, con asombro, la luz de los oasis. Entonces Inglaterra dominaba al planeta y Francia inauguraba una Monarquía en América. Egipto estaba de moda. Un año después se estrenaría allí «Aida», al aire libre, con camellos y palmeras de verdad, para la marcha triunfal de «Radamés», con rectas trompetas.

Panamá nace con el principio del ocaso de Europa y la aurora de Norteamérica.

Lesseps fracasa. El escándalo de Panamá, que está a punto de llevar al General Boulanger al Elíseo, arruina a nuestros abuelos. Teodoro Roosevelt, «el fuerte cazador», recaba para sí la empresa. Norteamérica, al cortar el istmo, dobló a su escuadra. Las inyecciones de sus médicos contra la fiebre amarilla preceden a los picos de los escavadores. Enormes cucharones de hierro, dentro de los cuales se retratan treinta obreros, sustituyen a las humildes herramientas de Egipto.

El Canal de Suez tenía como precursor al Faraón Sesostris, que lo había intentado 1380 años antes de Jesucristo. Hubo proyectos y quedan restos arqueológicos de los tiempos de Grecia, de Roma y de los Califas. El precedente de Panamá lo trazaron los ingenieros españoles. España es todo el mundo antiguo y el clásico en América.

También Bolívar intentó algo, aconsejado por el Barón de Humboldt, aquel botánico y entomólogo que con su aparentemente inocente manía de clasificar plantas y mariposas, incendió con fantasías de faunas y floras exóticas los salones naturalistas y rousseaunianos de París. Entusiasmando a Bolívar, es uno de los precursores de la Independencia americana.

Panamá no tuvo suerte en su inauguración. Coincidió con la declaración de guerra del año catorce. El presidente de la República de Panamá, acompañado de algunos políticos y diplomáticos, pasó en seis horas del Pacífico al Atlántico, a bordo del vapor «Ancón», entre los aplausos, escasos, de las gentes desparramadas por el campo o agrupadas, con peligro, en los bordes de las esclusas.

El Canal de Panamá tiene muchos enemigos. La aviación, la atómica; sobre todo, Nicaragua. Porque en los grandes lagos nicaragüenses se proyecta construir un canal a nivel sin costosas esclusas.

El orgulloso Canal puede transformarse en ruinas, casi románticas, como las de la vieja Catedral de Panamá, con su lechuza y su olvido. Puede quedar abandonado, como el juguete roto de unas Navidades lejanas...

LA SELVA Y COSTA RICA

Desde el avión se contempla a la selva panameña; vista a tal altura, es como un musgo leve sobre las rocas de un país frío y lluvioso. Cuando descendemos se la ve caliente, enmarañada, y sus corros se abren como un abanico. Allí hay poblados.

Esta selva —me había dicho un amigo de Panamá, cazador incansable— atesora una fauna muy curiosa: titís, vampiros, dantas. El tití es ese monito minúsculo, que, con el guacamayo comprado en Santos o en Río de Janeiro, servía a los emigrantes o viajeros de otros tiempos, que retornaban a Europa, como de certificado de viaje por tierras de América.

El tití es todo ojos; gesticula y chilla, y tiritita y se hiebla aunque esté al lado de una estufa encendida.

El vampiro es odioso; en un «zoo» sudamericano he tenido ocasión de verlo. Es una diabólica criatura, de colmillos afilados, como alfileres. Tiene alas de Lucifer y un morrito innoble.

A los hombres, grandes vertedores de sangre, no nos repugna la herida, el zarpazo o la cornada. Pero la succión nos produce asco. Porque posee algo de traicionero y egoísta esa conservación de la víctima viva para explotarla otra vez. Es una crueldad reflexiva. Es Shylok cortando nada más que unas libras de carne a su deudor. Es un ordeñador sangriento, sin la generosa donación de la ubre. A pesar de ser dueño de unas alas —que ennoblecen siempre, aun

siendo de membrana diabólica—, resulta tan despreciable como la sanguijuela. Y ésta, por lo menos, fué rehabilitada por los boticarios de los siglos XVIII y XIX, que las aplicaban para sus sangrías en partos, viajes y pulmonías. Breton de los Herreros las alude en uno de sus deliciosos sainetes.

El vampiro, en el silencio de estas selvas tropicales, sobre las que volamos, realiza sus inconfesables transfusiones. Su cómplice es el sueño. Y él procura no despertar a sus víctimas y las adormece con el abaniquo de sus alas, con un viento sutil que refresca la herida, habilísima y tan estrecha, que semeja abierta por una hoja de afeitar.

Ataca a los indios y a los viajeros exploradores dormidos al pie de los grandes árboles; a las vacas, a las que deja en los huesos; a los robustos caballos, que transforma en escuálidos rocinantes o caballos de los toros, pintados por Zuloaga. Es un ser infernal, no un animal, porque vuela ahito de sangre humana, de nuestra propia sangre. Y si lo hiriésemos, lo reconoceríamos.

El «danta» o tapir es el elefante enano de América. Exhibe un proyecto de trompa, pero sin la lujosa riqueza de los colmillos de marfil. Es un pobre elefante indigente, venido a menos. Su alzada no sobrepasa la de un asnillo toledano.

Esta enanización del elefante en América me lleva, como de la mano, a recordar una interesante tertulia sostenida una noche, después de cenar, en un restaurante de Montevideo. Estaban, entre otros comensales, el inteligente senador uruguayo Eduardo Haedo y ese sutilísimo Ramón Pérez de Ayala, amigo de Horacio, de cáustica ironía y creador de las más sabrosas páginas en prosa. Ayala, recogiendo y perfeccionando un reflexión de cierto pensador alemán, se preguntaba por qué la fauna de Europa y Africa se había empequeñecido en América.

—Aquí —ponía como ejemplo— el gran cocodrilo del

Nilo se transforma en el caimán; el avestruz africano, en el pequeño ñandú de la Pampa; el gran león, en el gatuno puma; el tigre, en el onza (que es el tigre de bolsillo del Matto Grosso brasileño); el camello del Sáhara, en la llana llama del altiplano peruano.

Faltóle añadir que el jabalí se traduce aquí en el diminuto pecari, y que aun el hermoso bisonte norteamericano es más pequeño que los últimos bisontes europeos, pintados con ocre y grasa en las cavernas prehistóricas, ya condenados a ser borrados del libro de la vida y que todavía pasean su precario rebaño por los bosques nevados de Polonia, con la melancolía de su próxima desaparición.

Este tapir panameño, este elefantito de trompa incipiente, viene a aumentar la sugerente lista.

¿Qué sucedió en esta misteriosa y apasionante Atlántida que es América? ¿Faltan minerales, o es que su vértebra de Norte y Sur, contraria a las cadenas longitudinales del Viejo Mundo, la deja abierta a los grandes vientos devastadores? ¿Se separó, prematuramente, rompiendo su cordón umbilical, del gran bloque euro-asiático y africano, donde posiblemente nació la Vida? Y, sin embargo, en América surgieron los más gigantescos saurios, los tremendos dragones del Terciario.

¿Por qué desconocían al caballo y creyeron que los conquistadores españoles eran centauros que formaban un todo con su cabalgadura, si fué precisamente en este Continente donde nacieron los primeros caballitos, comedores de hojas, con cinco dedos en lugar de casco, sobre un suelo blando de césped y humedad y que son llamados poéticamente «Eohipos» o caballos de la aurora?

El magnífico cóndor de los Andes es el vengador de la fauna empobrecida de América. Más imponente que el águila de César, puede arrebatarse un cordero o un niño hasta los picos inaccesibles de la nieve fósil.

Desposeída de grandes cuadrúpedos, la América primi-

tiva no inventó el carruaje ni caviló para descubrir la rueda, base de toda nuestra orgullosa mecánica.

América miró al cielo, al no sentirse atada, infinitamente, por la rueda a los caminos. Las calzadas del «Inca» van, como las de las hormigas, por las alturas de los montes, por las cimas de los Andes. Lo que se perdió en velocidad se ganó en belleza para el viaje. Separados del suelo, emplumaron al más terrestre de los seres vivientes, a la serpiente, tirada por los caminos, como la llanta de una invisible rueda no inventada.

Con estas reflexiones, descendemos sobre el pueblo de David. Hace calor. Pedimos un jugo de piña. Luego, remontamos. Subimos vertiginosamente, y, sin embargo, ya los montes asoman sus facciones de gigantes, sus rostros enormes, a la ventanilla del avión. La bella «stewardess», mientras nos sirve un café y unas pastas envueltas en celofán, nos susurra, como un secreto de amor: «Volamos sobre Costa Rica».

San José es una ciudad clara y alegre, rodeada de montañas. Como una extraña Suiza, donde se produce un maravilloso café.

Enfrente a nuestro hotel está el teatro, como una ópera romántica de un pequeño reino europeo. Unos grandes globos de luz a la entrada y un «foyer» con verdes sillones capitonés para antiguos idilios, arañas irisadas, y un suelo rojo, rosado, negro, de oro, donde están, embutidas, todas las maderas del país. Nos levantamos pronto. El sol roza las cimas de las montañas; hace fresco. Pasan, bajo nuestro balcón, unas policromadas carretas tiradas por unos pequeños bueyes de color canela. Las ruedas, al girar, mueven todos sus colores vivos, sus adornos de estrellas, rombos, flores plateadas. Los yugos, colorados, humillan las rizadas cervices.

Son tan bellas estas ruedas, que en el Club de Golf han sido colgadas del techo, como lámparas.

Es una ciudad sonriente, de mujeres hermosas, que hablan un castellano ceceante, de graciosas palabras. He apuntado algunas: «Tontolear» (coquetear), que es uno de los verbos que más varían, puesto que en Uruguay se dice «dragonear», y «pololear» en Chile. Esta de «tontolear» es muy expresiva. Significa que el travieso dioscecillo no solamente lleva los ojos vendados, sino que ha tenido meningitis. También dicen «semblantear», que es el acto de fijar un semblante en la memoria, de reconocer una cara un poco borrada por el tiempo.

En San José apenas hay negros. Como en casi toda la América que he recorrido en este viaje, los negros habitan en la costa.

El interior de Centroamérica, con sus blancos nostálgicos o sus indios tristes, es el parche grave de la pandereta; los negros, en el borde, con su música y su alegría, son las sonajas.

EL VOLCAN IRAZU

Oímos Misa en el pueblo de «Tres Ríos». Luego llegamos a Cartago. ¡Cómo ha viajado el viejo nombre de la ciudad de Aníbal hasta este pueblo de Costa Rica, en las laderas del volcán Irazú!

—Hace años —me dice un amigo— fué fusilado el cura ante los muros de esta Catedral. En castigo, Dios movió el suelo por medio del volcán y la Catedral de piedra gris fué destruída.

Quedan unas pilastras en el suelo verde y algunos arcos. Es un esqueleto de Catedral. De un arco aún cuelga una campana rota, de bronce. Suena cuando va a venir el terremoto.

Aquí, la Catedral. Arriba, el cráter. ¡El cielo y el infierno!

La subida es penosa. Rubias vacas, productoras de una cremosa leche, que nos sirven fría mezclada con ron, en el hotel, a media ladera. Paisaje alpino rodeado de trópico.

El volcán «Irazú» es verduoso con vetas negras. Del suelo surgen columnas de humo. Parece un paisaje, en verde, de Gustavo Doré ilustrando un canto del *Infierno*, de Dante. Se oye un rumor continuo. Como si se hubiera enterrado a una tormenta.

Sobre el suelo amarillo, sin una brizna de yerba, sin un insecto, sobre este triunfo absoluto del reino mineral, sobre estas piedras de amarillo azufre, me es grato evocar los volcanes que he visto.

Hace unos años navegábamos de Estambul a Marsella, en un viejo barco francés, llamado «El Amazonas», de muebles Luis Felipe, sala de música Imperio, de amarillos rasos y diosas de bronce, y seis sirenas de juvenil busto y larga cola de pescado, de madera de caoba, en el espiral de la ancha escalera.

Un día, en cubierta, gritó un niño:

—Papá, ¿quién ha encendido ese fuego?

—Nadie.

Y el niño se fué, deslumbrado, a hablarles a los otros niños del fuego que no había encendido nadie. Empezaba, como los pueblos antiguos, a inventar su Mitología.

Estábamos costeano Sicilia y veíamos alzarse el penacho del Etna.

También he subido al Vesubio. Es un volcán culto y literario. Historia más que geología. Y él empaquetó, en el año 70 de nuestra Era, como un presente para las generaciones futuras, a Pompeya, con sus casas de pecado y sus farmacias, con sus panes y monedas en el mostrador, y sus pesas en el gimnasio de los gladiadores, con sus programas electorales y sus Cupidos nacarados, con flautas y guirnaldas y patas de chivo sobre el negro o el rojo estuco, con sus cañerías de plomo en las fuentes y sus restos de jabón, y el Templo de Júpiter en reparación, y los jardines de los ricos con un fauno beodo y danzante, de un bronce verdoso, mojado por el surtidor y rodeado de rosales...

Tuvo un buen cronista: Plinio. Y cegó a todos los habitantes de un pueblo lejano. A Herculano lo trató con más dureza. No lo envolvió en ceniza, sino con lava. Pero de sus rocas endurecidas va brotando la ciudad oculta. Y hay una casa de mármoles, con terraza hacia el mar, ahora lejano, de bellas estatuas de mármol, y en el «cubiculum» del esclavo, la huella de una cruz, una de las primeras del mundo, símbolo de la Revolución, religiosa y moral, que iba a acabar con aquel mundo de férrea jerarquía.

Y el niño de la casa, que jugaría con pequeñas trirremes de madera y subiría a los olivos y robaría las uvas de las viñas, pintó, sobre el estuco negro, la silueta del Vesubio, que entonces era otra, porque el cráter ha cambiado de sitio, y puso, saliendo de él, a un fauno con cuernos, como una adivinación de nuestro Diablo católico.

En Arequipa, en el Perú, morada de buganvilla y vibrante de pájaros-moscas o «Santas Rositas», que son como mariposas calientes, vibrando de flor en flor, he subido por la arena finísima del volcán «Misti», en cuyo cráter se ven estrías de nieve endurecida, como de porcelana...

Cuando «Mayta Capac» llegó al pie de «Misti» dijo en su idioma quechua: «Are quipay» (aquí se está bien), y fundó a Arequipa.

Los indios dicen que en el fondo del cráter habita un adivino, que no envejece nunca.

He contemplado el volcán «Mombacho», en Nicaragua, con su ladera de monos gesticulantes sobre la ciudad de Granada y artífice de su inmenso lago de tiburones de agua dulce. Y desde el Palacio del Presidente de la República, en Managua, admiré el humo caído del volcán «Santiago», como una tormenta atada a su punta.

Y como un camafeo, sobre un azul estuche, el «Omatepe», entrelazando su humo con las nubes. Y al «Momotombo», que aún truena en las estrofas del divino Rubén. Y los dorados volcanes de El Salvador, llameantes bajo las alas de nuestro avión.

Todo Centroamérica es una cadena de lagos y volcanes. Volcanes que tienen a sus pies a un lago, como límpido espejo para alisarse la cabellera de humo.

Los volcanes son los grandes escultores y modeladores del paisaje. Ellos sacan de sus entrañas una tierra recóndita y nueva, como de otro planeta, y que jamás ha alumbrado el sol. Y lanzan por los aires trozos de roca y pedazos de futuros viñedos. El volcán es un parto. Y muestra cordajes

de lava negra, y tira trapos de fuego, andrajos de oro, y tiene intestinos y entraña y parece una montaña desventrada por una navaja o una cornada.

En lo profundo de los volcanes vive un Dios terrible. El feo y deforme Vulcano, con su inmóvil ojo impar en la frente y su fragua profunda, donde forja las armaduras invulnerables, mientras suspira por la desnudez de Venus. Es el único dios verdaderamente horrible de la Mitología, envidioso de los dioses marinos o aéreos.

Pero también habita en ellos un dios juguetero y burlón, como éste que ahora, desde una grieta del «Irazu», nos arroja unas piedras, como un muchacho en una pelea de pueblo.

Los volcanes rejuvenecen a la tierra. Son como los granos en el cutis, todavía de niño, de los adolescentes. Recuerdan los días de la Creación. Los puros animales recién formados.

Han tenido su gran moda literaria en el siglo XIX. Con la tumba y el ciprés, construyen el andamiaje poético del romanticismo. Su rima es fácil. Las expresiones «pasión volcánica» y «un volcán mi corazón» eran moneda corriente en el comercio literario del tiempo de nuestros abuelos.

VIAJE HACIA RUBEN

Nicaragua está llena de Rubén; se ve en su ancha cara en el azulejo, sobre arcos verdes, moriscos, del Palacio Presidencial; en las tiendas, en los parques, hasta en los garajes. Hay una agencia de taxis, «Rubén».

Contempladle exangüe, con un ángel femenino sobre la cabeza, en medio de un estanque, donde fingen flotar una maciza góndola con cupidos y ninfas y unos cisnes de mármol.

El salón principal del Palacio Nacional se llama de Rubén Darío; el del Ministerio de Relaciones Exteriores se denomina «Azul», como su primer libro de versos. Y allí figura vestido de cartujo, como en el cuadro de Vázquez Díaz. Su pueblo natal, Metapa, aparece en los mapas con el nombre de Ciudad Darío. Es el caso de un poeta iluminando con su gloria a toda una nación. Esta vez no se trata de un descubridor, de un guerrero, de un gran político (Balboa para la ciudad de Balboa, Colón para Colombia, Bolívar para Bolivia), sino de un divino constructor de estrofas, resplandeciendo sobre una geografía.

Rubén (con sus cisnes y pavos reales, con sus lagos, con su «Juventud, divino Tesoro»; su fuga de Centauros, con su Marquesa Eulalia, con su «Pegaso» de dilatadas narices y alzada crin, porque «ha visto desnuda a Anadiómena») espolvorea, con rosas de Versalles o de Grecia, a la burocracia, a los ministerios, a las escuelas, al Estado entero.

Con los grandes poetas españoles: Luis Rosales, Leo-

poldo Panero y Antonio de Zubiaurre, hemos salido ayer de Managua en un trencito romántico, de Campoamor, con dirección a León, donde está la tumba de Rubén.

Nos acompañaba el inteligente Ministro de España, Gaspar Sanz y Tovar; el activo Secretario de Embajada, Fernando Nogués, y altos jefes del Protocolo del Ministerio de Relaciones de Nicaragua.

El tren bordea el azul profundo, verdoso, del lago de Managua (los indios le llamaron Xolotlán); es ésta una tierra bellísima, quebrantada por lagos y volcanes. Allá, al fondo, se ve al Momotombo con su penacho, unas veces recto como en el holocausto de Abel, o derramado y caído por las laderas, como en el sacrificio de Caín.

El Momotombo, acentuado gálicamente en la *o* final, fué cantado por Víctor Hugo. ¿Qué cosa dejó de trovar aquella especie de enciclopedia poética?

Panero comienza la estrofa francesa:

O vieux Momotombó colosse chauve et nu.

Y Zubiaurre repite el verso, desnudo, de Rubén:

*Señor de las alturas, emperador del agua,
a sus pies el divino lago de Managua
con islas todas de luz y de canción.*

Momotombo es la niñez de Rubén:

*Momotombo se alzaba, lírico y soberano;
yo tenía quince años; una estrella en la mano,
y era en mi Nicaragua natal.*

Por la ventanilla desfilan las flores amarillas, mantecosas, de los jardinillos. En Nagarote, un negro ciego (qué azul su nube cuajada en la pupila de porcelana) recorre

el tren vendiéndonos la música de su guitarra. La palma de su mano es del color del tabaco. Y qué roja su lengua, resaltando en la tiznada tez.

Las indias todo lo llevan en la cabeza, sin ayudarse con las manos. Y la tensión del equilibrio les da un paso airoso, difícil. Toda mujer debería caminar como si llevara sobre el cabello un jarro de agua. Les da majestad; acaso por eso se inventaron las coronas.

«Agua fresca de la porronguita», vocea una niña india en la estación de La Paz.

Los indios de este lugar son hábiles alfareros. Fabrican tinajas de color de surco o de teja cocida, con espirales y adornos blancos.

Tinajas o porrongas; en Colombia se llaman múcuras. Esta palabra nos hace entonar el alegre «porro» de Cartagena de Indias, que suena, alegremente, por todo el Caribe:

*La múcura está en el suelo,
mamá no puedo con ella;
me la llevo a la cabeza,
mamá no puedo con ella.*

Qué alegre es cantar en el tren. En el avión nadie canta, porque está uno sin raíces, como la «flor del aire».

Luis Rosales, buen cantador de flamenco, termina la estrofa:

*—Di, niña, ¿quién te rompió
tu mucurita de barro?
—Fué Pedro quien me ayudó,
¿pa qué me hiciste llamarlo?*

Unas muchachas portan en sus cestas cisnes de barro pintados de blanco. (¿Son restos de las estrofas rubenianas hechas alfarería?)

En las casas, de palma y caña, unos hombres de anchos sombreros beben el «guaro», el alcohol de caña.

«Ese está aún con la goma de anoche», comenta alguien.

La «goma» es lo que queda al día siguiente de haber bebido. El malestar en el estómago y en la cabeza; esa especie de remordimiento fisiológico que los norteamericanos intentan absolver con el «alkaselser».

Es lo que nosotros llamamos «resaca»; los cubanos, «perseguidora», y los colombianos, «guayabo».

Muchos días de «goma» tuvo Rubén en París, en Madrid, en Buenos Aires. Y se desintoxicaba en Mallorca, donde no servían ajenjos ni alcoholes diabólicos, sino el vino, alegre y milenario.

*Aquí, junto al mar latino,
digo mi verdad:
siento en roca, aceite y vino
yo mi antigüedad...*

Cafetales. Y la nevada, caliente, del algodón. Sobre sus copos, como una herida abierta, las mariposas. Por el borde del lago, zancudas garzas y los bueyes dentro de la espuma. Los campos están limitados por cercos vivientes. Por verdaderas tapias de «piñuelas», una especie de pita, carnosas y erizadas.

—Originan muchos pleitos —me explica el diplomático y escritor nicaragüense Enrique Marín—, porque alteran los límites de las propiedades. Ya que las piñuelas, al reproducirse, caminan.

Al reproducirse caminan. Cómo explica esta frase el lentísimo gesto de los vegetales, su desperezarse imperceptible, su andar por dentro de sí mismo. Hermosa manera de viajar por medio del amor; de caminar, misteriosamente, confundiendo el espacio con el tiempo.

Un buey dorado, con manchas blancas, mira al tren:

*Buey que vi en mi niñez, echando vaho, un día
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros.*

Cochecillos con toldos, tirados por rápidos caballos, en el polvo dorado y el sol, ardiente, de León de Nicaragua. Bella fachada de la iglesia de La Recolección, con los atributos de la Pasión (el gallo, la esponja del vinagre y la escalera) en las columnas anaranjadas. Amplias casas con interiores de siestas y hamacas.

En la Catedral, de escarlata, nos aguarda el Obispo.

La Catedral, por fuera, es de ceniza, como una extraña piel palpitante. Dentro, blanca, de yeso, confitada. Es hermosa y alegre.

Aquí está la tumba de Rubén. Al pie de una columna. Un león de yeso dormita, llorando, sobre su cuerpo, que aprisiona entre sus garras, como a una presa amada. Sobre la melena caída, los poetas del otro lado del mar hemos dejado caer unas rosas en nombre de la poesía española para aquel que, en un momento de estrofas de cartón (luz rimaba con negro capuz) y metáforas de yeso (la nieve era su sudario, y los dientes, perlas), nos trajo un viento salino, una espuma y un vino, y panteras con guirnaldas de flores, y viñas y bacantes ebrias de curvas de caderas mal veladas, y pétalos y cisnes, y rimó pomas con palomas y sueños vagos con lagos, y vió a Leda junto a la fuente de la arboleda, amada por el cisne que dormía entre sus «colinas de rosa y nieve»:

*Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción pagana.*

Rubén fué a León a morir. Y la vieja ciudad provincialna lo recuperó, después de sus fugas locas a París, a Eu-

ropa, a cenar con las diosas del Trianón y con las «Tigresas» de los cafés del boulevard.

Aquí, en León, volvió a ser americano. Ayer hemos visto, en el jardín de su última casa, a la ceiba a cuya sombra se sentaba.

La ceiba de América, indígena, como aquella de Santo Domingo a orillas del Ozama, donde Colón amarró a sus carabelas. Qué lejanos los pinos de Italia y los rosados almendros de Mallorca, la isla de oro.

Aquí está la casa de su niñez. En la calle Real, por donde pasaba el fantasma a caballo del Coronel Arrechavala. Es una casa baja, pintada de azul, junto a otra anaranjada, con una columna en el centro. Aquí vió, lleno de miedo, a los enanos que hacían reír a los ricos hacendados: el «capitán», que hacía de cura, y a su madre, que parecía su hermana, arrugadita como una mona.

Un día esos enanos se transformarán en los bufones, vestidos de escarlata, que piruetean entre las princesas de sus «sonatinas», o figurarán, al lado de las sillas gestatorias, entre los mudos y los esclavos de la «bailarina de los pies desnudos».

Rubén nos ha mandado, al recital que hemos dado en la abierta Universidad, a dos hermosos pájaros: son unos tijeretas, verdosos, de larga cola, que nos fabrican sobre las cabezas un artesonado de vuelos. Nos escucha un público alegre, vestido de blanco, donde predominan las bellas colegialas de henchidas blusas. Los pájaros vuelan a las lámparas, creyéndolas rosas encendidas. Pero se queman y vuelven a volar. Uno se posa en el marco dorado del retrato de Rubén. Y han desfilado, en su honor, los caballos de friso de Antonio Zubiaurre; y se ha evaporado la azucena íntima de la Navidad de Rosales; y ha gravitado un trozo del campo leonés, agrícola y religioso, de Panero.

Frente a la Catedral, en la casa del profesor Debayle, guardan el cerebro del poeta en una redoma con alcohol.

La más triste de las borracheras. ¡Qué estúpidos resultan Lombroso y todos los materialistas! ¿Qué tiene que ver esa inerte esponja de color de marfil amarillo con el fabuloso Olimpo de Rubén, con sus galopes de centauros, con su «Muerte», invencible sobre un dromedario; con aquel canto suyo que iba desde el humilde cangrejo a las rutilantes constelaciones? :

Yo le vi muerto; entonces era un muchacho.

Todos estos hombres maduros que nos acompañan evocan una chiquillería curiosa de hace más de treinta años. Fué en 1916. Y estarán, como ahora, abiertas todas las casas de León al aire tibio del trópico, con sus mecedoras, con sus tiestos de palmera, con sus mulatas con la máquina de coser, con sus cromos del Sagrado Corazón.

La alcoba mortuoria —en la casa de la calle del Norte— guarda aún su pintura verdosa, con una cenefa roja a la altura de un hombre. Y un oscuro artesonado.

«Su cabeza —me explican— daba hacia la calle. La cama era de madera.»

Le habían puesto un papel pegamoscas, para que no le molestaran con su vuelo. Entró una señora delgada, llena de recomendaciones y consejos caseros.

«Cuidado, Rosario, no te acerques —ironizó Rubén—; te puedes quedar pegada.»

Al médico le llamaba «la nulidad sonriente».

Triste Rubén, bajo un león de yeso, como un viejo político o un general sin historia, tú que quisiste que sobre los sepulcros no se derramara llanto, sino «rocío, vino, miel».

Terrible lucha con la realidad y el Tiempo, donde el hombre cae siempre vencido. Tu cerebro está en un frasco; y hoy, en Managua, han operado en una clínica a Margarita

Debayle, a la que conocí en Lima; aquella dulce Margarita de seis años, a quien le contaste un cuento :

*Margarita, está linda la mar,
y el viento
trae aroma sutil de azahar,
y siento
en mi pecho una alondra cantar...*

Pero sobre tanta ruina y tanta catástrofe vive, inmortal, tu verso. Porque es tuya el «alba de oro» y tu pueblo entorna los ojos, cegado por tu resplandor. Tú nos has traído, imantados, desde la lejana España para deshojar una rosa sobre tu silencio.

El tren vuelve a Managua; pita otra vez sobre el lago, ya oscuro. La noche está cayendo, fosforescente de astros. Y como en tu verso inolvidable a la «Celeste, carne de la mujer» :

De desnuda que está, brilla la estrella.

EL LAGO DE NICARAGUA

El lago de Nicaragua es una gran pluma blanca desprendida del ala del Océano Pacífico.

En su borde se alza la ciudad de Granada.

Hay «bugambillas» moradas en las casas. Sol y polvo dorado. Y dentro, mecedoras, hamacas y refrescos. Unas criadas indias nos sirven unos amarillos zumos en casa del poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra. Y el hielo pone un vaho de frío en los vasos.

—Está hecho —nos explica el padre de Pablo Antonio— con «coyolitos»; una uva de palma. Los descubridores españoles, nostálgicos del buen mosto manchego o andaluz, dijeron: «Con ellas habían hecho un buen vino».

El lago de Nicaragua presume de mar; se acuerda de su noble ascendencia. Porque fué nada menos que un hijo del Océano. Es como un príncipe venido a menos. Porque hace siglos tuvo naufragios y tempestades. Y su agua era amarga, salada, aristocrática, porque no se dejaba beber ni servía para regar las hortalizas o lavar la ropa.

El agua dulce es plebeya, como todo lo manso y sin rebeldía; se deja manosear, conducir por los grifos, encarcelar en tinajas y depósitos, calentar, hervir. Sirve para la cocina y para la ducha.

Hay otro lago en América también nostálgico del mar. El lago Titicaca, en el altiplano de Bolivia, a cuatro mil metros de altura, levantado, como una copa cristalina, en un brindis por el vuelo de los cóndores.

En este lago se siente al mismo tiempo el mareo de alta mar y el «mal de montaña», de altura; la famosa «puna» o «soroche», que es como una desintegración, como sentirse circular la Nada.

Los barcos que navegan por el lago Titicaca fueron llevados pieza a pieza, a lomo de mula y armados allí, en los astilleros de sus desoladas orillas. En ellas crece un junco llamado «totorá», que los indios tejen para hacer unas barcas —que parecen chinas— con velas de estera. En el lago Titicaca se navega en cestas. Porque eso es lo que semejan sus barcos, las cestas de punta levantada de los pelotaris de «Jai Alai».

Está tan alto, que los perros de los ganados, de los rebaños de ovejas, han sido adiestrados para ladrar a esos cóndores, de gola de caballero de Greco y de cuello de carne cruda, que son verdaderos lobos aéreos. Así, aquella perra, hermana del «Mitsi», el perro de la pensión «Bates», en Arequipa, que ahora vigila a las ovejas, y ladra, y salta, entre las enormes «Chulpas» de piedra, dramáticas, como castillos sin Edad Media, entre las turbias lagunas de amarillas «totoras» y con sus tertulias circulares de momias en cuclillas, buscando la forma fetal, para salir de la Vida de la misma manera que se entró en ella.

El lago Titicaca pudo ser un Mediterráneo prehistórico. Todavía le surcan ligeras y delgadas corrientes de agua salada, que son como jirones de su antiguo manto, como escudos de su vieja prosapia.

Parece ser que en sus abismos —cada vez menos profundos, pues baja de nivel sin descanso— se encuentra esa especie de «caballito de mar» que tiene un aspecto de esqueleto de caballo, de caballito de ajedrez.

Las ruinas de «Tiahuanaco» pudieron ser como su tosca y desolada Atenas. Y en sus bordes crecen unos minúsculos viñedos, de uva agria. ¡Un vino báquico de imposibles orgías porque fallaron los sonrientes dioses!

Es un lago muy extenso. En barco, desde Guaqui, en Bolivia, a Puno, ya en tierra peruana, se emplea toda una noche de navegación.

Y el barco, dándose ínfulas de gran transatlántico, lleva tumbas en cubierta para tomar el sol, y ping-pong, y otros juegos para los pasajeros. Y cuando hay tormenta o se atisba algún faro, el barco, olvidándose que va, como un cóndor, por el pico de una montaña, toca la sirena y se cree en el mar libre.

El lago de Nicaragua es mucho más alegre que el Titicaca; lo creó —según los geólogos— el volcán «Mombacho», que ahora contemplo erguido, sobre la ciudad de Granada, con sus bosques de monos y de jaguares.

El «Mombacho» debió apagarse hace ya muchos miles de años, porque en las leyendas de los indios aborígenes no hay ni la más leve referencia a su erupción. Ni siquiera jadea o respira azufre, como otros volcanes; como el «Santiago», por ejemplo, cuyo humo caído finge una constante tormenta, contemplado desde Managua. Y que seca y ennegrece a los bosques con su aliento.

Pero hace muchos siglos debió reinar el «Mombacho» con cetro de fuego. El fabricó las «isletas», más de seiscientas, que con sus manglares, plátanos y cocoteros, salpican el azul lago de Nicaragua.

Hemos ido en un alegre barco, lleno de estudiantes y muchachas, a una de estas islas, por intrincados canales, que forman una especie de Venecia rupestre. Son rocas volcánicas, negras, de una fecundidad asombrosa. Algunas de estas islas tienen más de diez mil hectáreas y cientos de vacas y de novillos.

Esta es la vida del paraíso, que envidiarían Rockefeller, Ford y los grandes millonarios americanos. Los isleños, casi desnudos, se tienden en hamacas, atadas de árbol a árbol; y con sólo extender la mano prenden una enorme banana o un zapote de carne rosada.

Si meten las redes en el agua de lago, las sacan recamadas, con lentejuelas de peces, como un capote de «paseo».

Sobre estas rocas plutónicas, arrancadas, paridas por la tierra, nos ofrecen un almuerzo típicamente granadino: chicharrones (torreznos crujientes) con «yuca» (una especie de patata sosa), todo ello incendiado por el picante «chile». No hay platos; sobre la palma de la mano nos extienden una hoja de plátano, convirtiéndonos en palmípedos; sobre ella nos ponen arroz blanco con negros frijoles, un manjar que todavía —residuos de la Reconquista que vino embarcada— se denomina, por la diferencia de colores, «amoros y cristianos». Y maíz molido (pinadillo) con cacao. Y de postre, «maduro» (plátano asado) con queso.

Hace unos días, en el Pacífico, hemos probado los huevos de tortuga. No tienen cáscara rígida, sino una especie de piel blanda, como la que está debajo de la cáscara en los huevos de gallinas. Y saben a saurio prehistórico, a millones de años. Su yema es sosa, cuajada, oleaginosa. Uno se da cuenta de cuánto de reptil tiene el pájaro y qué íntimo parentesco nos une a los mamíferos, a la crema, a la leche, al queso, a la maternal ubre de la vaca.

Antes de recitar en el Ayuntamiento (donde nos escuchó el pueblo bajo unos azulejos regalados por la Granada española a la Granada de Nicaragua), los poetas españoles Rosales, Panero y Zubiaurre han dicho sus versos sobre las rocas volcánicas, coreados por el oleaje.

Regresamos:

—Nuestro lago —me dice con orgullo la mujer del Alcalde— hace horizonte.

El volcán «Mombacho» no es sólo el orfebre de las «isletas», sino el ingeniero de este enorme lago, sobre el cual el rápido avión que va a Tegucigalpa tarda más de una hora de orilla a orilla. Su lejanísima erupción levantó una parte del istmo, aprisionando, vivo, un trozo de Océano Pacífico.

Durante miles de años, las tercas lluvias fueron dulci-

ficando al amargo mar prisionero. Y los españoles descubridores vieron, con asombro, que sus caballos bebían en la orilla del mar. Entonces le llamaron, poéticamente, el «Mar Dulce».

Con el transcurso de las edades sucedió algo prodigioso, único en la historia de la zoología: los fieros tiburones se fueron aclimatando (permítasenos la frase, ya que el agua es como una atmósfera más densa) y se hicieron de agua dulce. Guardan, como un tesoro, su antigua ferocidad. Y a menudo han convertido en hueso a las caderas de alguna lavandera de la «isleta».

Llevados a Nueva York estos extraños escualos para su estudio, se ha comprobado que eran parientes de los tiburones del Pacífico, de cuyas olas están separados, desde hace milenios, por tierras, bosques, palmeras, plantas de tabaco y cocoteros.

Cuando llegan, con su aleta dorsal fuera del agua, como el periscopio de un submarino, al desagadero del río San Juan, que comunica con el Atlántico, una memoria atávica les hace volver a su lago, a su antiguo mar decaído.

¡Lagos nostálgicos de América!, con caballitos de mar y con corrientes salinas, con tempestades y naufragios, con horizonte y con marea, todavía sensibles a la luna. ¡Como vosotros serán los últimos océanos de la tierra, cuando sobre un sol envejecido y con luz de eclipse se anuncie ya la sombra del Fin del Mundo!

DE TEGUCIGALPA A MANAGUA

Honduras es montañosa, fruncida, verde, honda, como su nombre. Queda palpitando en el aeródromo el avión que nos trajo de Costa Rica, sobre los lagos de Nicaragua.

Nos acercamos a Tegucigalpa por baches y casas humildes, de adobes.

Las indias tienen algo de figuritas de barro de los Belenes antiguos. Su piel parece recocida. Van descalzas, con grandes mantos negros, que caen en graciosos pliegues hasta la cintura. Y sobre la cabeza, enlutada por el manto, resalta el barro verde de unas vasijas con frutas encarnadas.

Tegucigalpa significa, en lengua indígena, «Monte de Plata».

Estas tierras fueron el país natal del valeroso Lempira, que luchó y murió frente a los conquistadores españoles y cuyo perfil figura en las monedas que llevan su nombre. En Honduras se paga con «lempiras».

En esta especie de patio español, con azulejos y carteles de toros, almorzamos una carne sabrosa del país, alegre con picantes. Me acompañan dos hondureños. Uno es poético, imaginativo. El otro, frío, escéptico:

—Soy de Yoro —nos dice el primero—. Allí el 13 de junio, día de San Antonio, cae todos los años una lluvia de peces.

Nos describe a los palpitantes peces lloviendo de las nubes, plateando las calles y los techados, dilatando, con as-

fixia, sus branquias de un rosa morado sobre el fango. Las indias recogen cestos y cestos de esta nueva pesca milagrosa.

El otro lo niega. Es cierto que él ha visto caer los peces. Y busca varias explicaciones científicas, todas más inverosímiles que la de creer en un verdadero milagro.

También me hablan de una fuente de sangre, en el pueblo de La Virtud.

En la Catedral aletean ángeles graciosos, de alas rosadas. La base del altar es de plata, pero el guía no pudo decir, como los de España, que se hizo con la primera plata que se trajo de América. Por la misma razón, por estar en América, las tiendas de comestibles no se dicen de ultramarinos, sino abarroterías, como en Panamá, o bodegas, en Cuba.

La plaza de la Catedral es de traza española. Y posee un sosiego antiguo.

En el centro, entre palmeras, la estatua del General Morazán, fusilado en San José de Costa Rica en 1842 y que soñó hacer una sola República de todo Centroamérica, que comprendiese a Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

Volamos, suspendidos en un cielo añil, hacia Managua.

Es una ciudad caliente y está más baja que el nivel del mar.

Frente a la Catedral colonial, un pequeño parque con palmeras, y en su borde, coches de caballos, en la línea azul de la sombra de los árboles. Cercano bate el lago, irizado y fruncido. Las casas que dan a su borde son asaltadas por los mosquitos, que se elevan de sus aguas al atardecer, como densas gasas.

Rubén Darío, en blanca estatua, preside la falsa flotación de una pesada nave musical tirada por cisnes de mármol.

En el mercado llamado el «Mesón de la Mosapa», las mujeres indias, con los niños prendidos al bronceado seno,

venden magníficas frutas tropicales, carnosas y de vivos colores. Una, ante su canasto de piñas, fuma un gran cigarro. Unos negros gallinazos se han posado en el tejado del mesón.

De noche dormimos con mosquitero. Cuelga sobre la cama, sujeto a un pie de madera. Y en la oscuridad de la habitación blanquea y asusta como un fantasma ahorcado.

Cuando aprieta el calor, muchos habitantes de Managua suben hasta Diriamba, por entre lagos azules, oscurecidos de profundidad, que fueron antiguos cráteres. Hace fresco en el hotel Majestic. A la entrada, un cuadro al óleo reproduce la entrevista del jefe indio «Nicarao» (quien debió dar nombre a la región), con el conquistador español Gil González.

Una tarde fuimos a la finca del General Somoza. Pasábamos por bosques donde se despereza el pequeño oso mampachín, de uno de cuyos huesos se hace un filtro de amor.

Y vimos a los trabajadores aindiados derribando la caña con enormes y cortantes machetes, mientras se apoyaban en un gran palo, que, como el de los peregrinos, aquí se llama bordón.

En la playa galopan, como en un friso griego, los caballos de carrera del general, junto a la espesura donde florece el maliche.

En Managua os venden continuamente pieles curtidas de cocodrilo. También en Barranquilla (Colombia), en Panamá, en Costa Rica y, especialmente, en La Habana, cuyas tiendas del Prado gritan, en inglés, a los americanos: «Good aligator factory».

Se venden carteras de cocodrilo pequeño, donde se ha conservado la cabeza curtida en el cierre, con las patas y la cola en los extremos; un cocodrilo cubista pintado por Picasso.

Se curten pieles de caimán, de lagarto y de serpientes y

majás (una serpiente de la manigua cubana), para fabricar pitilleras, polveras, bolsos, cinturones y zapatos femeninos.

Esta industria está acabando con los caimanes americanos. Los enormes caimanes del río Magdalena (Colombia), que cantó Chocano, varados como un tronco en la orilla, adormecidos por el sol, están desapareciendo. También escasean en los ríos cubanos y en toda Centroamérica.

Es cierto que hay gentes que los rechazan con un terror supersticioso, sobre todo si se trata de majás o serpientes. Recuerdo a una señora de La Habana a quien le dijo un rico campesino, que presumía de incrédulo y librepensador, al ver que calzaba unos zapatos de piel de serpiente: «No los lleve; si entra en Viernes Santo en la iglesia con ellos verá cómo se erizan las escamas».

El Señor puso enemistad entre la primera mujer y la serpiente, entre su linaje y el linaje de Eva, y anunció que un día una mujer le quebraría la cabeza.

Con sus bolsos, polveras y zapatos de escamas, Eva se ha vengado.

LA PELOTA

El increíblemente moderno descubrimiento de América —trágica broma del Tiempo— hizo posible el anacronismo de que tronara la artillería en la Memfis incaica del Cuzco y de que fueran por un momento coetáneos los jeroglíficos pictóricos de los mayas con los tercetos del Renacimiento.

Este milagro permitió el encuentro virginal con las cosas nuevas.

Porque cuando se descubrieron las esenciales —el fuego, el trigo o el girar de la primera rueda— el hombre todavía estaba mudo, era analfabeto y no podía dar testimonio de tan maravillosos sucesos.

Pero en América, hombres ya modernos, que conocían la imprenta y la navegación a la brújula, pudieron reflejar en sus crónicas la alegría matinal del Génesis.

La sorpresa de los españoles ante la primera pelota de hule es semejante a la de los indios ante el huevo de la gallina y la luz, que permite vivir parte de la noche. Algunos de estos relatos nos han sido conservados. Escuchad la descripción de la pelota en algún frontón maya o azteca, donde se jugaban los últimos partidos, escrita por nuestro cronista Oviedo:

«Estas pelotas saltan más que las de viento, porque de sólo soltallas de la mano en tierra suben mucho más para

arriba e dan un salto, e otro, e muchos, disminuyendo en el saltar por sí mismas.»

Hace dos años visité, con el poeta Leopoldo Panero, el lugar donde posiblemente nació la pelota. Era en Copán, en las fronteras de Guatemala con Honduras, en el corazón mismo del viejo Imperio de los Mayas. Y digo que debió nacer allí la pelota porque en sus bosques crece, vigoroso, el árbol del hule, o de la goma elástica. El frontón maya de Copán aparece intacto entre los grandes árboles. Cercano al rumor de un río. Debajo de él hay dos frontones enterrados. La cancha que contemplo se edificó alrededor del año setecientos, es decir, cuando los árabes vencían a Don Rodrigo en Guadalete e invadían a España. Pero el más antiguo, del que sólo emergen algunas piedras, fué construído en la época en que declinaba el Imperio Romano.

No sé si en el noble y viejo país vasco se conserve ninguno de esa edad. A pesar de que entre sus verdes valles se meció la cuna del juego de pelota.

El frontón maya no tiene pared. No es esa gritería del público frente a tres paredes de cárcel, de convento o internado, de un verde desolado y con números blancos, de pizarra escolar.

Porque su juego se parecía al «basket-ball» o baloncesto, sólo que su meta, en lugar de ser una anilla horizontal con una colgante red cortada en la punta —un cesto sin fondo—, consiste en una argolla de piedra colocada verticalmente en el muro y a través de la cual se hacía el «tanto» único de la tarde y casi milagroso.

Recuerdo, cubiertas de un moho dorado, de un musgo de colores, sus grandes losas, de calzada romana, lisas; y sus dos templos, que parecen griegos en los extremos; los grandes planos inclinados de piedra perfectamente cortados; y sobre ellos, las gradas, para un público cobrizo vestido de blanco con orlas de escarlata. Y arriba, a cada lado

de los muros que corren paralelos, las argollas de las metas, labradas, inflamadas, fingiendo vigorosas colas de serpientes. Tres loros de piedra remataban uno de los muros.

Los capitanes españoles, los cronistas, los frailes vieron todavía jugar a los aztecas, que lo habían heredado de los mayas, sus últimos partidos. Pero no era aquel siglo xvi deportivo, y no lograron transmitirnos las leyes y los reglamentos del juego.

Parece ser que los jugadores de cada equipo, con braqueros de piel de venado para protegerse, intentaban meter la pelota en la argolla del contrario.

Pero si hubiera actuado un «referee», un árbitro moderno, no hubiera pitado solamente «mano», sino «pie», pues sólo se permitía pegar a la pelota con el tronco, con la rodilla, el pecho y la cabeza, con la cadera y sobre todo con aquella parte corporal que uno de nuestros púdicos cronistas denomina «las asentaderas», y que era con la que verdaderamente se «chutaba» y se hacían la mayoría de los goles.

Aquel juego tenía más de rito que de deporte. Según los guías indios que me acompañaban, y a los que siempre hago más caso que a los libros, porque empapan su erudición en la voz oscura pero certera de la sangre, su origen fué el siguiente: Los siete dioses menores bajaron al infierno a jugar con los demonios al juego de pelota.

Ganaron, naturalmente, los demonios, porque todo juego, por lo injusto, tiene algo de maligno, y los siete dioses fueron decapitados, y colgaron sus cabezas del árbol de «La Jícara».

Después de muchos miles de años bajó la hija del diablo —una mezcla de Eva con la serpiente— junto al árbol prohibido. Y la escupió en el vientre una de las calaveras.

De su embarazo nació un hombre que vivió entre los demás hombres y de cuya tumba surgió el maíz.

Como el juego estaba impregnado de misterios, como era un «basket-ball» teológico, tuvo siempre un sino sangriento.

Y al capitán del equipo derrotado, el capitán contrario, en medio del campo, le cortaba la cabeza.

He visto en los bajorrelieves del magnífico frontón de Chinchen al capitán vencedor llevar la cabeza sangrienta, como una copa de campeonato.

¿Os figuráis con qué ardor jugarían ambos equipos? ¿Qué son nuestros trofeos de plata, nuestros campeonatos de liga, el subir y bajar a primera o segunda división, comparados con aquel terrible acicate? Tranquilícense los jugadores de «foot-ball». No voy a proponer a la Federación este definitivo incentivo.

Por si esto fuera poco para aumentar la tensión del partido, los espectadores se jugaban todo: mantas, armas, semillas de cacao, sus esclavos y hasta su propia libertad. Y realizado el gol increíble, conseguido en trabajosas horas y horas de juego agotador, se despoblaban las graderías, porque los vencedores tenían el derecho de subir a las graderías y despojar al público de todo lo que llevaba.

La pelota, mejor dicho el balón, era de unos quince centímetros, de goma maciza, de modo que producía la muerte de los jugadores cuando les golpeaba en «lo hueco»; y habría que sangrarles, con piedras afiladas, en los «cuadriles» amoratados.

Figuraos aquella masa de jugadores, a cuatro patas, como en la «melee» del «rugby», avanzando y golpeando la pelota con las caderas, buscando, en una mezcla de billar y «basket-ball», los efectos de la pared para marcar el tanto.

La pelota de hule ha permitido la mayoría de los juegos modernos; sin ella, serían imposibles el «tennis» y el «golf».

Porque en los Juegos Olímpicos de Grecia casi no existía la pelota, eran a base de carreras, saltos de pértiga, lanza-

mientos de disco y de jabalina; la pelota es relativamente moderna.

Aquí, en estos frondosos bosques de Honduras, perfumados por el árbol de la pimienta, encontraron los españoles, palpitando, a la pelota, el blanco y redondo corazón del Deporte.

Santo Domingo

Las dos tumbas del Almirante.—La pierna de Ojeda.—La huella de los dedos.—Colón a pie.—La capital de La Hispaniola.—Una gota de Edad Media.

LAS DOS TUMBAS DEL ALMIRANTE

Hemos volado desde La Habana a la isla de Santo Domingo. Estaba amaneciendo, rosa y azul, sobre los palmares.

¿Quién dijo que el paisaje de Cuba era un monótono pallerero de palmas? Las palmeras están llenas de diversidad de matices, aletean con la brisa. ¡Y cómo resaltan sus verdes penachos sobre la tierra roja, recién llovida!

Llueve también en Camagüey, donde aterrizamos. Vamos por unas calles de soportales; grandes parques, como el de Cisneros, con estatuas, donde hasta hace poco, como en las viejas capitales españolas, la banda, los domingos, tocaba la «retreta». En el centro de la ciudad, de piedra oscura, la iglesia de la Soledad, la más antigua. Esta es tierra de ganados, y de grandes tinajones panzudos, de barro rojo, donde se guarda la manteca y se serena el agua; ahora, en La Habana, se ponen en los jardines como adorno, enterrados en el césped hasta la mitad.

Luego, el mar verde. Volamos sobre Haití, la tierra de la «Magia Negra». Azules montañas en Puerto Príncipe, y negros que hablan un francés de París. Los negros gobiernan la República. Sentimos un complejo de blancos.

La isla es verde y jugosa. Pasadas las montañas planeamos sobre Santo Domingo. Vaho en los charcos tibios del aeródromo de Ciudad Trujillo. El Embajador y gran periodista Manuel Aznar nos conduce al poeta Zubiaurre y a mí (Rosales y Panero recitan hoy en Puerto Rico) al «Jaragua».

el más bello hotel del Caribe; Jaragua se llamaba esta región donde reinó la bella Anacaona.

Esta fué la tierra amada por Colón, y a la que puso el nombre de la Española; no la llamó Nueva Toledo o Nueva Granada porque la consideró continuación.

El escueto «Diario» de navegación, frío de leguas, virazones y grados, se colorea y alegra al llegar a estas costas, y el estilo se le llena de piropos. Elogia sus arboledas de azuladas sombras y dice que su clima es dulce «como por abril en Andalucía».

Y aquí reposa, o por lo menos ha reposado, su cuerpo durante siglos.

Por la tarde hemos ido a la Catedral.

Su fachada es de piedra de estilo plateresco, de color dorado, «color de león», color de Salamanca. Posee un muro almenado, militar, y bajo un escudo están esculpidos el yugo y las flechas, unidos, como rara vez lo están. Y crece un musgo verde en la juntura de las piedras. Las imágenes de los santos aparecen descabezadas. Y de algunos sólo quedan los nichos, o un trozo de peana.

Esta es la huella que dejaron en su furia anticatólica las hordas protestantes de Drake, el Corsario, que tantas veces saqueó a Santo Domingo. Porque cerca estaba su guarida de Jamaica, y aquellas islas de Montbars y Morgan de nuestra niñez.

España, en aquellos siglos, trabajaba de prisa, y edificaba para quedarse. Esta Catedral se comenzó a los diez años justos del Descubrimiento.

Entonces exportábamos planos de catedrales. Y existe la leyenda de que una vez se confundieron. Y que la Catedral de Montevideo debía estar en Lima, y al revés. Las catedrales eran nuestros secretos atómicos. Y mandábamos embarcados vidrieros y plomeros, y cinceladores de capiteles, y habilísimos artífices en tallar sillería de coro. E imagineros que

sabían dar a un trozo de leña todo el dramático dolor del Cristianismo en un «Ecce-Homo» o en una Dolorosa.

El interior de la Catedral es blanco, tropical, como la carne del coco. Las columnas terminan en penacho de palmera, ignorantes del ateniense acanto. Entra la luz, filtrada, por unas vidrieras amarillas. Un altar de columnas en espiral regalado por el Emperador Carlos V. Y una gran cruz, negra, de madera, con esta inscripción: «Se plantó en este campo en 1504.»

En la sacristía, el sacristán negro tiembla, emocionado, mostrándonos, entre sus manos de ébano, un pelícano de perlas. Hay una fotografía de los restos del Almirante sobre un blanco lienzo. ¡Tristes piezas de mecano para armar a un hombre!

En el centro de la Catedral, hacia la entrada, se halla el sepulcro de Colón, que todos los años se abre a la luz —en una efímera resurrección— en la fecha del 12 de octubre.

La tumba es toda de mármol blanco con unos leones de bronce. Esta es la segunda tumba del Almirante que contemplo. Porque la primera la vi en Sevilla, en la Catedral, llevado en una arqueta por heraldos o pajes de bronce con escudos esmaltados.

Santo Domingo y Sevilla se disputan la honra de custodiar sus huesos. La historia de éstos es complicada. Cuando, después de unos años de anexión voluntaria a España, Santo Domingo recabó su independencia, se ordenó desde Madrid que los restos del Descubridor de América fueran transportados a La Habana, desde donde posteriormente se trasladaron a Sevilla.

Pero, según la tesis dominicana, los restos llevados a la capital de Cuba no son los del Almirante, sino los de su hijo don Diego.

No vamos a entrar en el fondo de la cuestión, pero existe un hecho.

Ya han comenzado en Santo Domingo las obras para la

construcción del fabuloso Faro de Colón, que iluminará perennemente estas costas, y a cuya erección contribuyen, con grandes aportes pecuniarios, absolutamente todas las naciones americanas, desde Canadá a la Tierra de Fuego.

En el centro de ese inmenso mausoleo americano reposarán los restos, en litigio, del visionario Almirante del mar océano.

La República Dominicana mantiene relaciones fraternas con nuestra Patria. ¿No podría España, ahita de gloria y de pasado, devolver estos restos, o al menos una parte de ellos, para que no aletee la duda sobre su monumental sepulcro? Los santos no tienen tumba fija; han sido despedazados por la piedad. Para reconstruir sus cuerpos habría que recorrer todos los caminos de la Cristiandad visitando la humilde ermita de un monte y la pobre iglesia de un pueblo abandonado.

Los restos de Colón, aunque no tocados por la luz de la santidad, son acaso la más importante reliquia histórica. Y debe reposar no sólo en Andalucía, cuna del descubrimiento, sino en Santo Domingo, tierra americana, en la antigua «Hispaniola» donde tuvo desenlace la más asombrosa de las navegaciones.

Y en este juicio «post-mortem», de Salomón no habrá ningún grito de protesta, porque no se cortará una vida, sino se duplicará el recuerdo, que es la única vida terrestre de los muertos.

¡Extraño destino mortuorio el de los grandes hombres! Porque, habiéndose derruido la tumba de don Francisco de Goya, en Burdeos, no se pudo identificar cuál era la suya, entre las dos calaveras que aparecieron. Y ahora está enterrado a orillas del Manzanares (que él convirtió en cartón de tapiz de alegres meriendas), en el castizo templo de San Antonio de la Florida, con dos cabezas, como algún monstruo de su pintura negra.

Así también podrían confundirse esos gloriosos restos, que están separados por el azul del Atlántico.

¡Misterioso Colón, de quien se ignora la cuna y el sepulcro; estoy aquí, bajo las palmeras de Santo Domingo, contemplando tu tumba! ¡Y qué mal rima este sediento polvo sepulcral con tu vida que huele a mar, a sal marina; con el viento arrebatado y las gaviotas!

Mejor tumba tuvo Elcano, arrojado a las olas, y cuya lápida y epitafio están a tantos grados de latitud Norte...

LA PIERNA DE OJEDA

El escultor español Pascual tiene su estudio en las bellísimas ruinas del convento de San Francisco. Hace, con alambres de hierros, una —valga la paradoja— anticuada escultura futurista. Sin embargo, es un buen escultor; da movimiento, aire, cansancio a sus figuras. Ahora busca las formas naturales de los vegetales. Y ha encontrado carnosidades humanas, y curvas, juntando hábilmente unas pulimentadas calabazas; así, esa redondeada muchacha, arrodillada, con su cara de maniquí.

Pero todo esto es habilidad, mecano. Algún día Pascual abandonará esta expresión artística, que deslumbró a los «snob» del año veinte, y volverá, a imitación del Señor, a mover el barro y a soplarle la Vida.

El convento de San Francisco es el primero que se fundó en América; aquí se inauguraron los «Maitines» del alba, con rocío y gorjeos de pájaros, y las «Vísperas» y «Completas», mientras atardecía en la huerta. Porque el bárbaro día aborígen, compacto como una roca, se dividió y civilizó en «Horas» canónicas. Y se comenzaron los seculares combates con el demonio, que había precedido en muchos siglos a los Descubridores y que, según decían los predicadores, reinaba en América en amo absoluto, siendo adorado en la figura de los ídolos.

Hay una bóveda quebrada, como una rota cáscara de huevo. Y aún corre el cordón franciscano entre las ruinas de piedra y el pimentón, ya pálido, de los ladrillos que se des-

moronan. Se ve aún la nervatura de la bóveda, como los tendones de la mano de un enfermo, en la antigua capilla privada. Y crecen las trepadoras; y por los agujeros de las bóvedas entran y salen las palomas.

Las antiguas celdas fueron hace años convertidas en prisión de locos.

Entre estas ruinas, que podían ser de un convento de Castilla o de Aragón, crece un verde plátano, como un grito, donde dijera América ¡presente!

En el centro del convento, a la entrada, se abre la tumba de Ojeda.

Es un hermoso bajorrelieve, obra de Pascual, viril, de hierro macizo, con gruesas argollas, como para levantarlo, en el extremo. Allí aparece Ojeda como un férreo guerrero medieval con su enorme espada entre las manos, que le mide la estatura. Y moja su hierro el vaho de la lluvia, caliente y tropical, que acaba de caer.

Ojeda fué el más valiente y el más alegre de los compañeros de Colón.

Era chistoso y atrevido y, según el Padre Las Casas, «pequeño de cuerpo, hermoso de gesto, la cara hermosa y los ojos muy grandes».

Le encantaba, según parece, hacer cabriolas con el caballo y ponerle de manos, y dar saltos y volteretas como un saltimbanqui italiano.

«Era —dice el fraile cronista— el primero que había de hacer sangre; y nunca fué herido, ni le sacó sangre hombre alguno.»

Este capitán de hierro, al borde de cuya tumba estoy, acompañó a Colón en su segundo viaje.

Los hombres que asistieron al Descubrimiento le hablarían, sin duda, de aquella lenta travesía, de aquella fabulosa aventura inicial.

Aquel viaje primero, triste, invernal y lluvioso hasta la

altura de las Canarias, con la obsesión y zozobra del «Mare Tenebrosum», se hizo luego jubiloso y alegre.

La expedición tuvo un tiempo espléndido. Y América se les fué insinuando como una novia, con unos bastones labrados, con unas hierbas flotantes, con unos pintados pájaros. En las grandes calmas, los tripulantes se echaban al agua y nadaban alegremente, alrededor de las carabelas, jugando con la espuma, ignorantes de los terribles tiburones del Caribe.

La flota del segundo viaje se componía de dieciséis naves. La Corona de Castilla había quintuplicado el número de sus carabelas, ante aquel «pleno» en el juego de la Historia. Las naves de este viaje tenían nombres distintos: «La Cordera», «San Juan». Unicamente se conservó el nombre de «La Niña». La expedición salió de Cádiz, y allí embarcó Ojeda. En la Gomera, en el archipiélago de las Canarias —que fué la nodriza de América—, vió subir por rampas a las carabelas, a las yeguas, carneros, gallinas y ocho puercas que llevaba el Almirante a las nuevas tierras. Y contempló cómo se guardaban en las cámaras las semillas de limones, naranjos y las pepitas de melón y de sandía.

Porque si el primer viaje tuvo algo de Génesis, de Creación, el segundo imita al Arca de Noé después del Diluvio.

El primer viaje fué el idilio, el galanteo con los nuevos cielos y la sonrisa de las islas recién encontradas. El segundo fué nupcial, fecundo; con gérmenes y polen.

Ojeda acompañó al Almirante en la alegría de ir poniendo nombres a las tierras: Jardín del Rey, Jardín de la Reina.

Y es aquí, en esta isla de Santo Domingo, donde realiza sus mejores proezas. Con diez o doce hombres penetra audazmente en el Cibao, lo explora y combate y vence a los indios caribes.

El solo rapta, en medio de su gente, al feroz cacique Caonabó, enseñándole a montar a caballo y poniéndole en las muñecas unos grillos brillantes como si fueran brazaletes.

En otra expedición arriba, navegando, al lago de Maracaibo, ya en Tierra Firme. Y se dice que las viviendas lacustres de los indios le dan la impresión de una pequeña Venecia —¡qué pobres referencias tenía de la reina del Adriático a través de nuestros soldados de Italia!—; pero él le da un nombre: Venecia en diminutivo; esto es, Venezuela. Y así queda.

Allí le hieren los indios, le sacan sangre por primera vez. Una flecha envenenada le atraviesa el talón, y él, con asombro del Físico, acude a una bárbara penicilina para evitar la infección. Calienta una espada al rojo vivo. Y con ella se atraviesa la herida. Dice, unos días después, que aquella herida le molestó algo para combatir.

Desde entonces comienza la leyenda de la pierna de Ojeda, el heroico cojo.

—Cuando lo desenterramos —me dice el escultor Pascual, que no es ningún crédulo—, la losa de piedra le rompió la pierna a un obrero. Cuando le colocamos en esta tumba, me dió la lápida de hierro en un pie y por poco me quedo cojo. Pero hay algo más curioso. Su estatua yacente salió de la fundición sin una pierna, y tuve que fundir una pierna aparte.

El fantasma cojeando del valeroso Ojeda recorre la isla, envidioso de las piernas ajenas.

Viéndole aquí, convertido en hierro inerte, me place imaginarlo de joven paje, vestido de terciopelo colorado, sacando una viga por el más alto ventanal de la Giralda de Sevilla, y en su extremo, a una altura de vértigo, hacer volatines y piruetas y quedarse, en broma, cojo sobre una sola pierna, para divertir a la Reina Isabel, entonces casi niña.

LA HUELLA DE LOS DEDOS

Es asombroso cómo impregna España, cómo sella y acuña para siempre; los glóbulos rojos españoles llevan armadura.

Recorred la nieve, con trineos, de los Balcanes, entre popes y alfabeto cirílico; los judíos, que llevan más de cuatrocientos años separados de España, viviendo, comiendo, naciendo, amando y muriendo en los antiguos territorios del «Gran Turco», todavía guardan en Bucarest, en Sofía, en Salónica, las llaves, herrumbrosas, de sus casas de Toledo, de Sevilla, de Zaragoza. Y aún toman mazapán y dicen «chapeo» y «vuesa merced».

¿Sabéis que los indios de Bolivia, cuando se emborriachan, gritan: ¡Viva Fernando VII!? ¿Que en Nicaragua se dice, ponderativamente, «azúcar de Castilla», «jamón de Castilla», «harina de Castilla»? ¿Teníais noticia de que en Xauen, cuando entramos, se cantaban romances castellanos; que en Esmirna se habla aún de los «sabios de Salamanca», que en Inglaterra hay pueblos con hombres morenos, que se acuerdan de que sus padres vinieron en «La Invencible»; que en Grecia, cuando huye un niño, se le pregunta si es que cree que le persiguen los catalanes?

Resulta prodigioso cómo aquí, en Santo Domingo, a los pocos años del Descubrimiento de América, fué trasplantada España. Cómo se transforma una isla tropical, en la prehistórica, habitada por primitivos y con una orla de tiburones, en vidriera gótica, en «Libro de Horas», con iniciales y miniaturas del siglo xv.

Han pasado unos pocos años de la llegada de las carabelas a las playas de «Quisqueya», y ya las campanas de la Catedral, entre andamios, congregan todos los domingos a los vecinos para ir a la misa mayor. Ya se han alineado las primeras casas de piedra y ha nacido la primera calle americana. Y se edifica, blanca, la Torre del Homenaje; y el hijo de Colón, don Diego, levanta su alcázar entre los cocoteros del río Ozama. Y en la muralla se abre una puerta, la Puerta del Conde, como la de Bellido Dolfos o de la «Traición», entre los almendros de Zamora.

Y hay tomas de hábitos en los conventos; y en las ruinas de «La Isabela», desolada por las epidemias, surge la primera leyenda medieval: un hombre vió en las calles desiertas a unos hombres bien vestidos, con capas y espadas, y les saludó, y ellos, «al resaludar, quitaron juntamente con los sombreros las cabezas de sus cuerpos, quedando descabezados, y luego desaparecieron». Y por esta época Roldán ya se ha alzado en armas contra la autoridad de los Colonos.

Es decir, que apenas desembarcados ya habíamos creado —defectos y virtudes de la raza— una catedral, un alcázar, una leyenda y una guerra civil.

Y lo mismo ocurre en el resto de América. Porque no bien conquistado el Perú y fundada Lima junto al río Rimac, del que toma su nombre (que en quechua significa «lugar donde el ídolo habla»), Santa Rosa, en su huerta y jardín completamente español, con plantas que llegaron embarcadas, canta salmos entre rosas que parecen andaluzas, y ve la mano del demonio carbonizando el rugoso tronco de un limonero.

Nuestros antepasados van imprimiendo su personalidad, su pensamiento, su espíritu, a aquella indómita y desnuda geografía. Navegan, dando cuerpo de islas a todo el «Santoral»; en puertos y bahías gastan su Dinastía. Una isla se llamará de Guadalupe, y otra Trinidad, y otra Montserrat; o bien Jardín de la Reina, o Jardín del Rey a un enjambre

de islotes; y a Cuba, isla Juana, en honor del Príncipe heredero.

Tozudamente se niegan a admitir la fauna, la flora o el clima exótico. Los negros buitres de los Andes les parecen grandes gallinas de Castilla o de Extremadura, y las llamarán «gallinazos». La calavera de un lobo marino, encontrada en una de las primeras islas, será para ellos una «cabeza de vaca». Las lanudas llamas del altiplano serán «carneros del Perú»; los extraños cuis, «conejillos de Indias»; los rojizos bisontes del Norte, con su gran joroba, «vacas corcovadas».

Una mazorca de maíz (lo veían por primera vez) es «una gruesa espiga». El clima del trópico les parece «de abril en Andalucía».

No admiten nombres indígenas. Las ciudades se llaman Nueva Granada, Nueva Toledo, Guadalajara, León, Valencia, Castilla del Oro.

Si ven una sierra, como para edificar una ermita, llamarán a la ciudad que funden Córdoba, aunque esté en las estribaciones de los Andes argentinos.

Bajan, en Méjico, por unos revueltos senderos, entre pinos y arroyos, y al pueblo que está abajo le llaman, sencillamente, Río-Frío.

No hay arqueología. El «Templo del Sol» se convierte, al día siguiente, en convento de Santo Domingo. Las ruinas del Cuzco son «como la puente de Segovia», como «las ruinas de Tarragona o el Hospital de Tavera», en Toledo.

Los débiles y paganos nombres indios desaparecen: La bella india amada por Miguel Díaz, el iniciador de la actual Santo Domingo, se llamará Catalina; el intérprete quechua de Pizarro, «Felipillo»; la «Malinche» de Méjico, dama de Cortés, tomará el nombre de doña Marina, y el inca Atahualpa muere en Cajamarca bautizado por el padre Valverde con el nombre de Juan.

Este fenómeno de impregnación, de impermeabilidad ante

el medio ambiente, se debe a la fortísima y constante personalidad española.

Mientras paseaban, en el Colegio de Belén, de La Habana, los jesuitas vestidos de blanco bajo las palmeras, me decía cierta tarde el padre Rubinos:

—Yo creo que los lejanos celtiberos eran exactamente iguales a nosotros.

Y es cierto. Trajano, Marcial, Prudencio, parecen nuestros contemporáneos; los numantinos semejan defensores del Alcázar de Toledo.

Por eso, cuando nuestros navegantes descubren el Estrecho de Magallanes, navegando «de Maitines a Completas», y sondeando aquellas aguas «con el Credo en la boca», creen que toda aquella enorme geología de millones de años se va creando a medida que navegan. Y así bautizan a los puertos, cabos, bahías y ensenadas con nombres que indican su esperanza o su zozobra: Gracias a Dios, Puerto del Hambre, Bahía Mala, Bahía de la Desesperación. Aquella inerte geografía se hace sensible, como un diario de viaje, se impregna de alma.

Porque ellos querían que el Mundo Nuevo fuera, sencillamente, como una inmensa España. No eran colonizadores y menos turistas, sino progenitores.

Tomaron en sus manos aquella arcilla mojada, y la modelaron resueltamente, dejando para siempre la huella de sus dedos.

COLON A PIE

A Colón siempre le contemplamos en estatua, en lo alto de pedestales de mármol y señalando por el mar el camino de América. O si no, embarcado, sobre las frágiles tablas de la «Santa María».

Pero aquí, en el maravilloso Cibao de Santo Domingo, se imagina uno a Colón a pie, vivo, sudando, dando órdenes a sus soldados, comiendo un poco de tasajo o de jamón de Castilla, a la sombra escasa de las palmeras.

Vamos con el Embajador Aznar, el Subsecretario Jiménez y el poeta Zubiaurre a la ciudad de Santiago de los Caballeros.

Abunda aquí la palmera real, esa que tiene el tronco, según frase de la bella Marquesa de Marianao, de «pata de elefante».

¡Qué emoción ver en el poste de la carretera, entre los puestos de gasolina, esta legendaria palabra de «Cibao», que el Almirante creyó que significaba «Cipango», mal pronunciada por los indígenas.

Aquí, a la derecha, un cementerio con cerca de troncos de palmeras. Y Zubiaurre nos recita inscripciones de cementerios vascos.

*Aunque estamos en polvo convertidos,
Del alto Dios, nuestra esperanza fia*

*Que resucitaremos revestidos
Con la carne y la piel que nos cubría...*

—Les trajimos —dice— la esperanza de la resurrección. Los indios del Caribe creían, sin embargo, en la supervivencia después de la muerte. Pero imaginaban que sus muertos convivían con ellos. Unicamente se distinguían de los vivos en que no tenían ombligo...

El campo se va alegrando, engalanando. Aquí se comprende el júbilo de Colón entre los disparos de los arcabuces y el galope de los primeros caballos. Colón dice que es la tierra «más hermosa que ojos humanos vieron». A los ríos que descubre les aplica un adjetivo imprevisto; son «ríos muy alegres».

Junto al «mango» frondoso, verde, crece el naranjo europeo; y el cajuil indígena, de rojas flores, se entrelaza con el almendro mediterráneo. Es un hispanoamericanismo botánico.

Y el azúcar, sin panal, de la caña, en un mar verdoso, empenechado. Y el «árbol del pan» para islas de Robinsones. Y la tímida «flor de Nochebuena», porque sólo florece en diciembre. Y el incendio vegetal, de esos altos árboles llamados «amapolas», sobre el sueño, en sombra, de los cafetales.

Ancho, transparente, con espuma y rumor —¡alegre!—, el río «Yurra».

Cruzamos el pueblo «La Vega», con su iglesia azul y sus cochecillos de caballos, verdes, con ribetes rojos. Entramos en un café, bajo un cromo de Trujillo a todo color, con su hijo; y entra un hombre de campo a comprar.

—Es un «compay» —nos ilustra Miguel Angel Jiménez, con su gran corbata chillona; en Puerto Rico se les llama «gíbaros». Y en Cuba «guajiros».

Almorzamos en el Hotel Montaña. Y el coche (en Venezuela se le llama «carro» y en Cuba «máquina») se cansa, jadea, subiendo por la revuelta carretera.

—Mira —me dice el embajador Aznar— cómo luchan el pino y la palmera.

Toda la montaña está cubierta de pinos. Hace fresco. Es Suiza en el trópico.

Al fin, los pinos, encapuchados como monjes, austeros, castos, combatientes, españoles, han vencido a las sensuales palmeras, como indios desnudos.

Desde el hotel, de estilo serrano, para alpinistas (en América se les llama andinistas), contemplamos la inmensa extensión de «La Vega», vibrante de sol con los inmensos bosques de palmeras, los cafetales, la caña, el encendido grana de las «amapolas», los cicales de agua dulce y los verdes plátanos.

Más allá las sierras altas. Y un desfiladero azul, una bella garganta entre dos picos: «El Paso de los Hidalgos».

Por allí penetró Colón, al frente de sus capitanes, para ver abrirse como a un abanico la hermosa vastedad de «La Vega». Y allí, con el recuerdo de Santa Fe y de la reciente guerra granadina contra los moros, la bautizó con el nombre de la Vega Real.

Por ese desfiladero descendió, como un Fernández de Córdoba o un Conde de Tendilla, a combatir con los indios.

Vamos, en el coche, a contemplar el lugar de su primera batalla. Aquí, en «Fortín del Cerro», chocó con los indios ciguayos, que se apretaban los brazos con ligaduras y luchaban pintarrajeados de colorado, con plumas de loro sobre sus largas cabelleras de mujer, que les caían sobre los hombros.

Es ésta la última batalla de la Edad Media que libra España. Parece que van a tomar Loja o Alhama. Los indios sustituyen a los moros. Merecería un romance fronterizo. Y surge el milagro, como en Clavijo. Porque en el cielo, de tapiz, de la batalla, aparece radiante la Virgen de las Mercedes.

En el lugar del milagro se edificó esta iglesia que ahora visitamos, con su fachada de color rosa y sus dulces vidrieras a cuadros verdes, azules y amarillos.

A la entrada nos esperan dos monjas de blancas tocas;

una es de Pamplona; la otra, mulata. Nos muestran a Nuestra Señora, de raso azul, sobre una afilada y cortante medallina de plata. Y un San Miguel, con el dragón bajo sus sandalias, vestido de soldado romano.

—Este —me dice la hermana— es el «Santo Hoyo». Porque aquí puso los pies Nuestra Señora.

Desde hace cuatro siglos se está sacando tierra del «Santo Hoyo», que se guarda piadosamente como reliquia, y siempre, milagrosamente, la superficie de la tierra está al alcance de la mano, sin que baje su nivel.

A la salida hay una verja en torno a un viejísimo árbol. De su madera hizo Colón la Cruz que plantó en el Santo Cerro. Es un níspero.

Llueve tibiamente cuando entramos en la noble ciudad de Santiago de los Caballeros. Y nos detenemos en un convento, que es también colegio de niñas. Nos muestran una ingenua y deliciosa exposición de acuarelas, pintadas por las alumnas. Y luego una monja española, que lleva aquí más de cincuenta años, nos enseña el único cuadro auténtico de Tirso de Molina, pintado en Santo Domingo, durante los años que estuvo en la capital de la Isla. Se le ve vestido de blanco, sobre un fondo oscuro, con su gran nariz ganchuda. Está firmado por O. Marín. Y la fecha de 1617.

Recitamos en el «Centro de Recreo» ante un público de provincia española, como el del baile del casino de la Casa de la Troya, lleno de románticas «Carmiñas» y enamorados «Gerardos».

Las mujeres cibañas (así se llaman las del Cibao) tienen fama de hermosas. Y lo son. Traen refrescos, y suena un vals.

Los cibaños poseen una de las más raras peculiaridades filológicas. Transforman la R y la L en Y. En vez de «palmar», dicen «palmay»; de «mar», «may».

De madrugada, cenamos un buen «sancocho» santiagueño a base de gallina. Tornamos.

La luna rueda sobre la Vega Real, y platea, como si pasaran armaduras, las rocas del «Paso de los Hidalgos», por donde entró Colón a pie, desembarcado, como un conde de la Reconquista...

LA CAPITAL DE LA HISPANIOLA

Miguel Angel Jiménez es el perfecto criollo, el puro dominicano. Sabe cantar y bailar un «merengue» y comerse, alegremente, con sus amigos, los poetas españoles, un «sancocho» de chivito curado en orégano o un cerdo entostado en perfumado palo de guayaba.

Hoy, domingo, nos ha llevado a oír misa al Convento de Santo Domingo, con sus esbeltos y elegantes arcos de piedra y su púlpito barroco, en el cual tronó, tantas veces en favor de los indios, Fray Bartolomé de Las Casas.

En el campo conoce todos los nombres de las plantas y de los animales.

—Ese es el cantar del pájaro bobo. Este árbol debe tener comején, que es una especie de hormiga destructora.

Constantemente aplica refranes o dichos populares:

—El cerdo no se rasca en jabilla.

Y señala una cerda erizada; o también:

—El coco pare, pasados dos años.

Y con este verbo, insólito para una planta, lo animaliza, lo hace salir de su alejado e inexpresivo Reino Vegetal.

—Antes de la llegada de los españoles —nos dice— esta parte de la isla se llamaba «Quisqueya», que en lengua indígena significa «país llano». Y «quisqueyanos» se nos llama en nuestro Himno Nacional. La parte montañosa de la isla ha conservado su viejo nombre indio, de Haití.

Nos lleva a hacer la ronda de los conventos de Santo

Domingo, que ahora se llama Ciudad-Trujillo, como homenaje a su actual Presidente.

De Santo Domingo vamos a las ruinas, de ladrillo y piedra entre flores rojas y palomas, del Convento y Hospital de San Nicolás de Bari, fundado nueve años después del Descubrimiento por Nicolás de Ovando, Gobernador de La Española.

Por los basamentos de piedra de las truncadas columnas se enroscan las plantas trepadoras; y bajo las bóvedas abandonadas, un joven negro juega con su propio eco.

Luego está San Francisco, con sus tumbas entre las hojas de los plátanos de un verde rabioso.

Aquí vivieron frailes famosos. Además de Las Casas, Gabriel Téllez, «Tirso de Molina», quien llevó a las tablas de los corrales de Madrid las almas humanas, estudiadas y profundizadas en el confesonario.

Paseamos a orilla del sosegado Ozama. Y recuerdo al lejano Río Tinto, negro en el rosa del amanecer; es decir, el Principio y el Fin del viaje fabuloso. Barcos mercantes entre las grúas.

—Esta es —nos muestra Miguel Angel Jiménez— la «ceiba» a cuyo tronco ató Colón las naves descubridoras. Es una ceiba decrepita, con parches de cemento, pero a la cual, como en el verso de Machado:

Algunas hojas verdes le han salido.

Balanceándose en el río, el «yatch» del Presidente Trujillo, y el barco de recreo de un lord inglés que —símbolo de los tiempos— está a la venta. Este lord posee un castillo con la sombra de Machet.

Visitamos el museo indígena, precolombino, que es como aquí se denomina la prehistoria.

En las grandes y claras vitrinas vemos, inmovilizado, quieto, a un mundo que desapareció para siempre. Según

nos dicen, los «taínos», como se llamaban los primitivos habitantes de la isla, subieron desde el actual Río de la Plata; pertenecían al tronco «Tupi-Guaraní», como los actuales indígenas del Paraguay.

Empezaron a invadir estas islas del Caribe hacia el siglo v y después de Jesucristo. Pero cuando llegaron los españoles aún se preparaban nuevas invasiones desde la tierra firme. Fué una carrera en la que España entró ganadora. Vemos objetos de piedra, en concha, en hueso. Idolos pequeños, por cuya boca, a través de unos canales, hablaba el cacique, quien gritaba lo que el dios quería, como ahora los políticos demagogos expresan sus deseos con la fórmula «lo quiere el pueblo».

Idolos como los de las «huacas» peruanas, monstruosos, batraciales, en donde se exalta la fealdad. Y ante estos seres sin límites, cuyas piernas y manos ondulantes terminan en serpientes, en buitres o en cola de pez, uno mentalmente da vivas a Atenas, descubridora de algo tan sencillo como es el cuerpo humano, el desnudo y la proporción.

Nos muestran un ídolo encontrado en el fondo de un arroyo. Debieron esconderlo cuando el Descubrimiento. Está pulido, desgastado por cuatrocientos años de agua corriéndole por la cara. Y una mujer en trance de parto. Y una rana monstruosa y una vasija, que son dos henchidos senos, y un ídolo feroz, de boca sarcástica y crestada columna vertebral, como la de las «ciguanas». Y un simio gestero en la empuñadura de un cuchillo de sílex.

¡Extraña y silenciosa América de antes de Colón, ignorante de la rueda y del alfabeto, conocedora del arte de fumar, única dueña del maíz y de la patata, inventora de la oscilante hamaca y cuyos perros eran mudos!

La fundación de Santo Domingo a orillas del Ozama tiene un origen romántico. La evocamos en esta clara noche de luna. El joven Miguel Díaz vive en La Isabela, la primera ciudad fundada por Colón en América, en honor de la Rei-

na Isabel; como llamó a Cuba la isla Juana, en homenaje al príncipe heredero.

Una noche, en una reyerta, Miguel Díaz hiere gravemente a un compañero. Huye por los bosques. Llega aquí, a esta orilla, donde gobierna una india bellísima. Como todas las de la isla, lleva por todo vestido una nevada falda de algodón que la cubre desde la cintura hasta la rodilla. Esas faldas se llaman «naguas», y supongo que de ellas vendrían las enaguas de nuestras románticas abuelas. Miguel Díaz se deslumbra ante su frutal belleza, tan generosamente exhibida. Y surge una gran historia de amor bajo las paradisíacas palmeras.

Ella, como arras de la boda, le indica un lugar cercano donde hay una mina de oro; pero Miguel Díaz, rico en amor, ha perdido ya la avaricia. Con ese oro será perdonado. Vuelve a La Isabela y le descubre al Adelantado, Bartolomé Colón, el más joven hermano del Almirante, el emplazamiento de la mina.

Bartolomé Colón, el futuro amor de Anacaona, la hermosa reina del Xaragua, llega a estas orillas del Ozama. Como es domingo, la ciudad se llamará Santo Domingo. También así se llamaba su padre.

Santo Domingo matará a «La Isabela», que pronto quedará abandonada.

—Uno de estos días —me dice mi amigo Miguel Angel— podremos visitar sus ruinas.

Miguel Díaz (no sería si no español) hace bautizar a su bella india. La obliga a vestirse como una dama de Castilla. La impone por nombre Catalina. Y de su beso de amor nace el primer mestizo.

Están abiertas, con el patio al raso, las casas donde se baila y se bebe. Y a veces moja la lluvia las salas con los retratos de Trujillo; los cromos de las muchachas chinas y las grandes vitrolas con tubos de luces de colores.

Behemos ron de caña, la típica bebida del Caribe. Y

una muchacha mulata, vestida de colorado, baila. Por el abierto patio, la luna cae sobre las mecedoras y el espejo. El cielo está tan cercano que parece una función de fuegos artificiales, sin ruido, y suena un gracioso «merengue»:

*¿Dime, niña, quién te besó
A la orilla de la empalísá?
Si tu madre tuvo la culpa
Que la justicia no hiciera ná...*

UNA GOTA DE EDAD MEDIA

El claro y luminoso Hotel Xaraguá está regentado por americanos. En mi cuarto hay un blanco mosquitero sobre la cama, y en la mesilla de noche, una gran Biblia. Los criados son jóvenes negros, de un color casi azul. Las camareras, también.

Frutas tropicales entre hielo picado; tres tumbonas de lona —de barco o sanatorio— junto a la piscina verde, entre palmeras; tres rubias bañistas americanas de bellas piernas que alternan el «whisky» con el trampolín. Toda una escena de tecnicolor.

A mediodía han llegado Panero y Rosales en avión, desde Puerto Rico. Hemos celebrado una gran tertulia en el Ateneo de la ciudad con los poetas dominicanos.

El Ateneo es un antiguo convento; y aquí pasó algunos años el gran Tirso de Molina. ¡Qué bello el resplandor de las velas encendidas de la iglesia abierta, sobre el atardecer del jardín! Y han sonado los versos. Máximo Avilés, con su «Ciervo de Plata», y Rodolfo Poiscou, con «Presencia del Angel». Y con su voz suave, Ana Quisqueya ha recitado su adolorido romance «Tarde». Y Freddy Gatón ha evocado, finalmente, el paisaje de la isla.

Luego, las estrofas de Castro Novoa y Mario Martínez. Finalmente, el gran Franklyn Mieses Burgos (¡qué apellidos de cosechero castellano tras el nombre, puritano, del inventor del pararrayos!) ha declamado su hermoso poema:

*Sujeto por la leve arquitectura
de la fugaz estatua de la vida.*

«Vamos —nos han dicho— a las ruinas del Alcázar.» La frase parece pronunciada en Toledo. ¡Qué placer entre estas piedras el hacer sonar de nuevo la voz humana por sus salones abandonados, y asomar la vista por los ventanales ciegos!

El alcázar está rodeado de flores rojas, de césped, algodónadas, vendadas sus heridas con flores y enredaderas. Es un alcázar militar, gris, con verdín, con moho de humedad. Parece un castillo fronterizo. Con ventanas góticas y asientos de piedra, para damas vestidas de seda, leyendo libros de oraciones y que aguardan la vuelta de la guerra de sus esposos.

Por la noche hemos recitado los poetas españoles entre estas piedras que alzó don Diego, el hijo del Almirante. La luna era de azogue, y por los grandes salones, abiertos al cielo y a la lluvia, circulaba la gente. Y había de nuevo pisadas en las pétreas escaleras de caracol, junto a las oscuras prisiones y al pozo, que según la tradición comunicaba con el río. Carne fría y langostas. Y licores. Parecía que recibía el primer virrey. Cornisas de palomas dormidas. Me asomo a la ventana ojival que da al Ozama.

Es éste el único castillo medieval de América. Los hombres que lo construyeron sintieron mecidas sus cunas, en pleno siglo xv, por ayas de blancas tocas, de color de lirio, como las de las tablas primitivas. Pensad que su constructor, Diego Colón, tenía doce años cuando su glorioso padre chocó con América. Y que tuvo una niñez medieval, como la de Garcilaso, como la descrita en los romances de Góngora. Los viejos frailes de su «Corte», sus antiguos servidores, habían conocido a aquel lúgubre y gigantesco Enrique IV, «El Impotente», tan antiguo, tan de la Edad Media, que se vestía de moro y jugaba al ajedrez, con su cara

de león cazando por las crepusculares encinas de El Pardo, amigo de los monjes del Convento de San Jerónimo en medio del campo (que hoy es San Jerónimo el Real, aprisionado entre el Ritz, los autos y museos de pinturas), donde reposó una noche muerto, antes de ser llevado a Guadalupe. Algunos de los habitantes de este alcázar americano conocieron a La Beltraneja y vieron a don Beltrán de la Cueva quebrar una lanza con sólo hacerla vibrar en su férrea mano. Porque aquí llega el último acorde, ya levisimo, del laúd de los trovadores.

Los Colón eran todavía hombres medievales. Cristóbal nace a mediados del siglo xv. Y tiene los sueños de los monjes de la Edad Media. Cuando arriba a Venezuela cree que ha conquistado el Paraíso Terrenal. Así se lo escribe a los reyes. Busca el oro con alma de cruzado para rescatar de los infieles el Sepulcro del Señor. Es místico y profético. En Jamaica anuncia, con voz de Isaías, un eclipse de luna, porque los indios se niegan a abastecer sus naves. Mezcla las descripciones de Marco Polo (leídas en su libro atado a una cadena y que era como un cine continuado en el puente veneciano de Rialto) con los sueños de la Biblia. Llega a la isla de Cuba y la pone el nombre de aquel Príncipe heredero, Juan, que, como el doncel de Sigüenza, es todavía un adolescente de mármol medieval en una oscura iglesia de Avila. Ha tratado con los Trastámara y lleva una carta en latín (el idioma feudal), por si encuentra al Gran Khan.

Para ser un hombre de la Edad Media sólo le falta una cosa: ignorar la existencia de América. Y muere en Valladolid sin saber que la ha descubierto. Creyendo que ha navegado por las costas de la India. A Perú, a Méjico llegan ya unos hombres tocados por el Renacimiento, que fundan grandes ciudades y hablan de la imprenta. Conquistan en nombre, no de un castellano Trastámara, sino de Carlos de Gante, que habla el español con acento flamen-

co. Por eso hacen palacios para virreyes, pero no castillos, como éste, para condes de la reconquista.

Colón y su hijo Diego hablan todavía en sus reuniones y tertulias de los moros y de los judíos. Los moros —que luego desaparecen— todavía están vigentes en los primeros viajes. Cuando don Cristóbal negocia con los Reyes Católicos aún existe el reino moro de Granada. Y entre las baratijas que lleva para deslumbrar a los indígenas porta una tela morisca. Su piloto, Rodrigo de Triana, el primer hombre blanco, europeo, que vió por primera vez la tierra de América, casi diluída en el amanecer, por no haber recibido el premio prometido al descubridor, se va al Norte de Africa, se pone un turbante, abjura de Cristo y muere mahometano.

Cuando en el Cibao de Santo Domingo oye Colón una lengua extraña, dice que le semeja arábigo.

Don Diego, casado con doña María de Toledo, pariente del Duque de Alba, organiza entre estas piedras una pequeña Corte medieval.

Desde aquí, en esta noche de luna, veo caer la blanca luz de nuestro satélite sobre los balconillos de madera, labrada como un confesonario, y los saledizos de la que se llamó en su tiempo, poéticamente, «La calle de las damas», porque aquí vivieron las primeras damas europeas de América.

Entre las palmeras y cocoteros blanquea la Torre del Homenaje, donde los jóvenes virreyes habitaron mientras se construía su alcázar.

Por estas salas transitaron, portando bebidas, aquellos pajes de melena rubia, vestidos de escarlata, que eran como la sota de copas de nuestras viejas barajas.

Don Diego y doña María jugarían un poco a Reyes Católicos de América. Saldrían a pasear por aquella «Vega Real» y luego se recogerían, a la noche, a rezar el rosario en su pétreo alcázar a orillas del río.

Porque las primeras carabelas (como las mariposas matutinas o las abejas entre dos luces que aún llevan en sus alas el rocío) trajeron a estas costas una gota de Edad Media, que luego, bajo el fuerte sol americano, se evaporó completamente.

Cuba

**Mañanas habaneras.—La sobremesa y los negros.—Cuba antigua.—
Tres carnavales.—Los tabacos.—La fler del humo.—Navegación
desde Mariel.—Cayo Paraíso.—Reflexiones desde el «Asthore».—
Entrevista con don Cristóbal.—Los fósiles vivos.—Mi piso ha muer-
to.—El ciclón.—El trópico domesticado.**

MAÑANAS HABANERAS

¡Qué alegre es la mañana de La Habana!; el mar está añil bajo la fortaleza del Morro. Se riza de espuma y salpica, llenando de charcos el Malecón. Y hay un olor a sal fresca.

«Ese barco viene de Miami.»

Pasa el heladero de Hatuey, con su carrito cascabeante de timbres; su coco helado es la única nieve de La Habana.

¡Qué placer éste de sentarse en el alto trono de los limpiabotas y recibir el vaho, fresco de tinta, de los periódicos matutinos, el *Diario de la Marina* o *Alerta*, mientras nos descansan, lustrándonos, los zapatos. La mano del negro se confunde con el betún. Este acto de sentarse en el alto trono, con un hombre a nuestros pies, es el único feudalismo de una democracia.

En el restaurante «Miami» están frescas, abiertas, todas las frutas tropicales. Cuba hace los más deliciosos helados y exprime las más dulces frutas.

Aquí están el «caimito», de entraña morada, de un rosa violeta. Y el «anón», verde, con un interior de crema, resonante de semillas. Y el «namey», que en Oriente se llama «zapote», de cáscara color de tierra y carne roja; y la «piña», con sus escamas de reptil y sus penachos de indios en la mañana del Descubrimiento. Y los «plátanos», verdes, que se van madurando en el cristal del escaparate; y la «fruta bomba», cuya pulpa es de color naranja y que ha

perdido su primitivo nombre de «papaya», porque con él se hacía una alusión procaz; y el «coco», pelado como una cabeza de mono, con su azucarada agua azul; y la «guanábana», verde, con puntas y su carne refrescante y suavísima. Y tantas otras. Y pronto vendrán el «mango» y la «chirimoya».

Las máquinas exprimidoras están estrujando al Trópico; trituran las semillas y la piel, donde están las vitaminas. Un jugo dorado. Y otro blanco. Y ese zumo azucarado. Se pierden las formas carnosas, sensuales, redondas, de bodegón, pero se salvan las esencias y los perfumes. Y el zumo se levanta, resucitado, espumeante, en los batidos.

Muy de mañana se encienden los cigarros. Y el sol cae radiante sobre las palmeras de guano verde. ¿Quién ha dicho que el mundo es doloroso y triste la vida?

Cuba sabe reír y bailar. Goza de su minuto presente, sin preocupaciones:

*Me gusta por la mañana,
Después del café bebido,
Pasearme por la sabana
Con el tabaco encendido.*

Algo queda en La Habana del Madrid antiguo y de la Regencia; esos señores con sombrero de paja, como en las antiguas corridas de Joselito; figuras de Méndez Bringa. Y el liberalismo de los periódicos y tertulias. Y la abundancia de cigarros, como para tirarlos al ruedo.

Y algo resta también del Madrid del 14 de abril. Los exilados, que hablan de Prieto y dicen don Diego al referirse a Martínez Barrios. Y alguna bandera tricolor, con el morado, en el salón de actos de algún olvidado centro regional.

Y los chicos jugando al «yoyo», como en las vísperas de la Revolución.

Las mujeres habaneras son maravillosas; de enormes ojos, como para recoger toda esa cantidad de sol que cae dorado, incesante, sobre la dulce isla.

Es cierto que se ha desdibujado la antigua criolla, blanca, lánguida, de piano de la península y «volante» de alegres caballos y de lacayos y caleseros negros. Esta muchacha se ha yanquizado. El «Country Club» y el cine son las dos armas de Norteamérica, más poderosas que su bomba de hidrógeno. Pero este americanismo es más aparente que real. ¡Figuraos que las divorciadas salen con señoras de compañía; con la antigua «carabina» de Xaudaró y del Real Cinema!

Las mulatas, de color café con leche o de hoja de tabaco, se visten con trajes chillones. Verde limón o rojo. Son flexibles, elásticas, alegres, y sostienen, sin timidez, la mirada de admiración o de amor de los hombres. Aquí, y a causa de ellas, debió de surgir la imagen, tan del siglo pasado, del «talle de palmera».

Al mediodía hay que ir a «Floridita», a beberse un «daiquirí» granizado, a base de ron, y a comerse un «cangrejo moro» de poderosas pinzas rojas, esmaltadas de un negro de asta de toro.

Tampoco está mal tomarse un helado en el malecón, mirando a los barcos:

*Tres cosas tiene La Habana
Que no las tiene Madrid,
Son el Morro y la Cabaña
Y el ver los barcos venir.*

Ahí es nada; en medio de un mundo convulso, doloroso, febril y enloquecido, este lujo supremo de «ver venir a los barcos».

Porque Cuba, como toda isla, está llena de alusión a los barcos, a los vapores, mejor dicho, aunque ya no echen

humo y naveguen con nafta. ¡Vapores del siglo XIX, con emigrantes gallegos y asturianos, con la más poética de las emigraciones, la «emigración golondrina» para la zafra de la caña de azúcar!

Recordad el antiguo juego infantil de prendas:

De La Habana ha venido un barco cargado de...

Hasta que se agotaba la inicial, que en las últimas vueltas, angustiosas, se hacía poesía pura, aglomerando nombres absurdos y discordantes; cargado de: «piñas», «princesas», «Pontífices», «payasos», «paquidermos».

Los vapores tendían tal puente entre Cuba y Galicia, que una vez, preguntado el torero «El Gallo» dónde iba a torear aquel año, dió esta respuesta asombrosa: «Debuto en La Coruña», a la vera de La Habana.

Cuba sabrosa, de las dulces y radiantes mañanas; si las otras Repúblicas americanas fueron las hijas, tú fuistes la novia de España. Y cuando, por ley biológica, te fuiste, la matrona Iberia —la de las monedas, los sellos, la *Gaceta* y las escuelas, del siglo pasado, con su alto busto, su corona mural, su león y su balanza— lloró más que por todo el resto de su antiguo poderío.

LA SOBREMESA Y LOS NEGROS

Por La Habana rueda el dinero; se ve en el lujo de sus carnavales; en sus fiestas sociales; en sus «nigth clubs»; Show de «Montmartre», con su caballo de yeso encabritado y los verdes paños de la ruleta y del «chemin de fer».

Y congas en Sans Souci, y rumbas bajo las palmeras, y esa luna —vertiéndose como un tazón de leche— sobre el decorado de «Tropicana».

Todos los años —precio del azúcar— caen sobre Cuba más de mil millones de dólares, es decir, esa lluvia de oro en la cual se transformaba Júpiter para sus conquistas amorosas y que es, sin duda, el mejor de los disfraces para la aventura.

Pero el habanero ahorra poco; gasta alegremente, gozando de la vida.

Aquí hay un término, «relajo», que no es la decadente relajación, sino el suave abandono.

El «relajo» es algo tan típico, como la «gana» española o la «saudade» portuguesa, «il dolce far niente» napolitano. El «relajo», es dejar hacer, el «no importa», el filosófico «para cuatro días que vamos a vivir», traducido a la dulzura tropical. Con el «relajo» se puede disculpar casi todo; es una sonrisa; es una comprensión humana; un sentido benévolo y optimista de la vida.

¡Ahorrar!, ¿para qué?

Un mulato, chófer de un taxi, me dió la explicación.

—Yo gasto lo que gano; la caja de muerto no tiene bolsillos.

Todo lo que ofrece Cuba es dulce, amable, alegre. La rumba, la luna, las palmeras, la alegría fresca, virginal, de los danzones negros; el amor, los colores, el carnaval.

Cuba nos da el terrón de azúcar y el ron, el café, el tabaco.

Cuba ha inventado la sobremesa.

Los romanos, que llegaron a la perfección en sus «menús», ignoraron esta coronación de las comidas. Su lista de delicadísimas viandas era como un soneto al que le faltara el último terceto. La comida no quedaba cerrada, terminada, con broche de oro.

Con café, ron y tabaco, Trimalación y Lúculo no hubieran tenido que acudir al agua corriente del «vomitorium».

Devolvían la comida, hurgando con una pluma de ganso o con los dedos en la campanilla de la garganta, y volvían a empezar, porque les faltaban los acordes finales. ¡Cómo hubiera amado Nerón un buen cigarro habano después de sus ostras, sus trufas y sus lenguas de rruiseñor! Y en el banquete de Platón, ¡cómo el café hubiera prolongado y dado nerviosidad a los serenos diálogos!

Con el descubrimiento de América se crean las largas sobremesas y las interminables tertulias.

Bella Habana de los helados, de los trajes alegres y ligeros, y de los guitarristas. En los cafés, en el malecón, en los restaurantes, guitarras, donde vibran «guajiras», dulces y voluptuosas. Y las maracas. Y el tambor lejano de Africa. Y la habanera blanca, peninsular, romántica.

Alguna noche pesa demasiado el machete de la zafra y se desea beber el ron y ver bailar una rumba frenética a la orilla de los cañaverales:

*Yo no tumbo caña,
Que la tumbe el viento...*

*Que la tumba Lola
Con su movimiento.*

La playa tiene forma de cadera; y la luna el color de la carne de coco.

A la vuelta de «Tropicana», un negro, en el «baquet», junto al chófer, toca la guitarra. Los negros son los gitanos de Cuba. Su folklore, su color, su alegría. Así como en Andalucía hay colmados flamencos, aquí existen teatrillos de negros, con los obsesivos tambores y ese ritmo, virginal e intacto, que, injertado, ya ha florecido en toda la música moderna, invadiendo Europa y los Estados Unidos.

El negro es mucho más alegre que el indio; comparad la fúnebre «quena» de los Andes, de hueso de muerto, con el «ruido de semillas» de las maracas.

En los países de fondo indio se percibe una desolada tristeza. Los indigenistas afirman que el indio llora y piensa en su imperio abolido. Sus adversarios opinan que no piensan en nada.

En Cuba, del indio Siboney, el que inventó el fumar, metiéndose dos cañas en horquilla por las narices, del que recibió a Colón, no ha quedado más que el nombre en una canción. No pudo resistir el paso de la hamaca al laboreo de los campos y de las minas. Era débil. El padre Las Casas, al erigirse en su abogado, inició, involuntariamente, la Leyenda Negra. Los indios del Caribe, si existieran, deberían alzar por el día un monumento al padre Las Casas, que los negros intentarían destruir por la noche.

—No hay que abominar, sin embargo, de la esclavitud —me dice, haciendo paradojas, este inteligente negro que bebe unas copas en nuestra mesa—. Gracias a ella soy doctor, hablo español, tengo un «Cadillac», y cuando aprieta el calor me meto en un cine refrigerado. Sin los «negreros», estaría a estas horas en Africa, en lo alto de una palmera.

El negro, con el catalán, el cubano y el gallego, era uno

Persianas verdes en la piedra gris del palacio del Gobernador Militar, al que se llamaba burlescamente «El Primer Cabo»; en el jardinillo, el bronce de Fernando VII, con su gran nariz, objeto de todas las burlas de los liberales. Al fondo un templete neoclásico, y el hermoso árbol —la ceiba— bajo cuyas ramas se dijo la primera misa en Cuba. Y finas palmeras en el Castillo de la Fuerza.

Quedan restos de murallas, rodeadas de jardines con bugambillas amoratadas y césped, convertidas en reliquias. Aquí la fortaleza de Atarés.

Y el esqueleto, sin carne de liturgia, ni voz de campana, ni ojo de vidriera, del antiguo convento de San Francisco, transformado en Correos. Y avanzando sobre la espuma y el añil del mar, la Fortaleza del Morro. Y detrás La Cabaña. Y el faro parpadeante, sobre los tiburones, que edificó O'Donnell, joven entonces, con su fajín colorado con borla de oro y ya suspirando por la Reina Isabel.

Quedan la calle de Carlos III; y el Prado, que era el paseo elegante de los jinetes y de los coches de caballos, con sus soportales y sus galerías. Y casas renacimiento y alguna morisca. Y la «Quinta de los Molinos», donde se defendía de los calores el Capitán General.

¡Viejas casas habaneras, buscando las corrientes de aire, el rincón del fraile! Frescos interiores para las siestas, los refrescos y zumos, y la mecedora. Y los viejos esclavos negros de pelo blanco. Y el piano de la península para los antiguos bailes.

Albumes y «daguerrotipos» descoloridos. Y vitrinas para los abanicos. En este álbum, amarillo, donde la letra es ya una evaporación violeta, leo un madrigal de mi antepasado el poeta cubano Narciso de Foxá.

*Ese lugar, bella Luisa,
Vale un mundo, vale dos.
Y si lo anima tu risa,*

*Vale cuanto se divisa
Entre los hombres y Dios.*

Hemos ido a una antigua casa de campo, para completar nuestra visión de la vieja Cuba. Su dueño es Joaquín Otero. Viajo con los poetas españoles, Rosales, Panero y Zubiaurre, y con el fino escritor cubano Roselló.

Pasamos por la verja del Cementerio de Colón, donde se alzan los más caros y vanidosos mausoleos. Y luego el humilde cementerio chino. ¡Qué sensación de muerte definitiva para un cristiano la de estas tumbas sin Cruz!

En algunos días del año, los chinos colocan esos platitos diminutos de laca roja, en cuyo fondo se desenrosca un dragón, cargado de pato y arroz, sobre las tumbas de sus antepasados. Y Roselló me cuenta que una amiga suya de La Habana le preguntó, burlona, a su hábil cocinero de ojos oblicuos:

—¿Con qué estómago digieren vuestros muertos esa comida?

—Con el mismo olfato —le respondió— con que los vuestros huelen las flores que les ponéis encima.

La carretera; y ha volado, cerca de las ruedas de nuestro coche, una «aura tiñosa», la fúnebre ave, que hace la limpieza de las ciudades y que en Venezuela se denomina «zamu-ro», en Perú «gallinazo» y en Méjico «zopilote».

Se abre, en abanico, el paisaje; y se despliegan los primeros bohíos. El bohío está hecho, vestido, por la palmera; por la palma, como aquí se dice. Estas edificaciones son las que vieron los Descubridores desde la cubierta de sus carabelas. Le sienta bien al bohío la luna llena encima. Es una casa aérea, traspasada de intemperie, frágil, tejida como un cesto; como un poco de sombra edificada.

Allí vive el hombre del campo; el guajiro. Sus paredes, en las más pobres, son de «yagua», la corteza de la palma; su techo, de guano, la hoja seca. Cruzamos unas canteras blancas, trabajadas, como una catedral en ruinas.

Bebemos unas copas de ron en un pueblo que se llama Jamaica. La tierra es roja como una teja romana cuando se rompe. Hiladas, despeinadas (como una muchacha en automóvil abierto), se extienden a la brisa las cabelleras de los cocoteros.

—Este es —nos dice el guajiro al que preguntamos— el pueblo de Catalina de Güines. Hay que torcer a la izquierda.

Es una vieja finca para un dibujante romántico de la *Ilustración* más que para el frío objetivo de una máquina. A la entrada se extiende un jardín con amarillas y enormes toronjas. Y en el centro, sonora, de unos postes de madera, cuelga una vieja campana, fundida hace ciento setenta y cinco años, para llamar a los esclavos. Y hay unos perros dogos de mármol, a ambos lados de la escalinata de la entrada.

Dentro, un salón con recuerdos de las viejas Exposiciones Universales; un Mercurio de bronce, con su alado talón; un barómetro, con su amenazador «viento huracanado», y una Minerva, con lanza y casco, pensativa. Las paredes están revestidas de papel verde; y grandes espejos polvorientos, que ya casi no nos devuelven la imagen, como gastados por antiguos rostros y escotes hace muchos años desaparecidos de este mundo. En otra sala hay un billar japonés bajo una lámpara con colgantes de vidrio. Unos arcos y flechas de los primitivos siboneyes y una fotografía, coloreada, de la Reina Regente con el Rey niño.

Entre azulejos y cacerolas trabaja la cocinera. Es bastante negra.

«Pero —me explican— ya muy adelantada.»

Quieren decirme que va mejorando de raza; que su padre fué ya casi blanco y su abuelo mulato. Su hija aún está más aclarada. Ya no tiene «pasa» (el pelo tan rizado que no se puede peinar), sino casi liso. Y ella se lo arregla como

las blancas. Su madre no quiere que «atrase». No la deja tener un novio negro, ni siquiera mulato.

«Siempre «adelantando», hija, nunca para atrás.»

En la fachada del jardín, colgando del yeso, una cadena de esclavo. Son tres argollas unidas por unos hierros. Una se prendía a la cintura y las otras dos al tobillo. Así trabajaban agachados, mientras duraba el castigo.

Hay aquí una alegre «pajarería» entre los altos y verdes «mangos». Después de la siesta, salimos. En la sombra, las matas oscuras de los cafetales. Y un mar de cañas de azúcar. Y allí, el «trápiche» donde se tritura.

Unas orquídeas penden de unas cuerdas, de un árbol, cultivadas entre sus maderas. Este árbol se llama «la guira», de cuyo fruto, seco al sol, se hacen las resonantes «maracas» de las orquestas. Es un árbol que produce música.

Hay una canción que dice «Te voy a enseñar cómo se hacen las maracas»:

*Se coge una guira,
Se le abre un hoyito,
Se saca la tripa
y se pone a secar.
Y por el hoyito,
Por buenas razones,
Se echan municiones.
Se mete un palito,
Se pone un clavito,
Y luego a tocar.
Y ya está...*

—El ingenio es grande —me dice su dueño—: unas trescientas caballerías.

Aún miden por «caballerías», como en España, antes del sistema métrico.

A pie llega un «guajiro». Lleva a la cintura el machete con el que corta en la manigua.

—El indio —dice— está que arde.

El indio es el sol; añade que este año hay mucha bibijagua, una hormiga feroz que todo lo destruye. Y nos saluda un cazador, que trae muerta una «güinea», una especie de elegante gallina gris con motas blancas.

Cuando salimos del ingenio hay un grupo de jóvenes mulatas que nos dice adiós. Una mordisquea un trozo de caña de azúcar.

¡Cuántas veces, bajo esta luna, tan clara que se puede arar bajo su luz, con el ron y la rumba y el dulce sabor de la caña, vencieron en el amor y en el corazón de sus amos a las lánguidas y pálidas esposas blancas de La Habana, que cantaban al piano la «Canción de Atala» y se carteaban con Gertrudis Gómez de Avellaneda, la gran romántica de Camagüey.

TRES CARNAVALES

De noche se ven pequeñas hogueras a lo largo del Malecón. Y fogatas en el Prado, todo con el verdín del cardenillo sobre sus bancos de piedra, que cae, chorreando, de sus leones y de sus copas y jarrones de bronce. Es que están quemando a los confetis y las serpentinatas; la sangre y las tripas del carnaval.

El carnaval de La Habana dura cinco semanas.

Hay un carnaval íntimo, el de las grandes casas del Vedado, del «Country Club» o del «Tennis». Es el carnaval español.

Disfraces de una España del siglo pasado. En el «Country» vimos venir de la playa a una carreta del «Rocío» repleta de flamencas, con faldas de lunares y escoltadas por caballistas de trabuco y patillas, como los «Siete Niños de Ecija».

Y hay guardias civiles de gala, de grandes bigotazos, como los de la época del Duque de Ahumada. Y un torero, con montera de Bombita o de Machaquito.

El carnaval del Malecón es yanqui, norteamericano. Grandes carrozas con anuncios y reinas de belleza, tirando besos a la muchedumbre. En el cielo rosa, entre las máscaras, se ve salir, encendido, a un trasatlántico que va a Nueva York.

Mujeres maravillosas, con alas de mariposas de oro y de plata; y carrozas con osos blancos cabeceantes y luces verdes. Y un barco pirata con corsarias de bellas piernas. Y un «jeep» con flores. Aquí, una pelea de gallos; y un corral de globos de colores y muchachas esculturales.

ran a un lado y a otro, rígidos; caminan bailando. Pasan danzando los gigantes, que aquí se llaman muñeques, vestidos de novias y de novios. Y negros de la época romántica (comparsas llamadas de los «Dandis» y de los «Marqueses»), ellas con «polisón» y ellos con chistera y pantalón a cuadros. ¡El sueño igualitario de sus abuelos, relucientes del sudor de la zafra, que veían irse a sus amos a La Habana para asistir a la Opera!

Y un bohío, tirado por un «jeep». Esta es la comparsa más alegre, la de «Los Alacranes». La dirige un negro con un enorme alacrán, oscuro, en el sombrero. Los demás van vestidos de azul, como los guajiros, con pañuelo a la cintura y machete, rítmicos, bajo las grandes farolas de velas encendidas.

Y unas mulatas bailan entre los «dambis», los faroles gigantes, entre enormes estrellas y campanas de papel de oro. Las farolas dan vueltas vertiginosas, sin apagarse, cabecean. Y otra comparsa oscura como un rito. Y otra pegando tiros al aire entre gritos de mujeres y guitarras. Y otra, y otra, durante horas.

La última es una danza simbólica; pasan los cortadores de cañas, con sus grandes sombreros de paja. Fingen, bailando, el corte. Que no se parece al del segador andaluz o castellano, que agarra al haz de espigas, como una novia, por la cintura y la ciñe la hoz en un abrazo de hierro. Los cortadores, con su ancho machete, realizan el gesto de herir, de cortar con una espada.

El carnaval muere cada domingo en La Habana. Pero resucita cada sábado. En el carnaval de La Habana coinciden lo español, lo africano y lo yanqui. Pero Cuba les añade su tierra y su cielo, su clima y su dulzura. Porque Cuba es un terrón de azúcar en medio de mares amargos. La austeridad española se dulcifica por el «relajo». La actividad yanqui se tranquiliza en su mecedora. La fuerza pri-

mitiva, africana, se diluye en alegres rumbas y en guajiras voluptuosas.

Pasa la última carroza, con las ruedas ocultas por alegres serpentinas. Y un negro, con antifaz del color de su piel. ¿Para qué se lo pondrá? Sólo se le nota en que le achina los ojos.

Este año abundan las caretas de goma, que hacen muecas, que reproducen, en grotesco, los gestos de la cara tapada. No me gustan.

Prefiero el dramatismo inmóvil, sin gesto, como de muerto o de inexpresivo animal, de las caretas antiguas. Porque las máscaras tienen algo dramático, de aparecido, de ser del otro mundo. De tal modo, que no nos extrañaría que dentro de ella no hubiese nadie...

la cantidad de trabajo y de técnica acumulada que su azul humo representa.

Primeramente hemos ido a las Vegas. Hemos cruzado por San Antonio de los Baños, con lluvias sobre su jardín municipal; y la gente cobijándose en el Café Martí. Aquí, la tierra es roja, gredosa, y se pega a los zapatos.

Las verdes hojas del tabaco no están en realidad a la intemperie. Las vemos bajo gasas, bajo «telones», que recuerdan aquellos fondos de mar de «Los sobrinos del capitán Grant», con su capitán muerto, sobre una roca, con su casaca colorada y los actores vestidos de buzos, moviéndose lentamente.

Estas gasas tienen algo de mosquitero y de tamiz; evitan a los insectos que muerden a la hoja, y le dan «color», suavizando la radiante luz del trópico. Nos metemos debajo de estos «telones» y nos vemos turbios, con luz de «aquarium» o de «estufa», como en las fotografías borrosas.

Aquí están las «capas», las grandes hojas exteriores del cigarro; dentro va la «tripa». Entre la «capa» y la «tripa» se pone el «capote». Las «capas» generalmente son de la zona del partido de La Habana. La «tripa» viene de Pinar del Río, de «Vuelta Abajo».

¿Por qué capricho de la naturaleza sólo hay una zona minúscula, una mota en el planeta, que produce únicamente «coñac» en Cognac, «jerez» en Jerez y tabaco solamente en Vuelta Abajo?

Porque es inútil buscar los tabacos filipinos, los «charutos» brasileños, los cigarros canarios o dominicanos.

En un punto minúsculo, que pudo ser mar, se hizo el disparo certero, la diana del premio.

Ved la blanca flor del tabaco, tan inútil, destronada por las hojas, que en las demás plantas son simples servidoras de la flor. Manos tostadas de mulatos desbotonan al tallo para aumentar las hojas.

—Cuando tiene poca tripa o corazón —me explican—, el cigarro arde de lado.

Hace calor bajo las palmas.

—Chico, túmbanos unos cocos.

El cocotero es como un soldado o un explorador; un árbol con cantimplora.

Un muchacho negro, con el machete, busca el sitio para abrir el coco. Y nos vierte el agua azulada, fresca, recién-dita.

—El agua de coco —dice con misterio— tiene brujería.

En La Habana, en la fábrica, frente a la «Reguladora», me muestran a la «tripa» fermentando en los barriles. Hojas envueltas en corteza de palma.

Miradas desde el piso de arriba, ¡qué bellas y bulliciosas aparecen las despalilladoras! Son mecanógrafas sin máquinas. Modistillas sin ropas que coser. Las hay de todas las edades y colores; negras, pardas, mulatas, blancas y rubias. Viejas oscuras, a quienes las canas hacen resaltar más la negrura. Y muchachitas pálidas; trajes estampados, vivos, colorados y amarillos. Y escote de nácar o caoba. Frente a cada una hay un pupitre con hojas de tabaco y un recipiente con agua.

Despalillan con rapidez asombrosa; es decir, quitan la vena del medio y quedan así, sueltas, las dos «capas».

El más orgulloso es el jefe de las mezclas, en el último piso. El calcula los tiempos que ha de permanecer la hoja en el barril. Y mezcla, sabiamente, las cinco calidades de los tabacos: «medios tiempos», «ligeros», «volados», «visos» y «secos».

—Yo —dice con orgullo— hago el paladar del fumador.

La «liga» es esencial; puede destruir o enaltecer a una marca. Esta es la cocina de los fumadores.

—Los cigarros —sentencia— sufren más transformaciones que un alma adelantada.

Cuba es el país del espiritismo; por eso, este obrero ta-

LA FLOR DEL HUMO

Creía que estaba en China o en el Japón; traía la mente llena de las narraciones fabulosas de Mandavila en su *Libro de las Maravillas*, y de Marco Polo, uno de cuyos ejemplares (como un cine continuado moderno) se mostraba, atado con una cadena, en el puente de Rialto de Venecia, puesto a disposición de los paseantes.

Soñaba con aquellos reinos fabulosos de hombres con dalmáticas de oro y negras cabezas de perro, como los de Angamán; con los indígenas cerrados, sin boca, que se alimentaban con el simple olor de las manzanas, y los extraños hombres con la cabeza dentro del tronco o con un solo pie enorme que les servía de quitasol, con las profecías antiguas y los recuerdos de la Biblia.

Para él, aquella isla maravillosa —dudaba si no era parte del continente asiático— no significaba el balbuceo de un Mundo Nuevo, sino que estaba ligada a toda la herencia greco-latina y medieval, formando parte del Viejo Mundo, como zona desconocida del mapa de Ptolomeo.

Por eso, el Almirante Cristóbal Colón, que estaba en Cuba, levantó las cortinas de damasco rojo del camarote y sacó, de un montón de documentos (al que acaso sirviera de pisapapeles un pesado astrolabio), una carta escrita, en latín, de los Reyes Católicos para el Gran Khan.

Con esta carta, unos cuantos españoles, acompañados de algunos taínos, que les sirvieron de guía, exploraron por

unos días aquel campo azuleante del trópico; entraron en la manigua.

Volvieron con las manos vacías de oro. El Gran Khan no aparecía y no trajeron las bellas telas de seda, las porcelanas ni la arqueta con perlas, como obsequio del Gran Mogol para los Reyes de Castilla.

Pero eran portadores de una noticia. Esa noticia iba a valer muchísimo más oro, en el transcurso de los siglos, que las más ricas minas auríferas de la tierra.

Habían visto, cerca de un poblado de chozas cónicas, con techumbre de hojas de palma, a unos indígenas con una especie de amarilla y griega, cuyos extremos introducían en las fosas nasales.

De la caña, que unía los dos extremos, salía un humo azul.

Era la primera vez que los europeos veían a un fumador.

¡Cómo hubiera agradecido la voluptuosa Roma del Imperio un hallazgo semejante entre los bárbaros que sometió a su yugo!

¿Os figuráis a Trimalción, a Lúculo, a Nerón, en el triclinio de pieles, después de sus menús de lenguas que fueron gorjeo de ruiseñores, de faisanes y lampreas, de ostras y perlas disueltas en vinagre, de ciervos y trufas, encendiendo unos buenos vegueros que coronasen el banquete e hicieran innecesaria la práctica glotona del «vomitorium»?

El tabaco se descubrió demasiado tarde. Conocido en Atenas, hubiera merecido inteligentes tratados de los cínicos o de los estoicos. Aristóteles lo hubiera enaltecido y Diógenes denigrado.

Ovidio le habría dedicado un poema, y Virgilio hablaría de sus plantaciones en las Geórgicas y Bucólicas, y afirmaría que de la fermentación de sus hojas nacían las abejas, dueñas, como el humo, del aire.

Faltó el tabaco a los barones medievales, y no fué, para los cruzados, varonil alivio entre dos batallas.

Buenos puros hubiera encendido el jovial Arcipreste de Hita en las claras mañanas del Guadarrama, a pesar de las censuras de la Iglesia y de la opinión y crítica de los clérigos de Talavera.

Jorge Manrique le habría emparejado con las «verduras de las eras», como metáfora para explicar la brevedad de nuestra vida.

Pero le estaba reservado al tabaco la Edad Moderna. Ahora vive su Siglo de Oro.

Porque en el XVIII es todavía juego, rapé que se absorbe, pero sin la teatralidad del fuego; joya con esmaltes en las tabaqueras de oro y de plata con brillantes pinturas a lo Fragonard, de diosas y cielos alegóricos y de pastoras en columpios, con orlas de picantes y sonrosados Cupidos.

Y en el XIX es solemne. Se enreda su humo entre las negras barbas de los jóvenes románticos que quieren suicidarse; lo fuman los grandes banqueros de París y Londres; lo regala, en caja isabelina, el Marqués de Salamanca a Alfonso XII, en una cacería de Aranjuez; lo encienden los graves doctores, de cuello alto, volterianos y librepensadores, que empiezan a hablar de Pasteur.

Pero el tabaco es todavía casto, varonil. No ha conquistado la dulce boca de las mujeres.

En el siglo XX el tabaco se adueña de la otra mitad de la Humanidad.

Las primeras mujeres que empiezan a fumar producen escándalo.

Porque el tabaco simboliza frivolidad y vida galante; es heráldica del pecado. Contra el pitillo femenino se levantan, airados, los padres, los tutores y los confesores.

El pitillo sobre el cenicero de plata, muerto ya, con un hilo azul y tenue, que se empieza a quebrar, iniciando círculos, con la dorada boquilla empurpurada por el rojo de los labios, significa fácil aventura de amor, cabaret y ojerosa madrugada.

Su aliado es el «cocktail», la alegría comprimida, la píldora de la borrachera, para estar bien, alegre y brillante.

Pero luego el pitillo femenino se aburguesa. Como con tantas otras cosas, el escándalo se transforma en costumbre.

Las jóvenes aristócratas lo adoptan. Luego lo aceptan las pequeñas burguesas. Penetra en las casas honorables. Se hace tan femenino, que parece que las muchachas han fumado siempre. Rima la pitillera elegante con el tubito del «rouge», con el espejo y la polvera.

El tabaco ya domina al mundo. Los pueblos colonizadores lo transmiten a las Colonias. Ya no son los «descubiertos», como los taínos, quienes lo encienden, sino los descubridores. Ya no es símbolo de barbarie, sino de civilización. De tal modo, que parecería más lógico imaginarse a los compañeros de Colón encendiendo sus pipas y sus cigarrillos al desembarcar de las carabelas, que no imitándolo de los nativos.

De su origen primitivo ha conservado el culto al fuego, que el hombre civilizado, europeo, había perdido en épocas muy remotas.

Porque el hombre moderno, el de la era atómica, es portador de un trocito de hoguera en sus bolsillos, como si fuera un peludo cazador del cuaternario temblando ante la noche glacial.

Un hombre de ahora, si naufragase en una isla, no sabría ni aguzar hábilmente una piedra hasta transformarla en punta de flecha, ni tender una trampa para la caza; pero podría encender fuego como sus más lejanos antepasados.

Cuba es la patria del tabaco. No se sabe por qué, pero en un punto especial del planeta brota el verdadero tabaco, y nada más. Ni siquiera toda la hermosa isla posee este privilegio. Su cuna está en una zona pequeña de la provincia de Pinar del Río. Como la tierra que da el jerez, es minúscula como una alfombra, y el coñac y el champagne se empuñan en nacer únicamente sobre terrenos que son me-

nos que una mota sobre el mapa, negando, como príncipes caprichosos, sus favores a otras regiones.

Los cubanos rinden un verdadero culto a su aéreo dios. He visto sus plantaciones. Unos telones de gasa, como los fondos de mar de las funciones teatrales del siglo pasado, que convierten en buzos a sus obreros, preservan a las grandes hojas contra los ardores de un sol excesivo, contra los insectos dañinos. Como sus hijos, en algunas zonas de mosquitos durante el verano, una parte del campo cubano duerme con mosquitero. La fábrica de tabaco tiene algo de conventual. Las bellas «despalilladoras», los «tabaqueros», trabajan en silencio y, como en los antiguos refectorios, escuchan al «lector», que en una especie de púlpito va leyendo alguna apasionante historia. Los ojos del cubano han mirado durante siglos tan amorosamente al tabaco, que descubren cientos de matices y tonalidades donde nuestras torpes pupilas sólo separan los colores elementales, el claro y el oscuro.

Para empaquetarlos y presentarlos han inventado los más hábiles artificios y las más teatrales tramoyas. Unas cajas son proyectos góticos de catedrales o castillos; otras, cuadradas como libros, alargadas como estuches y redondas y de cristal, como si os ofrecieran un bálsamo.

El tabaco, enrollado a mano (con perfección tal que no sobra ni falta medio milímetro cuando se pasa por el agujero del modelo), es tratado con mimo, como a un niño. Se le envuelve en papel de plata y parece un obús o submarino, se le introduce en tubos de aluminio; en pequeños estuches de madera de cedro, se le sumerge en celofán y semeja que está debajo del agua; se le coloca dentro de un fanal de cristal, como esas imágenes sagradas, con flores y mariposas de aceite, que están encima de las cómodas.

Se les ciñe cintura de colores, anillos dorados en fondo rojo, con firmas, con coronas condales o reales, con toda una heráldica de blasones de Europa, con nombres de pre-

sidentes o de reyes; de tal manera, que hay coleccionistas de anillos que no desmerecen de los grandes filatélicos.

En el siglo pasado, los cromos de las cajas estaban impregnados de romanticismo. Eran paisajes de la isla, verdes mares de hojas, entre las que nadaba algún negro de ancho sombrero de paja, y al fondo se veían las chimeneas de la fábrica, venciendo en altura a los cocoteros. Rodeaba a esta escena una orla de medallas de oro, que eran los premios de las grandes Exposiciones Internacionales. También había el balcón, entre rosas, de Julieta, al que subía por escala de cuerda un Romeo vestido de terciopelo. Ahora esos cromos se han simplificado, como homenaje a la desnudez escueta de nuestra época.

El tabaco tiene sus grandes enemigos; mucho han hablado contra él y los perniciosos efectos de su nicotina, que es su alma y su pecado, los grandes médicos e higienistas. También los severos moralistas son muy poco partidarios suyos. Pero el tabaco no se detendrá en su marcha victoriosa.

En las guerras y en las revoluciones, se ha visto a hombres hambrientos que en vez de pan han pedido tabaco. ¡Gran derrota para quienes, como Marx, creen que el mundo sólo se mueve por el estómago y la economía!

Yo, como poeta, soy aliado suyo, porque tan bello como vender sueños es comerciar con azules espirales. Y porque me place, en una época de tedioso materialismo, ver a los hombres gastarse millones de dólares para sentarse en una butaca o bajo una parra, rodearse de nubes la cabeza como un ángel y contemplar la subida del humo, que nos obliga a mirar al cielo.

NAVEGACION DESDE MARIEL

En Mariel está la Escuela Naval. Un castillo morisco entre palmas y cocoteros, y al fondo ondulan las montañas. La bahía chorrea añil.

El Museo Oceanográfico es como un acuario en seco. Y los visitantes, sin el uniforme de la escafandra, parecemos buzos vestidos de paisano.

Aquí un «pez-martillo». Y una «aguja» de azulada aleta dorsal. Tras la vitrina un tiburón con enormes y toscas branquias, como un respiradero en el suelo de una fábrica. La calavera del «cachalote», bajo cuyas gigantescas mandíbulas verticales parecemos que salimos por la puerta gótica de una Catedral. Y la vértebra de una ballena, como un tambor de granaderos.

Y luego las «kawamas», la gran tortuga cubana, que semeja un reptil aplastado por una roca de transparente carey, de color caramelo. El «pez-erizo». Y esta «iguana», de lomo dentado, como un dragón de cuento de hadas; y el azul «barbero», el «cocuyo» anaranjado, el negro «calafote», el «pez murciélagos», con sus garritas en las aletas —casi alas— transparentes; el encendido granate del «crascacio», el verde del «guativero», las pintas verdes de la «vieja lora». Y el robusto «manatí», cuyas mamas pectorales, combinadas con la niebla y la casta soledad de las travesías, hizo que los marinos españoles inventaran por estos mares las sirenas.

Y como un abanico romántico, de vitrina, de ópera, un

alga de levantada espuma rosada. Y sedientas, con polvo, las esponjas que antes rezumaron azul.

Navegamos con unos amigos y unas amigas de La Habana: los Condes de Enjarada, Rafael Montoro, Herminia Alvarez Tabío y mi compañero Fernando Moreno, en el yate «Azhor», propiedad de los Condes de Lagunilla.

Joaquín Gumá, Conde de Lagunilla, es un gran aficionado a la estatuaria griega, y posee acaso la mejor colección particular de América.

Toda estatua posterior al siglo IV, antes de Jesucristo, le parece moderna, «parvenu».

—Ese monte —me señala Rafael Montoro— es el Pan de Guajaibón.

Exhibe orgulloso sus 800 metros de altura sobre la gran llanura de Cuba, amoratando, en tormenta, las nubes blancas de su cima.

Rocas y plantas por el fondo del mar.

Se ven las estrellas de mar, caídas como condecoraciones. Y todo un iris de peces. Es como si los seres embalsamados del Museo se hubieran sumergido de pronto y cobrado vida con el suero del agua salada. Una flotilla de peces voladores se despliega, ante la proa, goteando un agua irisada. Y nos rondan, alegres, como en torno a una fuente barroca, los delfines.

Bahía de Cabañas, Bahía Honda, Bahía de la Mulata. Las casas están entre el azul del mar y el verde radiante del paisaje. Y una «manta» entrevista, ondulante, como la gran sombra de alguien que anduviera sobre el mar.

—La «manta» —me dicen— es el oso del mar. La «picúa», el perro. El «tiburón», el tigre.

Como bajo un arco del triunfo nos recibe con un iris perfecto Puerto Esperanza, recién llovido.

Los railes de tren sobre un puente carcomido, leproso de moluscos. Vemos niñas y muchachos rubios, y casas frági-

lea, de columnas de madera. En el bar, humilde y desolado, la radio y la bella anunciante del cromo de la coca-cola.

Son tierras rojas, de greda de alfarería. Cafetales que perfuman el aire. Caña brava, y el mejor tabaco del mundo.

Un «zun-zun» o «pájaro mosca» entre las flores de San Cayetano. Y olor a aguas sulfurosas en Rancho San Vicente.

La cueva de San Miguel, con estalactitas, como una catedral rústica. Por el borde de las rocas, en equilibrio de trapecistas, los chivos salvajes, haciendo frisos y bajorrelieves griegos.

Las grutas, encharcadas, goteantes, donde crecen carnosas las malangas de color de verde bronce de estatua. El eco suena, burlón, por sus galerías. Durante la guerra del 98 en estas grutas hubo reuniones, y todavía se celebran a veces hailes y meriendas. En ellas se refugiaron los «siboneyes», los primeros habitantes de Cuba, empujados por los «tainos».

Pasamos ante sembrados de surcos rectos, como tela de pana, que la velocidad de la «máquina» hace girar y cerrarse como un abanico. Entre ellos, las palmas reales, de blanco tronco liso.

El pueblo de Viñales, frágil, de columnas de madera rosada. El valle es bellísimo y misterioso. Desde la carretera se ven los grandes «mogotes», solos, aislados, como hongos gigantes de un paisaje del Bosco para las tentaciones de San Antonio, como un rebaño de mamuts arrodillados sobre una pradera, como una serie de islas redondas a las que de pronto se les hubiere quitado el mar.

Todos los matices del azul y del verde diluyéndose unos en otros en una claridad diáfana y dorada. Vegas de tabaco, de tierra encendida, como traspasadas de aurora y crepúsculo; terrones sangrientos.

Navegamos al atardecer y echamos el ancla frente a un «cayo» abandonado, desierto. Cenamos a bordo. De postre, «coquimol», un viejo dulce de la época colonial, de lentísima elaboración, a base de huevos y coco y endulzado por

este azúcar maravillosa de Cuba. Es un dulce antiguo, de viejas épocas, cuando había tiempo para todo y se podían perder muchas horas en la cocina. Para cocineras negras, que lo batían incansablemente sin perder la sonrisa. Sabe a siglo XIX.

De pronto nos han atacado los mosquitos. No eran insectos, eran, sin duda, minúsculos ejércitos «marcianos», con sus generales o estrategas. Nos hemos rendido. Ha habido que levantar anclas y buscar el viento de la navegación para que se fueran.

Brilla la luna sobre el mar tranquilizado. No tiene la posición que en la latitud de España, en que siempre aparece como una «D» o una «C» mayúscula. Aquí es como una «U»; como una taza de alabastro que rebosa oscuridad.

De madrugada estamos frente a Cayo Paraíso, que también se llama Cayo Levisa. ¡Cuánta suciedad dejamos los seres terrestres sobre la eterna limpieza de las olas! En torno a nuestro yate, manchas de aceite, como andrajos de iris, y restos de comida.

—Ahora es peligroso tirarse al agua —dice un marinero—, porque estamos rodeados de picúas.

Pero el Conde de Lagunilla no hace caso, y con su lente submarino se sumerge para arrancar del fondo una «estrella de mar». Cerca de la playa, Fernando Moreno, con el agua hasta el cuello, está cantando «bulerías» al amanecer. (¡Qué flamenco te ha salido, Paco Andes, tu Benjamín!) Y Minita Alvarez Tabío baila entre las palmas el «hula-hula».

Ya está saliendo el sol entre los manglares. Sobre cubierta languidece la «estrella de mar», quemada por el oxígeno del aire. Se contrae y levanta sus puntas como el tejado de una pagoda budista.

CAYO PARAISO

Estas son las islas del Descubrimiento.

Sí, como este maravilloso Cayo Paraíso debió ser la primera isla que tocó el Almirante.

Los escolares españoles van en este capítulo de la Historia sobre la cubierta y las tablas movibles de las carabelas.

Los niños cubanos, en sus libros de Historia, están en tierra; las ven llegar.

Nuestros cromos del bachillerato representan a Palos de Moguer, y luego, tras el punteado del itinerario, aparece la calcomanía mojada de una isla, con cocoteros y con indios desnudos.

Los niños cubanos están —mentalmente— entre los manglares, al amanecer.

Entre unas ramas entrelazadas ven las velas blancas hinchadas de viento, con su roja Cruz.

Porque, aunque corren torrentes de sangre española por sus venas («jus sanguinis»), hay que reconocer que el «jus soli», es decir la tierra y el paisaje, también tienen sus fueros.

Nos hemos bañado en el mar a la madrugada.

En Europa, con fauna y flora modernas —alondras, tomiellos, conejos—, los primeros rayos del sol forman la aurora. En Cuba, con cocoteros, palmeras y caimanes en las ciénagas, con un paisaje más antiguo, más del Terciario, las luces rosadas parece que alumbran al primer día de la Creación.

El agua es transparente, diáfana, de ojo submarino; de visión de buzo o de ahogado.

Se ven las plantas y las rocas sumergidas; los peces, no nadando, sino en vuelo. Porque el agua es atmósfera. Aire un poco más denso.

Desde el borde de la barca se siente el vértigo, como si estuviéramos a una gran altura.

Unicamente en Capri o en Mallorca es así el mar, como un vacío aéreo.

La playa tiene el salvaje olor de la vida. Una «picúa», que es el perro marino, pudre sus agallas sobre la arena. Infinita teoría de bichijos, como hormigas mojadas, despedazan a un pez varado. Hay sumideros en la playa, y montículos, y vórtices y remolinos diminutos de arena. Y como ampollas y burbujas. Y respiraderos. Y la putrefacción de los anglares sobre un charco, sobre una huella —robinsoniana— de pie desnudo...

Un árbol, todo perchas, como las astas de un gigantesco ciervo anegado. Y madera ahogada, gris o negra, traspasada de agua, que ya no flota, y pesa como el hierro.

Es más hermoso imaginarse el Descubrimiento así, con su pena y con sus trabajos. Con sus indios llenos de parásitos y mortificados por los mosquitos.

Y a Colón y a los descubridores, cansados, pálidos, enfebrecidos, con las barbas crecidas, llameantes de deseo ante las indias desnudas, con insomnios de navegación, sedientas ante las frutas tropicales sus gargantas secas por las galletas roídas por las ratas.

El realismo es también lirismo cuando se pone, como contraste, al servicio de una alta y generosa empresa. No, como sucede con Zola, cuando es fin en sí misma.

Se enaltece más el heroísmo de aquella navegación imaginándola así, que no con ese falso Colón de vidriera de Centro o Banco hispanoamericano, de cromo de caja de membrillo, recién afeitado y peinado, vestido de flamante terciopelo,

rodeado de capitanes con armaduras de siete reflejos y estandartes de seda nueva, agrupados todos como en un final de ópera.

En una isla como ésta hicieron los indios el primer chiste americano, precursor de la gracia evidente de *Squire, Life* y de todos los humoristas del nuevo Continente.

Como vieran a los españoles vestidos, dijeron con sorna: «Van así para taparse el rabo.»

En una isla como ésta encontraron al indio que iba a servirles de intérprete, al que, más gráficamente, llamarían un «lengua».

La gran Historia abandona a sus personajes apenas hacen mutis en la escena. Yo aprendí de mi padre la afición a seguirlos después que el gran foco ha dejado de iluminarles sobre el escenario. El éxito de Lenotre ha consistido en seguir los pasos, hasta la tumba, de aquella muchacha que, ligera de ropas, fué adorada como diosa «Razón» por los revolucionarios franceses en el altar de Nôtre Dame.

Era modista, y Lenotre nos cuenta su juventud y su vejez. También, leyendo los partes meteorológicos de la época, describió el cielo nublado y las ráfagas de lluvia del día de la ejecución de María Antonieta.

A los hombres nos gustan estas ternuras de la Historia. El saber que Carlos IV jugaba al anochecer a la lotería de cartones, y mojaba una miga en un vaso de agua fría, después de las comidas, y la tomaba a manera de postre.

Los franceses —tan aficionados a las Memorias y al género epistolar— han hecho apasionante a su «pequeña historia», que acompaña y humaniza a la «grande».

La Historia clásica, la de los griegos y la de los romanos, está tan lejos de nosotros porque tiene demasiado mármol, demasiada tramoya y teatro montado. No sabemos nada de lo que fué la vida provinciana en las grandes provincias romanas, durante los lentos siglos de su dominación. Ignoramos cómo era una tertulia en Mérida y cómo empleaban el

anohecer o la tarde en Tarragona. No sabemos el «menú» de César, ni nos ha llegado una sola descripción de una tarde de verano, con combates de gladiadores (como una novillada) en el circo de Itálica.

Una de las causas de la gran popularidad de Galdós en sus *Episodjos Nacionales* consistió en haber visto la epopeya de la Independencia desde el brasero de la clase media, de habernos narrado el Dos de Mayo tras el mostrador de un ropavejero de los barrios bajos de Madrid.

Sabemos que Rodrigo de Triana, el primer europeo que vió la tierra americana, acabó en el Norte de Africa convertido a la religión musulmana y con un turbante alrededor de la cabeza, decepcionado por la escasa importancia que se dió a su grito «genesíaco» y por haberse reservado el Almirante el premio concedido a quien avistase primero las tierras desconocidas.

Pero ¿qué fué del primer intérprete o «lengua» de la isla de Guanahaní, llamada por el Almirante de San Salvador?

Sería interesante conocer cómo acabaron los primeros indios que, juntamente con unos guacamayos, muestras de oro y frutas tropicales, llevó Colón a la audiencia de los Reyes Católicos en Barcelona.

Se sabe que algunos murieron de frío, atravesando las duras tierras de la Península, con su desnudez paradisíaca de las Antillas.

Todos fueron bautizados y recibieron nombres gloriosos. Uno de ellos se llamó Colón, como el descubridor.

¿En qué nevada venta o mesón de Castilla agonizó entre frailes franciscanos y fué amortajado con su hábito aquel cuerpo pagano y desnudo que flechó a la caza mientras navegaban las carabelas y durmió en la hamaca, viendo subir hacia el cielo el humo azul de su tabaco?

¿Fueron amigos de los Rinconetes y Cortadillos de entonces? ¿Qué pensaron al contemplar el acueducto de Segovia

y hablando con los traficantes del Azoguejo, o al entrar, por primera vez, en las catedrales turbias de incienso?

De «Felipillo», el «lengua» de Pizarro en el Perú, se cuenta una historia dramática. Parece ser que, enamorado de una hermosa india, favorita de Atahualpa, en el proceso de Caxamaros cambió las palabras del inca para agravar su situación y lo condujo a la muerte abrasado por los celos.

Así, con las primeras luces, debió palpitar América como el pecho de una novia, minutos antes del descubrimiento.

Esta sería la luz e idéntica el agua. Al bracear levantamos espumas rosadas, como si nadásemos en un lagar de racimos o en un mar heroico después de una batalla naval.

REFLEXIONES DESDE EL «ASTHORE»

En esta región de Pinar del Río, que ahora costeamos en el yate, se refugiaron los «siboneyes» ante el empuje de los «taínos», quienes seguramente hubieran acabado con ellos.

Los guerreros «caribes» de las Antillas Menores, sanguinarios y valerosos, rondaban también a Cuba, y hubieran terminado, a su vez, por vencer a los «taínos».

España trastrocó en América un ciclo histórico que, sin su presencia, hubiera cumplido su evolución, pero con un retraso de tres mil años con respecto a la historia general del mundo. Porque los incas y los aztecas eran, a pesar de su civilización, unos «pre-egipcios» o «pre-asirios».

Cuando el inca Huyna-Capac, padre de Huascar y Atahualpa, se enteró en el reino de los «quitus», en el Ecuador, de la llegada de unos hombres pálidos y barbudos, acababa de completar la conquista de Chile y el territorio de la actual República ecuatoriana.

Tal vez, sin la intervención española, hubieran los incas entrado en contacto con los mayas, con cuyos rudimentarios geroglíficos hubieran obtenido un tosco alfabeto, para sustituir a sus «quipus» o cordoncitos con nudos donde la mnemotecnica sustituía a la escritura.

Pero aun así, sólo se hubieran aproximado a las remotísimas dinastías egipcias o babilónicas.

No nos lamentemos, hipócritamente, con los indigenistas y sus interesados aliados anglosajones. Los hombres que llegaban a estas costas, además de Cristo y de Platón, traían

en sus velas al Gótico y al Romancero. Y ya se había escrito hacía tiempo la *Divina comedia*.

Los «siboneyes», que no construían chozas y habitaban en estas cavernas que ahora visitamos, aterciopeladas por miles de murciélagos, comían raíces, jutías (una especie de roedor) y lagartos. Los «taínos», que ocupaban el resto de la hermosa isla, fabricaban casas sin muros —un techo sobre el suelo—, llamadas «bajaraques», bohíos con todos los despojos de la palma, y caneyes, redondos como hongos...

Amasaban pan de cazabe; tenían perros sin ladrido, y pescaban con un pez-pega llamado «guaican», que poseía una ventosa en la cabeza y al que ataban con una cuerda de algodón por la cola, y lo dejaban nadar hasta que se le adhería otro pez, y entonces tiraban de ambos hasta la playa. Era aplicar la cetrería, el azor, al reino de las aguas.

Los feroces «caribes» de las Pequeñas Antillas eran antropófagos. Castraban y cebaban a los jóvenes prisioneros. Y cuando los descubridores llegaron a la isla de Guadalupe, encontraron en una choza abandonada una vasija, dentro de la cual, en el agua hirviente, se cocía una pálida cabeza humana.

Se ha reprochado a los españoles el haber acabado con las culturas americanas. Aparte de que los conquistadores nunca son turistas con máquinas fotográficas, ni meros testigos de la Historia, sino fecundos creadores de ella, puede objetarse que en una de las últimas estadísticas americanas aparecen en la América de habla hispánica 25 millones de indios puros. Y ahí está Cuzco, intacto, en lo fundamental, y entero su Templo del Sol, convertido en convento de Dominicanos, en una de cuyas celdas, que acaso estaba dedicada al Trueno, Hojeda escribió la *Cristiada*, lo cual no constituye ningún retroceso para el espíritu.

Tampoco creo que sea un crimen para la cultura el haber suprimido la ofrenda de corazones palpitantes, arrancados en vida a las víctimas por los sacerdotes aztecas y levan-

tados a la altura de un tosco dios de piedra (en el año de la conquista se elevaron a cien mil los corazones extirpados), para sustituir este bárbaro sacrificio por el Misterio de la Eucaristía.

Los españoles, en lugar de reservas de indios —mezcla de circo y jardín zoológico—, hemos engendrado mestizos.

Pero ya está el sol, rojo, iluminando a Cayo Paraíso. A poca profundidad, sobre la arena blanquísima, como un mantel, semejante a un centro de mesa de porcelana, veo a una rosada caracola.

La alzo. El informe y blandengue «molusco» que la habita se oculta en su espiral de nácar. Jamás más harapiento mendigo ocupó tan lujoso palacio. Al contraerse lanza unos delgadísimos surtidores de agua salada; me riega las manos con sus diminutos Aranjueces.

ENTREVISTA CON DON CRISTOBAL

Don Cristóbal ha caído en la manía de amueblar su cuarto como el camarote de la «Santa María», con una brújula, un mapa portugués, unos damascos rojos y una talla policromada, riojana, de Nuestra Señora de la Balbanera.

Naturalmente que en torno a su cuarto, en vez de olas saladas, se anda sobre el algodón de unas nubes de bienaventurados.

—Hoy se cumplen —le digo— cuatrocientos cincuenta y nueve años del descubrimiento.

Le saludo y le felicito en italiano.

—Hábleme en castellano —me responde—, el italiano apenas lo entiendo.

—¿Luego es verdad la tesis de que usted es gallego?

Sonríe.

—No lo sé; estoy hecho un verdadero lío. Tengo dos o tres cunas: Génova, Cataluña, Galicia. Y dos esqueletos: uno en Sevilla y otro en Santo Domingo.

—¿De modo que no nos aclara nada?

—¿Para qué? ¿En qué iba a entretenerme si no existieran estas polémicas? Aquí nos aburrimos un poco.

»Como vivimos tan poco tiempo sobre la tierra y luego tenemos toda una eternidad por delante para contarnos lo que hicimos, nuestras tertulias resultan monótonas.

»Al pobre Homero le huímos. Nos sabemos ya de memoria su famosa *Iliada*. ¡Y no le quiero hablar a usted de Dante! Como escribió sobre todo esto cuando aún estaba en el

mundo, se cree el cronista oficial del «Más allá». En cuanto a Sócrates, se ha puesto imposible. Lleva siglos queriendo demostrarnos que él, en el fondo, no era pagano.

Luego, tras una pausa, me pregunta :

—¿Por qué hablan todavía latín en el Continente que descubrí? ¿No resulta un poco pedante?

—No se habla latín, don Cristóbal, sino español.

—¡Ah! Como no oigo más que hablar de Latino América. Ya me chocaba; porque el único documento que llevamos en latín era una carta de los Reyes Católicos para el Gran Khan, que no fué entregada por falta de destinatario.

—Se ha desfigurado tanto todo aquello —le replico—. ¿Sabe usted que hace un mes, en una representación de un colegio extranjero, salía el niño que le representaba a usted, entre unos cocoteros pintados, enarbolando la bandera francesa?

—Sí, ya lo sé; me hizo mucha gracia. Me figuro a Rodrigo de Triana gritando ante la playa, al amanecer: «¡Terre, terre; la voila!».

—Dicen que llevaba usted al nuevo Continente la libertad y la democracia.

—La demo... ¿qué?

—Es una fórmula política.

—¡Ah, sí, muy antigua! La inventaron los griegos.

»No sé, es posible. ¡Se me acusa de tantas cosas! Parece ser que soy uno de los últimos que llegaron al Nuevo Mundo; que antes que yo estuvieron los normandos, los polinesios y los chinos. Si lo llego a saber, no embarco. O hubiera venido más modestamente, en un vapor de la «Trasatlántica», y ya con mi carnet del Centro Gallego.

»Menos mal que, por lo menos, las Indias llevan mi nombre: Colombia.

—Bueno, no quiero desilusionarle, pero así se llama únicamente una nación, ilustre y culta, pero sólo una. El resto se denomina América, en honor de Américo Vespucio.

—Sí, ahora lo recuerdo. ¡Qué descarado este Américo Vespucio! ¡Lo que hace la propaganda, amigo mío!

Y añade con triste ironía:

—Sobre mí han dicho tantas cosas en las fiestas de la Raza. Me han abrumado con discursos, y con coronas de flores, que creen que me gustan. Para unos soy judío; para otros, portugués. En mi estatua de Barcelona estoy señalando, con mi dedo de piedra, al Mediterráneo. En una película inglesa boxeo con el Rey Don Fernando, mi señor. Unos historiadores afirman que soy un gran navegante; otros, que sabía menos geografía que el peor estudiante del bachillerato. Hay biógrafos que me llaman bíblico y místico; otros, ávido mercader.

»Para algunos descubrí América gracias a que seguí el vuelo de unos loros. No falta quienes quieren canonizarme.

—Desearía que usted —le apremio—, que está en el secreto, me dijese la verdad.

—¡La verdad! Amigo mío, se necesita mucha fuerza militar para poder decirlo. Cada siglo tiene su verdad. Voy a decirle cuál será la verdad acomodaticia para el siglo XX.

—¿Cuál?

—Diga usted que nací en América; en la Florida, o en cualquier otro lugar de la zona del dollar.

—Pero ¿y las carabelas?

—De construcción francesa. Las velas, holandesas; la brújula, de Inglaterra, «made in England».

—¿Salió de Palos?

—No especifique; se molestaría el Havre.

—¿Los tripulantes?

—De la Europa occidental. Europeos; blancos, algo vago. El grumete diga que era antepasado del Presidente Auriol; eso hará muy buen efecto entre los intelectuales.

—Pero ¿y la Reina Isabel?

—Silencio. ¡Una Reina! Y castellana, y reaccionaria, y católica. No; no hable de ella. ¡Ah si pudiéramos decir que

los navíos fueron armados por una república laica, con créditos votados en el Parlamento y ante una iniciativa de la minoría socialista! Le aseguro que no hemos tenido suerte.

»Constantemente vienen a mi camarote, entre las nubes, muertos ilustres del siglo pasado y de éste, y todos me desilusionan. América, me dicen, nació con el descubrimiento de las alambradas. El barón de Humboldt es el verdadero descubridor de América. Hay dos descubrimientos de América; el segundo es el que vale. Comienza con la invención de los frigoríficos ingleses. Anoche mismo me aseguraba una sombra ilustre: América no nace el 12 de octubre de 1492, sino el año 1734, cuando la Academia de Ciencias de París envió a La Condamine para medir el arco de meridiano, en el Ecuador.

Hemos salido a pasear sobre las nubes. Se había apagado ya el sonido de las arpas y el cielo parecía la sala de un concierto después de una audición.

Don Cristóbal ha saludado a una sombra venerable.

—¿Quién es?

—Noé.

Y añade con cierta envidia:

—Por lo menos, ése navegó solo, sobre una tierra inundada. Y nadie le discute. Lo peor en este mundo, amigo mío, es la competencia.

LOS FOSILES VIVOS

Nada menos que el propio Ministro de Obras Públicas del Gobierno de Cuba ha tenido que intervenir en el caso de la tortuga gigante.

Parece que se ha llegado a un acuerdo entre el Ministro y el Colegio Champagnat, que la reclamaba para su colección científica. A la muerte de la tortuga, que acaso sea en el año 2000, el Ministerio de Obras Públicas entregará su bello esqueleto de color de peineta española a ese Museo de Historia Natural del Colegio, que, como todos los museos de este género, es el cementerio de los bellos animales salvajes.

Fué pescada hace unos días en la «cayería» complicada de Santa Cruz del Sur, y parecía, flotando, un islote de caramelo, entre el fino despeinado de los cocoteros de la playa. Pesa 750 libras (es decir, 345 kilos), y su edad es la respetable de ciento cincuenta años.

Iba a ser sacrificada, y su delicada carne sopera metida en latas. Su longevidad la ha salvado. ¡Porque la ancianidad tiene tanto de misterio! ¡Es tan respetable aquello que desafía al tiempo, y su implacable guadaña, con sólo un débil y palpitante corazón!

Como esa tortuga, se salvó el Emperador del Japón de ser declarado criminal de guerra, gracias a la vejez milenaria de su dinastía.

Cuando ella empezó a nadar por las costas cubanas se dictaban en esta hermosa isla las leyes en nombre de Su Ma-

jestad Carlos IV. El bello Manuel Godoy hojeaba por entonces los informes que le enviaban los Virreyes de Indias.

Tenía ocho años cuando Daoiz y Velarde caían el Dos de Mayo ante las tropas de Napoleón. Y Goya hubiera podido retratarla junto a un Infante de azules ojos borbónicos, vestido de rojo, quien la haría nadar en una palangana de plata.

Hace unos meses afirmaba un escritor americano que, según los naturalistas, pueden estar todavía vivos viejísimos quelonios y ballenas que vieron al amanecer asomar las velas de las tres carabelas del Descubrimiento.

Siempre, más que la inerte arquitectura en ruinas, o la muerta arqueología, me han impresionado los fósiles vivos.

Claro es que estos fósiles no abundan en el reino animal, donde sólo algunos de ellos, de epidermis dura (como si la muerte entrara por la piel), cocodrilos, tortugas y elefantes, se atreven a resistir el peso de los siglos.

Parecería que los seres vivos, a medida que se complican, se hacen más quebradizos, más de cristal, como si pagaran su perfección con la brevedad. Por eso es más fácil hallar estos fósiles en las plantas, intermediarias entre los cálidos animales y el helado reino mineral.

En Lima, junto a la Catedral, aún vive y da frutos una de estas ruinas vegetales. Se trata de una higuera que plantó don Francisco de Pizarro.

Nada queda ya de su casa-palacio, ni de sus enyesadas salas con artesonado de vigas, empolvados espejos y oscuros óleos de santos, como la austera estancia del cuadro de «Las Meninas». Allí cayó el conquistador, ya viejo, a medio poner el peto de su armadura, atravesado por las espadas de los jóvenes «almagristas», echando sangre por la boca como un bravo toro y mojando en ella sus dedos, para pintar una cruz sobre las baldosas del suelo y morir, besándola, sobre ella.

Como las melancólicas coplas de Jorge Manrique. ¿Qué queda del altivo vencedor de Atahualpa, del blanco penacho

de su yelmo, del conquistador de Cuzco y fundador de la dulce Lima con el nombre de Ciudad de los Reyes, porque trazó sus calles el día de la Epifanía? Pero aún da higos su vetusta higuera. Sobre el solar de la casa de Pizarro se alza ahora el Palacio Presidencial; y os aseguro que se asombraron no poco los tostados centinelas de la entrada, y llamaron al sargento de guardia, cuando pedí permiso para entrar, únicamente a contemplar a un árbol.

Allí estaba la higuera, aprisionada por el edificio, porque sobre el antiguo huerto se alzan ahora las oficinas; y la aturde, en vez de los alegres pájaros, el picoteo incesante de las máquinas de escribir y los diálogos de las mecanógrafas con los archiveros.

Se la contempla desde una ventana; está apoyada en bastones de hierro, como una anciana paralítica; reforzada con cemento, descansando sus brazos desmayados en muletas herumbrosas.

Pero sus menguados higos saben a siglos.

En California se alzan, como edificios, las gigantes «sequoias», de dos y tres mil años. Una de ellas ocupa toda la carretera, y los autos lustrosos de los recién casados pasan por su túnel vivo, sensible al otoño y a la primavera. Ya eran arbustos lozanos cuando los babilonios regaban sus jardines colgantes.

En el Huerto de los Olivos, cercano a Jerusalén, entregan a los viajeros ramas del rugoso olivo que vió sudar sangre al Señor, y cuyas ramas deslumbró el Angel con su Cáliz y las antorchas resinosas de la «cohorte» que acompañaba al rojizo Judas.

En Santo Domingo he cortado un pedazo de corteza de la ceiba a cuyo tronco ató Colón a una de sus carabelas, palpitan sobre el río Ozama.

Una tarde, en Méjico, después de la corrida de toros, me fuí al pueblo de Tacuba. Existe allí un árbol de roja corteza, preso en una verja de hierro. Enfrente se alza una tienda,

«La Atrevida», y junto a una carnicería, un comercio llamado «El Nuevo Arbol».

Había mucho polvo, taxis y se oía chirriar al tranvía 603. Dentro del tronco, casi hueco, del árbol, de una vejez de dos mil años, entre su corazón reducido a serrín, crece un joven arbusto de verde hoja.

Pero aún las ramas antiguas tejen una ligera sombra. Bajo esas ramas pasó Hernán Cortés su «noche triste». Había perdido todas las calzadas rellenas pacientemente sobre la móvil laguna de Méjico. Alvarado había batido un «récord» olímpico, sin público, saltando sobre el agua, apoyando en el fango el cuento de su lanza. Más de sesenta españoles subían las escalinatas de piedra, empinadas, de los Teocalis, para que sobre la piedra convexa les abrieran el pecho y les extirparan el corazón palpitante, que era arrojado por los sacerdotes, aún moviéndose, a la «Jícara del Aguila». Las cabezas cortadas, alargadas, de los caballos, considerados como dioses unos meses antes, mostraban sus grandes dientes amarillos, clavados en astillas. Cortés lloró al ver destruido su sueño. Al día siguiente, con el alba, emprendería la triste retirada detenida por la increíble victoria de Otumba.

¡Plantas y animales que han desafiado a las edades! Testigos vivos de hechos lejanísimos. Nunca los insensibles monumentos, los coliseos y pirámides, nos emocionaron como estos fósiles que palpitan, como esta arqueología que todavía florece.

¡Como esa carne de los lanudos mamouts de Siberia, enterrados bajo el hielo durante veinticinco mil años, que aún atrae a los zorros polares, o ese grano de trigo de las tumbas de los Faraones, que a pesar de los milenios todavía no ha olvidado el dibujo de la espiga!

MI PISO HA MUERTO

Amancia, la encargada —no le gusta que la llamen portera—, me anuncia que mi piso se ha quedado sin luz.

—Qué mala suerte. Es el único de la casa.

Y añade, a modo de aclaración:

—Todo está alterado con las obras de la calle Línea.

Alude a esta calle despellejada, desollada como un San Bartolomé, por las obras del túnel que se está abriendo debajo del río Almendares. La calle muestra al aire sus filetes nerviosos de cables, sus tuberías como intestinos operados. Enormes máquinas americanas, con cucharones, toman, como una sopa, su tierra roja.

Y otras la embisten, como «bulldogs» chatos, la muerden en sus flancos, como si se tratara de una caza.

Desde la terraza de mi casa del Vedado, calle 16, entre Linez y Calzada, veo a mi izquierda los últimos coches de la hilera de taxis (aquí al puesto se le llama piquera), conducidos, entre algunos morenos o mulatos café con leche, por gallegos nostálgicos que todavía, bajo la lluvia tropical, entre los cines parpadeantes, las guaguas (autobuses) y tranvías de La Habana vieja, recuerdan aquellas peras o manzanas de la merienda de su niñez, o el nido de perdices y el erizo que guardaron en su boina. Siempre hay un barco —el «Comillas», el «Magallanes» o algún vapor alemán— en su recuerdo, junto a su madre diciéndoles adiós con el pa-

ñuelo, que es como la lápida mortuoria de su niñez española. Aunque aquí nacieron de nuevo, y ese mismo barco, en los muelles de San Francisco, fué su cuna cubana. Sobre su nostalgia —morriña— se amoratan en vino generoso de Burdeos o en púrpura violeta las hojas de la bugambilla que sólo florecen, aristocráticamente, quince días al año.

Enfrente se levanta el convento de Capuchinos, con celdas iluminadas y yesos con blancos de Zurbarán, viejos libros y algún Cristo sobre un monte con una calavera de pasta. ¡Qué eterno, qué fuera del tiempo, está el cristianismo!

Bajo las cruces —como calvarios técnicos— de la televisión, entre los cines y la radio, brilla esta celda que podría ser la de San Jerónimo en Belén, la de San Benito en Montecasino o la de Tirso en Soria. Ni siglo XX, ni Nuevo Mundo, ni era atómica. Esta celda no tiene edad, ni época, ni sitio.

En el crepúsculo, de un rosa de acuarela, algún monje encorvado pasea por la terraza sirviéndole de fondo la cima de los árboles plantados en un gran parque vecino al convento. Estas cimas tienen el verde más nuevo. Cuando el sol se hunde, baña a todo el convento en un oro bizantino y transforma a las cimas en cipreses.

A las nueve suena la campana; el único ruido natural inventado por el hombre, como el balido o el rumor del arroyo, el mugido o el viento entre los chopos. Parecería que desde el principio del mundo han sonado las campanas.

Los monjes se ven conturbados en sus rezos por los ladridos de los canes del «Asilo de Perros», cuya pared es medianera al convento. Es decir, junto a lo católico, ese interés nórdico, protestante, por los animales. El perro, nuevo protagonista en esta etapa de la Historia, por el cual se gastan millones de dólares y de libras en Inglaterra, en Estados Unidos, en Escandinavia. Con sus «Reformatorios de Conducta», y sus médicos, no veterinarios. Y sus peluqueros e

«Institutos de Bellezas»; con sus pintores y pintoras. Con sus inyecciones y vacunas, sus filósofos y sus aduladores. «Cuanto más trato a los hombres, más quiero a mi perro.» Con sus árboles genealógicos en medio de un mundo democrático, y sus pasteles con velas de cumpleaños, y sus cementerios de lápidas blancas, con la fecha del nacimiento y la muerte de sus breves vidas, «1930-1945», y sus dedicatorias: «a Richmond, que era todo un caballero». El perro para la casa (que ni caza ni guarda el ganado) que adorna como un cojín con vida, mimado con bizcochos embebidos en té azucarado. El perro, que en los futuros hogares sustituirá al niño.

A la izquierda se mueve la espalda azul del mar. Porque el mar nunca está boca arriba como el paisaje.

Cuando he vuelto de noche a mi casa me he dado cuenta de cuanto encerraba de terrible el anuncio de mi portera.

Porque mi piso ha muerto. Ni un rumor, ni un ruido. El silencio de la habitación donde hay un enfermo.

La casa era, hace siglos, un refugio; unas tablas o unas hojas para proteger el fuego, al hogar, que era su corazón. Unas paredes contra el viento; un techo contra la lluvia, y así fué siempre. Más tarde se buscó la fachada, lo superfluo, la escalera de mármol y el salón.

Ahora la casa es un ser vivo, una prolongación del cuerpo del hombre. Estamos tan unidos a ella como el caracol a su nacarado espiral.

Sobre la cómoda, la portera ha colocado una vela en una botella vacía de Coca-Cola, y al encenderla hemos retrocedido unos siglos. Hemos recobrado gestos, olores y temores, que habíamos olvidado. Ahora ya no nos cae la luz desde arriba como una ducha. Ahora somos nosotros quienes, andando, «llevamos la luz». Nuestra mano se convierte en la de nuestro abuelo, puesta como pantalla, traslúcida y rosada, para proteger a la llama vacilante. La esperma, que empieza a hacer caprichosas estalactitas, nos quema con su gota como una lá-

grima romántica. Huele a Opera y a coche de caballos. Y de pronto la sombra, tan sumisa a nuestros pies con la luz eléctrica, se nos insurrecciona; se levanta como un Gulliver y se quiebra, en ángulo recto, en el techo; danza en derredor de nosotros. Nos sorprende, y vuelve el terror de la noche. La leyenda. Los duendes.

Al acostarnos soplamos a la vela, y parece que con ese soplo hemos apagado al mundo.

Pero antes contemplo a mi piso fallecido.

Se ha quedado muda la laringe de su teléfono; sordo el oído de su auricular. Tampoco canta ya el aparato «toca-discos»; ni escucha la radio, con su enorme oreja, los más lejanos rumores. Blancas cataratas enturbian los claros ojos de la televisión. Parálisis en las manos afanosas de la batidora y de las máquinas que lavan la ropa y se ha quedado sin aliento la boca del ventilador.

Ya no palpita el pulso, el corazón, del reloj eléctrico; ni se mueven los pulmones del «aire acondicionado». Mi alcoba ya no respira.

La putrefacción, como un dragón, penetra en ese pequeño palacio de la Bella Durmiente que es el «frigidaire» (donde la vida se ha inmovilizado) y derrite a la mantequilla, agría la leche, pudre la carne de las manzanas y de las ciruelas con escarcha de frío, y hace gotear el hielo cuadriculado con ese sonido de los tejados de Suecia o Finlandia, cuando llega la primavera.

Nunca el Hombre, ahora que ha sometido a la materia, ha estado más dominado por ella. Durante cientos de siglos, Alejandro o Felipe II, Horacio o Cervantes, Santo Tomás o Pizarro, gobernaron, escribieron, amaron o se santificaron, en pleno apagón de luz. Esta noche, que a mí me parece trágica, fué la noche normal durante milenios.

Estoy solo, como un hombre antiguo al que le hubieren degollado sus esclavos. Estoy en medio de la ciudad del si-

glo xx iluminada, como un Robinsón en su isla o un primitivo en su negra caverna de fósiles.

 Mi piso ha muerto. Y esa luz vacilante sobre una botella, reflejada por el espejo, es el cirio funeral que vela su cadáver.

 Hasta que mañana un simple obrero —y de ahí su fuerza— con un alicate realice el milagro de su resurrección.

EL CICLON

Como se gradúa la noticia de la muerte de una persona querida —enferma, grave, fallecida—, así se inicia el ciclón en la Prensa y en la Radio, por los boletines, casi médicos, de los Observatorios.

Primero, se habla de una «baja barométrica»; luego, de una ligera «depresión»; después, de una «perturbación»; a continuación, se le corona con la palabra, aurífera, de meteorología; finalmente, quitada la careta, se pronuncia el nombre terrible: «ciclón». Así nace el monstruo.

En la isla de Swan, a la altura de Honduras, y en la de Gran Caimán, se mece la cuna del ciclón. El agua del mar, recalentada, se evapora y sube; en su vacío se precipita el aire más fresco, originándose una corriente. Su tumba generalmente es la Florida. Pero en su reinado, tan breve, el tirano atmosférico arrasa todos los años alguna bella provincia de Cuba.

El ciclón es el protagonista del verano cubano. Si Pérez Galdós hubiera nacido en Santiago de Cuba o en Pinar del Río, hubiera escrito un «Episodio» sobre la Capitanía General de O'Donnell o la Guerra del sesenta y ocho, teniendo por fondo al huracán; su novela se hubiera llamado «El Ciclón». Si el maestro Guerrero hubiera sido habanero, habría compuesto una zarzuela titulada «Las cicloneas», en la cual las bellas chicas del conjunto, con impermeables y pantalones de hombre, hubieran imitado a las muchachas

que «corren el ciclón» de casa en casa de los amigos, bajo los aguaceros de la calle.

El ciclón produce diálogos costumbristas, de principio de acto, donde chispea el gracioso espíritu cubano, que trata, sonriente, todos los temas, terrestres o celestes, como aquel muchacho, que hace unos meses explicaba los platillos voladores diciendo :

«Ven acá, chico; si eso es San Pedro jugando al yoyo.»

En este Bar Bengala, pintado de verde con azulejos blancos, esperan al ciclón, que pasará de madrugada, honestas familias provincianas, ganaderos de Camagüey, del vecino Hotel Plaza; un mulato vendedor de lotería, de gorra de visera beisbolera, con el Alacrán del Almendares en blanco; una muchacha que rifa, entre Neptuno y Prado, un auto americano, y cuyo segundo premio es un viaje a España; unos rubios norteamericanos turistas con maracas, bolsos de lagarto y pañuelos estampados, recién comprados, y alegres muchachas del cercano Johnny's Bar, cuyo anuncio, fluorescente, parpadea en la noche. Porque el ciclón, como hace con el paisaje, lo iguala todo. Tazas de negro café entre los azucareros generosos; y entre los partes del Observatorio, guarachas, y la canción de moda :

*Pero no sabiendo que yo soy el hombre
que tiene un hermoso y lindo cafetal.*

El diálogo, ligero, llega a mis oídos.

—¿Qué tú sabes de ciclones?

—Cantidad.

—Viejo; no hay problema.

—¿Si no? No te embulles (no te entusiasmes).

—Compadre, aquel ciclón le zumbaba el mango.

Y el de la barra, que convida.

—Si queréis tomar; tú ya sabes.

Alguno, liberal o laico, se fia solamente del Observatorio Nacional y de su Comandante Millás.

—¡Ese es chèvère! (acaso corrupción del haitiano Chevalière).

Otro, clerical, sólo cree en el Observatorio jesuíta de Belén y en el padre Goberna.

—Mientras no vean sus nubes rosas y bajas que pasan rápidamente, no hay ciclón.

—¡Te la comiste viejo! De eso nada.

El ciclón aparece tan evidente que, a pesar de ser amorfo y difuso, posee en Cuba fisonomía, cara; se le ve en las caricaturas de los periódicos como un enorme duende en espiral, con cola de embudo, y en su abultada cabeza unos grandes ojos negros como gafas de carey; dice chistes políticos o se mete con el Ayuntamiento.

Antes incluso tenía nombre generalmente de santo, como aquel «San Rafael» de 1692 o la «tormenta» de «Santa Teresa» del siglo XVIII; en nuestra época, más materialista, simplemente se le numera: el del veintiséis, el del cuarenta y cuatro, o, a lo sumo, el «huracán pigmeo» del cuarenta y ocho.

Cada huracán posee su historia, su anécdota; uno ahogó a todos los habitantes del pequeño islote Cayo Cristo; otro sopló en un lago, como quien lo hace sobre una cucharilla de sopa; y lo dejó en seco.

El «del veintiséis», con elegante esgrima, atravesó con un grueso madero el cuerpo gentil de una palmera; la fotografía la muestran en Belén. También levantó una pesada plancha de cinc y decapitó con ella, convertida en «gillette», a un muchacho chino. Hubo un águila de bronce, de una casa comercial, que, más fiel a su forma alada que a su pesada materia, voló sobre el azul de la bahía.

—En mi provincia —me dice un amigo, con cierto orgullo «ciclónico»—, el ras de mar levantó un barco y lo metió un

kilómetro adentro; vimos tiburones entre las cañas de azúcar.

El camarero de Radiocentro me explica que en su pueblo fué arrancado el alto guano verde de las palmeras «como si lo hubiera comido un chivo gigante».

Como los peruanos hablan con toda naturalidad del «temblor», del «epicentro», del «remezón», así para los cubanos son familiares las palabras «vórtice», «recurva» y «ras de mar».

Pero el terremoto es como una revolución social; tiembla lo de abajo, los cimientos. El ciclón, no; es una invasión, viene de fuera. Es la guerra geográfica de las Antillas. Todos los vecinos están pegados a la radio (que esta noche vence a la televisión) escuchando los partes, bélicos, de los Observatorios: «avanza a doscientos kilómetros por hora»; «ya está en isla de Pinos»; «se inclina hacia las Villas y Matanzas». Se moviliza a la policía, al ejército. Se oyen las llamadas a la Cruz Roja; a los médicos...

En Arroyo Arenas, en la finca de unos amigos, hacen gran provisión de velas porque el ciclón arranca los cables eléctricos. Y destroza las torres de la radio, curva los faroles, destecha, impudicamente, las casas, dejando al descubierto sus intimidades. Primero ablanda, diabólicamente, a la ciudad (ayer llovió durante quince horas), y esas lluvias son trágicos heraldos. Luego sobre la ciudad, herida, reblandecida, pasa sus violentos escuadrones, sus galopadas de ráfagas; y las palmas se comban, como arcos tensos, prontos a disparar su flecha.

El Observatorio de Belén es esta tarde como un «Estado Mayor». Llegan noticias por teletipo; por radio. Comunican los valientes aviones americanos «cazaciclones», que audazmente se meten en su vórtice (siempre en calma, como una gota de primavera) y avanzan con el huracán. Gira, loco, como una ruleta, el «anemómetro» que marca la velocidad

del viento; tiembla, sensible, el «barógrafo», y las nubes que vuelan misteriosamente hacia el ciclón se reflejan en el «nefoscopio» inventado por el padre Viñes, uno de los más líricos y poéticos objetos que he tenido en mis manos. ¡Un espejo para nubes, sobre la Rosa de los Vientos!

Se pide a los vecinos que no salgan a la calle; que quiten de los balcones las macetas, y claven las ventanas y puertas que laten ya, enloquecidas, con las primeras ráfagas. En el Prado están atando a los árboles con gruesas cuerdas, como si fueran bestias salvajes, porque el ciclón los hace pasar de reino extático, vegetal, al animal. Los jardines están sujetos con camisas de fuerza. Tiras de papel, en cruz, o en equis, sobre todos los cristales, como esperando un bombardeo. La cúpula de cristal de «Tropicana» es un enrejado de confesonario, una celosía moruna.

El Hotel Nacional, con vigas de hierro, atenaza y sujeta a las impacientes persianas, y en la noche lúgubre se escucha en toda la ciudad el martilleo que clava a las puertas y que suena a Gólgota, a Crucifixión.

El ciclón es un fantasma no de la Historia, sino de la Geografía, que gira en sentido contrario a las agujas del reloj, nacido del mar, y que se debilita sobre la tierra, y se reconstruye en la espuma, y deambula sonámbulo de isla en isla sin saber adónde va, y anima a lo inanimado y subleva a los muebles y a los objetos contra el hombre; que odia a lo civilizado y arranca las antenas de la radio, los anuncios luminosos y apaga la luz. Es acaso el alma del mundo Terciario que decapita a los hombres y todo lo confunde, y siembra peces en la tierra y sorbe amargos lagos, y pasa vencedor y terrible, con su larga cola antigua, donde lleva prendidos extraños insectos, lluvias y mosquitos...

Pero como en la katharsis griega (que era la serena alegría después de haber presenciado la tragedia), el huracán deja tras de sí el día más maravilloso del año. Un día lim-

pio, nacarado, convaleciente, como fregado y bruñido, de un azul purísimo y de una inexplicable paz. El terrible San Cristóbal ha depositado sobre el paisaje al sonrosado Niño sonriente que antes llevaba sobre su gigantesco hombro de atleta.

EL TROPICO, DOMESTICADO

Al principio fué sólo en los despachos de Aviación. Ibamos por una calle tropical, de mosquitos y lagartos, de indias descalzas y con trenzas, y coches de caballos con toldo, de una ciudad de Centroamérica, y de pronto nos azotó la cara sudorosa una bocanada de aire fresco, de cumbre nevada. Leímos: «Pan Air» o «Braniff». Entramos con el pretexto de enterarnos de una ruta aérea, pero en realidad para gozar de aquel frío y contemplar aquella rubia muchacha de silueta de anuncio de *Life*. Yanquilandia intentaba conquistarnos con su fresco prefabricado y la hermosura de sus mujeres.

Luego, en las ciudades tropicales, se refrigeraron los cines. Las palabras «aire acondicionado» —con unos copos de nieve en la parte alta de las letras— eran más importantes que el propio título de la película.

La gente iba al cine a veranear. Allí se dormía la siesta. El telón tiene algo de sábana blanca; hay unas luces tenues, como de lámpara de mesilla de noche, y los fantasmas del celuloide se pueden confundir con nuestros propios sueños, de quienes son hermanos.

El verano pasado, el aire refrigerado obtuvo nuevas victorias en La Habana. Tomó al asalto varios restaurantes y cafés; escaló algunas clínicas; nos reconcilió incluso con nuestro dentista, quien, aunque nos extrajo una muela, lo hizo en pleno junio, con un ambiente de Navidad.

La refrigeración, como un borracho de bar, se sienta en

todas las barras y en torno a los menús. Radio Centro; Chéz Merito, en el Hotel Presidente; Pan American se envanece de ella, y hasta el tradicional Floridita, regentado por Constante, el rey del daiquirí, el Chicote de La Habana, se ha rendido; ha bajado su techo, se ha esmerilado de cristales y ha introducido un frío polar. Así, la antigua «Piña de Plata» del «tiempo de España», como aquí se dice, sin rencor, la Fonda de los oficiales y funcionarios peninsulares, con los «quitrones» de grandes ruedas a la puerta, se ha puesto a la última moda, como un recién nacido bar de Miami.

Los restaurantes que aún no poseen el aire mágico sienten una especie de rubor y complejo de inferioridad. Y apenas pedís la «carta», si acaso se oye un martillado sobre un clavo o un simple arreglo de cañería, os advierte el camarero gozoso, aunque no sea verdad:

—Están poniendo el aire acondicionado.

Esta promesa es como una salsa, prematura, del menú.

Ahora, verano de 1951, el aire acondicionado sube, como un Romeo por su escala, hasta las más recónditas alcobas. Ha entrado en los hogares, y en pulso de popularidad ha vencido a la propia televisión en plena «luna de miel» con los burgueses.

Las casas productoras lo saben y han reforzado su propaganda. En los anuncios figuran cimas nevadas de montañas y frescos lagos entre pinos, donde se pesca el salmón.

—Todo esto —os dicen— lo tendrá usted por unos centavos al mes de energía eléctrica.

Es decir, que se vende el veraneo; que os pueden envolver en un papel al Guadarrama o a los Andes o a una noche en Suiza; que unos obreros, en unos minutos, os pueden instalar un poco de diciembre.

El bar de Rancho Boyeros, en el aeródromo, posee una poderosa refrigeración. No comprendo cómo pueden vivir los irisados pájaros de su jaula verde. Sobre la barra hay

una especie de muñecos —un bajorrelieve de trapos— bailando entre guitarras. Fuera, las hélices de los aviones pasan, al acelerarse, de lo macizo a lo invisible. Las palmeras, entre los hilos de las persianas, parecen un tapiz bordado, un adorno, que no tiene nada que ver con nosotros.

Porque ésta es una de las curiosas consecuencias de la refrigeración. Nos despega del paisaje, al que convierte en cuadro al óleo, en decorado, en tapiz, por el que no transitamos.

—Parece que uno no está aquí; me decía, hace unos días, un amigo en su helado despacho. Y en realidad no estaba. Como el buzo «no está» en el fondo del mar, sino que pasa por él, respirando su aire terrestre.

Porque el aire acondicionado hace que las casas vivan con escafandra y miren al paisaje con ojos de buzo. Acaso todo esto sea una falta de solidaridad con el país donde se vive, con el cual hay que estar en lo bueno y en lo malo. Ahora muchos cenan como cubanos, pero duermen como suecos o noruegos.

Si el hombre es un producto del clima, a medida que se extienda la refrigeración se transformará la psicología de estos países. Se harán mas enérgicos, pero acaso también menos alegres. En el transcurso de los años, veremos a hombres trigüeños con psicología de rubios. Con la refrigeración, tal vez se haga más fácil la expansión del protestantismo, que en cierto modo es un catolicismo de clima frío.

Si la refrigeración no se abarata y socializa, contribuirá a enconar la lucha de clases y será un elemento tan perturbador como la discriminación racial. Habrá una aristocracia refrigerada, europea y norteaña, y unos campesinos cálidos y tropicales.

El aire acondicionado, además de todas sus ventajas, acaba con los mosquitos, azote del trópico, pues apenas se enchufa en una casa se pueden enrollar esos fantasmas llamados mosquiteros que planean sobre las camas como apa-

raciones. Se sigue en esto el procedimiento infalible de la Naturaleza, que para cambiar las especies animales —como quien da un toque de manivela— le basta con disminuir unos grados la temperatura.

También influye en la familia.

—Mi marido —me confesaba una señora— desde que hemos puesto la refrigeración apenas sale por la noche. Contrariamente a lo que pensaba, ha sido la frialdad lo que le ha retenido en el hogar.

El nuevo invento ama las paradojas. Ahora las habitaciones huelen a intemperie, y los paisajes a alcoba.

El descubrimiento de la refrigeración es tan importante como el del fuego. El «hombre cuaternario», que frotando unas maderas o golpeando un pedernal hizo saltar al fuego a voluntad, puede darle su mano, peluda y magullada, a través de cientos de siglos, al fino ingeniero, inventor del aire acondicionado.

El fuego sacó al hombre de los países cálidos y le permitió extenderse por el Norte y colonizar a Europa. La refrigeración domestica al Trópico. Hoy se refrigeran cines, restaurantes y los cuartos de algunas casas. Cuando la energía atómica se industrialice, se podrán refrigerar calles y plazas, ciudades enteras; ¡quién sabe si los campos y las fincas de los alrededores!; y acaso cientos de hectáreas. Entonces florecerá la civilización en plena selva brasileña, en el corazón de Africa; entre los tigres de Malaya.

Inversamente, esa energía atómica nos servirá para deshelar algunos bordes de la tierra congelada de la Antártida; y habrá claveles en el Polo.

Evidentemente, los hombres del futuro tendrán nuevos decorados y múltiples escenarios. Pero cabe preguntarse, ¿será por ello mejor la Comedia?

Méjico

Las siete Salamancas.—La profecía del hombre blanco.—El Cenote Sagrado.—El calendario secreto.—El caracol.—La Creación ensayada.—La subida hacia Méjico.—El parque de Chapultepec.—El Castillo de los Saltamontes.—Los caballos.—Eugenia y Carlota.—Teotihuacan.—Un Miguel Angel sin Dios.

LAS SIETE SALAMANCAS

En esta punta del cabo de San Antonio termina la isla de Cuba. Aquí hay venados; al otro lado, en el Yucatán, también; pero en medio se abre el abismo del mar. Es un rebaño, separado, hace miles de años, por las olas. Esta continuidad de la fauna nos da la sensación de que Cuba formó, algún día, parte del Continente.

El avión lleva en su fuselaje la bandera de Méjico, con el águila devorando a la serpiente.

Todavía masticamos la goma mentolada del «chicle», empezado en La Habana, cuando ya dejamos las tierras, color de teja con manchas verdes y vaho azul entre palmeras, de la provincia de Pinar del Río.

Ahora es ya el mar. Pero un mar donde la tierra pugna por emerger. Se ven camafeos de arena húmeda, de un rosa levísimo, de un verde anaranjado de hígado de pato, de «foie-gras» francés; como medallones de tierra con una orla de plateada e hirviente espuma. Y el agua es una esmeralda disuelta.

Una hora más y volamos sobre el Yucatán. Por estos mares semiterrestres o estas tierras semilíquidas, navegaron, hace siglos, las canoas de los mayas con sus mantas y telas de algodón pintado.

Colón, andariego de isla en isla, se topó con una de estas canoas, ignorando que estaba ante la presencia de los marineros de un gran imperio abolido, de una Cultura —la más

alta de América—, que se extinguía ya, en sus últimos chisporroteos, como una antorcha pisada.

El azar de un viento, o una fuerte corriente marina, pudo, hace muchos siglos, obligarles a contornear a Cuba y poner a esta canoa en pleno océano camino del Descubrimiento de Europa.

Cierto es que no hubieran llegado; les habrían faltado los víveres y el agua dulce para salvar la desolación, azul y salada, que va de Cuba a las Azores.

Pero es apasionante imaginar lo que hubiera sucedido si este pueblo, que descubrió la bóveda y las fases del planeta Venus, perfeccionando su técnica marinera, hubiera arribado a nuestras costas trayendo la noticia de un Nuevo Mundo en pleno Imperio romano (cuando su cultura de Petén y Copán en el Viejo Imperio) o en tiempos de nuestros reyes godos o alta Edad Media, cuando florecía su civilización del Nuevo Imperio en el Norte del Yucatán.

También Pizarro, navegando por las costas del Pacífico, encontró una balsa tripulada por quechuas a la altura de Tumbes. Y en ella contempló objetos de oro, huacos, pieles de vicuña, tejidos de lana de llamas, y aquellas telas ajedrezadas, de colores, de los «Orejones» que formaban el séquito del inca.

Parecía que las Culturas, como las grandes casas comerciales, enviaban muestras sin valor a los Descubridores, con todas las experiencias de su civilización acumuladas.

Volamos sobre una tierra plana, con manchas verdes de vegetación baja.

¡Y qué extrañas las ruedas, inmóviles, de nuestro avión, tan terrestres, sobre este tenue campo de nubes blancas!

En el aeródromo de Mérida, capital del Yucatán, pululan vendedores de anillos y brazaletes de plata, entre las maletas, los aduaneros y los policías. Un muchacho indio —un maya— nos quiere vender anillos con la silueta de sus antiguos dioses.

Muestra otro (nos ha reconocido en el acento) con la efigie de Hernán Cortés.

—Cómprelo, señor; fué el primer presidente de Méjico.

Y en cierto modo no está equivocado. Oímos un hablar meloso, dulce, lleno de respeto y de cortesía; de vieja raza.

Anochece en las calles andaluzas de Mérida. Y se percibe una calma antigua y un silencio elegante.

El hotel Mérida, con su patio con arcadas, está repleto de norteamericanos que vienen a visitar las cercanas ruinas mayas de Chichen Itzá. Portan máquinas con teleobjetivos, con células fotoeléctricas, kodakcrom, films en colores, este-reoscópicas; porque los hombres modernos ya no miran; fotografían. No narran; proyectan. No recuerdan; almacenan álbumes. No existe ruina respetable sin el cortejo de papel de los clichés y las envolturas, amarillas y rotas, de los rollos.

Parques, jardines con seres silenciosos, como sombras, sentados en los bancos. Y la ronda de las iglesias barrocas, rizadas, con los toques de esos obreros mayas —de cuyas palmas se desenrollaron las serpientes emplumadas— en el oro churruigüerresco.

Una inmensa concha de piedra forma la portada de la iglesia de San Cristóbal. Y la iglesia Iritna. La plaza de toros, parecida a la de Toledo, como un brocal de pozo, con su ruedo desierto bajo la luna. El Jardín Zoológico. Los hospitales. La Mérida moderna, con los bellos hoteles entre jardines.

De noche visitamos la «Plaza Grande», donde crece dorada, color Salamanca, la catedral.

La catedral, con su aire familiar, de «ópera de los pobres»; mercado techado; ágora; paseo con soportales... Casa de Dios y del pueblo; con todas las puertas abiertas, sin orden, sin ringleras militarizadas de bancos. Unos novios están al pie de una columna, como a la sombra de un árbol. Y una niña lleva una luz. Y una mujer reza, con los brazos

en cruz, en una oscura capilla, dando la espalda al Altar mayor.

Así fué el templo medieval.

No han variado mucho los inteligentes mayas desde que los describió, con sencillo y vivo estilo, el Obispo Landa. Las mujeres conservan su antiguo traje: el «huipil», como un camión blanco, con un cuadrado de rosas bordadas sobre el pecho. Como es Semana Santa han tapado las imágenes y se ven únicamente los bultos morados. Una vieja levanta la tela nazarena, y busca, para santiguarse, la llaga del «Señor de las Ampollas».

Nos hemos detenido ante los leones de piedra gris y los hercúleos guerreros con hachas, del hermoso palacio de los Montejo, conquistadores del Yucatán. Estos Montejo, padre e hijo, eran unos charros alegres de Salamanca que vinieron aquí con el espíritu de los garrochistas de Bailén, a una heroica aventura. Francisco Montejo acompañó a Cortés a Méjico y fué quien llevó el quinto del oro de los indios al Emperador para absolver a su valeroso Capitán del delito de desobediencia a Velázquez, Gobernador de Cuba.

Brujuleó entre los tapices y damascos, estrados y doseles de la Corte y obtuvo para sí el nombramiento de Adelantado de estas nobles tierras yucatecas.

Era un tozudo salamanquino y fundó en Yucatán hasta siete Salamancas: Salamanca de Xamanca, Salamanca de Xicalanco, Salamanca de Itzamkanac, Salamanca de Campeche, y aun tres más. No era falta de imaginación, sino encendido amor de charro por su ciudad. El ganó la batalla de Aké, contra una tropa abigarrada de guerreros con «kulches» arrojadizos, varas tostadas y flechas, que tocaban caparazones de tortuga con astas de venado, soplaban caracolas de mar y se disfrazaban de jaguares y coyotes, pintándose el cuerpo con diferentes tierras de colores.

Montejo, el Mozo, pasó por Chichen Itzá, ya abandonada y cubierta de árboles. Ganó batallas en proporción de uno

a trescientos, y el 6 de enero de 1542, día de los Santos Reyes, fundó sobre el poblado maya de Tihó la ciudad de Mérida y bautizó al cacique Tutul-Xiu con el nombre de Melchor.

Hemos cenado en «Los Tulipanes», donde hay un «cenote» o pozo, al que se baja por escalones, de agua verde clarificada, filtrada por la tierra calcárea. Nos dieron «pampañitos» empapelados, con sabor a trucha y venado, tan abundante en estas tierras. Luego bebimos «tekila», sorbiendo antes sal y limón sobre el puño cerrado, para domesticar su fuerte sabor.

Luce la luna llena radiante, y brilla Venus, adorada por los viejos mayas. Por las calles, ahora desiertas, el ruido de los cascos de los caballos tirando de los altos y verdeoscuros coches-calesas. Frente a la Catedral parpadea un anuncio luminoso. Se ve a un torero dando una verónica, y debajo de la palabra «Olé», se lee: «Tome Coca-Cola». Dos influencias, disputándose el alma cerrada de Méjico. Pero estamos tranquilos. Porque al día siguiente, camino de Chichen Itzá, entre Mérida y Valladolid, hemos hablado de toros con nuestro chófer, un maya de rostro milenario de bajorrelieve.

LA PROFECIA DEL HOMBRE BLANCO

El hijo del dueño del hotel Mayaland, Barbachano, le ha dicho a nuestro guía, mientras la luna transformaba en mármol la piedra gris del «Templo de los Guerreros»:

—Llévalos mañana, a primera hora, a las columnas cosmogónicas.

Están detrás del antiquísimo juego de pelota; y hemos cruzado esta acrópolis maya del Yucatán con un sol rosa, recién salido, como un náufrago, del abismo de la noche, y una nube de nácar sobre la gigantesca pirámide del Kukulcán, con su escalinata cortada a pico, por donde rodaron, desenrollando alfombras de sangre, los cuerpos huecos, sin corazón, de los sacrificados. Pirámides truncadas coronadas por templos lineales, clásicos, de clase de dibujo.

Y por todas partes la serpiente con sus fauces curvadas y sus dientes, frágiles de veneno, a la entrada oscura de los templos.

Lo que más nos aleja de la arquitectura maya es que ellos adornaron sus columnas y frisos con la fauna, mientras nuestros clásicos acudieron a la inocente flora. En vez de hojas de acanto, pusieron serpientes. Y esto da a los capiteles una ferocidad caliente, palpitante, animal, que no deja reposar con serenidad a los frisos.

Nuestro guía señala en la columna cosmogónica la silueta de un hombre blanco, barbudo, junto al presentimiento del caballo, desconocido en América. Porque no es ese extra-

ño animal allí esculpido un venado descornado, dada su gran alzada, ni una llama peruana de erguido cuello.

Por toda la América arqueológica, soterrada, enterrada, sobre cuyas escalinatas han tecleado implacables los dedos de los árboles, desdentando sus columnatas, dando otra vez giba de monte a su estilización, que es la pirámide; desde Méjico al lejano Cuzco, ha venido persiguiéndome la misteriosa profecía del hombre blanco, anunciado siglos y siglos antes de la llegada de los españoles.

Todas las tradiciones le hacen llegar por Oriente, por donde sale el sol. En Méjico se llamó Quetzocoatl o Serpiente Emplumada; entre los mayas, Kukulkán; en Guatemala, Gucumatz; entre los quechuas del Perú, Viracocha, que significa «nacido de la espuma».

Parece ser que el extraño misionero (¿de qué religión desconocida, de qué lejano e ignorado país?) recorrió en el término de una vida todas estas dilatadas tierras, enseñando la agricultura, el cultivo del maíz, la astronomía y medidas del tiempo, las matemáticas y el arte de tejer y de modelar. Después, como todos los profetas, desengañado de sus pueblos, tendió su manto sobre el mar, que se transformó en ondulante balsa de serpientes, y desapareció en el horizonte, anunciando que volvería.

En su predicación hay una lejana y levisima resonancia cristiana. ¿Qué desconocido discípulo, indio o indochino, que oyó a Santo Tomás, el del dedo en la llaga, el evangelizador de las Indias, trajo a las babilónicas o asirias culturas de América el eco apagado de la voz de Galilea?

¿Cómo se transformó el dulce y suave profeta en la terrible serpiente emplumada que exigía cosechas de corazones moviéndose («bullendo», dice Bernal Díaz del Castillo) en la mano ensangrentada del sacerdote?

En Pachacamac, a pocos kilómetros de Lima, he visto el templo de adobe donde se dice que los Conquistadores encontraron su imagen.

Es aquél un paisaje desolado, un desierto amarillo y marrón, donde no ha llovido desde la Creación del Mundo. Lo atestiguan sus templos de barro, de dos mil años, que se hubieran disuelto con una sola noche de lluvia; y las islas Guaneras, que están enfrente, blancas, calizas, por las deyecciones de millones de aves marinas, durante lentísimos milenios que hubieran arrastrado las aguas en un solo día, llevándose el riquísimo abono orgánico que levantó las cosechas de los incas a la altura de un hombre y es una de las mayores riquezas de los actuales peruanos. Y confirma últimamente esa infinita sequía el pueblo en cuclillas de sus momias secas, exentas de agua, con su pelo con restos de parásitos y sus facciones espantadas y sus bocas con un grito que no suena, que, envueltas en telas azules con orlas coloradas, y rodeadas de vasijas de líquidos evaporados y mazorcas de maíz morada, aparecen en la oquedad de sus tumbas o huacas.

La estatua, el «bulto», decían los Conquistadores, de Viracocha, el hombre blanco y barbudo de Pachacamac, tenía a sus pies, atado con una cadena, a un raro animal desconocido. Y los españoles pensaron que se trataba de San Bartolomé, con el demonio encadenado, en cuya fiesta se decía y se dice por Castilla que anda el diablo suelto.

La profecía del hombre blanco ejerció una influencia definitiva en la Conquista y fué la gran aliada de los Conquistadores. Los indios no vieron en Cortés o en Pizarro unos audaces conquistadores, sino que los relacionaron con sus profecías, con Quetzacoatl o con Viracocha y con la vuelta del hombre blanco y barbudo.

En su magnífico libro *Cortés*, Salvador Madariaga nos presenta a un Moctezuma aterrorizado por esta profecía, inermemente ante los sagrados hombres blancos, cuyo jefe, el alegre y práctico Cortés, el estudiante de latín de Salamanca, el extremeño de Medellín, de las fiestas y el vino y los embuti-

dos, se transformó en la oriental y mágica serpiente emplumada.

Por eso, para cerciorarse de su naturaleza, le envió sus emisarios con «tres menús»; prisioneros para ver si, como Dios terrible, comía corazones humanos; incienso de copal para comprobar si era una deidad benéfica, y pavos, miel y cerezas, para saber si se trataba simplemente de un hombre.

Acaso sea una de las páginas más hermosas y humanas de nuestra Historia aquella en que Cortés, con el noble y sencillo realismo español del que surgió el *Quijote*, responde a los emisarios mejicanos que él y sus compañeros «somos hombres como vosotros», atribuyendo a su Dios, que domina a la naturaleza, todas sus victorias.

Es la misma línea que la de Carlos, su Emperador, cuando al pagano «vine, vi y vencí» de César opone tras un triunfo militar el «vine, vi y Dios ha vencido».

Es ese humilde y magnífico yuste que lleva todo español en su corazón, pese a todas sus bizarrías y aun fanfarronadas.

El final del Imperio mejicano de Moctezuma recuerda al acabamiento del Reino godo de España.

A don Rodrigo le llevan a Pamplona, la vieja Iruña, desde donde intenta someter a los vascones, noticias de sus gobernadores del Sur de España, de que han desembarcado hombres extraños, de faz tostada, con las cabezas vendadas como si estuvieran heridos en la frente.

A Moctezuma le traen sus emisarios telas de algodón con pinturas de hombres de carnes blancas y con bigotes dibujados, no bajo la nariz, sino en medio de las rosadas mejillas. Le hablan de que estos hombres se meten, con sus canoas, en grandes torres o cerros que andan por encima del mar.

La leyenda de la casa sellada de Toledo, que al abrirse marcaría el fin de España, y cuyos cerrojos salta don Rodrigo, encontrando en sus paredes retratos de extraños hom-

bres con turbantes, tiene su equivalente —más lírica— en aquella garza que llevan los sacerdotes a Moctezuma con un espejo incrustado en la cabeza, y en cuyas turbias aguas ve, con terror, galopar a misteriosos jinetes sobre enormes y descornados venados.

El misterioso hombre blanco y barbudo que recorrió estos países (algunos dicen que hacia el año mil), fué en esta tierra como la Cruz del Sur en los cielos del otro hemisferio, el presentimiento de la conquista y evangelización de América.

Esta clara mañana lo estoy viendo, mientras el dedo del guía reconstruye su silueta, desdibujada bajo una caspa vegetal, palpitando de presentimientos, en esta columna cosmogónica de Chichen-Itzá. Y detrás de él se atisba una tímida y vacilante caricatura de caballo.

España, que al otro lado del mar es una normal, y aun moderna nación europea, se transforma aquí, en América, en polémica viva, quimera y profecía.

EL CENOTE SAGRADO

Los sacerdotes azotaban a los niños hasta hacerles croar como ranas. Y las bellas vestales saltaban en cuclillas con su «cucú» trágico, imitando, llamando a Yum Chac, dios de la lluvia, de nariz de proboscídeo, de trompa parecida a la del tapir, sin llegar a la del elefante, desconocido en América.

Saltaban las bellas muchachas, una hora antes del amanecer, clamando por la humedad de la tierra, porque el campo estaba seco, como lo está ahora, con fiebre de enfermo.

El extraño convento maya guarda un eco, una resonancia arquitectónica, de los templos indochinos de Bangkok, con círculos, huecos, relieves y falsas y gruesas celosías, por las cuales los conquistadores españoles —tan poco arqueólogos— llamaron al edificio «Las Monjas», y al misterioso templo «La Iglesia».

Ya se transparentaba el cielo, desheliéndose la luna, y se quebraba la cristalería de las estrellas. Venía un cielo alto, de verano, límpido, diáfano y seco, entre el grito de desolación de los sacerdotes y del pueblo, sedientos de lluvia, para la siembra del maíz.

Las cuatro vírgenes más jóvenes y hermosas ocupaban ahora los cuatro puntos cardinales. Una, al Norte; otra, al Sur; la de abultados labios, al Este; la de grandes ojos, al Oeste.

Aquella por cuyo punto asomase la primera nube sería la sacrificada. Pero no estaban tristes. Durante trece días y trece noches, la elegida sería reverenciada como reina, enjo-

yada y vestida fabulosamente, como esposa del dios de la lluvia. Y en la noche del último día saldría con su cortejo y sus danzarines, en lujosa litera, para el «Cenote Sagrado».

Hoy recorreremos esa trágica vía banales turistas, ingenieros y dentistas norteamericanos, con sus camisas estampadas de círculos y caracoles o blancos caballitos de mar, y tocados con gorras de larga visera, como las de los jugadores de «baseball». Y frívolas muchachas rubias, de ojos azules y largas piernas torneadas; y recién casados de Nueva York que vienen al Yucatán en luna de miel, renunciando a las cataratas del Niágara, la Venecia yanqui, romántica, de sus padres.

Las máquinas de fotografía son las protagonistas.

—¿Cuánto pongo?

—Cincuenta de velocidad por once de objetivo.

En las escalinatas del castillo, en la pirámide, a la sombra violeta de las mil columnas del Templo de los Guerreros, hombres y mujeres mayas con los mismos trajes y las mismas caras que sus antepasados, los itzaes (que buscaron el fresco de la noche para fabricar, a la luz de la luna, esta ciudad), nos contemplan filosóficos, tomando el sol. Es como si en el Partenón de Atenas viéramos ahora al mismo pueblo de Pericles comiendo higos y espantándose las moscas, o en el Foro de Roma, entre taxis y autobuses, mirásemos a los patricios de blancas togas. En Chichen Itzá se han conservado el milenario escenario y los viejos actores.

Ahora pisamos la calzada arqueológica. El señor Macomben Lamsa, a quien acompaña su bella esposa, ha fotografiado la gran pirámide de Kukulkán, desde un ángulo imprevisto, que ha desconcertado al guía, quien los tiene ya todos estudiados. Esto es debido al instinto ignato por el cine del pueblo norteamericano, que ha hecho del film su teatro del Siglo de Oro, con sus Lopes y sus Calderones.

El señor Macomben ha fotografiado, en primer término, la cabeza con tocado egipcio de esta esfinge maya, que, como

todas las de este imperio, está recostada hacia atrás, apoyada en los codos, más normal y astronómica, perezosa y contemplativa, que las enérgicas esfinges del Alto Egipto, «cocktail» de seres vivientes con alas, pechos de mujer y garras de león.

—En dos minutos —me aclara su señora— ya está.

En efecto, en ese breve tiempo la misma máquina revela la fotografía, realizando así el sueño de los viejos fotógrafos, de tocar la pieza apenas cazada, evitándose esa desilusión de mandarla a revelar, para recibirla, ya en otro tiempo y en distinta situación psicológica, muerta de actualidad y como hecha por otro. Los fotógrafos de la Puerta de Alcalá, del Retiro, manipulando con su negro manguito y colocando, a los cinco minutos, las fotos mojadas de amas, niños y niñeras, junto al lente tapado, son los precursores de estos aparatos.

—Esta será la máquina del porvenir —aclara Macomben—, pero pronto saldrá al mercado la que las haga en colores. Esta es ya un poco vieja.

Porque el futuro es para los yanquis lo que el pasado para los europeos, y aunque no existe —tampoco existe el pasado— se sienten orgullosos de él. Se dice que en Norteamérica todo avión que zumba sobre nuestra cabeza —si lo podemos ver— es ya un modelo anticuado.

Resulta apasionante contemplar a estos yanquis entre las ruinas de los mayas. Significan la más moderna sobre la más antigua de las Américas.

El osario reproduce en piedra las calaveras sobre estacas que servían de cerca a los cementerios mayas. Los cráneos esculpidos son todo dientes, y el hueco de las cuencas se ha conseguido con un procedimiento inverso, abultando desmesuradamente el globo inerte de los ojos.

En un bajorrelieve, el águila de plumas erizadas de los toltecas, con un corazón en sus garras, junto al jaguar maya, con otro entre sus zarpas, significa un pacto diplomático,

una fusión entre aquellos toltecas romanos y estos griegos mayas de América, que fueron enemigos durante largos siglos.

—Este es —nos dice el guía— el Cenote Sagrado.

Se abre, bajo nosotros, un siniestro y ancho pozo natural de unos cincuenta metros de ancho. El agua oscura, verde, está a veinte metros del sinuoso brocal. Luego el pozo se profundiza hasta veinticinco metros de agua, con cavernas de lodo. Y plantas trágicas, de raíces colgantes, que llegan hasta la superficie, quieta, sin espuma.

Una iguana, asustada ante nuestros pasos, se mueve y produce un desprendimiento de tierra y de piedrecillas, que agitan un momento su verdor inmóvil.

Chichen Itzá toma su nombre de este cenote. Significa en maya «boca de pozo de los itzaes». Y a él acudían, realizando fatigosos viajes, peregrinos de todas las regiones del nuevo Imperio. Hay otros cenotes en los alrededores que surtían de agua a esta fantasmagórica ciudad. Pero el agua del Cenote Sagrado no se bebió nunca, porque dentro, en el fondo turbio, habitaba el dios de la lluvia.

En el borde, entre hierbajos, quedan los restos de un templo. Y un trampolín de piedra labrada sale sobre el agua. Estamos aquí, sufriendo el vértigo, en la misma plataforma donde se irguieron las doncellas sacrificadas, vestidas pomposamente como ídolos, tintileantes de cascabeles, con joyas de tosco oro sobre sus senos desnudos, embriagadas por el «balché» de miel fermentada y más aún por la promesa de celebrar nupcias, en su palacio de cristal, con el dios de la lluvia, para pedirle en nombre de su pueblo que hiciera llover sobre las «milpas» o campos del maíz, recién sembrado.

Los sacerdotes las lanzaban hacia lo alto para que cayeran, en trágica curva, con fétido chasquido, sobre las aguas muertas, que se cerraban para siempre sobre su relámpago de carne y de oro.

Los peregrinos arrojaban entonces sus «kulchés» de gue-

rra, sus grandes joyas y vasijas modeladas. Y se alejaban dando alaridos.

Hace algunos años el arqueólogo norteamericano Thomson dragó su fondo. Con sus burbujeantes escafandras descendieron dos buzos griegos, y exploraron, en su turbio abismo, una de sus cavernas de lodo.

Sacaron miles de piezas de oro, cincuenta calaveras, un cuchillo de obsidiana para los sacrificios, cuyo mango de madera lo formaban dos serpientes entrelazadas; pelotas de copal para el incienso, joyas de verde jade, cascabeles...

¿Creerían los frágiles esqueletos de las hermosas doncellas sacrificadas, al ver en la turbia oscuridad del fondo moverse sobre el flúido fango a alguno de aquellos monstruosos seres de escafandra, que se aproximaba, al fin, el dios de la lluvia a recibir sus fríos besos?

EL CALENDARIO SECRETO

Es asombroso comprobar cómo los mayas, que técnicamente se encontraban en la Edad de Piedra, pues no habían descubierto los metales, y cuya escritura ideográfica estaba aún lejos de la fonética, llegaron, sin embargo, a la concepción, difícilísima, del cero más de mil años antes que Europa, donde lo introdujeron los árabes, rapiñándolo de la cultura de la India.

Lo hemos visto en Chichen Itzá, en el dintel de esas puertas cubiertas de hongos microscópicos, de saludables penicilinas ignoradas (que mellan hoy la guadaña de la muerte), en su admirable numeración de posiciones, entre los jeroglíficos sin piedra de roseta, todavía no descifrados, desde donde nos telegrafía, con S. O. S. desesperados, su cultura hace siglos zozobrada definitivamente en los mares de la Historia.

El cero maya no es redondo; con imagen moderna, deportiva, diríamos que tiene la forma elíptica del balón de «rugby». En realidad, reproduce el caparazón de la tortuga.

El cero es a la matemática lo que la rueda a la mecánica. Lo ignoraron los griegos y los romanos. Es una gota de Nada, y al mismo tiempo de Infinito.

Para escribir los números romanos hay que hacer dos operaciones: sumar y restar. Los mayas únicamente sumaban por medio de puntos y rayas (en un Morse prematuro), hasta el número 19, en el que aparecía el cero para formar el 20.

Su sistema era vigesimal, acaso porque sus padres, en

aquellos climas cálidos, anduvieron descalzos, y vieron, además de sus manos, los números carnales de sus pies; mientras que nuestro sistema decimal se fijó, avara y únicamente, en los dedos de la mano.

Sus números variaban de valor según su posición, que no era como la nuestra, horizontal (el cero a la derecha aumenta diez, y a la izquierda, nada), sino de abajo arriba.

También, aislados en medio de una América bárbara, descubrieron, por su propio esfuerzo, la bóveda, la cual, ausente de la Acrópolis de Atenas, nos dió el regalo lineal del Partenón.

Mas su bóveda no es redonda como la romana, ni en ella trabaja continuamente, como un obrero stajanovista, la clave sosteniendo a las otras piedras.

Su bóveda falsa, angular, de piedras saledizas, se apoya en piedras en forma de bota, a cuyas puntas se adicionan pesos, cornisas, masas arquitectónicas, para evitar se derrumbe.

Para fabricar sus admirables templos movieron piedras megalíticas por medio del rodillo, preñado de infinitas ruedas no nacidas, pero no concibieron el eje entre dos círculos. Tal vez les faltó el estímulo del buey o del caballo, colaboradores esenciales de la rueda.

La única rueda de América está en el Museo Arqueológico de la ciudad de México. Dos mañanas gasté entre sus dioses decaídos, hasta que la hallé en el piso segundo, donde se exhibe la réplica de plumas de queztal de la diadema de Moctezuma, cuyo original se conserva en Viena, porque los Habsburgos, dueños del mundo —Félix-Austria—, mandaban, indistintamente, a Viena o a Madrid, los despojos de las viejas civilizaciones que sometían.

Estas ruedas no mueven a un orgulloso carro de guerra, sino al humilde juguete de un niño «olmeca»; un perrito, con cuatro ruedas de barro cocido de color de teja, al cual se ataba una cuerdecilla de algodón para tirar de él.

En el calendario maya hay una fecha misteriosa, que nunca se sabrá, y que marca el nacimiento de una Era. Se escribe así: 13.0.0.0.4 1 hau 8 Cumhu, y que equivale al 4 de octubre del 3373 antes de Cristo.

¿Qué hégira o huída de Mahoma, qué nacimiento de un Mesías, qué peste o abandono por hambre de las ciudades, marca esa fecha fundamental, a partir de la cual empezaron a contar su Tiempo? Acaso indica el día en que una ráfaga bienhechora de viento cruzó al Teocinte, el pre-maíz, con alguna gramínea silvestre, originando el maíz moderno, base de su estabilización y de su cultura.

A las seis de la mañana hemos ido, con nuestro guía, a visitar el Chichen viejo. Era una mañana fresca y luminosa y de un tierno rosa, aún con islotes de nubes azules, como una transición entre la noche y el oro resuelto del día. Triscaban entre los arbustos tímidos venados de largas orejas, de ojos aterciopelados de mujer. Y las iguanas se movían estremeciendo a las hojas caídas. Allí se alza el Templo de los Niños, donde se iniciaba a los jóvenes en los secretos del Amor; y se les quitaba la concha incrustada en la cabeza, que era como símbolo de inocencia.

La tosca escultura hace más agresivos y expresivos a estos símbolos que las pinturas secretas de Pompeya, ocultas por celosías de madera y que sólo abren los guías a las turistas americanas, previo el permiso de sus maridos, y tras algunos dólares, multiplicados fabulosamente en miles de liras.

Entre las ruinas de otro templo, nos ha explicado el guía (que aunque católico fué también bautizado en el viejo rito de sus antepasados), el calendario maya, imitado después por los aztecas.

Es maravilloso desmontar a una civilización como a un reloj, o las piezas de un mecano, sin miedo a fronteras, aduanas, policías, guerreros, reyes, sacerdotes y caciques.

Este secreto que ahora nos comunican nos hubiera llevado hace siglos a la espalda recta del jaguar de piedra roja, con

ojos de jade, de la pirámide de Kukulcán, para arrancarnos el corazón, o al Cenote Sagrado de profunda agua inmóvil y verdosa, sin espuma ni reflejo, como un espejo de poco azogue.

Los mayas fueron un pueblo parásito del maíz, el trigo de América. Lo sembraban superficialmente, arañando el suelo con sus varas de sembrar, que eran como una adivinación del arado. Había antes que desmontar al bosque, quemando a los árboles; la roza. Y sembrarlo en la época de las lluvias.

Pero allí residía el gran secreto. Todo poder se reserva a los iniciados; cuando el gran secreto se socializa, se comunica, surge la anarquía y se destruye el imperio.

Sobre el maíz anaranjado construyeron los mayas su calendario para predecir el tiempo de las lluvias.

Los sacerdotes mayas, eternos observadores del cielo a ojo desnudo, como los caldeos y babilonios, fabricaron un calendario exacto, pero secreto. Se componía de 18 meses de a 20 días; total, 360 días, más cinco días (como nuestro gregoriano), que eran nefastos y no tenían nombre. Cada cierto tiempo hacían también la corrección del año bisiesto por medio de la llamada Serie Secundaria.

Pero al pueblo le predicaron, según parece, un calendario lunar de 13 meses de a 20 días, con un total de 260 días, un calendario de estaciones y con el cual desorientaban a las masas.

Ellos, en cambio, sabían exactamente cuándo comenzaba la época de las lluvias. Entonces, sobre un simple secreto astronómico, montaron su gran ópera trágica.

Era preciso atraerse a los dioses; anegar bellas doncellas en el Cenote Sagrado para que celebrasen húmedas y terribles nupcias con el elefantino dios de la lluvia; verter la sangre en honor de los dioses sedientos, para que humedeciesen las siembras de sus «milpas» o campos de maíz.

No hay que escandalizarse demasiado. ¿Qué ideología, llá-

mese comunismo o democracia, liberalismo o imperio, no posee su calendario secreto?

Pero ya está dando el gran sol, dorado, sobre el templo de Las Lechuzas, donde vemos calaveras con la bóveda de hueso abierta, donde se depositaban las cenizas de los propios cuerpos de estos hombres, literalmente enrollados sobre sí mismos.

No es el momento de las reflexiones. Porque canta entre las ramas «el clarín de los bosques», y salta, inundado de sol, ese pájaro bellísimo, llamado «yaya», que está todo vestido de naranja y de luto.

EL CARACOL

La tierra del Yucatán es llana, y en esta parte se eleva únicamente ocho metros sobre el nivel del mar. Es monte bajo, de maleza, desnudo, pobre, pero suntuoso de faisanes, pavos salvajes y venados, como un lujoso bodegón de caza en la pared desnuda de un convento.

El venado se come por estas tierras con más frecuencia que la carne de res.

Los antiguos mayas creían en el Rey de los venados, que lleva un nido de avispas entre los enramados cuernos.

Quien le hiere muere fatalmente.

En estos claros bosques soleados, que parecen parques europeos, vuelan los únicos y últimos pavos silvestres de la tierra.

¡Oh familiares pavos de la plaza de Santa Cruz, haciendo la rueda paleta, entre los Nacimientos de cercho y las figurillas de barro con olor a musgo!

¡Pavo entre manzanas y sidras espumosas, héroe, con el besugo y la sopa de almendras, de nuestras Navidades, hoy he conocido tu hermosa y lejana patria y los bosques por donde volaste, pagano e ignorante de la Nochebuena, siglos y siglos antes del Descubrimiento!

Cruzamos por pueblos de nombres mayas, Tahmek, Hoc-tun, Xocchel. Casas de palo con techado de palma. Y en medio, el rizado en piedra de la iglesia barroca, colonial.

—Si hoy fuera domingo —nos dice el chófer—, verían bailar la «jarana».

Es el baile yucateco, como una jota aragonesa, que los mayas han hecho más dulce y sosegada.

—Se habla mucho «la maya» —añade— en los pueblos aislados, más allá de Valladolid.

Por los antiguos campos de maíz, ahora hace el henequén su explosión botánica.

Y viene por la carretera un campesino bronceado, de grande y carnosa nariz; lleva sobre la cabeza una jaula con pájaros; el más leve peso. Los enormes buitres levantan vuelo, enlutados, sarnosos, cuando estamos a punto de atropellarlos; sobre el camino, como un abanico de ópera cerrado, se pudre un zopilote a medio devorar. Cruzamos el pueblo de Ticopón.

Y luego bardales con bugambilla vinosa, amoratada, de púrpura violeta. Una muchacha vestida de blanco muestra las rosas encendidas, con cenefas de oro, de su «huipil» levantado por el seno; sus jóvenes caderas dibujan una sombra de ánfora sobre la pared blanca de la fuente. Es grande y dorada la iglesia de Kentumil, entre pitas como candelabros. Unas viejas, hieráticas, con platos de semilla sobre la cabeza. Y una niña maya, de ancha frente, con su túnica bordada. Las casas no han variado. Tampoco las facciones del pueblo. Los viejos frescos de sus ruinas parecen retratos de ahora.

Me dicen que los mayas antiguos llevaban todos los pesos apoyados en la frente; y que los ojos que bizcaban eran los más bellos, por lo que las madres ponían rizos de algodón entre las cejas de sus niños para acostumbrarlos a extraviar la mirada.

Lo que nos hace dudar de la universalidad de la estética.

Estos mayas modernos, que van al cine a Mérida, han conservado su fantasía misteriosa y poética de la que nacieron sus innumerables dioses. A la linterna eléctrica, que se usa en los bosques, la llaman «el palo de luz». Y al hielo, visto en los «frigidaires» americanos, «piedra de agua».

Los viejos mayas creían que todas las enfermedades las producen unos enanos. Lo cual es cierto; aunque no pudieron imaginar hasta qué punto son enanos los microbios.

Encontramos caravanas de turistas, pastoreados por sus guías, al acercarnos a las ruinas de Chichen-Itzá.

Al fondo está el hotel Mayaland, con sus flores, su piscina y su esfinge de piedra acostada. Las ruinas están cercadas, entre alambradas, como un rebaño. Templos, pirámides, escalinatas, columnas, frontones, palacios, conventos... y entre ellos los mayas de generosas narices y poderosas frentes, iguales a sus padres. El escenario milenario; y tomando el sol, en la escalinata, idénticos actores. Pero falta el libreto, la letra del gran drama, porque hace siglos cayó el telón sobre su último acto.

«El Caracol» es el observatorio maya; así, contemplado en lejanía, entre las copas de los árboles, parece un observatorio moderno, de Berlín o de Washington, pues hasta la mella ruinoso de su cúpula podría tomarse por el hueco por donde asoma el telescopio para espolvorearse de nebulosas.

Mientras caminamos entre altas hierbas y secos matorrales nos vamos preguntando: ¿Pero conocían los mayas la cúpula romana? El interior, fresco, de humedad de cueva o bodega, nos lo explica todo. La bóveda, no cerrada, está sostenida por dos torres de mampostería concéntricas, por dos cilindros de piedra y cal, embutidos el uno en el otro, que sostienen y acercan las piedras hasta una abertura mínima, por donde azulea el cielo.

Por la torre interior sube en espiral, como un resorte, la escalera de caracol que da nombre al observatorio.

¿Qué había arriba? Nada. Ni límpidos lentes, ni convexos espejos. Una cámara oscura y un par de palos cruzados en forma de equis. Sobre estos humildes palos de mendigo o de caminante trazaron los sacerdotes-astrónomos líneas de observación sobre el pico de un monte, la copa de un árbol, el vértice de una pirámide. Al cabo de muchas noches recono-

cieron, dorando la misma garganta entre dos montes, a una vieja estrella, y la fijaron en sus tablas. Con tan pobres medios predijeron eclipses, estudiaron a Venus, arrancaron a los cielos el secreto de su calendario. Sus aparatos fueron unos diáfanos ojos primitivos y una larga paciencia.

Todo el edificio está imantado por los astros; su argamasa calcárea parece mezclada con polvillo de estrella. No es una construcción; es un libro de astronomía, edificado; un tratado de matemáticas, por el que se transita. Unos cálculos bajo techado.

Ved esta puerta sabia. Sus sombras señalan equinoccios y solsticios. Aquí se marcan 10 grados, allí 22. Cada una de esas ventanas corresponde a una de las fases de la luna. Por una de ellas sólo se la ve creciente; por otra llena, como un nardo o el cuerpo de una novia; desde aquí aparece menguante, comida por la sombra, ratoneada como un queso de plata; por ésa asoma frágil, como una uña transparente, a punto de perderse en la noche.

Desde la más alta ventana se contempla a Venus en su plenitud, cuando es tan brillante que pone al pie de los seres y de los objetos una sombra, levisima como una gasa.

Desde esta otra ventana veía el astrónomo maya levantarse dos veces al año al sol sobre el techo de palma del templo, y tan rojo que parecía que iba a incendiarlo.

Fuera del observatorio, en su fachada, entre caras atroces y monstruosas, cubistas, se representa a los vientos, con la heráldica de sus colores.

Blanco, el del Norte; amarillo, el del Sur; rojo, el del Este, y el del Oeste, negro.

Enormes serpientes de piedra nos hieren a la salida de la puerta astronómica.

Fuera centellea un cielo añil, manchado por los zopilotes; agobiado por sus carnosas frutas de pulpa anaranjada; en medio de una cornisa derribada crece, silvestre, el árbol de «la papaya».

Unas avispas, que mezclan su áspera miel con el barro de sus nidos, quieren flecharnos como los antiguos mayas.

De vuelta al hotel, contemplamos, ya al atardecer, al Caracol con su falsa bóveda como un San Pedro de Roma, edificado unos kilómetros más lejos de donde realmente está.

Estos primeros edificios de piedra se construyeron como «silos» para guardar el maíz. Luego se fabricó al observatorio, para predecir la época de las lluvias.

Y puesto que hemos dedicado el día a fórmulas matemáticas, vamos a arriesgar ésta. Arquitectura civil más astronomía, igual a templo. Porque quien contempla a las estrellas, ve a los dioses.

LA CREACION ENSAYADA

—Deberían tener burritos —dice, sudoroso, un turista— para recorrer estas ruinas.

—Entonces —responde el guía— se podrían ver en un solo día. Nos interesa que los turistas se queden.

Después de El Caracol, el observatorio, se sube una rampa y, entre malezas, aparece el convento de Las Vírgenes Mayas —«Las Monjas»— y el extraño templo llamado «La Iglesia». Las narices cyranescas de Itzamá, hijo del Gran Creador, «cuyo nombre no se dice», se levantan, como trompas enfurecidas de elefantes, en los extremos de los tejados y en los ángulos, dándole una apariencia de templo indochino. Parecen ganchos de piedra gris con musgo negro. Y una especie de celosías ciegas.

—Fijense —nos advierte el guía— que las fachadas están inclinadas hacia fuera para alargar las sombras de las talladuras. Y hay otra astucia del lejano arquitecto. Sobre los ojos de las enormes caras cubistas, picassianas, en bajorrelieve, y en el borde inferior de las pétreas cejas, labraron un saliente para llenar de sombra, según las posiciones del sol, aquellas huecas pupilas.

Consiguieron así una mirada fija y terrible; peor que la de los ciegos, porque por primera vez la sombra sirve de pupila. Los artistas mayas pintaron con las sombras; con el cincel lograron pinceladas.

Luego, es la gran llanura. Y todo escalinatas, coronadas por un templo lineal, casi griego, la gran pirámide de Kukul-

kán, la Serpiente Emplumada. Los mayas tuvieron como motivos ornamentales la cara humana y las serpientes. Una cara casi maquina de robot, y jugaron con sus facciones geométricas.

—Desde aquí cayó aquella turista norteamericana; era ya muy vieja. De esas que recorren El Cairo o Sevilla con una especie de «salacof» y una máquina de fotografías. ¿Sería espiritista, vegetariana, o de la «Christian Science»? En todo caso amaría a los perros. ¡Pero qué final para un cuento típicamente americano el de esta señora de Nueva York que muere cayendo desde una altísima pirámide maya!

—¿Se ha fijado? —le digo a mi amigo—, los jóvenes pueblos americanos, ahora que ya son ricos, buscan la antigüedad, los antepasados, como los comerciantes enriquecidos que se ponen en contacto con los genealogistas o los reyes de armas, para bordar un escudo en el repostero. Los mayas; Cutzco y las Pirámides del sol y la luna de Méjico son los escudos, recién pintados, en la portezuela del Nuevo Continente.

Los europeos de nuestra excursión protestan de la antigüedad de estas ruinas, queriendo monopolizar la vejez; «en todo caso —dice Fernando Moreno—, cuando se edificaron estas pirámides ya se alzaba el gótico en Europa». Y otro europeo, un italiano, fuerza la nota.

—Y se había escrito *La Divina Comedia*.

En realidad, estamos ante una Babilonia posterior al Cid Campeador. ¿Pero fué ésta una cultura cerrada; sin aportes? ¿Hubieran repetido el viejo ciclo? ¿Se inventan las mismas cosas, se elaboran las mismas ideas, sin comunicación alguna? Es posible. Acaso la raza de los hombres, sobre cualquier parte del planeta, sólo necesita tiempo para repetir a Grecia y al Imperio romano.

¡Qué alegre frescor y qué temor cuando se entra en el corazón de la gran pirámide! Una escalera empinada, de vértigo. Y arriba, ahora entre verjas de hierro, como si estuviera vivo y fuera a rugir, el terrible «Jaguar Rojo», con

la verde mirada movable de sus ojos de jade; su espalda recta, sus setenta y cuatro incrustaciones, fingiendo sus manchas de jade en el cuerpo; sus feroces colmillos de pedernal, pintados de blanco, y el brillo de sus tres mil turquesas.

En el centro del lomo —¡qué frío de muerte para la espalda de la víctima!— un disco de turquesas, y en la pared, haciendo dibujos geométricos, incrustados huesos humanos. Tiene la cola levantada, como cuando el tigre acomete, con su aire y ráfaga del salto y su rugido. Frente a él, la reposada esfinge de «Chacmool», con sus uñas y dientes de nácar, sorda a los ayes de las víctimas y muda ante los siglos.

Como macizos de violetas, azulean las sombras de las mil toscas columnas del cercano «Castillo de los Guerreros». Allí estaba el mercado de las maderas, los kulchés arrojadizos, las pelotas de incienso, las telas, los cascabeles y las tortas de maíz, base de su alimento; porque América es el maíz, Asia el arroz y Europa el trigo.

Este «Castillo de los Guerreros» es la acrópolis maya. Desde aquí se ven todos los templos, mercados, observatorios y cenotes sagrados, frontones litúrgicos y procesionales calzadas religiosas. Sobre esta fina y verde pradera cruzaba la virgen sacrificada hacia el «Cenote Sagrado»; se oía el clamor, repetido por el eco, del juego de la pelota; el rugido, con asfixia, del prisionero a quien sacaban el corazón; los cantos litúrgicos de monótona música empobrecida, que sólo poseía seis notas; desfilaban, pomposos de plumajes, los astrónomos que predecían las cosechas, y los guerreros con los dientes afilados. Allí, junto a esa colina, se rociaban los libros santos con el sereno recogido al amanecer de las hojas de los árboles, bailaban los hombres en zancos con su «mahual» a modo de animal guardián; vociferaban, ante las puertas trapezoidales, las máscaras, y danzaban los sacerdotes sobre los carbones encendidos bajo sus pies desnudos.

Dentro hay esfinges acostadas y borrosas, pinturas de guerreros y sacerdotes con orejeras y narigueras de oro.

Entre las columnas del Templo de los Jaguares, un bajo-relieve explica, como los evolucionistas, el nacimiento de la Vida. Del llanto del dios de la lluvia nace el agua, de ella los lotos, luego los peces, los moluscos, las serpientes, los cuadrúpedos y finalmente el hombre.

Los dioses mayas, a diferencia de la Biblia, hicieron dos ensayos antes de llegar al hombre definitivo. El Fundador (no el Creador, porque había ya «algunos» a los que faltaba la forma) modeló unos hombres de barro, pero que sólo volvían las cabezas hacia un lado (¡qué buen símbolo del fanatismo!) y hablaban, pero carecían de inteligencia. ¡Cuántos de estos hombres han quedado entre nosotros! Como éstos fracasarán, formó otros hombres de palo, unas marionetas sin corazón, ni el recuerdo de su Creador. Los anegó en un gran Diluvio que cubrió la tierra. Unos pocos se salvaron en los árboles. De ellos (Darwin) nacieron los monos chiquitos. Los hombres definitivos fueron creados de maíz. Eran cuatro Adanes con cuatro Evas cobrizas. Pero el dios —Jura Khan— (Huracán), sopló sobre ellos una nube para que no vieran todo. Para disipar la nube, que es el dogma y el misterio, lucha en vano la Ciencia. Las cuatro Evas nacieron también cuando los cuatro Adanes dormían.

Nosotros, sin creaciones de ensayo ni hombres previos, tuvimos que aguardar a la Redención para consolidar a nuestro Adán de barro.

LA SUBIDA HACIA MEJICO

—Mañana que nos despierten temprano.

—Hay tiempo; el avión para Méjico sale de Mérida a las dos de la tarde.

Hemos cenado repollo enrollado, las tortillas de maíz y el pollo a la poblana, entre un volcán de ají.

Y los restos de nuestra conversación flotan, rotos, en el agua serena de la noche.

—Los mayas —comentó uno— tuvieron sacramentos parecidos a los católicos.

Los mayas, en efecto, bautizaban a sus niños rociándoles la cabeza con agua fresca y huntando sus labios con chicha o pitarría. A los cuatro años los confirmaban golpeándoles la frente vendada con paños blancos.

Confesábanse los hijos con los padres; y los esposos entre sí; comulgaban con una Forma de maíz y semillas sagradas; cuando contraían matrimonio, los sacerdotes juntaban las astillas encendidas de los esposos; y cuando llegaba la Muerte, metían, a modo de Extremaunción, piedras sagradas en las bocas jadeantes de agonía.

—Sí —responde otro—; hasta aquí llegaron efluvios cristianos. Tal vez del Asia menor.

—¿Sonó aquí, como un eco que se pierde, la predicación de Santo Tomás en las Indias?

—¿Saben ustedes —afirma un tercero— que las palabras en arameo «Eli Eli Iamma Sabacthani», que el desolador «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?» del

Señor, en el Gólgota, significa el «Nago-Maya», «Me baño ya en la aurora de tu Presencia»?

¿Existió entonces el extraño continente de «Mu» en el centro del Pacífico?

Con el plato de miel (tan amada por los viejos mayas), nos levantamos de la mesa.

Y confesamos que nunca nos acostumbraremos a este verdadero Cristo, de Alvarez Amaya, discípulo de Siqueiros, que clavado en una Cruz, vista horizontalmente, planea, como un avión, sobre los campesinos y los desnudos dioses del maíz, echando llamas por la boca.

—Pero no es una irreverencia —nos aclara el dueño del hotel, Barbachano—, porque el fuego en la boca significa para los mayas la Verdad.

Los viejos mayas dibujaron los sentidos y las sensaciones. Como los actuales dibujantes que han establecido una serie de «zetas» para representar al sueño, clavos y herbiquíes como símbolo de la ira, y una línea de puntos para indicar la trayectoria de una mirada.

Por eso, ese viejo sacerdote pintado en el Castillo de los Guerreros, con un pequeño hueso atravesando su nariguera de oro, tiene sobre sus ojos una especie de serpentina que termina en interrogación hacia la altura, para simbolizar a un astrónomo.

La luna entre las ruinas, proyecta la luz fría de la Nada.

Pero la Biblia maya, el «Popol-Buj», no alude a la Nada en el Principio del mundo, sino que describe la quietud y, sobre todo, la terrible soledad del Creador. Así comienza su bellissimo Génesis: «Aún no había hombres, animales, pájaros, pescados, cangrejos, palo, piedra, hoyo, barranco, paja, ni monte, sino sólo estaba el cielo. No se manifestaba la faz de la tierra, sino sólo estaba el mar represado. Aún no había cosa alguna junta, ni sonaba nada, ni cosa alguna se meneaba, ni cosa que hiciera mal, ni cosa que hiciera «cotz» (que es el ruido del cielo); no había cosa que estuviera parada, en

pie; sólo el agua represada, sólo el mar sosegado. Todo estaba en silencio, en la oscuridad y en la noche. Sólo estaba el Creador y Formador; el Señor, Serpiente Fuerte».

El retorno hacia Mérida, en automóvil, ha sido una serpentina de cactus y estrellados henequenes.

En su aeródromo nos despide el finísimo poeta yucateco Mario Ancona, a quien conocí en Belén en el Colegio de Jesuítas de La Habana.

—Buen viaje, Foxá; y buena corrida.

Escalamos el cielo. Y el paisaje sube con nosotros, como en una marea terrestre; parece que se pega, hecho monte, a nuestro tren de aterrizaje. Mil metros, mil quinientos, dos mil...

Y la tierra, siempre cerca, viene subiendo, dócil, como si la trajésemos imantada por nuestro plateado fuselaje.

Por aquí subió Cortés, con unos cuantos; no llegaban a quinientos. Desde estas alturas parecerían un grupito de hormigas.

Ya habían quemado las naves.

¡Qué nueva fórmula militar e histórica! Únicamente un pueblo teológico, como la España del siglo XVI pudo inventar ese desasimiento de lo terreno, de lo vulgar y pesado, para sentirse libre y ligero para todo lo heroico. Y confiar a Dios su intendencia y su retaguardia.

¡Quemar las naves! Lo contrario de los previsores cuarteles de invierno. El héroe puro, sin impedimenta, luchando en el cielo de tapiz de la Historia.

Por aquí subieron, treparon, muchachitos de Extremadura y de Andalucía, de encinares y viñas, de bellotas y nidos, de puercos y toros de lidia; por aquí, pequeños torerillos, hidalgüños, nadadores del Guadalquivir; algún Rinconete y Cortadillo; algún loco licenciado Vidriera; algún Lazarillo de Tormes; algún Sancho Panza «encinchador de asnos»; algún mozo de Esquivias, pariente de Alonso de Quijano el Bueno...

Por aquí subieron, decidores, chistosos, refraneros; hombres de misa y aventuras con mozas de mesón y estocadas; sopistas, herreros, antiguos seminaristas con ligeros latines de Alcalá o de Salamanca, hacia el asombro del imperio exótico, de las máscaras, los ídolos, las serpientes emplumadas, las piedras de sacrificios, los misteriosos calendarios. Por aquí escalaron los montes hacia aquella Babilonia americana, para escribir el «Mane, Tezel, Fares», entre las grullas sagradas del palacio de Moctezuma...

Por estas montañas iban los jugadores de dados, que sólo enfermaban de «tabardillos» o «cuartanas», comiendo tocino, curando sus heridas con sal y vinagre, llamando mezquitas a todos los teocalis y familiarmente «Julianillo» y «Melcho-rejo» a sus misteriosos intérpretes mayas o aztecas, deslumbrando a los indios con el caballo del músico Ortiz, «que hacía bramuras» ante la yegua de Juan Sedeño.

Por aquí, con sus caballos andaluces, «Ocon», «el Rey», «el Romo», «Salinillas», «Boscancillo» o «el Arriero»... Por aquí trepaba la estudiantina heroica.

Volamos ya sobre la alta meseta que antes formaba el corazón del viejo Imperio del Anahuac.

Está ya oscureciendo, y mancha el rosa, de caracola, del atardecer —como un dedo tiznado sobre el rubor de una mejilla— el humo espeso del volcán Popocatepetl, que significa (los aztecas conocían desde hacía siglos el tabaco) «La montaña que fuma».

Como un seno entre tules, blanquea su punta nevada. Y enfrente se alza el Iztaccihuatl, que proféticamente quiere decir «La mujer blanca».

Todo era exótico para los Conquistadores, los volcanes y aquel sonido de «tl», nuevo en sus bocas, y que era como un cacique emplumado en la llanura castellana de su fonética.

El avión no tiene que descender sobre Méjico, se posa como una paloma en una alta rama.

Un chispeo de lluvia; impermeables y caras de amigos antiguos.

Por la mañana, cuando hemos abierto la ventana del bello hotel de Jimmyto e Isabel de Ugarte, en la calle de Insurgentes, donde nos alojamos, nos ha entrado de pronto —después de recorrer durante seis años América— el aire y la luz de Madrid.

Es esa luz dorada y fresca, velazqueña, de encinas y azules, y fuentes de la Sierra; de nieve y sol y deshielo en primavera; de Corpus «cuando llueve y hace sol que es el Santo del Señor». De cielo alto, añil, límpido, lavado, para estatuas de bronce y gorriones. Cielo y luz para callejear y estirar las piernas, para pasear y piroppear a las mujeres, y citarse con una en el Museo o esperarla a la salida de Misa; y ponerse una flor azul en el ojal.

Hemos recobrado algo tan importante como es la calle.

En Méjico hay frontones, iglesias barrocas, reventa de billetes para las corridas de toros; loterías, cafés con tertulias, garbanzos, Virgen de Guadalupe, pobres y guitarras; y una estatua de bronce verdoso, como la de nuestra Plaza Mayor, dedicada al Rey Carlos IV.

Méjico es tan español, que muchos mejicanos critican a España.

EL PARQUE DE CHAPULTEPEC

El río Colorado, de furibunda corriente, ha partido con su cuchillo de agua, como a un pastel de hojaldre —un milhojas—, a la tierra. Ahora se le ve como una angula azul, lejano, corriendo sin sonido por el fondo del enorme cañón.

Allí está escrita toda la historia del planeta. Desde las desoladas rocas de la época «Azoica», de antes de la Vida, cuando un mar deshabitado topaba inútilmente contra una costa en silencio, hasta la floración verde y sexual del Carbonífero, con sus huellas de helechos y de alas membranosas de pájaros dentados, y las conchas de cuando fué mar «Jurásico» con sus olas petrificadas, hasta los primeros mamíferos y los hombres erguidos. Todo un libro de millones de páginas que hojea el Creador, fuera del Tiempo.

El castillo de Chapultepec es el Cañón del Colorado de la hermosa y dramática historia de Méjico.

Se llamó a esta colina Chapultepec, siglos antes de la época «cortesiana», porque era un cerro vibrante de saltamontes, porque allí levantaban sus túnicas de violetas descoloridas o de rizados rojos, ocultas bajo las alas camufladas color de tierra, cuando pisaban la hierba las doradas sandalias de los aztecas o los servidores barrían el suelo y colocaban una manta, cuando Moctezuma descendía de sus emplumadas andas.

Este es el primer extracto, lo azteca. Aquí está el baño del Emperador; un estanque de íntimos verdosos, bajo las sombras opulentas y movibles de los grandes árboles. El par-

que de Chapultepec es tan hermoso, o acaso más, que el Bois de Boulogne de París, o el Retiro madrileño. Magníficos árboles europeos en mestizaje deslumbrante con la botánica de América, y plazoletas para los niños. Y bancos y alamedas para los enamorados.

Pero este parque, como otros, ha sido asesinado por el automóvil.

Porque los parques estaban hechos para los lentos y lujosos coches de caballos y los elegantes y melancólicos jinetes. Eran aristocráticos y ahora son populares; «municipales y espezos», como decía Rubén.

Los parques eran un trozo de campo civilizado, con estatuas y falsos puentes rústicos, traídos al centro de la ciudad. Los coches de caballos no podían salir de las afueras; pasadas las últimas casas, aquello ya no era paseo, sino viaje. Y el landó cedía el paso a la diligencia.

Recordad los postreros años de nuestro paseo de coches, con las últimas corridas de Joselito y Belmonte, con sus tendidos de sombreros de paja, recibiendo toda la vuelta de los toros, hasta los años de Granero y Marcial Lalanda, cuando todavía los caballos no llevaban peto.

En vano contenían su velocidad los altos automóviles, fingiéndose coches al trote, con sus cigüeñas, buhos o bañistas de níquel en el tapón de los radiadores.

Pero había durado tan pocos segundos la mirada de la mujer amada, que se ordenaba al chófer —a veces un antiguo cochero— que diese otra vuelta por el Angel Caído.

Las encinas de El Pardo acabaron con el Retiro, pero al final fueron también muertas por el bar Anita, El Escorial y la subida del Guadarrama.

Esta radiante mañana mejicana he visto a los niños con globos de colores, redondos y alargados como salchichas. Y en el lago palpitan las barcas cargadas de juventud.

Entre los árboles, unos «chamacos», como aquí se dice a los muchachos, bronceados, intentaban el toreo triste, azteca,

de ídolo, de los Armillitas y Gaonas, junto al baño de Motezuma, con capas descoloridas, donde el rojo era un rosa anémico y el forro azul se desvanecía en blanco. Frente a los capotes unas astas de veras, de matadero, con algo de pelo puesto, clavadas a una madera, que un muchacho apretaba contra su vientre. Y el niño-toro resucitaba a las astas, las llenaba de mala intención en la graciosa curva de la verónica. Resultaba peligroso, y era bueno el remedo, porque el toro auténtico, cruel e inocente, lleva un niño en la cabeza.

¿De qué Embajada nórdica, nueva, joven, son esos niños rubios que compran unos copos de algodón de azúcar a esa india tan antigua?

Unos charros, recargados como los altares barrocos, con anchos sombreros, trotan por el paseo sombreado, junto al asfalto, por donde debió pasar el landó, bien colgado sobre las ballestas, de don Porfirio, de Benito Juárez, de Maximiliano.

Subimos las escaleras de piedra del castillo y dejamos el Méjico precortesiano. Porque Méjico no es precolombino. A su cuna no asoman las velas hinchadas de viento de las carabelas, sino el galope enloquecido de los primeros caballos. Las Antillas es el Descubrimiento; Méjico, la Conquista.

¡Sala de los Conquistadores! Armaduras, petos, espaldas con su reflejo. Celadas con viseras puntiagudas. Como caparazones de enormes insectos, en cuyos huecos se han evaporado los valientes capitanes.

Todavía armas feudales; porque, por unos instantes, entre los paganos volcanes de esta Nínive americana, se paseó la Edad Media española y europea. Oleos oscuros de Fernando e Isabel, de Alvarado. Una lombarda verde y una ballesta tensa con su manivela.

Entramos en el siglo XVIII; las espadas se transforman en espadines. Cabezas empolvadas como sazonadas para que las corte la Revolución. Galería de sesenta y dos virreyes que

desde los enjutos del XVI van engordando, hasta los apopléticos y ventrudos de la época de Carlos IV. Molicie.

Y, sin embargo, me apunta mi inteligente amigo mejicano el marqués de Monte-Hermoso, el XVIII es el Siglo de Oro de Méjico.

Ya se inicia en estas salas la revolución de los clérigos. Una Virgen de Guadalupe azul, y el confesonario, de oros cansados, del cura hidalgo. Y el sillón de cuero, donde se firmó el plan de Iguala. La Independencia.

Pero Méjico se separa de una Corona, floreciendo otra. Agustín de Itúrbide. Agustín I, el de la independencia, es proclamado Emperador. Aquí está su sable, de corvo acero con empuñadura de oro y plata. Todavía, en la aurora del XIX, aquí aleteaba la Europa monárquica. También al Brasil le independiza un Emperador. Y San Martín piensa en un príncipe de Borbón o en un descendiente del Inca.

Unicamente Bolívar, que era señorito, mantuano de Caracas, casado con la hija de un marqués, fué verdaderamente republicano. Había leído mucho a Rousseau, bajo los cocoteros, junto al olor mareante de los cafetales, en la amada naturaleza que hace bueno al hombre, según Juan Jacobo; bajo los calientes diamantes de la Cruz del Sur.

EL CASTILLO DE LOS SALTAMONTES

Desde la terraza del castillo de Chapultepec, de Méjico, veo el cañoncito verdoso de la guerra de 1847 contra los Estados Unidos. Aquí murieron los héroes-niños del Colegio Militar contra las fuerzas del General Winfield Scots. No hubo una guerra más corta con una paz más ancha; medio Méjico quedó amputado: California, Arizona, Nuevo Méjico; la extensión de tres grandes naciones de Europa. Los alegres soldados americanos entonaban al amanecer una canción cuyo estribillo era éste: «Green, grows the grass» (verde crece la hierba). De las dos primeras palabras, castellanizadas, surgió el epíteto «gringo», con el que todavía se denomina a los yanquis. Esta palabra, un poco irónica, fué el único botín de los mejicanos.

Cuando los países son fuertes suelen ser condecorados con apellidos burlescos. Los españoles de la buena época fueron llamados «godos» y «chapetones», en el Perú, y «gachupines», por los aztecas, palabra que, según parece, significa «hombre con espuelas». Los corsarios ingleses nos llamaban «digos», porque siempre que atacaban a las fortalezas de las Antillas o a Cartagena de Indias se topaban con un tozudo y avellanado don Diego, que no se dejaba derrotar y que acompañaba su nombre con dos o tres rimbombantes apellidos.

Cuando pasó la etapa heroica, y los emigrantes sustituyeron a los capitanes, los españoles fueron denominados «gallegos», aunque procedieran de Granada o de Valencia; de

tal modo que he oído en Cuba llamar «gallegadas» al más gitano cante flamenco.

En el piso de arriba del castillo aún reina la sombra del Emperador Maximiliano; está prisionero en un marco dorado, al óleo, rubio, apuesto, de treinta y un años. Y junto a él, la Emperatriz Carlota, de raso blanco, con sus nacarados hombros, caídos como la Emperatriz Eugenia. Aquí están sus zapatillas de raso con una primavera bordada. Y su abanico como una ala plegada.

Entre ellos camina, sin moverse, la carroza de viaje de Benito Juárez, negra, austera, como protestando de aquel manto rojo, forrado de moteado armiño.

La carroza del Emperador combina el oro con los cristales, y a usanza de los viejos relojes, al borde de la esfera, dos angelotes revolotean en torno a las ruedas.

Azulean ya en los cuadros los zuavos franceses, y contra ellos galopaba en óleo, joven, impetuoso, Porfirio Díaz.

Ved la montura charra, de cuero, que llevaba el Emperador, cuando fué vencido en Querétaro y juzgado en el escenario de su teatro como el más auténtico actor de un drama histórico. Horas después sonarían los disparos en el Cerro de las Campanas, que clausuraban el sueño de Napoleón el pequeño y la ilusión de un Imperio francés, separando al mundo anglosajón del hispánico, y que serviría de amortiguador entre esas dos fuerzas.

Ese sueño venía de lejos; se había intentado en el Brasil y escrito mucho sobre la Francia antártida; estuvo a punto, de cuajar en el Canadá, y se perdió, mientras el elegante y aburrido Luis XV hacía visitas galantes al parque de los Ciervos.

De ellos sólo han quedado unas cuantas ciudades canadienses, de buena cocina, que todavía pronuncian el verbo «avoir» como Molière o Luis XIV, y cuyos clérigos aún llevan una pequeña perilla a lo Richelieu.

En ese fresco de Orozco, que ocupa todo el muro, se ve

el paso de la Revolución. Enorme, verdense, descompuesto, mal envuelto en vendas como una momia, aparece el cadáver de Maximiliano, que el pintor, con saña, ha desenterrado. Parece que huele. ¿Por qué —me pregunto— los obispos desnarigados de Valdés Leal no hieden, ni producen este horror de materia corrompida? Porque este cadáver de Orozco es un muerto sin postrimerías; sin muerte, juicio, infierno y gloria. Sin más destino que la incrédula Nada.

Salones con las vajillas imperiales; tapices franceses con frescas y borladas sirenas; telas con las fábulas de La Fontaine. Era éste el último aleteo de Europa en América. La Guerra de Secesión, que enfrentó al Norte con el Sur, a los emigrantes técnicos y demócratas contra los grandes señores, agricultores, de Virginia y Carolina del Sur, hizo posible este postrer intento de un Imperio católico y latino. La batalla de Gettysburg, la de la célebre oración de Lincoln, arrebató de América las últimas coronas. Si los sudistas (que ahora representan el romanticismo en el cine y la novela yanqui) hubieran ganado esta batalla, Maximiliano no se pudriría sobre este fresco, y el nieto del Emperador del Brasil seguiría residiendo en su palacio de Río de Janeiro.

Luego son las habitaciones de Porfirio Díaz, un emperador sin corona, que fué como un continuador del Imperio, que usufructuó el déficit de años que Maximiliano no pudo reinar. Sus salones ya rozan el mal gusto de principios de siglo. Muebles de cuero y encinas, estilo alsaciano; jarrones chinos, bronce y espejos, diosas mercantiles con alas, y un mantón de Manila sobre el piano, regalo de la Reina Victoria. En los últimos pisos, los muebles que se trajeron para una reunión de la O. N. U.

De los baños de Moctezuma en el parque a las reuniones, con micrófono, de las Naciones Unidas. Toda la historia de Méjico estratificada como el Cañón del Colorado.

Al descender veo por última vez, en la vitrina, los geme-

los de ópera, de nácar y oro, de la Emperatriz Carlota, con los cuales, mirando al revés, habría que contemplar, empequeñecidos por la distancia del tiempo, a todos los pálidos seres de su romántico Imperio tropical, ya definitivamente evaporado.

LOS CABALLOS

En Paraguay, en lengua guaraní, araña se dice «ñanduty», pero si es grande se añade «caballúa». El sustantivo caballo se ha transformado en adjetivo calificativo; tal impresión de grandeza dejó, durante siglos, la alzada de nuestros caballos en el alma de los indios; fué un impacto definitivo, un asombro que aún dura.

América es el continente de las aves, pero no de los grandes cuadrúpedos. Su mayor animal de carga es la «llama peruana», femenina, de ojos aterciopelados, a la cual los quechuas todavía «enfloran» y adornan con pendientes como a una novia, y a la que se susurra en el oído no sé qué misterioso y suave conjuro para que se levante, en lugar de nuestro imperioso «arre», que hace estremecer a las grupas como un trallazo.

En el Norte, sobre el hielo de Alaska, utilizaron al mudo perro aborigen para el tiro de sus trineos, único carro posible cuando se ignora a la rueda. Y en las grandes praderas, en esas «tierras de ningún provecho» de nuestros antiguos mapas que hoy son nada menos que los Estados Unidos, los indios cazadores de bisontes no modelaron por medio de la ganadería su barro rojizo para llegar a la fina escultura del toro y de la vaca.

Los emisarios del inca Huyna-Capac compararon a los primeros caballos de Pizarro con las llamas, con los «carneros del Perú», como dicen nuestros cronistas. Los aztecas los describieron ante Moctezuma como grandes ciervos. Otros,

menos exactos, dijeron que eran a modo de tapires, confundiendo su belfo con la incipiente trompa. Sahagún nos ha conservado, fresca, inocente, la impresión de los indios ante nuestros primeros caballos andaluces. Dice así nuestro cronista: «Y sus ciervos (caballos) los llevan sobre sus lomos, teniendo su figura la altura de los techos; llevan cascabeles, vienen con cascabeles, los cascabeles casi rechinan, los cascabeles rechinan; los caballos, los ciervos, relinchan, sudan mucho, el agua casi está corriendo abajo de ellos. Y la espuma de su boca gotea al suelo; como espuma de jabón gotea. Y al correr hacen un gran pataleo; hacen un ruido así como si alguien echa piedras.»

En Mérida, en el Yucatán, vi al primer caballo mejicano, por cuyas cansadas e hinchadas venas corría algo de la sangre de los caballos de la Conquista. Estaba parado frente a la catedral, enganchado a una alta y verde calesa de alquiler, y le caía la crin a un lado. Dos días después contemplé a los caballos de la plaza de toros de Ciudad Méjico, con los picadores (triste remedo de los viejos lanceros), mientras los Pizarros y Corteses, de azul y oro, los matadores, con la espada en la mano buscaban en el toro a los antiguos imperios desaparecidos, porque el Imperio español había sido clausurado y (como la ardilla presa en su rueda con tela metálica gira loca inventando al bosque) así ellos, por el cerrado ruedo, sin Andes ni selvas misteriosas, en la España decadente del XVIII, creaban a la tauromaquia como una pobre imitación de la Conquista.

Completaba esta imagen el peto de los caballos, porque idéntico era el «escaulpil» de algodón que los cubría para adormecer el ímpetu de las flechas. Los caballos conquistadores lucharon con peto y salían de los combates erizados de saetas.

—Mire usted —le digo a mi rubia compañera de la localidad— a ese pobre jaco. Esa caricatura de caballo fué aquí,

hace cuatro siglos, nada menos que un dios. Su decadencia se debe a haber sido, como usted, vegetariano.

—¡No es posible!

—Sí; los carnívoros han sido siempre más estimados que los herbívoros, como los guerreros fueron más apreciados que los mercaderes. Asombrados ante el ímpetu y la valentía de los caballos, con pretales de resonantes cascabeles, que desahacían a la indiada y pateaban, como uvas en un lagar, sus ensangrentadas cabezas, los aztecas creyeron que eran carnívoros y les ofrecieron como pienso trozos de gallina, abiertos pavos; sangre.

No olvide que sólo los carnívoros, águilas (algunas bicéfalas, como la austríaca, con doble pico sangriento), los leones y leopardos han subido al cielo de la Heráldica porque el blanco unicornio del escudo inglés, como animal fabuloso, no se alimenta de nada y no cuenta como argumento anticarnívoro.

Unicamente los pueblos jóvenes, huérfanos o liberados, como usted prefiera, de la Edad Media, han levantado hasta sus escudos a los tranquilos herbívoros como la lanuda llama del escudo del Perú y el blanco corcel, de crines alborotadas, de las armas de Venezuela.

La dieta de nuestros primeros caballos andaluces, cartujanos, fué muy variada. Desilusionados los indios al comprobar que no comían carne (como menospreciaron a Cortés porque no devoraba corazones humanos), pensaron que comían del espumeante hierro de su bocado. El caballo, como las plantas, comía minerales. Y le ofrecieron oro y le sirvieron el agua en vasijas, en cuyo fondo se veían trémulas las más bellas joyas aztecas.

Por América, más que por Grecia, han galopado los centauros. Para la imaginación de los indios, caballo y jinete formaban un solo y poderoso animal, pero no tan mezclado y fundido como el centauro clásico, pues este terrible dios poseía seis piernas, dos cabezas y cuatro ojos enfurecidos.

Cuando fué derribado el primer jinete, un grito de horror debió recorrer las escuadras quechuas o aztecas, y, sugestionados, debieron oír el formidable ruido (a hueso roto, que produce vómito o desmayo) al quebrarse el poderoso espinazo.

Del centauro partido nacen dos dioses: el hombre blanco que maneja el rayo, y el caballo invencible que dialoga con él, por medio de un áspero idioma de relinchos.

Ojeda, en Santo Domingo, hizo caracolear a su caballo ante el cacique Cahonabo.

Hernando Pizarro encabritó al suyo ante Atahualpa, en el campamento de Caxamanco.

Cortés paseó, sosegado, sobre el «Romo», que era castaño oscuro, ante los ojos admirados de Moctezuma. Los indios hicieron exorcismos contra el caballo como los hechiceros magdalavienses de hace veinte mil años, y en las cuevas mejicanas de Chili aparecen nuestros jinetes y caballos del siglo XVI como contemporáneos de los bisontes de Altamira. Volviendo dos españoles por los campos colombianos de Santa Marta, encontraron en el esplendor del campo a un jinete y a un caballo de algodón y paja, atravesados de flechas para destruir, mágicamente, su poderío. Fué el primer espantapájaros ecuestre.

Veo trotar herido, sin gloria, al viejo dios de los indios aborígenes por la arena de esta plaza de Méjico.

Su prestigio divino, ya disminuído al comprobar que no era carnívoro, acabó de hundirse cuando mataron al primer caballo.

Pusieron su larga cara, sus dientes amarillos de vieja ficha de dominó, seca al sol, en una estaca, y la adornaron con flores. Entonces se dieron cuenta que no era un dios, pues la inmortalidad es el atributo esencial de los dioses.

Porque la gran distinción entre los seres no es la que quieren los miopes naturalistas de hoy, de vertebrados o invertebrados, sino la de los antiguos: mortales o inmortales.

EUGENIA Y CARLOTA

Una tarde me dijo mi padre, cuando dábamos la vuelta en coche desde el Angel Caído a la casa de fieras del Retiro, señalándome en el fondo de un landó a una vieja señora exangüe, pero todavía erguida: «Esa es la Emperatriz Eugenia; recuérdala, porque si llegas a viejo deslumbrarás a tus futuros y jóvenes oyentes cuando les digas que la has conocido.»

Por entonces contaron los periódicos que, habiendo cortado una rosa en el jardín de las Tullerías, fué multada por el guarda, y que, galantemente, el Alcalde republicano de París le había enviado al hotel todas las rosas de sus antiguos jardines.

Porque todavía no había en el mundo «criminales de guerra», ni se escuchaban los soeces insultos de la O. N. U.

Leticia Durcal —cuya inteligente conversación es un regalo— me ha contado que por aquellos días la visitó en el palacio de Liria, nevada de ancianidad, bajo el deslumbrante óleo de su triunfante juventud pintada por Wintehalter.

Poco después la operación de cataratas, y pidió un *Quijote* de la biblioteca ducal para extender sobre la mejor prosa de Castilla su mirada recién resucitada.

Cuando el oculista la llevó a la luz del parque, exclamó:

—¡Qué hermosos ojos!

Y la Emperatriz, tantas veces elogiada, comentó amargamente:

—El último piropo...

La Emperatriz Eugenia hizo un viaje al país de los zulús, donde había caído atravesado por las azagayas de los salvajes su hijo único, el Príncipe Imperial.

Estaba acampada bajo la luna cuando sintió una misteriosa fuerza que la obligaba a andar; no se había alejado más de un kilómetro del campamento, y de repente cayó al suelo de rodillas, al escuchar la voz de su hijo muerto que le decía: «Aquí fué, mamá.»

A la mañana siguiente, los zulús de la escolta —muchos de los cuales habían rematado al Príncipe— confirmaron que, efectivamente, allí donde escuchó la voz había caído para siempre.

Su pariente el Duque de Alba nos narró, con precisa pintura, al Embajador Sangróniz y a mí, en Burgos, durante la guerra civil, cómo el Príncipe intentó montar en su caballo que huía, quedándose con la silla entre las manos por haber sido mal cinchado; y cómo el oficial inglés, que le abandonó, encontró a su vuelta a Londres a una ciudad de desdeñosas espaldas y de caballeros como mutilados de la mano derecha cuando él alargaba la suya, por lo que, desesperado, se perdió en esa nada de budismo y miseria que es la India, donde el honor de Occidente no se valora lo mismo.

Evoco a la Emperatriz Eugenia aquí, en Méjico, camino de Cuernavaca, donde su antigua amiga y luego adversaria, la dulce y triste Emperatriz Carlota, pasó el último verano feliz de su vida.

Con Eugenia y Carlota destella al máximo la gloria de la Francia bonapartista del segundo Imperio; en la Exposición de París se citan los Reyes y Emperadores de Europa, y por un momento son compatibles las coronas con los primeros motores.

¿Qué le guió a Napoleón III a fundar el Imperio mejicano, aparte del quimérico sueño de crear una cuña francesa entre la cultura española y la anglosajona, aprovechando la

debilidad de Norteamérica, ensangrentada por su Guerra de Secesión?

Los Bonapartes, nacidos a la Historia cuando ya no se hacían dinastías, fueron los nuevos ricos del Gotha, unos «parvenus» de la sangre real.

¿No buscaría Napoleón el pequeño su revancha, regalando una corona a un Príncipe perteneciente a la más antigua casa de Europa?

Carlota de Bélgica era soñadora, romántica; Eugenia, enérgica, realista. Carlota se enamoró en el giro de un vals, contemplando los ojos azules y la rubia barba partida del joven Maximiliano, hermano del Emperador Francisco José. Eugenia, ante el insignificante Luis Napoleón, que pretendía una aventura amorosa, le hizo comprender, con gracia carahanchelera, que había que pasar por la Vicaría.

Estoy en Cuernavaca, en el antiguo jardín de Borda, residencia de Maximiliano, evocando aquel verano lejanísimo de 1866 bajo los arcos amarillos, junto a su piano empolvado. Estoy entre las frías fuentes y los quietos estanques, perfumado por los naranjos, de los cuales ella se hacía servir sus dulces naranjadas; frente a unas rosas de té vestidas como las damas de su corte. Y contemplo la carnosidad anaranjada, moteada de negro, de los mangos y la lejanía azul de las montañas. A mis pies suena, alegre, el río San Antón.

Aquí está su veraneo. En Chapultepec, su invierno, las vajillas suntuosas de las comidas diplomáticas, su abanico, sus gemelos para el terciopelo granate y las arañas del Teatro Nacional, que dirigía nuestro José Zorrilla; la terraza de sus acuarelas, desde donde decía adiós con un pañuelo a Max cuando iba en su carroza al Parlamento.

Algo supe de ella en Roma, donde se volvió loca, al darse cuenta que Francia retiraba su ejército de Méjico y que su amado Max quedaba solo frente al tenaz indio Juárez y que era inútil su entrevista con Eugenia, y que el Papa tampoco podía intervenir. Sólo comía las frutas cerradas, nueces, na-

ranjas, porque tenía miedo a ser envenenada por los esbirros de Napoleón. Allí, en una de las bibliotecas papales, barrocas de molduras, pasó una noche. Lloraba como una niña, y el Papa tuvo piedad de ella. Fué la única mujer desde los primeros años del cristianismo que durmió en el Vaticano.

Luego salió con un vaso de plata, acompañada de su criada Matilde, buscando el agua que no estaba envenenada, el agua espumeante y fría de la Fontana del Trevi, que parece que nace de las narices dilatadas de los marinos caballos de Neptuno, de la fuente de la «Barqueta», frente a la escalinata, como un teclado de órgano, de la Trinitá di Monte.

Su hermano el Conde de Flandes, llamado telegráficamente por el Papa, vino a recoger a la pobre Carlota y se la llevó a Bruselas.

Nueve meses después, su amado Max se rendía en Querétaro, y en una luminosa mañana subía, acompañado de sus generales Mejía y Miramón, hacia el Cerro de las Campanas, para morir valientemente, como en un final de ópera.

El Imperio que pudo dar a Méjico gloria y grandeza se había derrumbado. Fué un sueño propio del romanticismo de la época, que sobre el dramático pueblo azteca había imaginado unos dulces indios con guitarras como los de las alegorías de los libros de viajes. Moctezuma se vengaba de Carlos V en su sucesor.

Con su Emperador austríaco y su Emperatriz belga, apoyado por los soldados franceses, resultaba un imperio postizo. Juárez hablaba el español mejor que Maximiliano. En nuestra América, y ya para siempre, el indígena sólo puede fundirse con lo hispánico, porque precisamente las naciones americanas surgieron de esta liga de sangre; ser español es ser también indigenista, y nuestra arquitectura colonial es en América tan natural como los Andes o los Templos del Sol.

Maximiliano, el archiduque, artista y caballeresco, entregó objetos y monedas de oro entre los soldados que iban a

fusilarle. Unos años después, un sacerdote, que decía que lo había acompañado en sus últimos momentos, repartía en Barcelona, entre sus amistades, los románticos recuerdos que como las «Lágrimas de Polonia», fueron los últimos brotes de la historia romántica. Entre los espinosos magüeyes, bajo el vuelo oscuro de algún zopilote, el oficial que mandaba el piquete levantó el sable, que dió un vivo reflejo. Siete balas quedaron en una fracción de segundo suspendidas en el aire cálido.

Pero Carlota no oyó esa descarga.

Durante sesenta y un años atravesó el túnel con llamas amarillas de la locura, creyendo que su amado Max seguía siendo Emperador de Méjico.

En sueños reinó tanto como su prima Victoria, y sólo la muerte pudo arrancar la diadema de sus rubios cabellos. En su castillo de Bouchout, cercano a Bruselas, estuvo todos los días de su larga vida esperando la llegada del Emperador.

—¡Va a venir esta tarde! —decía a sus damas al atravesar el foso, al poner el pie en la barca del estanque, y colocaba rosas en los jarrones—. ¡Prenderos vuestras joyas porque sé que llega esta tarde!

Algunos atardeceres melancólicos, cuando el relámpago rayaba con luz verde los espejos, se sentaba al piano y tocaba el himno imperial mejicano, que ya sólo recordaba ella.

Murió en un frío día de enero del año 1927. Perdió la razón a los veintiséis años; su frágil cuerpo, a los ochenta y siete.

En esa nevada mañana, las siete balas que habían quedado suspendidas en el aire se clavaron como un enjambre en el corazón del Emperador.

Cuando ella cerró los ojos murió verdaderamente Maximiliano, conservado eternamente joven en su recuerdo; se hundió en realidad aquel Imperio que ella había mantenido intacto a fuerza de sueños alucinados.

TEOTIHUACAN

—¿Cuánto da, jefecito?

Estos muchachos indios del cercano pueblecito de San Juan de Teotihuacan venden a sus antiguos dioses, de barro verduoso; el de la luna y el dios de la lluvia, junto con afiladas y vidriosas cuchillas de obsidiana, collares de conchas y unos medallones —como los de las Exposiciones Internacionales— con el calendario azteca y en el reverso la bellísima y terrible Piedra de los Sacrificados.

—Este vale seis pesos.

—No somos gringos.

Y con este argumento os rebajan automáticamente.

—Vea qué zarape más chulo (bonito).

La tierra es gris, y en el aire hay una neblina azul. Se presienten lejanas cresterías afiladas, para nieves o cráteres. Magüeyes, cactus, plantas carnosas, casi animales, erizadas como si tuvieran dientes y garras. Hemos dejado a un lado, envuelto en su silencio, al convento de Acolman, verdadera joya española del XVI. Ahora estamos frente a las pirámides de este mudo y reconcentrado Egipto americano, situadas a sólo cincuenta y tres kilómetros de la moderna ciudad de México y únicamente a doce siglos de nuestra era atómica. Me señalan.

—La pirámide del Sol.

—Vamos a subirla.

—Se cansará, patrón.

Mide sesenta metros de altura; es un monte geométrico,

de altos escalones para el jadeo y el ahogo; piedra compacta, durísima, como un montón de picapedrero trabado por misteriosos cementos. Es perfecta, regular. Desde uno de los andenes contemplo al valle. A la derecha, la pirámide de la Luna, más pequeña, una pirámide satélite, como de piedra azul, sangrienta pero femenina, acaso transparente en la noche.

A la izquierda, los templos de líneas rectas; andenes y escalinatas de la ciudadela. Todo como planos de arquitectura revueltos con tosca geometría, pero enternecidos por vegetales, huertos, burritos cenicientos como los de Castilla, mulos oscuros, pájaros, hormigas...

Aquí, desde el siglo III al VII de nuestra Era, floreció una cultura, la de los «toltecas», que venían del Norte y que influyó en la azteca. Fué más bien una semicultura, y acaso podría emplearse la frase de «una barbarie esplendorosa».

Según la leyenda, el quinto rey tolteca, Tutepeuh, edificó estas pirámides; fué el Queops, el Kefren americano, pero ya cuando hacía tres siglos que se había clausurado el Imperio romano y cuando Carlomagno soñaba con la unidad de Europa, un poco antes que el Sr. Churchill.

Las edificó, probablemente, por medio de planos inclinados de arena, y comenzó el año 823 de nuestra Era.

Lo que más apasiona a un europeo no es la soledad de América entre dos enormes mares separadores, sino su aislamiento con respecto a nuestro tiempo euroasiático y africano.

América es una luna histórica, con tiempo diferente, de planeta. Eso da virginidad y rocío al Nuevo Mundo. Porque inició sus dinastías egipcias ocho siglos después que Cristo anduviera sobre el mar. Si —permitidme el absurdo histórico— no la hubiéramos descubierto, ahora, en 1952, estaría iniciando su Imperio romano.

Los toltecas eran pacíficos agricultores y parece que no practicaron los sacrificios humanos. Pero cuando los valerosos y conquistadores aztecas ocuparon el Valle de Méjico, so-

bre estas duras piedras se movieron, como un pájaro recién atrapado, los sangrientos corazones extirpados.

¿Por qué hay pirámides a ambos lados del mar? ¿Por qué Dios se dice aquí Teos, como lo decía Homero? Teotihuacan significa «lugar donde los que mueren se hacen dioses». ¿Hubo un común origen que se rompió al hundirse el hipotético puente de la Atlántida o es una mera y sorprendente coincidencia?

Hemos subido apenas treinta escalones de los doscientos cuarenta y cinco que nos llevarían al vértice de estrella de la pirámide, y ya la fatiga nos sofoca.

El guía nos conduce a la ciudadela.

Los guías venden tarjetas postales de un festival indio de hace unos años sobre estas piedras.

—Cómprame una postalita. ¡Ahorita mismo se la traigo!

Aquí, protegido por el muro de un edificio adosado, se ve la fabulosa fachada del templo de Quetzalcóatl. No son bajorrelieves; emergen demasiado las trágicas cabezas de las serpientes, con morros de buey, de fosas nasales dilatadas y corvos colmillos de tigre. Las verdosas cabezas nacen, florecen entre los pétalos carnosos de bellísimas flores blancas, que jamás existieron. Son como sus pistilos venenosos. Y luego una maquinaria cubista; esculturas de ruedas blandas, no imaginadas, planos, cuadrículados, atisbos de tuercas calientes, ojos cuadrados, caracoles edificadas, conchas geométricas, secas y sin mar; alas rectas como los pliegues de túnica de Victorio Macho o Vázquez Díaz. Y, de nuevo, serpientes con golas de plantas.

¿Hermoso? Más bien terrible.

Es comprensible que los misioneros gritaran que el diablo se había vuelto arquitecto al ver el triunfo de la serpiente, que ellos llevaban en sus imágenes humillada al pie de María.

En la historia de la Cultura como en la de la Tierra ha existido una edad ofídica o de las grandes culebras.

Cuando el sol era como un penacho indio sobre las cornisas y los vértices de las pirámides, un aullido arrugaba el aire levantado del amanecer. Miles de devotos aguardaban. Ya se combaba, como un arco de carne, el cuerpo del prisionero sobre la Piedra de los Sacrificios, y del pecho estallante le extraían el corazón, aún con un humo de vida. Con él corrían por la «Calle de los Muertos»; había que subir con él (llevando al propio corazón en la boca) los cientos de escalones altos —de tendido de plaza de toros— de la Pirámide del Sol; y era de mal augurio que al llegar a la cumbre de la pirámide ya no se moviera el corazón y fuera como un andrajo rojo.

Cuando volvemos hacia los autos estamos a punto de pisar un gran hormiguero, que tiene también forma de pirámide. Las hormigas han visto florecer y derretirse estas civilizaciones y ellas siguen inmutables, con sus mismas reinas, su estructura social idéntica, y con la exacta arquitectura de los primeros días de la Vida. Porque sólo los hombres sufren la gloria y la servidumbre de la Historia y su cambiante y ensangrentado espejo. Los Corteses y Moctezumas del hormiguero se difuminan en lo anónimo, en la fría Historia Natural, que nunca cambia.

En el hotel de Ciudad Méjico nos sirven unos «pulques». Cercanos a nosotros están el Marqués de Monte Hermoso, pálido, inteligente, erudito, hablándonos de genealogía y de Sor Juana Inés de la Cruz; y Justo Bermejo, burgalés, alegre como un capitán del Cid; y el aviador Pombo que, heroico, cruzó el mar en avioneta y con quien vimos, en un atardecer de Burgos (entre ovejas lacradas de chorreante bermellón), descender al avión con la bandera tricolor, que nos traía la rendición de Madrid. Y ha pasado entre las mesas, elástico, Carlos Arruza, que ha incorporado el atletismo a la tauromaquia. Hemos pedido para cenar «guachinangos» (el lenguado del Golfo de Méjico), en lugar del «guajalote» o pavo, porque alguien nos ha advertido que «hoy es vigilia».

¡De los corazones extirpados a la vigilia! Convengamos que la Iglesia ha suavizado los sacrificios.

Y otro amigo, un poco «pocho» (como llaman a los mejicanos yanquizados de la frontera, de esos que llaman familiarmente «Ike» al General Eisenhower), comenta la excursión, no vuelto aún de su asombro.

--¡Cien mil corazones arrancados en un solo día; realmente hemos progresado!

—Pero hace poco —le digo— se ha llegado en Norteamérica al millón de muertos por accidentes de automóvil.

Los hombres no se cansan de ofrecer sus vidas —a la Velocidad, al Sol, a la Raza, a la O. N. U.—. Lo único que exigen es que les cambien los ídolos de vez en cuando.

UN MIGUEL ANGEL SIN DIOS

Diego de Rivera es un Miguel Angel sin Dios. En vez de Apóstoles ha pintado obreros; en lugar de nubes difusas, máquinas concretas. En la muralla de Detroit ha dejado su laica «Sagrada Familia», se llama «La Vacuna». Un niño robusto, resplandeciente, sostenido por una blanca enfermera (con un incipiente halo científico sobre la cabeza), y al otro lado un médico, vacunando su brazo izquierdo. Rodean al niño un caballo, un buey, unos corderos navideños, de los cuales se saca el suero para la vacuna. Es todavía un resto de aquel progresismo del XIX que, atacando a la Iglesia, utilizaba todo su simbolismo y su lenguaje, «Misa del Trabajo», «Apóstol de la Revolución», «Comulgar con la Libertad», «Evangelio de la Democracia». Este Diego de Rivera, que según su mujer, Frida Kahlo, tiene «la cabeza asiática y los ojos saltones, de los batracios; este niño-rana, de piel blanco-verdosa, de animal acuático, que duerme en posición fetal», es el realizador de la Capilla Sixtina del Marxismo; del Juicio Final de la tuerca y de la mano.

Una vez, en su elevado andamio, pintaba unas enormes manos de obrero cuando cayó desde lo alto, hiriéndose gravemente; los indios albañiles aseguraron que aquellas manos, pintadas por él, le habían empujado. También en un andamio, Miguel Angel, ante la observación crítica de un Cardenal, lo metió para siempre en su infierno pintado. ¡Cómo ha cambiado el signo de nuestra civilización!

De unas llamas teológicas, al mundo manual, neolítico.

Rivera ha sido saludado por sus discípulos (otra vez la vieja nomenclatura) como el «Giotto» del nuevo franciscanismo marxista.

Había empezado por el «puntillismo» en esa costa futurista, «daliliana», de Cataluña. Pero llegó a París cuando el «cubismo» rompía al Hombre y a las formas como un cristal contra el suelo y se veían a los puros elementos de la tierra con los ojos facetados de una mariposa o como pintados a través de un diamante o un prisma. Se «retornaba al bloque», se hacía palpitante, caliente, a la geometría. Pero no era ése su destino, pronto se levantaría frente a la pintura individualista. Contra el caballete liberal, alzaría el andamio colectivista. Presentía un Renacimiento, pero no el griego —de «lúvidas estatuas»—, sino indio y proletario. El pintor de Toledo y Chicharro del París de Cézanne y Picasso, iba a imitar a los pintores del Renacimiento italiano, que se descolgaban por agujeros de zarzas para resucitar los frescos nacarados y los rojos y negros estucos de Pompeya.

La Pompeya india está en el Yucatán. En ese fresco de «La Batalla de Mayas contra Toltecas», al lado del Frontón de Chichen-Itzá. Los frescos de Rivera serán una mezcla de los caballeros-tigres toltecas o tarascos, y de cartel revolucionario de las afueras, de solar con valla donde se prohíbe fijar carteles o hacer cosas más sucias. Se ofrecerán corazones a Huichilobos —ensangrentado el brazo hasta el codo— en medio de manifestaciones obreras del Primero de Mayo. Proletarios de la piel, del brazo de los nuevos indios blancos: los obreros.

Su lema es socialismo y máquinas. Arte pre-colombino y del siglo XXI. Contra el barroco español y antieuropeo. La América bárbara, unida a los rascacielos y al Asia soviética. Como si Colón, cuando creyó que arribaba a Cipango y Catay, no se hubiera equivocado. Es decir, desde Moctezuma a Benito Juárez, saltándose tres siglos de Conquista cortesiana, de colonia, de virreyes, de campanas, de conventos,

de Teología, de versos de Sor Juana Inés de la Cruz, de tertulias del XVIII. Y, sin embargo, este salto no lo ha podido realizar.

Antes de conocer sus frescos odiosos y geniales, llenos de brutalidad y de vida, de agresividad y expresión, hubiera escrito de él que todo aquello podría servir como ilustración a un libro titulado «La leyenda Negra», editado por una casa de Londres. Pero no es eso. Porque ¡cuánta saña española hay en él!, ¡cuánta vehemencia ibérica ruge en sus pinceles!, ¡cuánto hay en él de hereje torturado, mordido por la conciencia!

Y es que frente a la España católica, gótica, monárquica, unitaria, corre, paralela, una España oriental protestante, de germanías y separatismos, mora, judía, rebelde, tribal, anarquista, enemiga y subsuelo de la otra.

España en América es irrevocable. Sin ella no hay Méjico, sino Anahuac.

Rivera no es un escéptico, ni un racionalista, ni un ateo, como pretende con cierta coquetería de satanismo. Cuando en su «Tarde de Domingo de la Alameda», del hotel Prado, pinta ese carnaval, pariente de Solana, con monstruos, muñeques y máscaras, presididos por la horrenda y adornada calavera «Catrina», y pone entre las manos del «Nigromante» su cartel, «Dios no existe», no es un incrédulo, es un blasfemo. No tiene nada que ver con Voltaire, ni con los enciclopedistas. Está más cerca de aquellos anarquistas —no incrédulos, sino creyentes al revés— que el año treinta y seis gastaron gasolina y balas para fusilar al Sagrado Corazón del Cerro de los Angeles; o de los campesinos de las afueras de Madrid que cortaron —con una lluvia de serrín— el San Miguel Arcángel de su ermita para pasear en andas, procésionalmente, por sus campos de mulas, al verdidorado dragón que estaba a sus pies.

Diego de Rivera es el pintor de ese Méjico apasionante y misterioso que lleva dos sangres y arde con dos médulas, y

donde la Conquista está tan viva y vigente, que todos los días, en el alma de los mejicanos, luchan y mueren Cortés y Guatemoc. La tumba de Cortés, hasta hace poco, era secreta y sellada, y los Embajadores de España se transmitían la noticia de su lugar como si fuera un cifrado. En los periódicos parece que va a aparecer la noticia de la muerte de Moctezuma en la sección de sucesos. Y se emplea la palabra malinchismo (el nombre de la Malinche, la hermosa india amiga de Cortés), para indicar a los antipatriotas y colaboracionistas en el extranjero, con la misma actualidad con que en nuestros días se decía «petenistas» a los partidarios del Gobierno de Vichy.

Cuando llegáis al hermoso palacio de Cortés, en Cuernavaca, si sois españoles, sentís la sensación, al ver los frescos sectáreos y poderosos de Rivera, que han sido pintados la noche antes, para molestaros.

Tanto aquí, como en el Palacio Nacional (que era la antigua mansión de Moctezuma), Rivera ha hecho el retrato del héroe de nuestro siglo: la masa. Es una multitud, un racimo, una salida de Estadium o Metro, abigarrada y terrible, una confusión, un tropel, una huelga, una colisión de charreteras y de hombres, de uniformes y cuerpos desnudos; de batallas entre indios y españoles, en las cuales los caballeros de Cortés (más medievales de lo que realmente eran aquellos hombres ya tocados por el Renacimiento) combaten con «Caballeros-Tigres» o «Chacales», donde «Hombres-Jaguares», de horribles dentaduras, degüellan con cuchillos de piedra a armaduras huecas, de petos resplandecientes. Una Edad Media sobre un carnaval sangriento; guerreros de pálidos rosas y azules de los templos mayas, con máscaras de fieras entre negros terciopelos y manos exangües del Greco. Ceibas sobrecargadas de espías como frutos desnudos; árboles carnosos, desperezándose, humanos; fuegos de artillería como cactus vinosos; y sobre aquella mascarada de sangre, la grupa de algún blanco caba-

llo de Botechelli. Caballeros feudales, entre caciques destrozados; espadas de Toledo en el entierro de la sardina; las corazas de los condenados por la Inquisición y las barbas rubias de Maximiliano y su descarga; el látigo y la hoguera; las bandas tricolores de Madero, de Carranza, de Porfirio Díaz; y el águila yanqui sobre Chapultepec; y la francesa huyendo con la corona imperial; y tuberías blandas, como venas, que llevan la moneda mísera de los indios depositada en Guadalupe, a los banquetes de los capitalistas, con champán y pierna de bailarinas, y las caras rapaces de Rockefeller, Ford y Morgan, y como un Dios Padre, benigno, la cabeza aleonada de Carlos Marx. Toda la Historia de Méjico revuelta, digerida, regurgitada como se lleva, difuso, el pasado en la sangre.

Este pintor de las llamadas «formas sociales de expresión» que, según Siqueiros, trabaja «en las tapas anteriores a la construcción de su propia catedral gótica», ha encontrado similitudes entre las toscas ruedas, las tuercas blandas, los ejes incipientes, las dínamos adivinadas, de los bajos-relieves de Teotihuacán y de los templos yucatecos, y el esquema helado de los motores. Ha buscado la coyunda de esa premonición neolítica con la máquina, protagonista futura de la Historia y dueña del hombre técnico, del porvenir. «Vuestros ingenieros —les decía a los yanquis cuando fué a Detroit— son vuestros artistas». Por eso, más que con pinceles, pinta con pistolas de aire, con sopletes eléctricos, con proyectores, metiendo su propio andamio y sus herramientas dentro de la pintura. Sus murales son el canto al overol, al obrero, arcángel de su cielo terrestre; al soldador, medio buzo con escafandra cuadriculada, vertiendo las gotas verdiazules de madrugada de sus rayos sobre el metal al rojo; a los soldados con máscaras de gas (que vuelven al morro y llevan la tráquea fuera), fusilando campesinos entre los camiones de verdes bananas, con bosques de pozos de petróleo; a los fuselajes; a los motores mutilados de hélices...

A veces Rivera se vuelve máquina él mismo y transforma sus ojos saltones en lente fotográfico, y ensancha, desmesuradas, las manos de su primera esposa, Lupe Marín, cruzadas ante sus rodillas, para fingir el primer plano, monstruoso, de los ojos sin lágrimas del cine.

Pintor de nuestro magnífico y feroz siglo xx, de lo Feo hecho tapiz, de las masas culebreando, macizas, por la Plaza Roja de Moscú, entre soldados (a los que concede un leve toque bizantino), Diego de Rivera es el Miguel Angel de la materia, el retratista del espantoso hombre masa, sin cara, que se nos aproxima.

LA GIRALDA EN MIAMI

Desde el avión se ve la línea del camino que une a Cayo Hueso —tan lejano de la costa— con Miami, en tierra firme.

Tal vez sea ésta la única carretera sobre el mar; unos doscientos cincuenta kilómetros salpicados por las olas. Claro es que la carretera va apoyándose en los pequeños «cayos» o islotes, verdes, rojizos, color de hígado, bordeados de fresca y salina esmeralda; pero existen tramos de kilómetros y kilómetros abandonados en la soledad de las aguas. Entonces, la carretera se transforma en un inmenso puente. Y uno piensa: ¿Se podrá ir algún día en automóvil de Europa a América?

*Si el mar tuviera barandas
Iría a verte al Brasil.
El mar no tiene barandas,
Di, amor, ¿por dónde he de ir?*

Traduzco, sin perfume poético, el «fado» lleno de saudades que le escuché una noche a Eugenio Montes, en un portugués que sonaba a gallego.

Únicamente el Emperador Calígula hizo algo semejante, pues tendió una carretera (con tierra, polvo, árboles, posadas y «termopolias» o tabernas, donde daban vino caliente bajo parras), que partía de Ostia y se perdía en el mar sobre las cubiertas de los navíos, en fila, de la flota que traía el trigo de Egipto.

Sin preocuparse mucho por el pueblo, que paga a con hambre su capricho, galopó a caballo más de una hora sobre las olas.

Pero no hay que extrañarse. Porque ¿no es Norteamérica la nueva Roma, como Europa será la Grecia futura, pedagoga de sus hijos?

Volamos sobre un cielo de Génesis, del primer día de la Creación, Paisaje aéreo, gaseoso, entre nubes deshilachadas. Parece que vamos a ver el dedo de Dios creando al primer hombre; campo de nieve, coposo, y nubes redondeadas para ángeles, con trompetas de las alegorías de los techos de los teatros románticos.

Abajo, la incesante lucha del mar; su pupila inmensa, transparente. Desde arriba es como pasear bajo las aguas, viendo el paisaje submarino. Arena sumergida; algas, playas ahogadas. Contemplamos las peanas de las islas.

Estamos sobre los pantanos de la ciénaga de Everglades.

—Allí —me dice señalando hacia abajo el piloto cubano— estuve perdido con otros muchachos durante dos días. Eramos exploradores. Menos mal que nos encontraron los indios «seminolas», que tienen una «reserva» cerca de la ciénaga.

Esta es la zona tropical de los Estados Unidos, donde vive, soñoliento, el prehistórico cocodrilo conciudadano de los «caddillacs» de Detroit.

Hace poco se ha filmado una película en colores de la ciénaga, con trajes de finales del siglo pasado. Es semitierra y semilíquida, con jaguares, panteras, osos negros, lagartos y algunos jorobados cebús que se han hecho ya salvajes; y maravillosos pájaros tropicales que van de los chillones plumajes rojos, azules y naranjas a las elegantísimas combinaciones del blanco y el limón.

Ya en la tierra firme, campo cuadrulado por jardines. Tejados de carmín de labios de mujer, con la pastilla de menta de las piscinas.

El aeródromo de Miami. Aquí se cruzan las líneas que

van de Estados Unidos a América del Sur y a Europa; vuelos incesantes, como una colmena en primavera. Vamos a comer al «Robin Hood»; la carne de Texas, superior a la de Florida, da vueltas, goteando una grasa dorada, sobre el asador; patatas de Idaho. Cobres y maderas. Como pedimos vino, se dan cuenta de que somos europeos. Después del postre, menta o nueces.

—El almuerzo en Miami —me dice mi amigo Mr. Carretero— consiste en un «Club-sankwich» y té helado, y es un breve paréntesis entre las horas de oficina.

El almuerzo ha desaparecido. Por la noche la televisión ha asesinado al comedor, pues congrega a todos en el «diving», donde se cena, en realidad, en los cómodos sillones «coach» —casi camas— en torno a sus cartones animados y a sus bailarinas dentro de una bombilla.

Muchos de estos restaurantes de Miami y de sus casas de té huelen al Norte de Europa, a té, mermelada, mantequilla, madera barnizada y galletas. Perfume de Estocolmo y de Copenhague.

Sí, por primera vez veo a los rubios, a los nórdicos, en el trópico. No dará mal resultado. Cuando los rubios bajaron al Mediterráneo, fundaron, entre aceitunados pescadores, a la Grecia clásica.

Por todas partes los «Howard-Johnson», con sus policromados helados y sus tejados de aluminio, esmaltados de rojo, imitando la teja romana.

También los «Arthur Murray», los muñequitos de la academia de baile, goteando música. Ni un caballo; sólo su fantasma en los motores, en los refrigeradores de medio caballo, de tres cuartos de caballo. ¡Qué descuartizamiento mecánico!, y subir y bajar de autos por Lincoln Road y muchachas en trajes de baño por Biscayne Avenue.

Roma tiene más de trescientas sesenta y cinco iglesias; Miami, cuatrocientos hoteles. En el «Saxony Hotel» todo está previsto; el capítulo 510 de las Leyes de Florida; un ti vivo

giratorio para escoger las corbatas. Miami es el país del tercer grifo: el caliente, el frío, el helado. El cuarto, de un verde que no cansa, estudiado por los psiquiatras, rezuma aire acondicionado; y música de fondo de una estación que mana música pura, filtrada de anuncios. El tintero tiene un embudo para que nunca se cargue demasiado la pluma y evitar los borrones; hilos de colores tejiendo un tapiz para coserse los botones; agujas, alfileres, imperdibles. Una goma amortiguando choques de puertas y ventanas. Están previstos el borrón y el ruido. Y un papel para limpiar los lentes; la sal de frutas, que es la absolución laica de los pecados de la posible noche alcohólica; «sahmpoo» para la cabeza; y «gillettes» y «lanolina», toda la cirugía de las manicuras en el «Guest-Pac»; todo para evitar la llamada al criado.

Hay un antifaz negro —máscara sin agujeros— trágico, para poder dormir con las ventanas abiertas sin que la luz disipe al sueño. Junto a él, unos «toppers», o tapones de cera, para aislarse de los ruidos. Ambos objetos son muy empleados —me dicen— por las actrices de Hollywood.

Los ensayo; pero no me gustan. Perdidos dos sentidos —vista y oído—, el Sueño se parece demasiado a su hermana la Muerte.

Pero, ¿quién habla de muerte en la alegre playa de los millonarios?

Delante de los maravillosos hoteles, como si se les hubiera olvidado desmontar a la Navidad, abetos y pinos con frutas de bombillas, rojas, azules y naranjas, encendidas. Salgo al fresco de la noche. Parpadean los anuncios de los «Bursescos», llenos de malicia ingenua, sin el pecado de París. Iluminada veo a la Giralda del «Miami Daily News», rodeada de rascacielos también luminosos. Es como una gitana bailando entre los turistas.

AUTOS Y MOTELES

De cada tres norteamericanos, uno va en automóvil. De modo que es una civilización, no sobre cimientos, sino sobre ruedas. Si se deshelara el Polo Norte, inundando con sus aguas prisioneras al mapa de los Estados Unidos, o si Rusia la invadiera por Alaska, desintegrando paisajes y evaporando hombres, los americanos podrían emigrar con mucha más facilidad que los movibles mogoles a la grupa de sus peludos caballos.

El automóvil es ya protagonista de la Historia. En caso de guerra, su corazón, el motor, palpita entre las alas de los aviones y ruge en ese barco terrestre que es el tanque, el cual ha hecho navegables a los surcos.

Disfrazado de tractor, el automóvil ha asesinado a los bueyes; y enmascarado de «jeep», ha exterminado a los caballos. Ahora se mete dentro del río, como los hipopótamos, convirtiendo su parabrisas en cristal de «acuarium»; a su voraz apetito de kilómetros se ofrecen las suculentas autopistas.

Además, canta y nos narra historias divertidas durante el viaje; la música va trabada en el acelerador y se cambia la onda con el pie. Cuando zumba fuerte la «Quinta sinfonía», parece que es Beethoven y no la gasolina quien le impulsa.

Es el triunfo total de la rueda; aquí, en Miami, hasta una de las sectas religiosas se llama de los «Santos Rodantes». Ruedan por el suelo, en lugar de elevarse como los místicos de Europa o de la India.

No hay sitio para ellos; han destruido a las viejas ciudades. Las calles románticas de La Habana ó de Lima, Animas Palvoztzules, pronto serán numeradas. La calle i, entre el 21 y 23, puede ser el lugar de cita de un amor. En Europa los autos han desinflado de su aire tradicional a las ilustres ciudades amuralladas como a un globo al que se pincha. En los muros de Ciudad-Rodrigo se va a abrir una brecha junto a la antigua puerta de Amyuelas, es decir, que los baluartes que vencieron a Napoleón empiezan a rendirse. La inexpugnable Avila hace equilibrios municipales para no ceder ante estos nuevos guerreros invencibles. Pero la aérea ciudad de Santa Teresa está ya sitiada por los camiones.

Nada les basta. En las ciudades novísimas —donde los cementerios parecen un anacronismo— abren, como topos, subterráneos con rampas. El «Parqueador» que recoge las llaves de contacto de nuestro coche y lo coloca y nos lo trae a la salida del Club, es ya el chófer socializado. Todos los taxis de Miami tienen teléfono propio y son dirigidos por una Central, y escuchan más a la voz eléctrica del auricular que a la fresca y juvenil de la muchacha que los llama en plena calle.

Se les mima. Levantados por una plataforma y con chorros de presión se les hace la «toilette» en menos de un minuto. En los puestos de gasolina (donde la gente comenta como antes a la puerta de las iglesias), se abren sus restaurantes de aceite pesado, de grasas amarillas como la manteca, de frescos lubricantes y gaseosas botellas de aire.

Hay cines para ellos al aire libre, con enormes telones convexos, donde parece que va a proyectar la luna su película desconocida. Allí, en vez de butacas, se alinean los automóviles, cuyos parabrisas son lavados por una muchacha con una especie de colirio de ojos para hacer más transparente su mirada. En los cristales de la ventanilla os cuelgan una piña metálica, donde va la voz de las artistas y todo el diálogo del film. Evita los «trailers» con remolque que sus-

tituyen a las casas, junto a la «reserva» de los indios seminolas. He aquí a los nuevos gitanos motorizados, formando las ciudades más efímeras del mundo.

Los cementerios de automóviles rodean con su muerta chatarra a la ciudad. Algunos todavía podrían andar; falta, sin duda, el chalán metálico que disimule sus mataduras.

Conocido es el caso del granjero que unció su viejo «Ford» a la noria, sujetando con una cuerda al volante, en una interminable curva.

Es ésta la versión yanqui del caballo español que termina en los toros. Ahora los «moteles» amenazan con acabar con los hoteles de Miami. Esta palabra, compuesta de motor y hotel, es como un centauro gramatical. El «motel» se preocupa más del auto que del viajero. A un lado y otro del largo edificio de una sola planta se alinean, en diagonal, los automóviles frente a las puertas de los dormitorios de sus dueños. Semejan lechones prendidos de la ubre materna. Parece que el auto está libre y triunfante y que a su dueño le han metido en el «garaje». Hay ya autos con televisión; naturalmente para los viajeros del asiento de atrás, ya que las diminutas bailarinas de Liliput, bailando delante del conductor le harían chocar o despeñarse.

Los conductores, tanto de automóviles como de pueblos, no pueden ser adormecidos por la voluptuosidad.

A La Habana acaban de llegar los últimos modelos refrigerados; se puede pasear con aire de Burgos o del Guadarrama, entre las radiantes palmeras y el tibio mar añil. El auto moderno con su teléfono y su clima propio, su cine particular y su música incesante, va sustituyendo a las casas. El hombre moderno, como el caracol, lleva su casa a cuestas.

Existen ya monumentos al automóvil. Los rusos han esculpido en mármol el tanque vencedor de Berlín; entre Lima y El Callao un viejo auto, con el «capó» convertido en acordeón, sobre un pedestal que antes se reservaba a los héroes ecuestres, nos advierte en una curva peligrosa.

Hemos ido aquí, en Miami, a Lincoln Road a recoger nuestro auto; como han pasado los diez minutos de «parqueo» a que nos daban derecho los diez centavos introducidos en la máquina registradora, ésta, con una señal roja, nos denuncia al policía. Es algo humillante el ser acusado por una máquina. ¿Pero no estamos viviendo en su Siglo de Oro? Esta máquina registradora es una simple célula nerviosa de ese gran cerebro electrónico que ha anunciado, casi sin error, el triunfo de los republicanos en las últimas elecciones y que ha destituido a Mac-Arthur, el vencedor de Hiro-Hito, hijo de la Diosa del Sol.

ENTRE LAS ISLAS FABRICADAS

Los indios seminolas son los primitivos habitantes de la Florida; aún viven libres, en el suelo movedizo de la ciénaga. En Miami hay, como muestra, un pequeño campamento. Hemos ido bajo la lluvia a su cautiva selva artificial de relucientes hojas carnosas, tropicales, y verdes ramas goteantes. Son indios de cobre, con algo de oriental en los ojos y pómulos de Asia. Sus lejanos abuelos debieron ser cazadores de Siberia.

Se acurrucan bajo sus grandes mantos de color grosella con equis negras bordadas en la orla, rodeados de ídolos de madera policromada como los de Alaska.

Un gran buho de alas rosadas. Y colgando —decapitada— la cabeza de un dios, emplumada de amarillo, tallada en un coco verde de recóndita agua azucarada.

Las indias mueven con el desnudo pie de color de ladrillo el pedal de sus máquinas de coser. Por un dólar, un seminola, medio desnudo, se mete en el sucio estanque con costras de cocodrilo, y lucha con uno de ellos entre el «tic» incansable de las máquinas de los turistas.

Los indios de piel roja son ya muy escasos en Norteamérica. Los acabaron las caravanas en carromatos de lona que iban hacia el Oeste, el alcohol y la viruela. Ahora viven en las «reservas», y los bisontes que cazaron, reducidos a los rebaños, emigran con el alba con su rojiza lana sobre el verde césped del Parque Nacional de Yellustone.

Los españoles no sólo dejaron intactos a los indios (hay

más de veinticinco millones de indios puros en la América Hispánica), sino que amaron a sus mujeres (como Cortés a la Malinche) y se mezclaron con ellos. Los anglosajones han preferido que los indios estén en las reservas que en su sangre.

Como privilegio a estos antiguos pobladores, todos los seminolas pueden entrar gratis en los cines y teatros de Miami. Es un vago título de propiedad sobre su antigua ciudad.

Asombra pensar que estos neolíticos formen parte del país que ha iniciado la Era Atómica.

Hemos ido después al pueblecillo de Hollywood; entramos en un mercado. Es la antítesis de los mercados de Oriente, de Marruecos y Constantinopla, con sus cortesías, sus zalemas, sus tapices de piel de camello, sus tazas de café, su ruido, su polvo, su olor y sus moscas.

Una pared rosa, tranquilizadora, de donde mana una suave música y un fresco, acondicionado, de cima de montaña. Como bodegones, sandías en celofán, melocotones de cera, frías ciruelas rojas. Y flores anaranjadas dentro de peceras. Pescados como joyas sobre trozos de hielo; el «rosbeaff», un pato, o medio, o cuarto, también en celofán, como sumergido en el agua; lenguas, riñones, sesos clasificados, huevos en cajas. Todo archivado, serie A, grado B; todo aséptico, ultramuerto. Para vengarnos de esta asombrosa pulcritud de clínica, decimos los europeos que a nada saben (¿envidia o verdad?); en realidad es imposible imaginar que éstos hayan florecido, graznado, palpitado, cacareado, sufrido y respirado.

Aquí hacen la compra las señoras con cochecitos metálicos, donde en vez de a un niño empujan a las conservas. Yo también lo haría; ¿es que las señoras hacen de criadas o las criadas han ascendido a señoras? La respuesta depende desde qué orilla del Atlántico se conteste. Sobre estos alimentos, todo su abecedario de vitaminas.

—Falta —le digo a mi acompañante— la vitamina «G».

—No la conozco.

—La inicial de gula.

Tejas españolas (muchas compradas en la tradicional ciudad de Trinidad en Cuba) ruborizan los tejados de «Coral-Gables», con sus calles de Granada, de Ponce de León, de Cataluña, Sevilla y Alhambra. En la droguería veréis: juguetes, esponjas, trompos de música, café y algunas drogas, pero éstas hay que pedir las con receta. La farmacia sustituirá pronto a la cocina; asistimos al cambio de poderes.

La palabra «gusto» ha sido sustituida por «sano». Gran triunfo de las lechugas y el tomate, de la zanahoria y la remolacha, todo lo que en nuestros pueblos antiguos también se comía, pero filtrado por el puerco.

Luego, es preciso navegar en yate por el «Camino Veneciano», entre las verdiazuladas aguas donde se pesca al «pez-aguja», de enorme y amoratada aleta dorsal, como un abanico de ópera.

Muchas de estas islas son artificiales. Llegamos a una. El fabricante de islas se disculpa. «Está todavía encharcada, no hemos sembrado césped ni árboles; está recién hecha.»

La han acabado hace unos días, bombeando lodo del fondo del mar; la venden en lotes de 10.000 dólares. Mañana llegará la electricidad, y la isla, ya con sistema nervioso, empezará a palpitar. Espejos, con viseras, recogen la luz del sol y calientan los baños y las habitaciones de este barrio. En esa casa de rojo tejado vivía Al-Capone; en esta cafetería os sirven pan judío con cebolla, y leche marca «Home-milk» en una maletita de papel encerado; es maravillosa; grado A; pasteurizada; vitaminizada; homogeneizada. Con 400 unidades de vitamina D ¿qué pone la vaca? La vaca es un pretexto.

Atardecer americano; el rosa del crepúsculo manchado por el humo de alguna fábrica; enfrente el rascacielos de veintisiete pisos del Ayuntamiento —los tres últimos dedicados a cárceles— de donde hace algunos días se descolgaron

unos asesinos por unas sábanas hasta el piso veinticuatro, y se fugaron tomando, sencillamente, el ascensor.

Una niña negra con lazo blanco, en el barrio de grises maderas; un muchacho con pantalón verde y una coca-cola en la mano; un anuncio luminoso: «Comida de caballo en lata para perros»; en un camión, algunas máquinas «Bendix», que sustituyen a las lavanderas; en otro, que viene de Detroit, automóviles recién fabricados, con fundas verdes de cuadros negros. Aquí la iglesia del Cristo científico. Y de pronto suena la sirena. Toda la ciudad se inmoviliza como cuando se corta una película en plena proyección. En medio de las alegres bañistas acaba de sonar, lúgubre, la voz antigua de la Historia.

POESIA DE LAS ESTADISTICAS

Si algo bueno ha producido la poesía moderna —de cuya irracionalidad, simulación y oscuridad querida estoy tan alejado— ha consistido en ampliar enormemente el número de los materiales poéticos, en agrandar el campo de la metáfora, que hasta entonces giraba casi siempre en torno a la rosa, el ruiseñor, el lucero, la luna, el lago y los cisnes.

Con frase taurina podríamos afirmar que el poeta y el prosista moderno se han metido en el «terreno del toro», pisan una zona antes prohibida. Hoy la electricidad, las ondas, el átomo, vibran en las estrofas, y un poeta actual ha podido decirle a su amada (que le escucha por teléfono y que, nerviosa, se ha enroscado al cuello el oscuro cable: «Tienes mi voz alrededor de tu garganta.»

Hasta los más humildes objetos, las modestas «Cenicientas» del mundo de las cosas, pueden asistir al gran baile de la Poesía.

Un zapato viejo en la nieve, una lata de sardinas tirada en un solar, un gato muerto junto a una valla, ocupan los sitios, diamantinos, del Poema. Porque también la metáfora se ha proletarizado. Fiado en todo lo que antecede y sin pretensión alguna, he intentado extraer algunas gotas de poesía ante estas estadísticas que yacen áridas en mi mesa de trabajo.

Estas son: las estadísticas en dólares de las exportaciones de España a Cuba, que me ha proporcionado mi com-

pañero de Embajada Alfredo Soler, y la «División de Vehículos de Motor» publicada en la revista *El Transporte*.

Tal vez sea éste el camino de la futura poesía, y acaso en esta línea surja algún día el Homero de una nueva *Iliada* motorizada.

¡No olvidemos que a fuerza de frías ecuaciones el capellán Lemaitre, autor de la teoría del «Atomo primitivo», del «Universo en expansión» (que ha sido aceptada por Su Santidad el Papa), ha creado una de las más hermosas metáforas de la poesía de todos los tiempos, cuando afirma que la evolución del Universo puede compararse a una función de fuegos artificiales que acaba de terminar, y que «nosotros, de pie en un carbón enfriándose, vemos apagarse lentamente a los soles...»!

De la estadística de nuestro comercio con Cuba vemos en primer lugar que nuestro aceite, por valor de 7.523.364 dólares, figura a la cabeza de la lista, como en los tiempos de los fenicios, los griegos, los cartagineses y los romanos. Es decir, que en plena era atómica, en motonaves modernísimas de aceite pesado, como antes en redondas galeras con el ojo triangular de un dios marino pintado en la proa, la soleada España Tartesos, la Bética, Tortosa en el valle del río Ebro (que fué llamado «Oleum Flumen», o Río del Aceite), sigue siendo un inmenso y plateado olivar, meneado por la brisa.

Unicamente ha variado el envase, que ahora es de hoja de lata con alguna alegoría torera o flamenca, y antes consistía en unas esbeltas ánforas que se rompían una vez utilizadas.

Los restos de estas ánforas con marcas hispánicas formaron en Roma una colina, el monte Testaceo (o de los tios), todo él de cocida tierra española.

Si algún día tuviéramos que edificar en Roma una Embajada, deberíamos alzarla sobre esta tierra transida de viejí-

simos aceites. Nunca sería más verdadera la extraterritorialidad diplomática.

El segundo producto de Iberia a Roma, hace dos mil años, lo constituían los vinos. El mismo lugar ocupan ahora en la exportación a Cuba —3.179.199 dólares—, pero transformados en esa aristocrática quintaesencia de la uva que se llama el coñac.

Los cubanos pagan 373.051 dólares por nuestros atunes en aceite, muertos en los sutiles corrales de redes y espuma de las almadrabas, y sobre cuyos lomos cabalgan los pescadores con el cuchillo clavado a modo de rienda, como aquel desnudo Taras —fundador de Taranto—, caballero sobre un delfín y que figura en una moneda de oro acuñada en esa ciudad quinientos cincuenta años antes de Jesucristo.

Siguen grandes cantidades de dólares para nuestras sardinas, que son la plata de nuestro Cantábrico, y para los calamares, que hacen una breve noche con su tinta en la azul claridad de nuestros mares.

También en tiempo de Roma eran éstas una de nuestras más importantes exportaciones, y, según Serra Rafols, en la costa atlántica de Andalucía aún se ven ruinas de sus edificios destinados a la salazón. Porque la sal, que detiene con su mano blanca a la guadaña de la corrupción, fué en el mundo antiguo la precursora de las latas de conservas y de los frigoríficos.

Exportamos 33.905 dólares en imágenes —la estela de nuestros misioneros— y 25.801 en naipes, lo que prueba que todavía se concede más a la Providencia que al azar.

Exportamos caballos y abanicos, ¡ligereza de España!; y gallos de pelea, porque España es una gran exportadora de bravura, como lo hace con sus toros de lidia, que envía a las ganaderías peruanas y mejicanas para refrescar la sangre y levantarla en una marea de fiereza.

Mandamos por el mar almendras y 437.988 dólares en turrónes, porque a La Habana la Navidad llega embarcada

como un emigrante; y 784.151 dólares en sidra para los asturianos y gallegos; el precio de la nostalgia...

Contemplo ahora vibrando como un motor sobre el papel la otra estadística, la de los automóviles regados, desparrramados sobre los cinco mapas del mundo.

Resulta que hay sobre la Tierra 70.400.000 nuevos seres; es la moderna fauna, un rebaño fabuloso de mamuts mecánicos o, mejor dicho, de robots implacables, que a cambio de nuestros nervios y de nuestra sangre (acabo de sufrir hace tres meses uno de sus zarpazos), nos brindan, en sus ventanillas, todos los paisajes del mundo.

Estos seres automáticos son implacables y sedientos; para abrevarlos de gasolina se desencadenan guerras sangrientas; como ídolos, exigen todos los días cientos de muertos en las carreteras. Son más importantes que nuestra casa. Son alcoholas de amor rodantes, y en ellos (apagados los faros junto al mar) se han dado el primer beso de amor los jóvenes de nuestra generación.

En los Estados Unidos hay 49.176.196 automóviles. En la inmensa India —victoria de los elefantes—, únicamente 275.258.

El automóvil es el gótico de esa poderosa Norteamérica, para quien la tradición es el futuro. Ellos son sus conquistadores y misioneros. Adonde llegan lo transforman todo; los trajes típicos desaparecen; las Monarquías se transforman en Repúblicas; ponen «mono» azul a los persas y overol con cremallera a los ceremoniosos chinos. En nuestra propia Salamanca vi una vez una bella iglesia transformada en garaje; los neumáticos colgaban donde antes estuvo el Viacrucis. Recuerdo una fotografía de la última guerra; padres y madres de soldados americanos leían ávidamente las noticias del frente en un puesto de gasolina. Era el atrio románico del siglo XX.

Los países musulmanes no son pródigos en automóviles; la media luna no rima con el motor; Afganistán posee 4.136;

Arabia, 1.050; aunque es ubérrima nodriza de «gasolina», Transjordania, 3.925; el enorme Pakistán, solamente 32.470.

Quiere decir que los camelleros se resisten a ponerse al frente, que el bello caballo árabe de cabeza recogida y boca de fuego aun lucha con los fríos H. P. S. mecánicos, que los «jeeps» no forman todavía en las caravanas. Pero la Turquía laica, sin fes, que ha abandonado el Corán y la bella caligrafía árabe, ha sido premiada por su deserción poética con 26.985.

Diecisiete mil automóviles en Siam conspiran, hacen un complot contra los elefantes sagrados.

Australia, que posee la fauna más arcaica del globo, marsupiales, ornitorrincos y zorros voladores, aclimatan ya en sus campos 1.352.828 ejemplares de la fauna más moderna, lo que no es excesivo, pues su tamaño es casi el de Europa.

Japón curva su paisaje de abanico de frágiles varillas con 337.198, y por tanto mantiene un ejército de choferes que no poseyó ningún «samuray».

La helada Groenlandia, inmaculada, de porcelana, únicamente permite por su nieve 22 automóviles. Pero hay sola una ciudad importante donde estos nuevos seres no han penetrado nunca: Venecia. Bien es verdad que por ella jamás transitaron tampoco sus rivales los caballos. Pero el auto se ha camuflado de canoa-automóvil para acabar con el silencio enlutado de las góndolas.

El automóvil prolifera más en los países sajones que en los latinos. Inglaterra cruza su césped y sus manzanos con niebla con 3.306.500.

También abundan estas máquinas entre los germanos y los nórdicos. La Francia racionalista, cartesiana, se aproxima a ellos con 2.422.000, que asustan a sus suculentos gansos de «foie-gras».

¿Sabéis que en los Estados Unidos hay un automóvil por cada tres habitantes? ¿Sabéis que, en caso de emigración, bien por invasión o peste, toda la inmensa población yanqui

se puede meter en automóvil, y que aún le queda un sitio en el baqué, junto a quien conduce, para llevarse a todo Méjico y América Central? Los Estados Unidos no están sobre cimientos, sino sobre ruedas. En cambio, en la Unión Soviética habría que formar una cola de setenta y cinco rusos ateridos, pateando sobre la nieve, para subir a un coche. Y en la China roja se formaría una hilera de 8.745 chinos de ojos oblicuos por cada automóvil disponible.

En esta estadística se perfila la futura guerra, y se atisba de quién será la victoria. Porque los autos pueden acorazarse como rinocerontes, convertirse en anfibios, y les pueden crecer alas como a los dragones, para abrasar las ciudades.

La última guerra fué entre el «Cadillac» y el «Mercedes-Benz», y ganó el «Cadillac».

EL PESO DE LA PURPURA

El bar refrigerado del Nacional —«La Arboleda»— es una gota de Finlandia rodeada de trópico. Fuera están las palmeras y el cielo añil.

—La guerra, a la larga, es inevitable.

Lo dice tristemente este joven yanqui, rubio, de dientes de anuncio; de esos que tienden al rival de un puñetazo y besan a la protagonista rubia poco antes del «end» de las películas de Hollywood. Y ha añadido:

—Hay malas noticias —China se inquieta—. El Tibet va a ser invadido.

Ella estaba tostándose sobre la pradera, al lado de la piscina verde, que se ilumina de noche, y en la mesa blanca había un jugo de tomate, unas lechugas y un vaso de leche. Todo un menú científico, contrabalanceado.

—Otra vez —se ha lamentado— muertos en las familias.

Y a esta bellísima muchacha de piernas de revista, de trampolín, de concurso de trajes de baño en Palm Beach, de banda de oro de Miss California, de «cheek to cheek», de fina pantorrilla con medias de «nylon» sobre el acelerador del «convertible»; a esta rubia «girl» de radio y pesca de salmón junto al río del «week-end» (que en la fúnebre Europa asolada por la primera guerra fué el símbolo de la alegría, del amor divertido y las vitaminas), le han brotado dos gruesas lágrimas, como a una Dolorosa sevillana.

Este es el peso de la púrpura. La pesadumbre del imperio y del mando.

Porque Norteamérica, que fué feliz con su democracia, con su industria de automóviles y sus vacas, ha sido, de pronto, cogida por las ruedas dentadas y sangrientas de la Historia.

Sobre una tierra nueva, fresca de rocío y de resina; sobre unas praderas recién salidas del Génesis, los puritanos que en 1620 desembarcaron del «Mayflower» iban a caer en el eterno espejismo de crear algo absolutamente nuevo y original sobre la tierra. Como si la historia del hombre, con sus monótonas etapas de democracia, demagogia, imperio, monarquía, república, y otra vez democracia, demagogia, etc., no se repitiese con la tediosa regularidad de los crepúsculos y las auroras, la mutación de las estaciones o el ritmo incansable de las mareas.

Pero convengamos que era tentador para los desembarcados en Plymouth fundar una civilización nueva sobre una tierra virgen y no tocada por los fantasmas del pasado. Sobre aquellos bosques no iban a mandar los muertos, por la sencilla razón de que todavía no había cementerios. Ni una sola armadura feudal había recorrido las intactas praderas de los bisontes rosados al amanecer. Y se podía meter el arado hasta muy hondo, sin encontrar una sola moneda antigua.

Norteamérica tuvo la alegría del que nada recuerda, del joven o del niño apenas sin pasado, pero bañado en el azul del porvenir.

La vieja tabla de los valores europeos, que ya empezaba a tambalearse en el Viejo Mundo, sufrió sobre estas tierras una inversión total. El sacerdote, el noble y el guerrero fueron sustituidos por el mercader, el pionero del Oeste, el creador de riquezas.

Tomás Jefferson había declarado —¡cómo se hubiera estremecido el Maestro de Santiago, padre de Jorge Manrique!— lo siguiente: «Mi nueva industria de clavos es para mí, en este país, lo que un título adicional de nobleza, o las insignias de una nueva orden son en Europa.» Y atacando la

esencia de la aristocracia y de las dinastías, había afirmado: «Si el hijo mayor, si el primogénito, pudiera comer doble o trabajar doble que los demás, probaría su derecho a percibir el doble de su patrimonio.»

Las dos aportaciones de aquella civilización nueva consistían en el trabajo en serie y en el derecho del hombre a la felicidad. El trabajo en serie ha producido la más gigantesca civilización técnica. Ha socializado lujos, calefacción, refrigeración, radio, cine, televisión, coche, que en Europa son inaccesibles, incluso a la alta burguesía. El tono de vida material de un obrero yanqui es superior al de un Rey o un Cardenal del siglo xvi. Los lugares de baile, los restaurantes, los cines, son también palacios socializados. Porque su lema es: El mayor bien para el mayor número.

El pueblo americano es el primero que ha querido la felicidad del hombre «aquí y ahora». Es un concepto nuevo y peligroso. Opuesto al medieval. Contrario al «Valle de lágrimas» de la «Salve». «Esta vida —decía Santa Teresa— es una corta noche en una mala posada.» Los americanos creen que ni la noche es tan corta, ni la posada tan mala. Su misma religión ha perdido dramatismo. Se organizan bailes parroquiales y casi nunca se habla del infierno. La Iglesia se hace cada vez más benéfica y pedagógica. Pero el hermoso y terrible drama del alma del hombre, de sus ángeles y sus demonios, casi se ha evaporado. Se podrán filmar las «Campanas de Santa María», donde una monja aprende a boxear, pero será difícil escribir *La Divina Comedia*.

Ved sus revistas maravillosas, de papel satinado y a todo color. Intentan reflejar un paraíso en la tierra. No hay en ellas vejez, ni dolor, ni enfermedades. Se ignora a la Muerte; como sucedía con su cine optimista y dinámico de antes de la guerra. Sus viejos, sanos, sonrosados, levantan su vaso con hielo de «whisky» junto a la alegre chimenea; sus canas son pelucas del siglo xviii. La secretaria es Venus Afrodita escribiendo a máquina. Todos ríen, rubios, felices, tersos:

padres, hijos, abuelos, porque ha llegado la «Coca-Cola» bien fría.

Si la realidad fuese como la reflejan en sus revistas no sería precisa la esperanza del Cielo. El pueblo americano ha decretado el optimismo obligatorio. La historia, que empezó con un primer acto de Shakespeare, es ahora una película «que acaba bien».

Pero de pronto, entre los bellos anuncios con sus helados que dan ganas de comerlos; entre sus vacas vestidas de señora, con sombreros y cintas; su mantequilla; su jamón en dulce con las vetas blancas del gordo y su costra crujiente de azúcar tostado; entre las familias sonrientes que escuchan la radio, mientras se difumina, entre nubes y notas de pentagrama, la orquesta sustituida; entre sus pasteles pintados con minuciosidad de paisaje; entre sus guisantes, espárragos y tomates en primera plana, y la heladera con sus le-gumbres y su crema; entre la carne rosada envuelta en celofán y el anuncio del «whisky» con sus cuatro rosas con rocío en el azul de un bloque de hielo han aparecido unas fotografías inesperadas y terribles: cementerios de cruces rígidas y militarmente alineadas; esposas llorando, despidiendo a los marinos, ataúdes envueltos en la bandera estrellada, que vuelven de Corea.

Y es que sobre los hombros tostados, yodados, de los jóvenes deportistas ha caído la púrpura del imperio. Es que las alegres bocas sonrientes, de blanca dentadura, han probado la embriagadora copa de la gloria, que no se olvida. Porque en dos mil años de historia mediterránea sólo ha habido dos hombres, Diocleciano y Carlos V, que, olvidando su gusto, se fueron, el uno a Dalmacia a plantar lechugas y el otro a Yuste a arreglar relojes.

Hemos de reconocer, sin embargo, que ningún pueblo como el norteamericano ha ganado el cetro con menos vocación de imperio.

Porque precisamente sus padres habían salido de Europa,

ahitos de historia, fatigados de guerras civiles y religiosas, deseosos de limpiarse de sangrientos fantasmas.

América era la alegre Geografía contra la dramática Historia. Su héroe no era un perlado Carlomagno de ancha espada sobre un caballo de gótica gualdrapa, sino Lincoln, con su traje oscuro, con la «famosa chistera y el paño usado». Vachel Lindsay había cantado a este héroe civil, al «querido, buen maestro y campesino abogado» que él oponía a las terribles y antiguas dinastías.

*Porque los Reyes todavía matan
Su pena por el hombre aún no termina...*

Frente a las batallas gloriosas, el campo, la grama, la inocencia del paisaje.

*Amontonadlos alto en Austerlitz y Waterloo,
Echadles tierra y dejadme trabajar,
Soy la grama; lo cubro todo.*

Hubieran querido un mundo de pastores e industriales, y como en el poema de Amy Lowell:

*Escribir inventarios en los libros mayores
Y de noche leer el Cantar de los Cantares.*

Es decir, el trabajo y la Biblia; sueño puritano. Dios marca a sus elegidos, no con imperios, ni doradas coronas, sino concediéndoles el éxito en los negocios.

Hasta hace poco, el norteamericano era un pueblo antihistórico. En una de sus ciudades se levantaba una estatua a una vaca famosa. Ford era su ídolo. Recordad su cine, entre las dos guerras. Está llena de desdén hacia nuestra historia. Canciones picantes en los reinos de opereta. Eugenia de Montijo se enamora de Fernando de Lesseps; Isabel la Cató-

lica «flirtea» con el Gran Capitán. La historia de Europa fué bombardeada antes que sus monumentos.

Y de repente, el mundo antiguo empieza a florecer en la grande y poderosa nación que era como el espejo del futuro. Uno de sus generales reza un Padrenuestro sobre las ruinas de Seul. En su Museo Militar se exhibe el sable japonés de un «samuray», y el cetro, con diamantes, de Goering. La Madre Cabrini es la primera Santa norteamericana. Sus Cardenales, Príncipes de la Iglesia, acuden a Roma. Roosevelt, gobernando catorce años, inicia la monarquía. En Necedah—Estado de Wisconsin—, la Virgen María, con túnica «color crema» y capa azul con estrellas, se aparece a Mary Ann Van-Hoff y le dice, en inglés, que sólo un diez por ciento de sus fieles son piadosos y que «rece por América». En un periódico del país del «récord» y la velocidad se publica un artículo titulado «El placer de ir a pie». En el *Reader's Digest* se habla de las ventajas espirituales de la lactancia materna. En otro se sugiere la necesidad de la meditación. Un ingeniero se lamenta de que el exceso de mecanización en las faenas agrícolas ha suprimido el mejor de los abonos, el estiércol. Un periodista afirma que «los coches de caballos de Nueva York hacían en el centro de la ciudad, a principios de siglo, una velocidad media de dieciocho kilómetros por hora. Hoy los autos no pasan de los nueve kilómetros».

Ya no podrán los Presidentes de la poderosa nación americana retratarse en su granja, ordeñando sus vacas o pescando en el río.

Aunque el señor Truman aparezca en *Life* tocando un piano sobre cuyas tapas exhibe sus bien modeladas piernas una estrella de cine; aunque bese a los niños y salude con un zapato arrojado por una entusiasta a sus electores, es ya Carlomagno; puede entronizar o destronar Reyes en Europa; puede decretar la muerte de los dioses de Asia; puede establecer una República en el imperio del Sol Naciente, y quitar su manto imperial a un Príncipe cuyos antepasados fue-

ron contemporáneos de los Faraones. A pesar de sus «shorts», de su «base-ball», de su cine y de sus piscinas, la púrpura ha caído sobre los hombros de los yanquis. Es glorioso, pero no es cómodo capitanear al mundo. La gloria, generalmente, está reñida con la alegría.

Norteamérica ha ganado el cetro, pero ha perdido su sonrisa.

INDICE

	<u>Páginas</u>
URUGUAY	
Las fortalezas del Este.....	9
La isla de Lobos.	15
Más sobre la isla de Lobos.....	19
Un milagro cuando el vapor.....	21
La tertulia de Zapicán.....	25
Los sapitos de Darwin.....	29
Adán y Eva del final.....	33
PARAGUAY	
Los monos en la liturgia.....	39
ARGENTINA	
El «Gotha» de los toros.....	45
Oleaje.....	51
Los exvotos de Luján.....	57
Un hidroavión en el museo.....	61
El cometa desde el jardín.....	65
El megaterio y Carlos III.....	69
Rocío sobre el pasto.....	75
El fortín 2.....	77
Esqueletos y pájaros.....	81
El inglés de «los ceibos».....	85
Meditaciones ante un tejado.....	89
LA ANTARTIDA	
Un continente en celofán.....	95

BOLIVIA

El rebaño de llamas en el aeródromo.....	101
Wara-Wara.....	107
La diablada de Illimani.....	113
Tristeando.....	119

PERU

El Cuzco de los Incas.....	127
El Templo del Sol.....	131
El arroyo de los tres nombres.....	135
Inti-Raymi.....	139
San Bartolomé por los aires.....	141
Capotes en el «golf».....	145
La mañana importada.....	149
Los cráneos deformados.....	155
Lima sin lluvia.....	159
La plaza firme de Acho.....	165
Los «chifas».....	171
Los «amancaes».....	175
La «Perricholi».....	179
Llamereros y huaqueros.....	185
Los santos mestizos.....	191
Santa Rosa en su jardín.....	197
Los gallos y la piedad.....	203
Los toros saltan la barrera.....	209
Menús y paisajes.....	215
La gota de sangre.....	221

VENEZUELA

Caracas.....	229
La isla Corazón.....	233

COLOMBIA

Tertulia en Bogotá.....	239
Angeles de Sopó.....	245
Cali y Manizales.....	249
Cartagena de Indias.....	253
El esclavo de los esclavos.....	259

	<u>Páginas.</u>
PANAMA	
- Una lechuza en Panamá.....	265
El gran mecano.....	271
COSTA RICA	
La selva y Costa Rica.....	279
El volcán Irazu.....	285
NICARAGUA	
Viaje hacia Rubén.....	291
El lago de Nicaragua.....	299
HONDURAS	
De Tegucigalpa a Managua.....	307
La pelota.....	311
SANTO DOMINGO	
Las dos tumbas del Almirante.....	319
La pierna de Ojeda.....	325
La huella de los dedos.....	329
Colón a pie.....	333
La capital de La Hispaniola.....	339
Una gota de Edad Media.....	345
CUBA	
Mañanas habaneras.....	353
La sobremesa de los negros.....	357
Cuba antigua.....	361
Tres carnavales.....	367
Los tabacos.....	373
La flor del humo.....	379
Navegación desde Mariel.....	385
Cayo Paraíso.....	389
Reflexiones desde el «Asthore».....	395
Entrevista con don Cristóbal.....	399
Los fósiles vivos.....	403
Mi piso ha muerto.....	407
El ciclón.....	413
El trópico, domesticado.....	419

MEJICO

Las siete Salamancas	425
La profecía del hombre blanco.....	431
El Cenote Sagrado.....	437
El calendario secreto.....	443
El caracol.....	449
La Creación ensayada.....	455
La subida hacia Méjico	459
El parque de Chapultepec.....	465
El castillo de los saltamontes.....	469
Los caballos.....	473
Eugenia y Carlota.....	477
Teotihuacan.....	483
Un Miguel Angel sin Dios.....	489

FLORIDA (ESTADOS UNIDOS)

La Giralda en Miami	497
Autos y moteles.....	501
Entre las islas fabricadas.....	505
Poesía de las estadísticas.....	509
El peso de la púrpura	515

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LOS
TALLERES DE SILVERIO AGUIRRE TORRE,
CALLE DEL GENERAL ÁLVAREZ DE CASTRO,
38, MADRID, EL DÍA 14 DE MAYO DE
1955, VÍSPERA DE SAN ISIDRO LABRADOR,
PATRÓN DE MADRID